

William A. McGarey

Profecías y remedios de

EDGAR CAYCE

Las enseñanzas
del mayor
sanador psíquico
del siglo XX

NUEVA ERA



martinez roca

William A. McGarey

**Profecías y remedios
de Edgar Cayce**

NUEVA ERA



Ediciones Martínez Roca, S. A.

Traducción de Camila Batlles

Cubierta: Geest/Høverstad

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Título original: *In Search of Healing*

© 1996, by William A. McGarey, M.D.

© 1997, Ediciones Martínez Roca, S. A.

Enric Granados, 84, 08008 Barcelona

ISBN 84-270-2188-7

Depósito legal B. 1.189-1997

Fotocomposición de Pacmer, S. A., Alcolea, 106-108 bajos, 08014 Barcelona

Impreso por Liberduplex, S. L., Constitució, 19, 08014 Barcelona

Impreso en España – Printed in Spain

Índice

NOTA AL LECTOR	9
INTRODUCCIÓN	13

PRIMERA PARTE: LA MENTE

1. Comprender la integridad del hombre	17
2. Definir nuestro viaje vital	22
3. Comprender la enfermedad	30
4. La medicina holística en acción	39
5. La mente en control	50
6. Mente consciente y mente inconsciente	60
7. El poder de elección	68
8. Sus siete centros espirituales	75

SEGUNDA PARTE: EL CUERPO

9. Utilizar la energía	91
10. Fisiología y curación	108
11. Dieta saludable y la Fuerza Creadora Vital	132
12. Curación, regeneración y longevidad	139

TERCERA PARTE: EL ESPÍRITU

13. El viaje del alma	157
14. Comprender nuestra naturaleza espiritual	169
15. Fe y enfermedad	178
16. Aprovechar nuestra energía espiritual	193
17. Las claves del bienestar	212
CONCLUSIÓN: EN BUSCA DE LA CURACIÓN	231
BIBLIOGRAFÍA	235

Nota al lector

Todas las citas bíblicas han sido extraídas de la New English Bible o la Authorized King James Version.

En la Asociación de Investigación e Iluminación, en Virginia Beach, Virginia, donde se conserva la obra de Edgar Cayce, se ha asignado a cada «lectura» un número que representa a la persona que solicitó esa lectura. Dichos números aparecen al término de las citas utilizadas a lo largo del texto.

*... pues ha llegado el momento en la Tierra
en que los hombres ansían saber más
sobre los misterios de la mente, el alma, la mente
del alma que el hombre reconoce que existe...*

254-52 de las lecturas de Cayce

Introducción

Nunca imaginé al hacer una pausa para tomar café con el doctor Bill Rogers mientras pasaba consulta en el ambulatorio del Maricopa County Hospital, en 1955, que ese encuentro transformaría mi vida por completo.

Pero sucedió, y de forma muy curiosa. Simplemente, empezamos a hablar sobre nuestras respectivas aficiones.

Bill me dijo que le interesaban la nutrición y la religión, lo cual me chocó bastante. Pero luego recordé mi vida en Ohio, antes de que el presidente me «invitara» a servir de nuevo a mi país. (La carta me llevó a incorporarme a las fuerzas aéreas estadounidenses como médico de vuelo durante dos años y me permitió mudarme a Arizona desde mi ciudad natal de Wellsville, Ohio.)

Al evocar los primeros cinco años en que ejercí la medicina general en Wellsville, y los años anteriores en el instituto y en la facultad de medicina, empecé a comprender que, según mi propia experiencia, la nutrición y la religión no eran unos compañeros de viaje tan extraños. Mientras tomaba café con Bill, se lo comenté.

La religión no era una fuerza desconocida en mi vida. Durante mis dos años en el instituto pensé en hacerme ministro de la Iglesia Presbiteriana, pero al poco tiempo cambié de opinión y decidí ingresar en la escuela preparatoria para el estudio de la medicina. Aunque no seguí mi primera vocación profesional, mantuve una profunda fe en Dios, aunque no alcanzaba a comprender el significado del mundo en el que vivíamos. Para mí

constituía un enigma. Pero comprendía que la religión pudiera representar un *hobby*.

La nutrición tampoco era ajena a mi experiencia. De hecho, me había ayudado mucho durante mis primeros años de ejercicio de la medicina. De modo que las ideas de Bill y las mías parecían encajar perfectamente. Nuestra relación se desarrolló sobre una base sólida, y empezamos a mantener frecuentes conversaciones.

El martes siguiente, por la tarde, en lugar de asistir a una reunión médica de la County Society en el hospital del Buen Samaritano, Bill y yo permanecemos sentados en su coche en el aparcamiento, charlando sobre su filosofía. Bill entendía que la reencarnación era un concepto totalmente válido. Eso me resultaba nuevo y chocante, pero inmediatamente comprendí que justificaba muchos aspectos de mis creencias religiosas. Esa conversación nos llevó a emprender un viaje de lecturas y a experimentar diversos acontecimientos en el campo de la parapsicología.

Asimismo, «descubrimos» a Milton Erickson, un célebre hipnoterapeuta médico, del que fuimos discípulos durante un tiempo. Conocimos a varios médiums y comprendimos que la vida existe en gran medida fuera de lo que anteriormente habíamos considerado la norma.

Al poco tiempo conocí a Hugh Lynn Cayce y tuve ocasión de profundizar en las lecturas psíquicas de Edgar Cayce. Mi vida cambió permanentemente. A partir de entonces comprendí que debía trabajar con el material de Cayce, pues esas lecturas afirman que somos realmente cuerpo, mente y espíritu o alma. Y que sanar el cuerpo no significa tan sólo tratar una enfermedad sino afrontar la vida tal como la persona la experimenta, una vida entremezclada con muchas vidas, cuyas emociones, actitudes y sus derivados enturbian siempre las aguas.

La vida en la Tierra es una aventura de nuestra conciencia psíquica, y la enfermedad y la curación constituyen una parte muy real y oportuna del viaje.

Así pues, mi encuentro con Bill Rogers y aquel café que nos tomamos juntos sucedieron como si estuviera previsto. Y quizá lo estuviera.

PRIMERA PARTE

La mente

Comprender la integridad del hombre

Mi carrera de medicina siguió una senda que me condujo a través de interesantes experiencias semejantes a las de otros médicos: numerosos pacientes en la consulta, visitas en el hospital, a domicilio y todas esas cosas que constituyen la práctica diaria de un médico.

Estaba acostumbrado al concepto de que un dolor de garganta obedecía a una inflamación séptica o infección producida por unas bacterias que invaden el cuerpo humano. No pensábamos demasiado sobre lo que había ocurrido exactamente, o por qué otro paciente tenía una piedra en la vejiga o presentaba síntomas de angina de pecho. Eran esas personas quienes tenían los problemas, de modo que les administrábamos una inyección de penicilina, les extirpábamos la vejiga quirúrgicamente o les recetábamos unos comprimidos de nitroglicerina para la angina de pecho. Por supuesto, la práctica de la medicina consistía en mucho más que eso a finales de los años cuarenta, y en los quince o veinte años que siguieron al fin de la segunda guerra mundial.

Básicamente, sin embargo, aprendí a diagnosticar y tratar las enfermedades de mis pacientes. Curiosamente, no se me ocurrió, ni tampoco a mis colegas médicos, que los acontecimientos en las vidas de esos pacientes, así como las emociones implicadas en esos acontecimientos, pudieran tener una mayor importancia en la causa de la enfermedad que los factores etiológicos que analizábamos.

Mi carrera, en aquel entonces, y el sendero definitivo que había em-

prendido en la vida experimentaron un importante salto a nivel de conciencia y una dramática transformación cuando descubrí la obra y las lecturas de un clarividente llamado Edgar Cayce. Sus sugerencias desde una mente inconsciente que parecía atravesar el tiempo y el espacio, más fácilmente que los reactores que superan hoy en día la velocidad del sonido, estaban cargadas de conceptos que no sólo me interesaron profundamente, sino que echaron por tierra muchas de las creencias que me habían inculcado años antes sobre la forma en que funciona el cuerpo humano.

Cayce decía, por ejemplo, que el cuerpo en el que nos hallamos en este momento es una estructura de energía que responde positiva o negativamente a otras energías; que los átomos y las células que forman el cuerpo son pura energía y poseen una conciencia propia.

Cayce se afanaba en convencernos de que la mente crea la salud o las enfermedades que forman parte de nuestra experiencia en esta vida. Y su concepto de la vida comprendía múltiples encarnaciones en la tierra para todos nosotros. Somos unas almas vivientes que experimentamos la vida en el ámbito denominado tierra, habiendo llegado a esta dimensión desde lo espiritual, donde reside nuestro origen y yace nuestro destino.

Cayce afirmaba que nuestras elecciones rigen nuestra vida más de lo que imaginamos. A través de sus lecturas nos dice que la oración y la meditación constituyen una parte integrante de nuestra relación con lo Divino y, al mismo tiempo, forman parte del proceso de curación.

La vida, según el concepto que tiene Cayce de las cosas, constituye un viaje a través de la tierra, siempre con un propósito, y con un destino que significa que debemos aprender a conocernos y ser nosotros mismos a la vez que formamos parte de Dios. Y la curación, como apunta Cayce con frecuencia, es parte de ese destino, en un sentido que a veces resulta difícil de comprender. El alma es nuestra parte eterna, de tal modo que el alma, así como la mente y el cuerpo, necesita ayuda a fin de alcanzar nuestros objetivos.

La perspectiva de Cayce y esos conceptos, que a primera vista pueden parecer muy extraños, trastocaban buena parte de lo que había aprendido durante mis estudios médicos sobre la naturaleza del cuerpo, mientras que al mismo tiempo ponían de relieve los elementos de las creencias que formaban parte de mi vida anterior, cuando decidí convertirme en minis-

tro de la Iglesia Presbiteriana. Cayce explicó a quienes ofrecía unas lecturas de su obra que sus cuerpos eran unos auténticos templos del Dios Vivo, y que allí es donde Dios se reuniría con ellos. En sus lecturas, Cayce otorgaba fuerza y una mayor comprensión al concepto de que habíamos sido creados a imagen y semejanza de Dios, como almas vivas, dotadas del poder de elección mediante el cual podíamos organizar nuestras vidas.

Cayce me dio una lección de humildad cuando comprendí la verdad que encerraban sus teorías, de que toda curación proviene de nuestro interior, de que siempre se trata de un hecho divino, y de que no existe enfermedad que no pueda superarse. Pues estaba convencido, tal como me habían enseñado, de que era yo quien curaba a las personas que acudían a mí en busca de ayuda.

Llamado «visionario» por muchos, Cayce, durante más de cuarenta años, solía tenderse en un sofá, liberaba su mente consciente al cuidado de las fuerzas que no comprendemos fácilmente, y pronunciaba una disertación desde un estado de conciencia ampliado. Estas sesiones vinieron a denominarse lecturas. Cayce ofreció casi quince mil lecturas antes de morir en 1945, la mayoría de las cuales fueron grabadas. Éstas han procurado a miles de investigadores, y simples «buscadores», una rica fuente de información referente en su mayor parte a las enfermedades que padecen las personas y a la forma en que esas enfermedades pueden ser evitadas y eliminadas.

Sus lecturas subrayan la exquisita naturaleza de lo que acontece cuando tratamos de curar el cuerpo, así como nuestra auténtica naturaleza y relación con Dios. Según explicó Cayce a un hombre:

En el principio, cuando se produjo la creación, o la formación de unas entidades individuales, fuimos creados para ser compañeros de Dios Padre. (1567-2)

Cayce describió al hombre como un ser eterno, originándose en un ámbito espiritual y cuyo destino residía en esa misma dimensión. En el ínterin, pasa a través de numerosas encarnaciones en el plano terrenal, experimentando y aprendiendo cada vez más –con frecuencia a lo largo de un camino plagado de altibajos– sobre por qué está aquí. La idea de amar a otros, de mostrarnos siempre bondadosos, amables, tolerantes y comprensivos en nuestras relaciones con los demás se convirtió no sólo en algo

que Cayce enseñaba en la escuela dominical, y en los conceptos que trataba de aplicar a su propia vida, sino en parte integrante del plan sugerido en sus lecturas para curar el cuerpo.

Al mismo tiempo que aconsejaba a la gente sobre la forma de alcanzar la curación, se refería a sus emociones, sus sueños, sus vidas en el mundo empresarial. Hablaba sobre las relaciones, la naturaleza, la política, la educación y muchos otros temas, todos aparentemente implicados en lo que a Cayce le gustaba llamar «crecimiento del alma». Dos tercios de esas lecturas se referían a los seres humanos y sus dolencias o enfermedades, describiendo el desarrollo de la integridad del hombre en busca de la curación. He aquí un buen ejemplo de éstas:

Pues es cierto que el cuerpo mentalmente, el cuerpo físicamente, debería ser y es capaz de resucitar y revitalizarse, siempre y cuando sea orientado en una dirección espiritual para las actividades de alterar ciertas condiciones del cuerpo.

Por consiguiente, no debemos hablar a la ligera del dominio de la mente sobre la materia, ni hacer comentarios despectivos sobre el hecho de que el cuerpo físico puede revivir, resucitar, espiritualizarse de forma que no existe reacción que no pueda ser reavivada. (1152-5)

Dichas lecturas contienen abundantes alusiones a la inmortalidad, indicaciones sobre la importancia de emprender un camino y unas actividades provechosas, e instrucciones sobre cómo llevar una vida cristiana. Éstas me proporcionan –y a usted, lector– una idea sobre lo que nos aguarda en esta aventura.

Cayce insistía en que cada uno de nosotros somos cuerpo, mente y espíritu, una unidad. La esencia de ello, tal como lo entiendo ahora, es que el espíritu de Dios es la vida, la mente es el auténtico constructor y el cuerpo, el resultado de lo que la mente ha conseguido con el poder que llamamos espíritu. La auténtica curación, según afirmaba Cayce con frecuencia, está siempre marcada por un proceso de despertar que se verifica en lo más profundo de las células, átomos y tejidos de nuestro ser. Sin una iluminación, un cambio, una nueva percepción, no obtendremos el movimiento de conciencia que puede ser el propósito por el que estamos experimentando esta vida.

Comprender el punto de vista de Cayce sobre la vida en su integridad

significa embarcarse –si así lo desea usted– en un viaje espiritual en este mundo material en el que vivimos. Dicha experiencia transforma nuestras vidas, pues Cayce nos insta continuamente a observar las cosas desde una perspectiva diferente, a mantener la mente abierta, sin lo cual no podemos crecer para alcanzar nuestro destino.

Por tanto, esta historia se refiere a usted, lector, y a lo que podría convertirse en su aventura personal en el ámbito de la conciencia. Todos nosotros, en un determinado momento, hemos emprendido la búsqueda de esa huidiza cualidad que llamamos curación. Y todos tratamos de recordar quiénes somos, de dónde venimos y adónde vamos. En lo más profundo de nuestra mente reside el deseo de llegar a formar parte de esa Fuerza que sabemos instintivamente que nos creó. Todavía no hemos reconocido nuestro potencial como seres humanos, y desde luego no hemos conseguido plenamente lo que estamos destinados a alcanzar.

Pero esta historia trata también de nuestra creatividad innata, de la posibilidad de un despertar que se produce cuando enfermamos, cuando afrontamos cierta situación o conocemos a cierta persona. La luz se enciende de golpe, y nos damos cuenta de que somos distintos de lo que creíamos ser antes de ese acontecimiento.

La misma naturaleza de cada ser humano que existe en la tierra hace que esta aventura sea posible para todos. Se trata de una actividad que se desarrolla dentro de la conciencia de cada persona, en busca de una mayor compenetración con lo Divino, la Fuerza Divina, lo que en el mundo occidental llamamos Dios. Pero es una experiencia distinta para cada uno de nosotros, puesto que todos somos distintos.

Definir nuestro viaje vital

Tras haber pasado una gran parte de mi vida ayudando a la gente a alcanzar un mayor nivel de salud, ese viaje supone para mí la comprensión de la medicina holística y las experiencias y relaciones que encuentro allí. Asimismo, se refleja dentro de todo mi ser mediante un proceso de iluminación paulatino, célula a célula. Se trata de un viaje interior, pero cualquier buscador puede hallar la luz replegándose dentro de sí mismo, como durante la meditación, decidido a hallar esa luz, y utilizando las influencias de muchas vidas anteriores a medida que se muestran en las experiencias y relaciones cotidianas. Pues cada persona que conocemos puede ayudarnos en nuestro viaje.

En ocasiones, nuestro viaje comienza cuando tocamos fondo y nos preguntamos qué ha ocurrido. Sólo podemos ir hacia arriba. La escalada quizá resulte ardua y la luz puede parecer muy lejana y casi inalcanzable. A veces nos vemos obligados a emprender nuestro viaje impulsados por unas circunstancias inexplicables.

He trabajado con grupos de personas en casi trescientos programas residenciales de Temple Beautiful en la A.R.E. Clinic de Phoenix, Arizona, desde 1978. En cada programa intervienen ocho, diez o doce participantes que buscan la curación a nivel del cuerpo, la mente y el espíritu. Las tres partes del ser humano se hallan conectadas, de forma que es necesario ocuparse de las tres a fin de conseguir una auténtica curación.

A fin de ilustrar los viajes hacia un auténtico despertar experimentados por nuestros pacientes, he aquí unos ejemplos. En cierta ocasión tuvimos

una enfermera en la clínica que, debido a su interés por la medicina, decidió convertirse en doctor. Mientras dedicaba largas horas al estudio a fin de obtener el título de médico, empezó a perder la visión de un ojo. Aunque era consciente de la importancia de conservar la vista, continuó con los estudios y, cuando los médicos la examinaron, comprobaron que había perdido el 90 por ciento de visión focal del ojo izquierdo.

Por consejo de su oftalmólogo, la joven procuró no forzar la vista, pero al cabo de un tiempo había perdido un 25 por ciento de visión en ese ojo. Esa situación persistió durante varios meses, hasta que la muchacha tuvo ocasión de conocer las lecturas de Edgar Cayce y sus recomendaciones para curar el cuerpo, y se convenció de que debería aplicar algunos de esos conceptos de curación física a su vida.

Durante la presentación de un caso en un simposio médico de la A.R.E. Clinic, la joven enfermera se sintió profundamente conmovida por el asombroso cambio que se había producido en la curación de otros pacientes. La enfermera cerró los ojos y empezó a rezar pidiendo salud y bienestar para miembros de su familia, suplicando al mismo tiempo que se resolviera su problema visual. Aunque tenía los ojos cerrados, de pronto notó que las luces del auditorio se intensificaban. Cuando abrió los ojos, comprobó que veía normalmente.

Sucesivos exámenes confirmaron que la joven había recobrado la vista. ¿Fue el asombro y la emoción que sintió ante la curación de otra persona lo que activó una respuesta en su propio cuerpo? Quizá fueron las oraciones que había pronunciado en favor de otros. Sean cuales fueran los cambios que se verificaron en su actividad fisiológica, el resultado es que veía de nuevo con normalidad.

Otra enfermera que trabajaba en nuestra clínica participó en una experiencia de visualización en un retiro celebrado para el personal facultativo. Relajada por la música, y siguiendo las indicaciones del líder del grupo, cerró los ojos y de pronto se encontró (como si estuviera realmente allí) asomada a la ventana de un viejo castillo contemplando un frondoso prado que se extendía ante ella. Incluso le pareció percibir el olor frío y acre del castillo.

La mujer despertó de su ensueño con un sobresalto y, por primera vez en su vida, comprendió que había vivido anteriormente, en otra vida, aunque siempre se había resistido a la idea de la reencarnación.

Esto representó para la enfermera una revelación, pero dos semanas más tarde comprendió que esa experiencia que había vivido tenía un fin. En aquellos días su hija de diez años había muerto debido a un accidente de bicicleta, y la mujer tuvo que afrontar una tragedia que pocas madres son capaces de experimentar sin sufrir un trauma, un dolor desgarrador y noches en vela. Sin embargo, la nueva conciencia que había adquirido en el sentido de que la vida es un proceso continuo, evitó que cayera en la desesperación. A partir de ese momento su vida cambió, pues contempló las cosas desde una perspectiva más esclarecedora.

Otra paciente de la A.R.E. Clinic nos relató una experiencia casi mortal (ECM) que la condujo a un maravilloso mundo de calma y paz mientras se deslizaba sobre una columna de luz. A medida que se acercaba a la fuente de luz sintió una intensa felicidad, pero de pronto se detuvo al oír una voz que dijo: «Tu hija te necesita todavía». La mujer sintió dolor por haberse separado de su hija y súbitamente se encontró de nuevo dentro de su cuerpo. En aquel momento comprendió que debía seguir viviendo para cuidar a su hija. Fue un extraordinario despertar.

Esas experiencias –las personas que conocí, las actividades en las que participé, los sueños que tuve, los países que visité, la gente con la que trabajé en busca de la curación– constituyeron para mí un despertar, haciendo que tomara conciencia de la naturaleza de mi ser, de la enfermedad, la salud, de las relaciones que mantenemos unos con otros y con las Fuerzas Creadoras, o Dios.

Un despertar al poder del amor –según lo expresamos a los demás– puede aportarnos una nueva conciencia de la realidad, una nueva comprensión de quiénes somos realmente. Los pasos que decidamos dar para despertar a ese estado de conciencia psíquica aparecerán cada vez más claros.

En el campo de la medicina, la curación del cuerpo es una responsabilidad que ha sido tradicionalmente atribuida al médico. El que ello estuviera o no destinado a ser así desde el principio no viene al caso. Ésta es la situación en la que nos hallamos actualmente. Pero la mera curación del cuerpo físico no es suficiente.

La auténtica curación es el destino de toda persona que habita en el globo terráqueo, tanto en esta vida como en la próxima, pero para alcanzarla deben producirse unos cambios en la conciencia de las células que

contiene el cuerpo, pues la curación constituye siempre un acontecimiento espiritual.

Félix Martí-Ibáñez fue uno de los médicos más extraordinarios de nuestra época. Era también un excelente escritor, elocuente y ameno, y su ensayo *To Be a Doctor* (MD, volumen IV, noviembre de 1960) se ha convertido en un clásico en el ámbito de la medicina.

Sus palabras conminan a todos los médicos a ser más que unos simples científicos que trabajan mecánicamente con el cuerpo humano. Y su mensaje es tan válido hoy en día como lo era hace más de treinta y cinco años. «Sólo si conocemos al hombre sano podemos curarlo cuando enferma... Ser médico, por consiguiente, significa mucho más que administrar pastillas o reparar la carne herida y la mente trastornada. Ser médico significa ser un intermediario entre el hombre y Dios.

»El ideal de servicio incide en todas nuestras actividades; un servicio especialmente destinado al paciente, un ser humano aislado en la isla de su sufrimiento, que sólo tú puedes restituir al continente de la salud. A tal fin es preciso conocer a fondo no sólo a los enfermos sino a las personas sanas... Aprender a vivir perceptivamente, utilizando la clave de la sabiduría que radica en observarlo todo con una perspectiva total sin perder de vista la eternidad.»

Ese panorama, enmarcado en el contexto de la eternidad, presenta una visión que todavía no ha sido descubierta por la profesión médica en su totalidad.

Curar el cuerpo, por tanto, no debe confundirse con la práctica de la medicina moderna en el mundo actual. La auténtica sanación es un concepto considerado en términos generales con desprecio. Alcanzar un diagnóstico e instituir un tratamiento para la enfermedad resulta mucho más aceptable y «científico». La sanación por métodos naturales despide todavía cierto tufillo de superstición o seudoreligión para la mayoría de médicos. Pero la verdadera causa de una enfermedad no queda resuelta. Ésta radica en la mente, en las emociones, en la fisiología, en la endocrinología del cuerpo y –por ende– en la naturaleza espiritual del individuo, pues todos somos, en última instancia, unos seres espirituales.

A lo largo de toda mi vida, en la escuela, en el instituto y en la facultad de medicina, en mi iglesia, en mi vida familiar y durante los años dedicados a mi profesión, he tratado, de un modo u otro, de explicar mi natura-

leza más profunda. Soy capaz de pensar, imaginar, hablar, reír y llorar. Puedo crear de muchas formas. Los animales que me rodean no son capaces de hacer esas cosas, y también fueron creados por Dios.

¿Por qué poseemos esas facultades, por qué esos sueños de las Fuentes Creadoras? ¿Por qué somos capaces de crear música, pinturas y esculturas, poesía, magníficos edificios, puentes y carreteras, y un sinfín de cosas destinadas a hacer nuestra vida más agradable y productiva? Son preguntas razonables, ¿no es cierto?

A medida que lea estas páginas, lector, quizás encuentre las respuestas a algunos de estos interrogantes. Recuerde que su despertar puede comenzar en cualquier momento, pero el proceso requiere prestar gran atención a las normas y a su aplicación. En ocasiones, las normas no son fáciles de hallar, pero existen; se trata de descubrirlas y utilizarlas. Una de las claves para diseñar su propio despertar puede hallarla en otra de las lecturas de Cayce, pero recuerde que una llave sólo abre una puerta. Es preciso descubrir lo que yace más allá de la puerta. exploremos juntos esa dirección y descubramos lo que la auténtica sanación puede significar en su vida. He aquí una de esas claves:

La aplicación en sí misma, el intento, el esfuerzo, la energía empleada en el sentido adecuado, es cuanto se le exige a usted. Dios le dará fuerzas para conseguir sus fines. (601-11)

En primer lugar debemos explorar la mente, pues es el constructor y el origen de todo intento. El cuerpo es el resultado de lo que la mente ha creado, pero en realidad sabemos tan poco sobre el funcionamiento interno de nuestro cuerpo como sobre los misterios de nuestra mente. El espíritu es la fuerza vital que permite que lo demás se verifique. Somos unos seres eternos, y debemos emprender nuestra búsqueda de la curación desde una perspectiva que acepte el viaje de nuestra alma a través del tiempo y el espacio. Esas tres partes de nosotros constituyen la base de este libro, y debemos hallar los valiosos consejos que contienen las lecturas de Cayce, los cuales nos ayudarán a conseguir nuestros propósitos.

En el fondo de nuestro ser, nunca hemos olvidado nuestra auténtica naturaleza. Somos unos seres espirituales y siempre lo seremos. El problema es que no recordamos conscientemente lo que sentíamos al hallar-

nos en el ámbito espiritual antes de esta encarnación. En raras ocasiones, recordamos vagamente nuestras anteriores experiencias vitales en la tierra, por ejemplo cuando conocemos a una persona en determinada situación, o despertamos de un sueño recordando algo que nos indica que hemos vivido anteriormente. Este hallazgo por parte de la mente constituye un punto de partida.

A continuación debemos comprender en qué consiste este cuerpo que habitamos. ¿Por qué nos hallamos en una dimensión que es pura energía, con unos bloques de construcción básicos que denominamos átomos, los cuales al parecer carecen de sustancia? Aunque en realidad estamos formados por esas unidades de energía, ¿por qué parece que la vida depende de nuestra fisiología, del funcionamiento de nuestros órganos y nuestros sistemas? Es posible que comprendamos esto con mayor claridad a medida que empecemos a vernos como un cuerpo, una mente y un espíritu, las tres cosas, y a comprender que cada parte debe desempeñar su papel al tiempo que nos manifestamos aquí en un plano tridimensional en cuanto seres humanos físicos.

El cuerpo, sin embargo, es lo que podemos ver, sentir, tocar y oír, y exige atención. Existen unas leyes físicas así como mentales, emocionales y espirituales, las cuales aparecen prodigiosamente ligadas al manifestarse en tanto que enfermedades o disfunciones del cuerpo humano.

Así pues, debemos conocer más a fondo qué clase de cuerpo ha creado esta vez nuestra alma, y dónde puede hallarse el origen de las enfermedades. A medida que proseguimos este viaje le pediré a usted, lector, que observe cómo funciona su cuerpo cuando le confiera esa cualidad que llamamos conciencia. Por ejemplo: ¿es consciente el sistema inmunitario de lo que debe hacer cuando el cuerpo se ve amenazado por un peligro? ¿Conoce cada una de las células del aparato digestivo la función que le corresponde cumplir? ¿Tiene conciencia de ello?

¿Es acaso el cuerpo un cúmulo de conciencias que forman un ser humano vivo que puede estar perfectamente coordinado o bien inmerso en la confusión y el caos? ¿Es energía en movimiento? ¿Átomos dotados de conciencia?

Decimos que somos cuerpo, mente y espíritu, y parecemos sentirnos más cómodos y poseer más conocimientos en lo referente al cuerpo y a la mente que al espíritu. No obstante, la parte espiritual de nuestro ser está

constantemente en contacto con, y forma parte de, las Energías Creadoras que nos formaron. Si queremos hallar la curación, debemos conocer más a fondo nuestra naturaleza espiritual. Ello constituye un requisito indispensable del proceso de curación.

Debemos comprender que tanto la enfermedad como la salud están siempre en proceso de desarrollo. En general la causa de una enfermedad tiene su origen en un proceso que se inició en algún momento del pasado y se fue desarrollando poco a poco hasta manifestarse posteriormente. Si usted ha tenido un carcinoma, por ejemplo, probablemente sabe que comenzó cuando una célula enloqueció, perdiendo su identidad, por decirlo así, y multiplicándose una y otra vez. Al cabo de centenares de generaciones de ese desarrollo, se manifiesta en forma de un bulto en la ingle o una masa en el estómago, o algo por el estilo. Se trata de un proceso, lógicamente, que lleva tiempo. Es posible que usted padeciera cáncer desde el momento en que una célula enloqueció, aunque en aquel entonces usted lo ignorara. De haber tomado ciertas medidas al principio del proceso podría haber invertido la tendencia, activando su sistema inmunitario y curando su cuerpo del cáncer que se había desarrollado en él sin saber siquiera que padecía esa enfermedad.

La vida es así. Siempre estamos cambiando e influyendo en la fisiología de nuestro cuerpo, para bien o para mal. Así pues, en cada momento de nuestra vida estamos enfermándonos o superando una enfermedad. Es como la situación en el marcador de un equipo de fútbol. Puede que le aventaje a usted su adversario, pero aún está a tiempo y, si utiliza la magia adecuada, puede ganar el partido. «¡El asunto no ha terminado hasta que termina!», afirmó el yogui Berra acerca de un partido de béisbol durante la liga de 1973. Y eso es lo que puede hacer la mente cuando incorpora la esperanza a la ecuación de la enfermedad, pues la esperanza a menudo propicia un cambio, y el cambio puede propiciar la curación.

Lo mejor de todo es que usted puede elegir conscientemente lo que le sucede a su cuerpo. Todos poseemos en el fondo de nuestro ser la respuesta adecuada para fomentar nuestra salud, pero antes de utilizar esa respuesta debemos identificarla. Ello también forma parte del misterio y la alegría que constituye la búsqueda de un conocimiento más profundo.

Recuerdo a un paciente mío a quien le habían diagnosticado una úlcera duodenal, la cual se había curado parcialmente para reproducirse con

posterioridad una y otra vez. Ocurrió a principios de mi carrera y en aquel entonces yo no conocía aún las causas mentales/emocionales de su enfermedad. Mi paciente había experimentado varias tragedias en su vida, y murió a la edad relativamente precoz de cincuenta y ocho años. Temía muchas cosas. Sus glándulas suprarrenales funcionaban a un exacerbado nivel de ira, pero mi paciente no solía exteriorizar sus sentimientos. Lo que ocultaba dentro de su cuerpo fue lo que provocó la enfermedad que lo llevó a la muerte. Quizás hubo un momento en que pudo haberse librado de su ira –siendo más tolerante, riendo con más frecuencia– y quizá pudo haber evitado morir prematuramente, convirtiéndose en un hombre más satisfecho y realizado antes de emprender el último viaje a otra dimensión.

Uno de los participantes en un reciente programa del Temple Beautiful, una hermosa mujer de ochenta y seis años, comentó suavemente mientras conversábamos sobre crear salud a través del cambio: «A algunas personas les resulta más fácil morir que realizar unos cambios». De hecho, a menudo constituye una decisión más aceptable socialmente.

¿Somos conscientes, en estos momentos, de cómo somos realmente y de las maravillosas cosas que podemos hacer para mejorar? Creo que sí. Debemos iniciar el proceso desde el punto de partida en el que nos hallamos, pues podemos crear nuestro futuro según deseemos. De nosotros depende definir el itinerario de nuestra vida y participar en ella sin enfermedades ni trastornos.

Comprender la enfermedad

Hace muchos años, caminaba por un sendero que discurría junto a un barranco cubierto de arbustos y matorrales. Hacía un día soleado y disfrutaba del paseo. Había pájaros por doquier y escuchaba con deleite los reiterados cantos del sinsonte, unas hermosas melodías que brotaban de la naturaleza creada por Dios. Uno de los azulejos se posó sobre un arbusto a mi derecha, junto al barranco, donde la ladera de la hondonada estaba cubierta de hierbas y matojos. De pronto vi reflejado en el suelo, justo donde se había posado el pájaro, un destello de luz. Era casi como los colores del arco iris; cuando moví un poco la cabeza, se transformó de un amarillo intenso a un tono anaranjado muy hermoso.

Decidí ir en busca de lo que me había enviado esa señal. Con cautela, empecé a descender por el terraplén. Al fin encontré lo que buscaba: un precioso cristal, bastante grande, que parecía como si no hubiera sido tocado por manos humanas. Me apoderé de él y trepé de nuevo por la ladera de la pendiente.

Pero algo hizo que me volviera y creí ver otro objeto que parecía fuera de lugar en aquel paraje al aire libre, junto a los matorrales. Era de color dorado y brillaba. Me apresuré a cogerlo del suelo y vi que era una pieza de oro auténtica, del tamaño de una ciruela aplastada. El misterio me intrigó.

Me pregunté si la respuesta al enigma yacía en el fondo de la hondonada. Los arbustos me impedían ver con claridad, pero tenía que descubrir lo que había allí abajo. De modo que empecé a descender por el em-

pinado terraplén, abriéndome camino a través de los matorrales. En cierto momento perdí el equilibrio y casi me caí, pero al fin alcancé el fondo del barranco. Frente a mí, a menos de diez metros de distancia, yacía una mochila rota, nada más. La registré pero no hallé ningún tesoro, ni otras piezas de oro ni más cristales. Me sentí decepcionado. Creí haber hallado un tesoro perdido, pero ahora lo único que tenía era el problema de trepar de nuevo por el terraplén. Miré a mi alrededor y comprendí que no sería empresa fácil. Tenía que avanzar despacio y con cautela, pero lo conseguiría.

Con frecuencia, el hecho de elegir visitar un lugar desconocido, como hice yo aquel día en la montaña, es equiparable a las decisiones que tomamos y que nos provocan una enfermedad o cuando menos cierto trastorno en nuestra fisiología. Y regresar al punto de partida requiere avanzar paso a paso.

Es preciso apoyarse más en las fuerzas intuitivas que llevamos dentro y prestar menos atención a las influencias externas, escuchar la vozecilla que brota de nuestro interior... (239-1)

Lo interesante, sin embargo, sobre la aventura que viví y las aventuras de las enfermedades que experimentamos en nuestro cuerpo es que participamos en ellas sin saber lo que encontraremos al final del trayecto.

No es de extrañar, por tanto, que cada ser humano esté sometido a un tipo de trastornos distintos de los de su vecino. El hecho de heredar una tendencia o una enfermedad genética de nuestros padres basta para provocar una serie de problemas de salud en cada individuo. Pero cuando nos damos cuenta de que nuestro entorno puede afectarnos de múltiples formas, el panorama de nuestras diferencias aparece aún más comprensible. Si añadimos nuestro particular estilo de vida y hábitos dietéticos, la diferencia se acentúa aún más. Luego debemos agregar a la ecuación nuestras reacciones emocionales, nuestro grado de satisfacción consciente, los impulsos astrales y nuestra capacidad para influir en la fisiología, lo cual evidentemente nos proporciona a cada uno de nosotros una relación distinta con nuestro cuerpo y sus funciones.

Nuestros sistemas vitales soportan la carga de todas las energías adversas que provienen del interior y el exterior, y el resultado es un estado sa-

ludable, una sensación de malestar (molestias), o una enfermedad o dolencia. Y todo ello tiene unos efectos relativos. Uno empieza a comprender el motivo de que una enfermedad nunca sea una entidad en sí misma, sino más bien una serie de síntomas relativamente comunes que derivan de la fisiología del cuerpo cuyas funciones se ven alteradas en cierta forma. Ante ese panorama resulta difícil hacer un diagnóstico acertado, ¿no les parece?

Edgar Cayce ofreció una lectura (902-1) sobre «la dolencia humana conocida como resfriado común». Algunos pasajes se orientan típicamente hacia la singular diferencia de cada ser humano en su conciencia, pero resulta interesante que Cayce considere el resfriado común como una «conciencia universal del cuerpo humano». A continuación amplía el tema:

Por tanto, es casi tan individual como todos los que pueden contraer o entrar en contacto con dicha dolencia.

Cada cuerpo, según hemos reiterado con frecuencia, posee sus propias leyes. Por consiguiente, lo que es beneficioso para prevenir la dolencia en un individuo puede ser nocivo en otro, al igual que lo que pudiera tener unos efectos beneficiosos sobre uno puede resultar negativo para otro.

En primer lugar: Un cuerpo es más susceptible de resfriarse si posee un exceso de acidez O DE alcalinidad, pero MAS susceptible en caso de un exceso de acidez. Porque el efecto alcalinizador es destructivo para el virus del resfriado.

Cuando se produce una exagerada disminución de las energías vitales del cuerpo, ello provoca una tendencia a una excesiva acidez, lo cual puede verificarse en cualquier parte del cuerpo. (902-1)

Esta lectura parece apuntar que tanto la causa como el remedio de algo tan simple como el resfriado común son casi universalmente individuales. En el caso del resfriado, no obstante, Cayce insiste en que el hecho de mantener el cuerpo alcalino contribuye a evitar que nos resfriemos.

El médico más necesario está dentro de nosotros. El médico es la Conciencia de Cristo... No se fie de otras fuerzas excepto las que están en su interior. Recuerde que el cuerpo es el templo del Dios viviente. (3384-1)

Algunas personas nacen realmente para enfermar. No pueden evitarlo. Algunas enferman casi en el mismo momento de nacer, y nunca se recu-

peran. Otras caen enfermas algo más tarde, pero no llegan a alcanzar la madurez. Tenemos constancia de que eso es cierto. Existen enfermedades congénitas y otras que contraen los recién nacidos. De modo que la pregunta válida que cabe hacerse es: «¿Por qué nací para caer enfermo?».

Existe una historia en la Biblia que merece repetirse por varias razones. En primer lugar, el hombre nació ciego. Segundo, nació así porque ello formaba parte del propósito de su vida, no porque hubiera pecado en una vida anterior o porque sus padres fueran unos pecadores, sino a fin de que su curación pusiera de manifiesto la gloria de Dios. Y tercero, su curación se produjo instantáneamente, debido a la aplicación de un ungüento compuesto por barro y saliva. Un hecho asombroso, ¿no es cierto? He aquí la historia:

«Mientras proseguía su camino, Jesús vio a un hombre que era ciego de nacimiento. Sus discípulos le preguntaron: “Rabino, ¿quién ha pecado, este hombre o sus padres?”. Jesús contestó: “Nació ciego a fin de que Dios manifestara su poder al curarlo. Mientras dure la luz del día debemos continuar la labor de Aquel que me ha enviado; luego caerá la noche, cuando nadie podrá trabajar. Mientras me halle en la tierra, Yo soy la luz del mundo”.

»Con estas palabras, escupió en el suelo y formó una pasta con la saliva; luego la aplicó sobre los ojos del hombre y dijo: “Ve a lavarte en el lago de Siloam”. [El nombre significa “enviado”.] El hombre fue a lavarse en el lago, y cuando regresó comprobó que había recuperado la vista.»

Si le interesa leer el resto de la historia, estimado lector, la hallará en Juan 9, 8-41. Jesús, en efecto, dijo a sus discípulos que ese hombre no había nacido ciego debido a los pecados de sus padres, ni porque él mismo hubiera pecado en unas vidas anteriores, sino porque había accedido antes de nacer a permanecer ciego hasta que se encontrara con Jesús y le curara. Evidentemente, tanto Jesús como sus discípulos entendían que las otras dos causas de ceguera eran posibles, de ahí que los discípulos del Señor le plantearan la pregunta.

Todos necesitamos aprender más sobre nosotros mismos. Y si somos capaces de extraer alguna lección de la enfermedad, ya sea cómo podemos ser útiles, o si existen más aspectos sobre nosotros mismos de los que nos es dado averiguar, probablemente comprenderemos, a nivel del alma, que la enfermedad estaba destinada a producirse, a fin de enseñarnos a sentirnos más unidos con lo Divino.

Así pues, nuestra fisiología se compone de múltiples energías, las cuales provienen de las experiencias de nuestras numerosas encarnaciones en la tierra y los distintos rumbos que, por una u otra razón, hemos decidido tomar a lo largo de los tiempos. A veces las energías asumen la forma de una enfermedad kármica simbólica, presentándonos la lección que nos negamos a aprender en el pasado de modo distinto para que la aprendamos ahora a través de la paciencia, la persistencia, la coherencia, el amor hacia nuestros semejantes, sean quienes sean. Otras veces, tan sólo debemos aprender a amarnos a nosotros mismos. Pero debemos tener siempre presente que no existe ninguna condición del cuerpo que no pueda volver a la normalidad. Quizá no sepamos en estos momentos el medio de conseguirlo, pero existe.

Al experimentar una dolencia, a menudo constatamos que nos ha provocado una depresión –leve o grave–, haciendo que nos sintamos como si estuviéramos perdidos en las tinieblas de los imperativos de la vida, ansiando desesperadamente atisbar una luz. En el fondo de nosotros mismos, sabemos que existe una senda de luz, y que las tinieblas entorpecen nuestra visión y nos impiden hallar el camino.

En ocasiones la muerte de un ser querido puede alterar el curso de la vida de una persona, y si ésta no comprende la realidad de la vida después de la muerte, las emociones y los sentimientos de ira y desesperación pueden persistir a lo largo del resto de su vida, como le ocurrió a mi padre. Estaba muy enamorado de su esposa, mi madre. Yo tenía sólo siete años cuando mi madre falleció como consecuencia de una intervención quirúrgica destinada a ayudarla a superar una tuberculosis pulmonar. Su muerte destrozó a mi padre, quien nos explicó a mis dos hermanos y a mí lo ocurrido y que nuestra madre no regresaría jamás. Aunque no comprendimos bien sus palabras, la marca que la tragedia dejó en él era mucho más profunda que éstas.

Mi padre estaba enojado con Dios por haberle arrebatado a su amor, y jamás logró superar los efectos de su pérdida. No volvió a casarse, aunque vivió otros treinta años. Finalmente, la diabetes y un ataque cardíaco acabaron con él. Tras permanecer en estado comatoso durante más de un mes, mi padre murió una noche mientras dormía.

Comoquiera que he trabajado con sueños y los he grabado durante más de treinta y cinco años, durante mucho tiempo me pregunté por qué

no tenía ningún sueño referente a mi padre. Por fin, tras una espera de más de un año, se produjo el ansiado sueño. Me hallaba de pie frente a una casa de dos plantas, como las que solían construirse en Ohio en la época en que nací, y en la fachada de la casa vi una escalera que conducía al segundo piso.

Empecé a subir la escalera y al llegar a mitad de camino, me topé con un individuo que me cerró el paso. «¿Adónde vas?», me preguntó. «Subo a ver a mi padre», respondí. El hombre sonrió con aire comprensivo y dijo amable pero categóricamente: «No puedes subir a verlo. Tu padre está dormido». El sueño terminó ahí.

No volví a soñar con mi padre ni tuve ningún contacto con él durante largo tiempo. Pero dieciocho años después de su muerte, tuve una experiencia en una sesión de visualización dirigida. Yo me hallaba en un estado consciente levemente alterado tras tomarme muy en serio las indicaciones que me había dado el profesor. De pronto me encontré en un lugar al aire libre, muy agradable. Vi a mi padre a pocos metros de distancia, sentado en el césped. Estaba de espaldas a mí, inclinado sobre un tablero de dibujo, trabajando afanosamente. Aparentaba unos cuarenta o cuarenta y cinco años de edad, había dejado el sombrero en el suelo, junto a él, vestía un elegante traje y presentaba un aspecto magnífico.

Me acerqué a él por detrás y dije: «Hola, papá». Mi padre alzó la cabeza como si hubiera percibido algo pero no supiera de qué se trataba. Yo le saludé de nuevo —«¡Hola, papá!»— y al oírme se sobresaltó. Aturdido, mi padre se puso en pie y miró a su alrededor. De pronto vio una luz a lo lejos, la cual atrajo su atención. Parecía fascinado por aquella luz. Acto seguido se agachó para recoger su sombrero del suelo y echó a andar hacia la luz.

Esta experiencia puso de relieve algo que hacía tiempo que venía sospechando. La enfermedad, ya sea de la mente, de las emociones, del cuerpo físico o del espíritu, nos impulsa a volvernos hacia la luz. Por esto es por lo que instintivamente deseamos sanar, incluso después de lo que llamamos muerte, pues la enfermedad nos hace comprender nuestra separación de aquello que constituye la Luz del universo.

Edgar Cayce solía recomendar la luz en cuanto fuerza sanadora, así como esencialmente el poder de la misma vida. Aconsejaba con frecuencia la utilización de una lámpara de rayos infrarrojos o ultravioleta, inclu-

so la luz del sol, como método terapéutico. Dichas fuentes de luz propiciaban una curación por distintos medios, a veces eliminando las bacterias, o favoreciendo la asimilación en la sangre o en los tejidos de unas sustancias que el paciente había ingerido antes por la boca.

Norman Vincent Peale relató una historia (en *Guidepost*, en abril de 1989) sobre un alcohólico que iba de iglesia en iglesia pidiendo a gritos que alguien curara su enfermedad. Cuando fue a ver a Peale, el hombre le advirtió que no quería saber nada de Dios, que estaba harto de oír hablar de Dios. Cuando Peale contestó: «Dios preside este lugar», el alcohólico se marchó bruscamente. Según escribió Peale, mientras el hombre caminaba por la calle, «despotricando contra Dios, de golpe apareció un extraño resplandor que iluminó la oscura calle, reflejándose en los edificios y los rostros de los transeúntes. Incluso las aceras estaban bañadas en él, y el hombre aparecía inundado de luz».

Es interesante que el alcohólico comprobara que su cuerpo había experimentado un extraordinario cambio y estaba repleto de luz, ¿no es cierto? Lógicamente, el hombre no volvió a probar una gota de alcohol y durante años mantuvo al doctor Peale informado sobre su excelente estado de salud.

Ray Moody, quien hace años suscitó las protestas de los tradicionalistas al grabar las experiencias de unas personas que habían estado a las puertas de la muerte y escribir tres libros sobre el tema, afirmó que en muchas de esas experiencias aparecía un túnel de luz y más allá del mismo otra luz, la cual resultaba prácticamente indescriptible. En *The Light Beyond* (Bantam, 1988) Moody describió una de las más asombrosas experiencias referentes a un túnel de luz que le habían relatado. El túnel tenía una longitud casi infinita y estaba lleno de luz. «Esos seres no se componen de una luz corriente. Emiten una luminiscencia muy intensa y hermosa que parece impregnarlo todo e inundar a las personas de amor. De hecho, una persona que vivió una experiencia semejante declaró: "Podría describirse como 'luz' o 'amor', pero significa la misma cosa". Algunos afirman que es como sentirse inundado por un torrente de luz.»

La luz es un fenómeno muy interesante. Hace años fui a Medjugorje, ex Yugoslavia, con un grupo para visitar a algunos de los jóvenes que habían tenido visiones de María, la madre de Jesús. Muchos de los miles de

visitantes que habían acudido allí habían experimentado unos hechos insólitos. Entre éstos, algunos afirmaron haber visto a María, otros unas luces por la noche en torno a la iglesia, donde la Virgen aparecía periódicamente, otros aseguraron haber presenciado un fenómeno lumínico. Nos dijeron que muchos habían sido capaces de contemplar directamente el sol sin parpadear ni sufrir daños visuales, atribuyendo el fenómeno a la presencia de María en aquel lugar.

Un día, al pasar junto a un campo que está junto a la iglesia vi a más de cincuenta hombres y mujeres contemplando el sol. Yo traté también de observar el sol directamente durante tres o cuatro minutos. Tuve la impresión de que el sol estaba cubierto por una tapadera, mientras la luz se difundía a su alrededor. En el cielo no había ni una nube, desde luego, ni ninguna tapadera, pero me recordó las historias de quienes habían descrito la experiencia de hallarse a las puertas de la muerte y no sentir ningún dolor al contemplar la intensa luz, ni siquiera al aproximarse a ella. Al parecer, era un fenómeno frecuente en ese tipo de experiencias. Desde luego, no se trataba de un eclipse. ¿Estaría realmente asociado con los extraordinarios acontecimientos que rodeaban las apariciones de la Virgen María? La mayoría de las personas así lo creen.

La Biblia contiene numerosos pasajes en que se hace alusión a la luz. «Dios es luz y en Él no existe la oscuridad» (Juan, 1, 1-5). En Juan 1, 8, Jesús es llamado «la luz verdadera, que ilumina a todos los hombres que existen en el mundo». En Mateo 17, 2 se lee: «Su rostro resplandecía, mientras el sol y Su indumentaria aparecían blancos como la luz».

En el Antiguo Testamento de la Biblia, resulta interesante observar la plaga de tinieblas que Moisés invocó para que cayera sobre los egipcios (Éxodo 10, 22-23): «Y Moisés alzó la mano hacia el cielo y cayó una espesa oscuridad sobre Egipto durante tres días... No podían verse unos a otros, nadie se movió de su lugar durante tres días; pero todos los hijos de Israel disponían de luz en sus casas». Y según se afirma en los Salmos 36-39: «Pues en Ti se halla la fuente de luz; en Tu luz veremos la luz».

Pablo, según recordará el lector, se encontraba en el camino de Damasco cuando «de súbito apareció en el cielo un gran resplandor que se extendió en derredor de mí». Pablo quedó cegado por la luz, recuperando la vista posteriormente; todo ello se produjo a fin de que se cumpliera un importante propósito (Actos 22-26).

Pero no olvidemos que nosotros, en cuanto creaciones de lo Divino, somos también seres de luz, aunque hasta la fecha muchos lo ignoremos. Como tales, podemos curarnos de diversas formas, porque la luz es la vida.

Cuando esa información es presentada por primera vez al cuerpo, éste acaso lo comprenda y declare: «¿Por qué ofrecer consejos espirituales cuando estoy tan preocupado por mi bienestar físico y el de quienes me rodean? Pero ¿quién cura sus enfermedades? ¿A quién pertenece el mundo material? ¿Al hombre o a Dios? ¿A quién sirve, a sus apetitos, a sus propios deseos, o a Dios? Ésta debería ser su primera consideración. (3538-1)

La medicina holística en acción

Cuando buscamos una definición de lo que significa la sanación, debemos saber lo que es y lo que no es. El campo de la medicina no es una profesión de sanación. La quiropráctica, la osteopatía, la naturopatía, la terapia física, la acupuntura, tal como existen hoy en día, no son profesiones de sanación en sí mismas (aunque algunos de los que las ejercen pueden ser considerados sanadores). Todas ellas constituyen unos métodos encaminados a corregir una enfermedad, y en cuanto tales, cumplen una tarea eficaz cuando son utilizadas creativamente. No obstante, en sí mismas, no producen una sanación.

La sanación sólo se consigue cuando el ser humano –la mente de la persona necesitada– es activado (bien desde dentro o desde fuera) para permitir que se produzca un cambio divino dentro del cuerpo; y cuando el cuerpo es tratado de forma que las anomalías fisiológicas se vean influidas de tal modo que recuperen un equilibrio normal.

Debe verificarse un cambio en la conciencia, emprender una nueva dirección hacia la luz; dicho de otro modo, debe producirse un cambio divino en la conciencia de las células y los átomos del cuerpo. Pues la mente y el espíritu (la fuente de vida) se hallan no sólo en el cerebro, sino en cada sistema, órgano, célula y átomo del cuerpo humano.

Edgar Cayce dijo lo siguiente al hablar sobre la naturaleza de la sanación tal como él la veía desde un estado consciente alterado.

Toda sanación, por tanto, proviene de la vida. La vida es Dios. Es el ajuste de las fuerzas que se manifiestan en el cuerpo individual.

Luego, se producen períodos de reacción de las fuerzas corporales, las funciones corporales, la respuesta corporal a las influencias externas e internas; y luego se produce, una y otra vez, la sintonización necesaria. (2153-6)

Curarse de esa forma puede considerarse una curación holística. Debemos contemplar a nuestro prójimo como un ser creado por Dios; a su imagen y semejanza; dotado de una mente que es el constructor; y de un cuerpo que es el resultado de que la mente se active y sea creativa, utilizando al espíritu como fuerza de creación en sí mismo. Ésta es la historia que contiene el material de Edgar Cayce desde que comenzó a ofrecer unas lecturas a principios de siglo, hace casi nueve décadas.

El término «holístico», tal como se aplica en el ámbito de la medicina, fue acuñado a finales de los años sesenta. El doctor James Windsor pronunció una conferencia sobre enfermedades mentales en el segundo simposio médico anual patrocinado por la A.R.E. Clinic en Phoenix, Arizona, titulada «Un enfoque holístico en el tratamiento de los enfermos mentales». Así fue como nació el término «medicina holística».

Ésta prosperó a lo largo de los años, llevando a la formación en 1978 de la American Holistic Medical Association, y luego a un editorial en el *JAMA* (*Journal of the American Medical Association*) el 16 de marzo de 1979, en el que se afirmaba que «las raíces del holismo actual probablemente se remontan cien años, al nacimiento de Edgar Cayce en Hopkinsville, Kentucky. Cuando murió en 1945, Cayce era reconocido como un místico que caía en trances y dictaba una filosofía de la vida y la sanación denominadas “lecturas”».

El doctor Windsor no habría rebatido la afirmación del *JAMA*, pues en su disertación utilizó las lecturas de Cayce como la fuente principal de datos.

¿Por qué fue señalado Cayce como el creador del concepto de medicina holística? Debido a su información psíquica, por supuesto, la cual insistía en que cada ser humano consistía en un cuerpo, una mente y un espíritu. Incluso en las lecturas que ofreció a quienes estaban enfermos, Cayce indicó reiteradamente que la enfermedad podía ser el resultado de un trastorno del cuerpo, al haberse desobedecido las leyes del cuerpo humano, o de la mente, en el caso de que la mente hubiera sido utilizada de forma destructiva en ésta u otras encarnaciones. O podía tratarse de un

defecto en la comprensión del origen espiritual o destino del alma humana, y de los actos relacionados con dichos errores.

Al hablar de las enfermedades, Cayce veía al individuo como un ser espiritual eterno, un alma, que venía al plano terrenal una y otra vez para experimentar acontecimientos, actividades y enfermedades como una serie de pasos repetidos destinados a propiciar el crecimiento del alma.

Al comentar cómo se producía la curación, solía hablar en términos generales sobre los métodos de sanación pero indicaba lo que debía hacerse específicamente a fin de experimentar una auténtica curación (holística):

Si bien es cierto que las medicinas, los preparados, los instrumentos técnicos, la radiación, tienen su lugar y forman parte de las Fuerzas Creadoras, la personalidad capaz de suscitar esperanza, de crear confianza, de propiciar el despertar de la fe en la conciencia de un individuo es muy necesaria.

Pues ¿quién cura todas vuestras enfermedades? Sólo cuando cualquiera de las partes de la estructura anatómica de un ser humano está en armonía con las influencias divinas, que son una porción de la conciencia de una entidad individual, puede verificarse una auténtica curación. Sin ello, todo lo demás es inútil y resulta más destructivo que constructivo. (5083-2)

Sin embargo, cuando uno se halla en un determinado entorno, cualquiera que éste sea, está sometido a las leyes del mismo; y a menos que las leyes materiales sean espiritualizadas en la actividad mental de las almas, quienes se curan con frecuencia siguen estando enfermos espiritualmente. (559-7)

Curarse físicamente sin que se produzca un cambio en los aspectos mentales y espirituales constituye escasa ayuda para los individuos. (4016-1)

Cayce no cesaba de insistir en que el desarrollo espiritual era imprescindible para alcanzar la curación.

La estructura del cuerpo ha sido concebida por voluntad y obra divina para permitir al ser humano realizar las actividades físicas necesarias a fin de cumplir su propósito en esta encarnación, e impulsar el alma en la dirección adecuada, esto es, hacia su fuente.

Por otra parte, Cayce señaló que los órganos y sistemas del cuerpo realizan unas funciones vitales que nos permiten continuar desarrollando una actividad en esta dimensión.

Los sentidos fueron creados para que fuéramos conscientes de que somos realmente unas almas que viajamos por la tierra, atentas a nuestro entorno y conscientes de que todos los acontecimientos pueden ser unas experiencias de aprendizaje que debemos utilizar como escalones en nuestro ascenso. Cayce nos advertía siempre que no debíamos utilizarlos como obstáculos en nuestro camino.

Mi experiencia me ha enseñado que esos conceptos de holismo son tan reales como la vida misma. Los hombres –todos los seres humanos que habitamos la tierra– estamos creados a imagen y semejanza de Dios y somos unos seres eternos, y necesitamos desesperadamente ser reconocidos como tales cuando nos sometemos a un tratamiento para curarnos, independientemente del método que elijamos. Es difícil reconocer nuestra naturaleza eterna, pues no se trata de un concepto corriente en nuestra cultura y en nuestras religiones occidentales. No obstante, su efecto más dramático es hacernos comprender que hemos estado aquí desde antes de que el mundo fuera creado, y seguiremos existiendo después del fin del mundo.

La enfermedad está tan estrechamente vinculada con nuestros objetivos y nuestro destino que no pueden separarse. Los trastornos del cuerpo deben ser considerados como una oportunidad para contemplarnos tal como lo que somos, unos seres eternos. Con nuestras emociones negativas, alteramos la naturaleza de nuestros órganos endocrinos, que a su vez alteran la función de nuestra compleja fisiología, a través de nuestro sistema nervioso y actividad hormonal. Como consecuencia de una exagerada actividad fisiológica aberrante, empieza a asomar la enfermedad que estamos creando, la cual es diagnosticada cuando se hace lo suficientemente fuerte para manifestar sus síntomas. Sólo entonces, en la mayoría de los casos, tomamos ciertas medidas encaminadas a normalizar el cuerpo.

Nos queda aún mucho camino hasta comprender cómo funciona nuestro cuerpo a través de esta encarnación, pero podemos empezar reconociendo que nuestras vidas son una manifestación de la conciencia. ¿Qué significa en términos de conciencia y curación holística haber tocado fondo, y haber decidido que no nos gusta?

Un concepto que me ha resultado muy útil para mirar hacia arriba cuando he tocado fondo, es conformarme con la situación en que me hallo, aunque sin sentirme satisfecho. ¿Por qué conformarme? Porque si no

me siento conforme en esos momentos (nuestros métodos son susceptibles de cambiar a cada instante), mis partes internas sufrirán serias alteraciones. Eso sólo indica la necesidad de un cambio de dirección, no contribuye al proceso de curación. Sé que merezco estar en la situación en la que me encuentro, de modo que debo conformarme, estar dispuesto a analizar la situación y moverme tranquila y suavemente con mi cuerpo, pero consciente de que no estoy satisfecho de permanecer en la situación en que me hallo. Puesto que esto es un hecho, emprendo una dirección distinta de la que he tomado en el pasado. Cambio de rumbo.

En cierto sentido, es como emprender un viaje organizado por Europa u Oriente Medio. Elegimos dónde planeamos ir, pero cuando llegamos al tercer destino de nuestro viaje percibimos un tiroteo a poca distancia de donde nos encontramos, lo cual resulta peligroso. No queremos vernos envueltos en una guerra, tampoco continuar nuestro viaje. De modo que hablamos sin perder la calma con el organizador del mismo, comunicándole que hemos elegido libremente ese itinerario, pero que hemos cambiado de opinión y deseamos regresar a casa. Cambiamos de dirección.

Pero para conformarme a nivel consciente debo saber qué soy y cuáles son mis posibilidades, al menos en el terreno de la curación. Entiendo que soy eterno y que he sido creado a imagen y semejanza de Dios. Poseo un potencial que jamás imaginé, al igual que todos los seres humanos. Cayce tenía mucho que decir sobre nuestro potencial.

Todo conocimiento..., en el pasado, presente o futuro..., está latente en nosotros..., sólo es preciso que el hombre empiece a comprender. La impronta, la imagen del Creador forma parte del patrimonio de cada alma. Por tanto, todo conocimiento que ha existido forma parte de la experiencia del alma. La entidad presente –observando, experimentando la evolución de los diversos grupos, y en sus hogares, ocupando su lugar como individuos en lugar de manadas o grupos controlados por otros, como hombres libres– buscó ese conocimiento en sí misma, a través de la experiencia de la evolución y la ayuda a la formación de planes, conforme se fue desarrollando, junto con otros que estimularon a la entidad en aquel periodo de actividad. (A-1, 2533-4)

Cayce, por supuesto, estaba aconsejando a un individuo que le pedía ayuda para resolver su vida. Pero la historia es la misma para todos los individuos que habitan en la tierra. Todos llevamos la «impronta del Crea-

dor», la cual forma parte del patrimonio que nos fue conferido al principio. Debemos reivindicarla y empezar a obrar como si la poseyéramos en cualquier momento de nuestra experiencia de vivir en la tierra.

Tenemos la oportunidad de conformarnos con la situación en la que nos hallemos al comprender que poseemos el potencial divino, pues sabemos que al fin entraremos en contacto con él y lo viviremos. Quizá no ahora, sino en el esquema temporal al que se refiere Jesús en la Biblia, cuando dice: «En vuestra paciencia poseéis vuestras almas» (Lucas 21, 19). Al mismo tiempo, no nos sentimos satisfechos con permanecer en nuestra conciencia presente, sino que decidimos avanzar hacia otro nivel superior de conciencia.

En ocasiones, el potencial divino se manifiesta cuando no es reconocido y cuando el poseedor de ese potencial ni siquiera sabe que existe. Con frecuencia ocurre durante el proceso de curación, el cual representa para todos parte de la aventura de un cambio en nuestra conciencia psíquica. Un buen ejemplo de ello es un paciente al que llamaré Fred, quien se presentó en la A.R.E. Clinic con un historial de tres meses de inflamación y rojez en el pie y tobillo derechos, y un dolor que le había aparecido recientemente en la espalda. Le habían hecho unos análisis para comprobar si padecía artritis reumatoide y las últimas pruebas habían resultado positivas. Fred tenía sesenta y cinco años. Aparte de esos problemas, gozaba de excelente salud.

Su régimen terapéutico se basaba rigurosamente en las indicaciones dadas en las lecturas de Cayce y en el protocolo sobre la artritis: Atomidina en una serie cíclica, baños de sal de Epsom cada semana, un masaje corporal (en la clínica) seguido por unas friegas aplicadas con aceite de cacahuete en el pie y el tobillo cada noche antes de acostarse, técnicas de visualización y una dieta especial para los enfermos de artritis.

La respuesta al tratamiento fue muy rápida. Al cabo de dos meses la inflamación había desaparecido, el paciente no sentía ningún tipo de molestias y, según todos los indicios, se había curado. Las pruebas sucesivas confirmaron que la recuperación de Fred era permanente.

La artritis reumatoide no responde de esa forma en la literatura médica excepto en algunos casos raros e indefinidos. Sin embargo, Fred se había recuperado con gran rapidez. Quizá la «impronta del Creador» era más activa en él de lo que habíamos supuesto. Quizá pensó: «Esto no tiene im-

portancia. Si hago esas cosas, me curaré». Y así fue. Nosotros también podemos aprovecharnos de la curación holística a muchos niveles, incluyendo la búsqueda de la longevidad.

Se ha escrito mucho sobre el proceso de envejecimiento, el cual debe ser invertido o detenido —o al menos ralentizado— si queremos disfrutar de esa cualidad que llamamos longevidad. Ante la posibilidad de que en un futuro el ser humano pueda alcanzar los 140 años, a fin de ser capaces de detenerlo, primero debemos saber qué es lo que provoca el proceso de envejecimiento. Solemos considerar la longevidad del cuerpo en términos de salud, vigor muscular, historia familiar y herencia genética. Sin embargo, rara vez incluimos lo que nosotros pensamos sobre la longevidad en cuanto un factor.

Cayce describió nuestro potencial de longevidad afirmando que todos poseemos los conocimientos, en el fondo de nuestra naturaleza, sobre cómo fuimos creados. Lo cual comprendería, como es lógico, el conocimiento de cómo vivir hasta alcanzar cualquier edad.

Quizá sean las formas de pensamiento que creamos las que tienden a convertir el cuerpo en lo que es. Ésa es la postura adoptada en las lecturas de Cayce, y esas formas de pensamiento se hallan siempre en el inconsciente. Si creamos un patrón de convicciones que sostienen que poseemos un potencial ilimitado, habremos sintonizado con el infinito y tendremos ese conocimiento a nuestro alcance. El siguiente paso consiste en invocar el conocimiento de la fe, pues la fe es una de esas claves.

Cayce hablaba sobre la longevidad de una forma que no suele hallarse en nuestra formación médica. Simplemente decía que si alcanzamos el nivel de conciencia del que el cuerpo puede nutrirse desde dentro, no necesitamos envejecer. No obstante, nuestro alejamiento de esa dimensión se produce en la mayoría de los casos cuando sucumbimos a las tensiones provocadas por los asuntos cotidianos, o los insólitos acontecimientos que se producen en la vida de todos. Mantener la compostura necesaria para afrontar con ecuanimidad todos los acontecimientos que ocurren en el mundo no es empresa fácil. Pero ésa es la sugerencia que se nos da, para utilizarla si así lo deseamos.

La decisión de abandonar el cuerpo a través de la muerte suele producirse cuando no nos centramos en nuestra asociación con lo Divino en un grado suficiente para utilizar el poder que existe a ese nivel. En tal caso,

nos cansamos y decimos: «¡Ya no puedo más!». Y es comprensible. Supongamos, por ejemplo, que el compañero de una persona traspone la puerta que llamamos muerte y su cónyuge lo echa mucho de menos, o no ha tenido ocasión de despedirse de él, y al cabo de un tiempo se siente abrumado y entristecido por su existencia cotidiana, hasta el punto de no querer seguir viviendo. A veces decimos que una persona ha muerto por habersele roto el corazón. Con frecuencia el cuerpo y el espíritu se sienten demasiado cansados para continuar solos.

La otra cara de la moneda, sin embargo, es que cuando uno se centra en su auténtico poder divino, suelen suceder cosas asombrosas. Ello explicaría los ejemplos de individuos que viven muchos años. Su aportación en esta encarnación sirve de ejemplo a todos sus semejantes sobre la posibilidad de alcanzar la longevidad.

Si usted elige echar mano de los recursos que posee en el fondo de su ser, sepa que la conciencia de cada una de las células de su cuerpo le ayudará en su empresa. En términos metafísicos, no volverá a ser el mismo. Holísticamente, habrá iniciado un proceso necesario para la curación total del cuerpo. Tal como comentó Cayce:

El pensar no añade nada a su estatura materialmente, pero mentalmente, espiritualmente, puede propiciar una revolución que aporte paz y armonía al mundo.
(3384-3)

Pero ¿qué sucede cuando está presente la enfermedad, en relación a la curación holística y la longevidad? Lo que denominamos enfermedad se aplica a múltiples condiciones corporales, pero es razonable afirmar que todas tienen un inicio en un determinado momento, y que todas llegan a su fin, como todo cuanto existe en el plano terrenal. Puede que no advirtamos el inicio cuando éste se produce, pues puede tratarse de algo tan simple como una discusión con nuestro cónyuge. Por otra parte, puede ser algo muy importante, como un divorcio traumático, cuando uno de los cónyuges dice «esta relación me está matando» sin reparar en el significado literal de la frase.

Cuando se produce ese tipo de estrés que afecta al sistema inmunitario, los daños a aquella porción del cuerpo no se remedian fácilmente, pues la emoción no sana sino que permanece una profunda herida en el in-

consciente y en los centros emocionales. Esas heridas pueden significar el comienzo de una enfermedad que afectará al corazón, al sistema nervioso, al sistema cardiovascular o a cualquier otra parte del cuerpo. Pues todos los sistemas son susceptibles de resultar perjudicados, desde el momento en que persiste el daño.

Supongamos que el órgano afectado es el corazón, junto con todos los vasos sanguíneos, arteriales y venosos. Si se tratara de su corazón, ¿no lo trataría con precaución para evitar dañarlo? Lo mejor, por supuesto, sería comenzar lo antes posible, antes de que tuviera que acudir a un especialista cardiovascular. Para empezar, piense en si ha conseguido controlar sus emociones en los últimos seis a doce meses. ¿Ha tomado alguna medida para contrarrestar el estrés de la vida cotidiana?

Esas medidas no son nuevas, puesto que han sido comentadas por Cayce, en estado de trance, en varios casos, y con todo detalle. Unos estudios científicos recientes muestran que las sugerencias de Cayce para alcanzar un estilo de vida más sano han hecho más en favor de reducir el riesgo de una enfermedad coronaria que los tratamientos médicos, incluyendo una dieta más sana: pocos o ningún cigarrillo, muchas verduras, frutas y productos integrales; pescado, aves y cordero como fuentes de proteínas; así como evitar fritos, harina refinada y azúcar blanco. Por supuesto, a esta lista le añadiríamos unas actitudes constructivas, unos esquemas emocionales positivos, unos patrones de pensamiento fundados en el conocimiento, el ejercicio y el uso diario de la meditación y la oración.

Es fácil afirmar que el principal mensaje para el estadounidense medio es que uno puede hacer más para disminuir los riesgos de morir debido a un ataque cardíaco que su propio médico. Lo cierto es que poseemos un asombroso control sobre nuestro destino físico. Esa noción se repite una y otra vez en el material legado por Cayce. Y contribuye a hacernos comprender que nuestro estrés emocional forma parte de nuestra aventura a nivel de conciencia psíquica desde antes de que supiéramos que estábamos a punto de caer enfermos. Incluso sabíamos que siempre hemos estado implicados en esa aventura.

Una vez que somos conscientes de la enfermedad, en cuanto entidad, nos interesa resolver esa situación que parece amenazar nuestra misma existencia. Eso nos lleva a un intento más serio de remediar la forma en que funciona nuestro cuerpo, o tratar de frenar el curso de la dolencia.

Solventar esta situación que nos amenaza implica la cualidad del tiempo y la fuerza de la mente. La enfermedad puede curarse en un momento, como cuando uno reza sinceramente y la enfermedad desaparece, por ejemplo. Uno de nuestros pacientes tomaba unos medicamentos para aliviar una dolencia cardíaca que había sido diagnosticada como angina de pecho. Un día estaba descansando sobre un aparato de reposo que transmitía a su cuerpo un campo electromagnético muy débil. Estaba medio dormido cuando de golpe «vio» a María, la madre de Jesús, en su imaginación. Tuvo la sensación de que ella estaba realmente allí, y el hombre comprendió en el acto que se había curado de su dolencia cardíaca. Naturalmente, nos relató su experiencia. Eso ocurrió hace catorce o quince años, y nuestro paciente no ha vuelto a sufrir ninguna enfermedad coronaria, ni ha tenido que tomar ningún medicamento para su corazón.

La resolución de una enfermedad puede producirse instantáneamente, y los métodos acostumbrados para explicarlo no suelen tener sentido. Pero ha ocurrido y volverá a ocurrir, pues forma parte de la aventura de muchos individuos.

Por otra parte, la superación de una enfermedad puede llevar días, semanas, meses e incluso años. La curación puede sobrevenir mientras uno traspone la otra puerta de Dios, o puede ser pospuesta para que el individuo la experimente en otra encarnación, en caso de que sea demasiado terco para aprenderse la lección.

En cierta ocasión alguien preguntó a Cayce sobre el factor del tiempo en la curación. Su respuesta, como de costumbre, se ciñe a la cuestión, pero añade mayor profundidad al tema.

¿Puede una curación ser instantánea o es siempre progresiva?

A-15. La tendencia natural es que sea progresiva, pero eso no indica que no pueda ser instantánea. Pues, a medida que el operador avanza en la experiencia, para alcanzar la integridad en todos los aspectos, bien en sí mismo o la parte que está siendo tratada, lo hace a fin de que se produzca inmediatamente la curación. Pero, como siempre ha sucedido, y siempre sucederá, el progreso, o conservación de lo que se alcanza, se logra a través del crecimiento. Pues curarse inmediatamente para luego separarse y perderse paulatinamente, ¿cómo ha ocurrido en épocas pretéritas? Quien observe, y quien haya comprendido el concepto del espíritu de las influencias en la infinidad y regresa..., ¡el último estado de ese hombre será peor que el primero!
(443-6)

La sanación, en el contexto del material de Cayce, es ciertamente una aventura de la conciencia psíquica; y la sanación de la persona en su totalidad se convierte en un acto responsable tanto para el médico como para el paciente. Conforme el hombre se desplaza hacia una nueva era de conciencia, ese concepto debe formar parte de la conciencia de todas las gentes.

Debemos recordar de nuevo que detrás de cada experiencia de enfermedad yace un premio, una perla de gran valor, una lección vital que nos ayuda en nuestra aventura de dirigirnos hacia la luz. Puede hallarse, pero es preciso que el buscador la busque activamente.

Los cuerpos que provocan trastornos por haber desobedecido las leyes y actividades del mundo material, a veces causan también perjuicios al alma. ¡LA VIDA ES UN PROCESO CONTINUO! El alma sigue su camino, adquiriendo a través de cada experiencia la sabiduría necesaria para comprender su vinculación y relación con lo Divino. (1014-2)

La mente en control

La mente existe en todas las partes del cuerpo, no sólo en el cerebro. Una porción de nuestra mente, el sistema nervioso autónomo, permanece siempre activa, incluso mientras dormimos, controlando las actividades inconscientes de nuestras funciones corporales internas, confiriéndonos el don de la vida. Incluso aquí las células del cuerpo tienen memoria, otra función de la mente, que a menudo nos enseña de jóvenes a no tocar algo que está caliente. Nuestros dedos nos transmiten el mensaje.

Ciertas técnicas, tales como la biorretroacción, permiten a nuestra mente consciente penetrar en los dominios del inconsciente y enseñar a nuestro cuerpo a reducir la temperatura corporal o disminuir la presión arterial, las cuales constituyen otras facultades mentales. La mente puede disipar una jaqueca, colocarnos en un estado de sueño, incluso en un estado consciente alterado.

Nuestra mente utiliza el poder de la elección para determinar lo que vamos a hacer hoy. Emprendemos una tarea que nuestra mente cree que podemos realizar, y generalmente lo conseguimos.

En 1969, un grupo de compañeros de viaje y yo, bajo la guía de Hugh-Lynn Cayce, preguntamos al Dalai Lama cómo era posible que sus gentes caminaran sobre piedras ardiendo sin sufrir ningún daño. El Dalai respondió que era porque llegaban a formar parte del fuego.

«Por ejemplo, si tomamos el calor del fuego, hablando en términos generales, éste podría quemarlos y sentirían su calor. Pero si uno analiza los

átomos que crean ese fuego, si es capaz de descomponer esos átomos y utilizar ese conocimiento, el fuego no tendrá el poder de quemarlo.» El Dalai Lama prosiguió: «Cuando el fuego nos quema, ello se debe a que no hemos sido capaces de analizar el fuego ni la naturaleza auténtica de nuestros cuerpos. Cuando uno consigue comprender el cuerpo físico y los objetos externos, esa combinación le permite realizar milagros». Nuestro grupo seguía sin comprender el método mediante el cual podíamos «llegar a formar parte del fuego».

Al cabo de una semana, visitamos a unas gentes que caminan sobre piedras ardientes en las islas Fidji, las cuales nos dieron una lección práctica. Siete isleños nativos –todos ellos varones– caminaron repetidamente sobre unas piedras que habían sido calentadas hasta transformarse en ascuas por un fuego encendido en un hoyo de cinco metros de longitud y que había ardido durante varios días antes del acontecimiento.

Sus faldas nativas de hierba quedaron chamuscadas, en ocasiones se quemaron, pero yo examiné personalmente a un hombre de cincuenta y cinco años y a un chico de quince después de que hubieran caminado sobre las ascuas. Las plantas de sus pies estaban indemnes, un poco polvorientas debido a la tierra y a las cenizas que habían pisado, pero no sufrían dolor ni quemaduras, y parecían haberse divertido mostrando sus habilidades a un nutrido grupo de estadounidenses.

¿Conseguían realmente llegar a formar parte del fuego? No lo mencionaron cuando hablamos con ellos. Dijeron que pertenecían a un grupo de familias que poseían esa facultad. Nacidos en el seno de esas familias, los varones aprendían a caminar sobre ascuas. Incluso si un hombre se casaba con una mujer perteneciente a una de esas familias era capaz de hacerlo, siempre y cuando estuviera convencido de ello. Al parecer, esos nativos de las islas Fidji conocían instintivamente el poder de estar convencido de algo, una función que parece pertenecer a la mente pero que tiene sus raíces en el espíritu y su manifestación en el cuerpo.

Son muchas las cualidades, asombrosamente singulares, que poseen estos cuerpos, en ocasiones frágiles, que habitamos, dotados de unos poderes inherentes de curación y del poder de crear enfermedades y disfunciones del cuerpo. La mente controla la construcción de todas esas facultades. Si utilizamos la mente adecuadamente podemos controlar nuestros cuerpos.

En el Nuevo Testamento puede leer la historia de Jesús haciendo que Lázaro resucitara (Juan 11, 43), y de Felipe siendo transportado corporal e instantáneamente a Asdod, en el Mediterráneo, desde un lugar descrito como «la ruta desde Jerusalén hasta Gaza» (Actos 8, 39-40).

La Biblia está repleta de historias que ilustran cómo una ley diferente toma cuerpo en determinadas ocasiones: Jesús desapareciendo mientras es perseguido por una muchedumbre hostil que trata de asesinarlo en Nazaret (Lucas 4, 29-30); Elías tendiéndose sobre un niño muerto y haciendo que resucite (1 Reyes 17, 21-24); y Jesús haciendo que un ciego recupere la vista (Matías 9, 27).

Uno de sus discípulos (Matías 15, 30) relata que «Jesús regresó al Mar de Galilea, subió una colina y se sentó en la cima. Y una numerosa muchedumbre le llevó a sus cojos, ciegos, tullidos, los que no podían hablar, y muchos otros, y los colocó ante Jesús; y Él los curó a todos».

Jesús caminó sobre las aguas, aplacó a los elementos. Curaba a las personas mediante la palabra, tocándolas o simplemente con su presencia. Existen innumerables historias sobre curaciones, consideradas por los auténticos creyentes como milagrosas. ¿Cómo podemos llegar a comprender ese tipo de hechos?

El padre Pío, un devoto cura parroquial y sanador italiano, era muy conocido por su capacidad de levitar en ocasiones mientras decía misa. Quienes seguían sus enseñanzas y lo amaban profundamente le cuidaban con un celo especial puesto que era capaz de rezar por ellos y conseguir que se curaran. Era un fenómeno frecuente. Asimismo, el padre Pío era capaz de hallarse en dos sitios al mismo tiempo. Mientras estaba sentado meditando, algunas personas lo veían también junto a sus lechos, bendiciéndolas, o simplemente andando por la calle.

Durante cincuenta años, ostentó unos estigmas como los que sufrió Jesús en su crucifixión. El 23 de septiembre de 1968, a los ochenta y un años de edad, y el quincuagésimo aniversario del inicio del fenómeno de los estigmas, el padre Pío falleció.

Teresa Newman vivió durante muchos años en Baviera, alimentándose exclusivamente de la hostia consagrada que tomaba cada mañana durante la misa. Fue examinada por diversos médicos, quienes constataron que no tomaba más alimento que ése. Teresa trabajaba en los campos, y los viernes experimentaba, en su estado consciente alterado, los sufrimientos

que había experimentado Jesús en la cruz. Paramahansa Yogananda la visitó en una ocasión y le dijo que había nacido para demostrar que el hombre no sólo se alimenta de pan.

El propio Yogananda (*Autobiography of a Yogi*), cuando entró en el *mahasamadhi* (la partida definitiva de un yogui de su cuerpo), no fue embalsamado, sino que permaneció tendido en su féretro, sin que su cuerpo experimentara el menor cambio, hasta que los empleados de la empresa funeraria de Forest Lawn colocaron la tapa de bronce sobre el féretro. El director envió una carta al Self-Realization Fellowship, en la que decía: «La ausencia de indicios de descomposición en los restos de Paramahansa Yogananda ofrece el caso más extraordinario en nuestra experiencia [...]. Su cuerpo no ha emanado en ningún momento un olor a descomposición [...]. El aspecto físico de Yogananda, el 27 de marzo, era idéntico al que presentaba el 7 de marzo, la noche en que murió».

Durante otro viaje que realicé con unos investigadores en fenómenos paranormales, vi una película sobre una rusa, Nelya Kulagina, que hacía levitar en el aire una pelota de ping-pong, utilizando tan sólo las energía que emitían sus manos. Más tarde, cuando almorzamos con ella, sin tocar un anillo de esponsales que colocamos ante ella sobre la mesa, en el Hotel Leningrado, Nelya utilizó las energías que según dijo provenían de sus manos para hacer que el anillo se deslizara a través de la mesa y cayera al suelo. ¿Cómo podemos explicar esos fenómenos?

La insólita naturaleza del ser humano ha representado un enigma a lo largo de la historia del hombre en la tierra, y éstos constituyen sólo unos pocos ejemplos de los prodigiosos hechos que diversas personas han presenciado y relatado. ¿Cómo son posibles esas cosas, aun suponiendo que algunas de las historias se hayan exagerado con el paso de los años?

Evidentemente, el cuerpo no es lo que parece a un observador casual. Si comprendemos que nuestro cuerpo es el medio a través del cual nosotros —en cuanto seres espirituales, almas— somos capaces de desempeñar un papel en esta dimensión, lograremos descifrar otra parte del misterio. Pues el alma, creada a imagen y semejanza de Dios, posee unas dotes que exceden a nuestra imaginación, en su mayoría sin descubrir y esencialmente ilimitadas. Existe conciencia y creatividad en cada célula y cada átomo del cuerpo físico, y la mente es invariablemente el cons-

tructor, la fuerza controladora. Cayce se lo explicó a una persona en estos términos:

Pues cada célula en la fuerza atómica del cuerpo es como un mundo en sí misma, y todas ellas –todas las células– están en perfecta sintonía y son capaces de unirse para reconstruir las fuerzas del cuerpo en todas sus necesidades... (93-1)

No somos sólidos, como ya hemos dicho, sino que estamos compuestos por átomos y moléculas, bajo el control de unos impulsos eléctricos o electrónicos, emitidos por nuestro cerebro y sistema nervioso, pero generados por nuestro cuerpo-alma eterno. Casi todo es posible, siempre y cuando descubramos cómo conseguirlo. Generalmente, el problema es el «cómo».

Existen ciertos individuos, sin embargo, que han aprendido las lecciones necesarias. Todos llevamos dentro de nuestro ser el destino y podemos desarrollar lo que sea beneficioso para nuestro peregrinaje por la vida, así como lo que pueda ayudar a nuestros semejantes. Dado que nuestro propósito en la tierra es aprender a asemejarnos más a Dios, lo que debemos comprender y seguir es el plan o las normas divinas.

Sepa que sea cual fuere el estado en el que se encuentra, ESO –en estos momentos– es lo mejor para usted. (369-16)

Pese a la afirmación bíblica de que estamos hechos a imagen y semejanza de Dios, y por tanto poseemos una naturaleza espiritual y somos unos seres eternos –de que nuestra auténtica vida, orígenes y destino se hallan en otra esfera– todavía nos pellizcamos y nos preguntamos cómo es posible que nuestra auténtica vida pueda encontrarse en otro lugar que no sea el plano terrenal. En la tierra, podemos ver, oír, sentir, saborear y oler nuestro entorno. Lo que nos rodea es «real». Si se cae una tabla de planchar sobre nuestro pie, nos hace daño. Cuando una bala nos atraviesa el corazón, nos morimos. Al nacer somos unas criaturas pequeñas y vamos creciendo en tamaño y estatura hasta que nos hacemos adultos. ¿Cómo podemos ser reales en otro lugar excepto este plano material de existencia? ¿Acaso no estamos hechos de carne y hueso sólidos?

Lo cierto es que somos energía en movimiento, átomos volando en un

mundo en miniatura, creando moléculas y unas estructuras cada vez más complejas hasta convertirnos en órganos, sistemas y partes dotados de movimiento.

Los átomos no son sólidos. Cuando determinados átomos se descomponen se produce una explosión. Los átomos se descomponen continuamente en el sol, creando luz y calor, fuego y energía, lo cual hace que vivamos aquí en la tierra.

Podemos afirmar sin temor a equivocarnos que constituimos un misterio, al menos para nuestra mente consciente. Y la tierra puede ser también un misterio que todavía no hemos comenzado a descifrar. Desde el punto de vista de Cayce, la tierra es una manifestación de lo Divino, dispuesta en el espacio para que gocemos de ella y la utilicemos a fin de crecer y asemejarnos a lo Divino.

Así pues, parece razonable que, si un átomo es un elemento no material, nosotros —en cuanto seres formados— tampoco somos materiales. Pero parecemos sólidos, parecemos materiales, aunque lo aparente no tiene necesariamente que ser real. No obstante, este ámbito manifiesto no es igual que la dimensión desde la que nos hemos trasladado a la tierra. Esa dimensión no reconocida posee una realidad diferente. Constituye la vida real, el hogar real, el lugar donde reconocemos nuestra naturaleza eterna, y el lugar donde nos originamos y experimentaremos nuestro destino.

Para Dios nada es imposible, y el individuo que se ofrece como un canal a través del cual puedan pasar las influencias del bien para ayudar a otros, puede ser guiado o mostrársele el camino. (165-24)

Nuestra búsqueda y eterna lucha para regresar a nuestro lugar de origen es la causa de nuestra ansiedad, pues en alguna parte, en lo más profundo de nuestra mente, sabemos intuitivamente que esta tierra no es nuestro verdadero hogar.

Podemos afirmar categóricamente que la mente del hombre en el mundo hoy en día no puede comprender la esencia de lo que es Dios. Y puesto que estamos hechos a su imagen y semejanza, debemos crear un símbolo para describir a Dios, y otro para describir al hombre. Pues el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios, pero ciertamente no es Dios. Observemos esto tal como aparece en el diagrama 1.

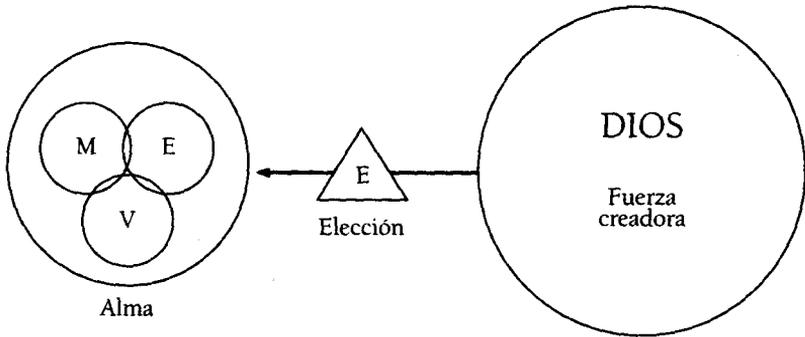


DIAGRAMA 1. CREADO A IMAGEN Y SEMEJANZA DE DIOS.

Las Energías Creadoras –Dios– son mostradas aquí como un círculo. Un círculo no tiene principio ni fin. Así, para nuestros fines, el círculo es eterno. Simboliza perfectamente lo que es Dios, lo eterno, el ser infinito.

Digamos que el símbolo que aparece a la izquierda muestra el alma, en cuanto creada a imagen y semejanza de Dios, dotada también de vida eterna. Pero a fin de comprender cómo está constituido el hombre, el alma es mostrada como poseedora de tres círculos dentro de sí misma, los cuales representan el espíritu (E), en cuanto creador de vida; la mente (M), como el poder que siempre se erige en constructor; y la voluntad (V), el poder de elegir. Quizá no exista nada más precioso y valioso que nuestra capacidad de elegir. Todo cuanto tenemos, todo lo que somos, da pruebas constantes de la utilización de ese poder de elección, ejercitado a través de la habilidad creadora de la mente.

Tal como veremos más adelante, la mente se convierte en la controladora de todo cuanto hacemos, todo lo que somos. Pues estamos formados por las elecciones que hace la mente. Nuestros hábitos, tendencias y las actividades que elegimos, todo ello emana de la mente a medida que configura nuestra existencia en la tierra.

Nuestras metas en esta vida, los propósitos para los cuales hemos venido a la tierra, todo se produce a través del poder de la mente, y debemos tener siempre presente que somos un alma de visita en la tierra, habiendo recibido el don de la vida a través de lo que llamamos el Espíritu, o manifestación de Dios. Nuestra mente dirige nuestro curso y hace que

nos convirtamos en lo que somos, mientras recordamos que en el presente somos el resultado de lo que hemos construido con nuestra mente en esta vida y en otras vidas anteriores.

Obsérvese a sí mismo un momento, estimado lector, y reflexione sobre lo que dijo Edgar Cayce en estos dos párrafos seleccionados:

Su personalidad, por tanto, es la expresión material. Y su individualidad es la personalidad del alma. (2995-1)

Su individualidad y su personalidad no reflejan la misma sombra en el espejo de la vida. (3351-1)

Según lo que Cayce decía a esas personas, se deduce que su alma, lector, manifiesta su individualidad en la dimensión espiritual (el lugar al que vamos cuando morimos, o donde nos hallábamos antes de nacer), mientras que su personalidad es lo que expresa o es durante su estancia en la tierra. No deja de ser interesante que Cayce sugiera que esas dos cualidades que usted posee arrojan o reflejan «una sombra distinta en el espejo de la vida».

Dicho de otro modo, es posible que nos desembaracemos de buena parte de lo que creemos que somos cuando morimos y abandonamos nuestro cuerpo.

Nuestra naturaleza verdadera, sin embargo, sigue siendo lo que éramos en el principio, con todas las experiencias añadidas que vivimos en esta y en otras vidas. La esencia y el contenido de la vida persiste, y la llevamos con nosotros a cada una de nuestras vidas. Por consiguiente, yo sigo siendo yo a lo largo de toda mi existencia, durante todas mis vidas, y los períodos entre éstas. Soy eterno, de modo que no puedo cesar de ser. No existe ningún lugar al que pueda ir. En este momento estoy aquí, lo cual, según llegamos a comprender, es el único tiempo del que disponemos. No disponemos del ayer, pues ha desaparecido. No podemos alcanzar el mañana, pues se disipa en la niebla de una vida que aún no hemos vivido.

Podemos elegir vivir este momento de forma que nos aproxime al objetivo que perseguimos desde antes de nacer. El objetivo, el propósito: conocernos y ser nosotros mismos, pero formando parte de Dios o las Fuerzas Creadoras.

¿Qué es, pues, la VOLUNTAD? Lo que crea la línea divisoria entre lo finito y lo infinito, lo divino y lo humano, lo carnal y lo espiritual. (262-81)

A fin de comprender más cosas sobre la sanación, debemos explorar más exhaustivamente nuestra naturaleza en cuanto seres vivos. Debemos poner a prueba continuamente nuestros conceptos aceptados y estar dispuestos a abrirnos a nuestro potencial, en cuanto seres creados a imagen y semejanza de Dios. Si Dios creó el universo, y lo creó a Su imagen y semejanza, ¿qué significa ello con respecto a nuestro potencial? Es difícil de comprender, pero trate de imaginarlo.

Jesús fue desafiado por los fariseos cuando dijo: «Mi padre y yo somos una misma cosa». Iban a lapidarlo debido a su blasfemia, cuando él, un simple hombre, declaró ser un dios. Jesús respondió: «No está escrito en vuestras Leyes, “Yo dije: ‘¿Sois acaso dioses?’.”» (Juan 10, 31-35). En el Antiguo Testamento (Salmos 82, 6), el salmista agregó: «Y todos vosotros sois hijos del Altísimo».

Jesús fue aún más lejos al decir: «Aquel que crea en mí hará lo que yo hago, y hará grandes cosas, pues yo seré el Padre» (Juan 14, 12, 13).

Llegados a este punto, debemos utilizar nuestra imaginación. Los científicos, al tratar de comprender cómo se formaron los mundos, utilizando la teoría del *Big Bang*, sugieren que el sistema solar, y el mismo universo, quizá tenga una antigüedad de 5 o 6 billones de años.

Cayce relató varias historias sobre nuestros orígenes, nuestro comienzo, en una dimensión más allá del tiempo. Sin embargo, si queremos situar el tema en unos conceptos temporales, los cuales parecen regir el mundo, según nos dicen, usted y yo existíamos incluso antes de que el mundo se formara. De lo que se deduce que usted y yo tenemos más de 5 billones de años. No sólo eso, sino que continuamos viviendo y creciendo.

¿De dónde procede ese concepto? Cayce dijo en sus lecturas –y también cuando no se hallaba sumido en un trance– que convendría que leyéramos los capítulos comprendidos entre el decimocuarto y decimoséptimo del Libro de Juan, y «sepa que se dirige a Usted». Posteriormente Cayce agregaba siempre su punto de vista partiendo de las Fuentes Universales, abundando en el tema y ofreciendo más detalles sobre nuestra naturaleza. En el siguiente párrafo Cayce cita a Jesús:

«Aquel que tome mi yugo sobre sí y me conozca me tendrá a su lado todos los días, y todas las cosas que le he concedido desde la fundación del mundo serán recordadas, pues tú estuviste conmigo desde el principio y permanecerás junto a mí el día en que la tierra se enrolle como un pergamino; pues los cielos y la tierra desaparecerán, pero mi palabra NO desaparecerá». Las promesas que Él hace son ciertas, tal como sabe usted (262-28)

En Juan 17, 5, Jesús elevó este ruego: «Y ahora, oh, Padre, glorificame en tu presencia con la gloria que compartí contigo antes de que fuera creado el mundo». Jesús se refería en este caso a su presencia cuando los mundos aún no habían sido formados.

Cayce nos recuerda el estado en que constituía más que una sola persona. De nuevo, tal como comentó respecto al material en el Libro de Juan, dijo lo siguiente:

Las actividades deberían estar menos encaminadas hacia nuestro propio ser, a fin de que nuestro ser se convierta en el canal a través del cual la gloria del Padre se manifieste en la tierra.

Así, las actividades de nuestro ser tienden cada vez menos hacia la gloria de nuestro propio ser, hacia nuestro propio bien. Pues al unirnos en una comunión perfecta con el Padre, tal como Él dijo: «Tú habitas en mí y yo en el Padre», puede producirse ese estado de gloria, esa conciencia de la unión con Dios que ocupaste antes de ser creado o antes de que se formara el mundo. Él suplicó a su Padre: «Glorifica a tu hijo, a fin de que pueda gozar de la gloria que era suya antes de que los mundos fueran creados». (262-93)

Estas afirmaciones desafían a la imaginación, especialmente si debemos dar crédito a lo que Jesús dijo, y si Cayce hablaba realmente a través de las Fuentes Universales. Según entiendo que las cosas son unidas, y mi experiencia de este mundo, existen pocas dudas de que nuestra existencia es eterna, extendiéndose tanto hacia el pasado como hacia el futuro remoto.

Pues podemos hacer que la Voluntad FORME PARTE DE ÉL, o que obre únicamente por su cuenta. Con la Voluntad, el hombre designa en las actividades de una experiencia material la forma en que se relacionará con la Verdad. (262-81)

Mente consciente y mente inconsciente

Al leer estas páginas, lector, está sin duda utilizando su mente, almacenando información, o quizá rechazándola. No obstante, mientras realiza esta actividad, su inconsciente está ocupado en muchas otras tareas. Su inconsciente es el almacén que no sólo alberga los paneles de control que dirigen todas las funciones vitales, sino los recuerdos de todo cuanto le ha ocurrido en su vida, y en las vidas que se han desvanecido en el pasado.

En el inconsciente se alojan asimismo los hábitos de respuesta referentes a gustos dietéticos, actividades que se han convertido en habituales, además de todas las reacciones emocionales que se han creado en el pasado aunque ignoramos su origen y suelen aparecer de improviso.

Y el inconsciente siempre está activo a través de su homólogo físico, el sistema nervioso autónomo, a fin de mantener en funcionamiento los sistemas vitales de nuestro organismo.

El panorama puede aparecer en parte más comprensible si observamos el diagrama 2, aunque ni las imágenes ni las palabras pueden simplificar la magnificencia del cuerpo humano.

A fin de comprender esta forma desde una perspectiva de la conciencia, observemos pues el diagrama, recordando que la E encerrada en un triángulo siempre representa la palabra «elección» en estos gráficos. Debemos tener presente que la mente consciente actúa, mientras que el inconsciente reacciona. En el diagrama 2, nuestras actividades presentes –la utilización de nuestro cuerpo físico de variadas maneras– se almacenan

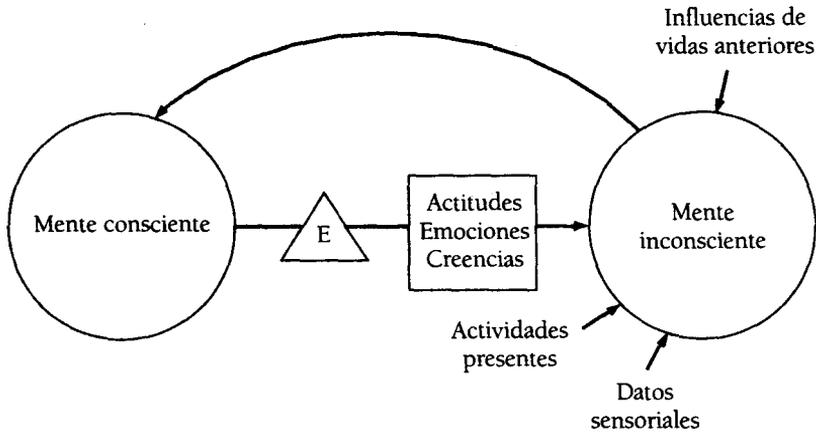


DIAGRAMA 2. ÉSTA ES LA ACTIVIDAD DE LA MENTE CONSCIENTE DOTADA DEL PODER ELECCIÓN, UTILIZADA PARA CREAR HÁBITOS EN EL INCONSCIENTE, EL CUAL SUMINISTRA CONTINUAMENTE DATOS A LA MENTE CONSCIENTE.

constantemente en nuestro inconsciente a fin de crear reflejos, hábitos y reacciones instintivas. Por otro lado, la orientación que recibe esa porción de la mente por parte de los sentidos contribuye a su contenido y a las reacciones. Asimismo, debemos tener en cuenta que todas las experiencias e influencias correspondientes a vidas anteriores se almacenan en el inconsciente.

No obstante, la elección, según se aplica a los esquemas en materia de actitudes, emociones y creencias, siempre determina la forma en que recorreremos el camino elegido, pero no necesariamente qué obras o servicios cumplimos. Esto implica otro tipo de elección, que depende de muchos factores: la familia a la que pertenecemos, la clase de trabajos que realizábamos en nuestras vidas anteriores, las experiencias en esta vida, etcétera. Así pues, podemos servir a los demás en nuestros cargos de maestros, enfermeras, médicos, secretarías o agentes de viajes, por poner unos ejemplos, con una sonrisa o con expresión adusta. La cara que mostramos al público puede ser una elección consciente en aquel momento, o el resultado de la actitud que solíamos adoptar en el pasado y que permanece almacenada en el inconsciente como una reacción normal ante la mayoría

de situaciones en las que nos hallamos. Si practicamos, podemos llegar a ser una persona feliz interiormente y ante los demás.

Pretender algo más que simplemente referirse a los misterios de la mente sería presuntuoso, pues ¿quién puede saber realmente lo que hay en la mente –consciente o inconsciente– de la persona sentada junto a nosotros? Y mucho menos en la mente de un genio de las matemáticas como Albert Einstein, o de un modesto pero extraordinario padre Pío. ¿Qué significa cuando en la Biblia se afirma que deberíamos poseer la mente que poseía Jesucristo? Debemos tener en cuenta el enorme potencial de la mente y empezar a explorar algunas de esas dotes.

Así pues, debemos observar de nuevo el diagrama 2. Hemos utilizado este poder de elección a lo largo de los siglos para convertirnos en lo que somos actualmente. En el acto de ser creados, se nos otorgó en primer lugar un alma, vida, a través de lo que denominamos el espíritu. El alma fue dotada de una mente y de la capacidad de elección. Cuando llegamos al plano terrenal, necesitábamos un cuerpo en el que experimentar la realidad de la tierra y su medio ambiente. La creación de ese cuerpo nos proporcionó una serie de facultades que precisábamos para vivir en la tierra.

Luego, mediante el poder de elección (que exploraremos más detalladamente en el próximo capítulo) ajustamos todos los mecanismos del cuerpo, como haría cualquier estrella del deporte a fin de ganar la competición. Podemos ajustar los mecanismos de la mente asociados con los dedos para escribir a máquina, o escribir de forma creativa, o convertirnos en Beethoven o Mozart, o podemos aspirar a alcanzar las metas que conquistó Einstein. Poseemos incluso la facultad de desarrollar nuestros sentidos espirituales para estar mejor sintonizados con las Fuerzas Creadoras del universo, según manifestó Jesús. Podemos hacer mucho en cuanto a instruir a la mente inconsciente de nuestro cuerpo y convertirnos en unos seres más perfectos que en la actualidad.

Nuestros recuerdos están almacenados en el inconsciente, unos recuerdos que más tarde evocamos con respecto a lo que ha sucedido en el día de hoy, y en todos los días de hoy del pasado. Podemos extraer los recuerdos de vidas anteriores del almacén de esos recuerdos, llamado generalmente *akasha* o los archivos *akáshicos*. Cuando Cayce ofrecía una lectura referente a la vida de un hombre, ascendía por una columna de luz y llegaba a una amplia sala donde un anciano canoso le conducía hasta un

libro, el cual contenía la historia de las vidas anteriores de ese hombre. Algunos han comparado ese almacén a un gran tapiz en cuya elaboración participa cada individuo que vive en el plano terrenal.

En nuestro inconsciente están almacenados nuestros hábitos, los patrones genéticos, los controles autónomos que nos ayudan a vivir, que nos permiten realizar las innumerables actividades que llevamos a cabo a cada momento mientras estamos despiertos. Por consiguiente, podemos afirmar que todo cuanto nuestro cuerpo ha sentido y experimentado es almacenado en el tanque de nuestra memoria debido a las elecciones que hemos hecho en el pasado y que estamos haciendo en el momento presente.

No debemos olvidar jamás que existe una clave que podemos utilizar para convertirnos en el ser espiritual que estábamos destinados a ser en el momento en que fuimos creados. El poder de elección nos permite utilizar esa llave. La clave consiste en la aplicación de nuestras elecciones en el mundo material. Podemos elegir ser unos seres divinos en nuestras emociones y sentimientos, en nuestras actitudes y creencias, así como en nuestras relaciones con los demás. O podemos elegir ser todo lo contrario, y perder terreno en nuestra búsqueda.

Sólo cuando hay una total aplicación de nuestro ser en cualquier fase o actividad en la que las influencias creadoras o los ideales se manifiestan, gozamos de paz.

Cuando dicha aplicación va encaminada a nuestra autocomplacencia, a satisfacer nuestra vanidad o tan sólo a fines materiales, ésta provoca distorsión, trastornos y desgracias, incluso en lo material, en lo mental y en los aspectos espirituales de una entidad. (1862-1)

Por tanto, los contenidos registrados en el inconsciente nos proporcionan necesariamente una orientación hacia el objetivo último que es nuestro desde el principio. Esa parte de la mente simplemente contribuye a convertirnos en lo que somos hoy en día. La orientación se produce después de comprender cuál es el camino que debemos tomar hacia nuestro destino, y luego elegir las emociones que enriquecen ese camino, las actitudes que clarifican nuestra dirección mental, y los patrones de creencias, que nos indican, en el fondo de nuestro corazón, que ése es el camino que debemos seguir. Ése es el paso decisivo mostrado en el diagrama 2, y durante el proceso crea nuevos patrones, nuevos hábitos de emociones,

actitudes y creencias que nos conducirán sin que nos cueste el mismo esfuerzo que antes.

Todo esto resulta muy complejo, ¿verdad? Sin embargo, Jesús señaló la complejidad en un momento de verdad clara y universal: «Esto es lo que os ordeno: Amaos los unos a los otros» (Juan 15, 17). Es muy sencillo, ¿no es cierto?

Quizá podamos alinear la complejidad del panorama con la simplicidad de la acción, y comprobar que podemos salir de la empresa con un cuerpo más sano y una relación con Dios que habla extensamente al corazón de todos nosotros.

La mente consciente debe estar siempre accesible al cuerpo para ser utilizada en esta dimensión y contribuir a que el mundo mejore. De modo que observemos de nuevo el diagrama al explorar la relación entre las mentes consciente e inconsciente.

La mente consciente siempre hace elecciones, y formula las actitudes y esquemas emocionales que luego deposita en el inconsciente. Siempre elige sus creencias, lo cual demuestra lo importante que es saber cuál es nuestro ideal, a fin de hacer las elecciones adecuadas. Pero la colocación de esas cualidades en el inconsciente debe ser repetitiva, pues de otra forma éstas no se almacenan en el inconsciente como esquemas o formas de pensamiento o hábitos, o como queramos llamarlos.

Persistencia, paciencia y coherencia son imprescindibles para crear las reacciones deseadas a partir del inconsciente. Tal como vemos en el diagrama, el inconsciente nos suministra continuamente datos que, en momentos en que no prestamos atención, nos inducen a creer que nacimos de esta forma. Incluso decimos «soy así» sin darnos cuenta de que «ser así» consiste en una combinación de hábitos que fabricamos repetidamente en el inconsciente. Unos hábitos sanos y coherentes, por tanto, producen unos resultados positivos, tal como evidencia esta anécdota.

Era un día normal y corriente en la A.R.E. Clinic hasta que la mujer que había acudido para someterse a una exploración física completa me contó su experiencia con un tumor de mama. Su historia me proporcionó un ejemplo de la fuerza con que puede arraigar una creencia en el inconsciente, hasta el extremo de curar un cuerpo físico.

Seis meses atrás la mujer había notado un bulto y había consultado inmediatamente a su médico, quien la había enviado a un oncólogo. Al rea-

lizarle una mamografía descubrieron una masa sospechosa. Los médicos decidieron que debían practicarle una biopsia para comprobar si se trataba de un cáncer.

La mujer regresó a su casa y se dijo: «Esto es imposible». Había oído hablar de la labor de Cayce con compresas de aceite de ricino, de modo que preparó una compresa para aplicársela sobre el pecho y la llevó día y noche durante cuatro meses. Al cabo de ese tiempo fue a ver de nuevo a los médicos que le habían hecho la mamografía, para someterse a otra prueba. La masa había desaparecido. Por supuesto, la mujer se sentía orgullosa de su hazaña y me contó la historia con alegría y satisfacción. Era una de las cosas más importantes que le habían ocurrido en la vida. Estaba convencida de que la compresa de aceite de ricino eliminaría el bulto que tenía en el pecho y así fue.

A menudo pienso que el cuerpo y sus misterios son como el espacio y su vastedad, como el átomo y su tamaño extraordinariamente diminuto, pues nuestra actual mente limitada no comprende ninguno de esos misterios; comprendemos a Dios sólo en parte y nuestra naturaleza espiritual de forma vaga. Pero nuestro desafío es seguir adelante y procurar adquirir un mayor conocimiento mientras realizamos nuestras tareas cotidianas.

La naturaleza y el contenido del inconsciente es un misterio por cuanto se halla más allá de nuestra conciencia, de ahí que se denomine inconsciente. Pero las actitudes creadas por nosotros mismos que se alojan en esa parte de nuestro ser con frecuencia entorpecen nuestros esfuerzos de alcanzar la curación.

Eso es justamente lo que le sucedió a un hombre de cincuenta años que yo no había visto hacía más de cinco. Parecía algo más viejo, como si hubiera vivido numerosas experiencias traumáticas. Poco a poco me contó lo que le había ocurrido a lo largo de esos cinco años, un período de su vida plagado de acontecimientos estresantes. Su avanzada artritis le había dejado prácticamente impedido y tras participar en el programa de Temple Beautiful y seguir un plan de terapia de cinco años, en lugar de remitir, su enfermedad había empeorado. El hecho de que no hubiera mejorado me intrigó, y le interrogué sobre sus hábitos.

Me confesó que utilizaba pocas veces las compresas de aceite de ricino. Había tomado Atomidina durante dos semanas y luego se había olvidado de seguir tomándolo, excepto esporádicamente. No podía tomar baños de sal

de Epsom porque le costaba introducirse en su pequeña bañera. Los masajes también eran esporádicos, y las sesiones de rayos ultravioleta que le habíamos recetado eran prácticamente inexistentes. Por otra parte, estaba constantemente preocupado por los problemas que le planteaba su divorcio, ocurrido seis años antes de su primera visita a la clínica.

El hombre reconoció tímidamente que no había seguido de forma coherente su terapia, que no tenía un temperamento persistente, y que no era paciente con su cuerpo y la forma en que éste respondía. Su confesión me recordó un comentario de Edgar Cayce a propósito de esas cualidades:

Siga nuestras instrucciones, y conseguiremos que el cuerpo recupere una condición casi normal. Es preciso ser persistente, pero COHERENTE en las aplicaciones, sin esperar resultados al cabo de un solo tratamiento. Pues la dolencia se inició hace mucho. (5503-1)

Un aspecto de la misma naturaleza del amor es la coherencia, la persistencia y la paciencia. En esta dimensión terrenal, donde el tiempo constituye un factor, tenemos la oportunidad de experimentar esas cualidades como un experimento vital, lo cual, a su vez, hace que esas actividades se conviertan en un patrón de hábitos en nuestra vida y nos aproxime a nuestro destino, la unión auténtica y eterna con las Fuerzas Creadoras del universo.

Así pues, el gran problema del hombre aquejado de artritis era su incapacidad de ser coherente, paciente y persistente, aun sabiendo lo que debía hacer. El saber lo que debemos hacer y no hacerlo representa violar una antiquísima ley. Siempre tiene consecuencias negativas, por las que pagamos un precio muy alto.

No obstante, cuando no logremos seguir fielmente un programa terapéutico que cuando menos promete curar parcialmente nuestro cuerpo, podemos apoyarnos en una promesa contenida en las lecturas de Cayce que nos procuran un rayo de esperanza. Cuando uno trata repetidamente de curar su cuerpo pero no lo consigue, puede estar seguro de que Dios juzga con benevolencia sus esfuerzos. La única vez que uno fracasa realmente es cuando deja de intentarlo. En ocasiones, es muy importante recordar que la curación constituye siempre una aventura espiritual, un viaje hacia una meta que sólo percibimos vagamente en

nuestra mente. Probablemente no existe mejor forma de decirlo que mediante el consejo dado a una mujer a quien le habían diagnosticado esclerodermia:

Haga lo que le hemos indicado... No de forma rutinaria, sino sabiendo que dentro de su ser debe hallar lo que precisa despertar a fin de construir lo necesario para el cuerpo, mental, física y espiritualmente, y cumplir su parte en esta experiencia. Pues la aplicación de cualquier influencia debe contener aquello que es el despertar divino de las fuerzas activadoras en cada átomo, en cada célula de un cuerpo vivo. (726-1)

Así pues, ¿cómo conseguimos curarnos? ¿En qué consiste la fórmula mágica? ¿Acaso debemos examinar las experiencias de nuestras vidas anteriores para adquirir mayores conocimientos sobre la causa? ¿Es esto un requerimiento imprescindible? Quizá la respuesta sea más sencilla de lo que imaginamos. Es posible que el primer paso consista en reconocer lo que somos realmente. Hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios. Dios es amor, y cuando manifestamos amor en nuestras relaciones cotidianas con los demás, formamos parte del amor, formamos parte de Dios. Y se produce la curación.

Compruebe que posee un cuerpo, una mente, un alma; cada uno con sus atributos, manifestándose en un mundo material. Y comprenda que el cuerpo, la mente y el alma son una misma cosa, y que la confusión puede crear unas influencias negativas para el cuerpo, la mente o el alma.

Por otra parte, debe poseer un ideal en cuanto a valores espirituales, lo que tenga más trascendencia espiritual en su experiencia. Y sepa que sea cual fuere su deseo, éste debe iniciarse en las actitudes ESPIRITUALES. (2030-1)

El poder de elección

No me cabe la menor duda de que podríamos llegar a vivir hasta los 140 años si observáramos las normas de salud que se propugnan hoy en día. Pero ello requiere elegir adoptar un estilo de vida saludable en lugar de seguir comiendo en exceso, hacer poco ejercicio y maltratar nuestro cuerpo consumiendo alcohol y drogas y asumiendo unos esquemas de vida que resultan destructivos desde el punto de vista emocional, espiritual y físico.

¿Cuánto sufre el cuerpo cuando uno acumula dentro de sí rencor hacia su cónyuge, su jefe, sus padres o una figura autoritaria? ¿Cuántos días de nuestra esperanza de vida perdemos después de llevar ese rencor dentro de nuestro ser durante un año, dos o cinco? ¿Quién conoce las respuestas a esos interrogantes? Sin embargo, conservamos permanentemente esos sentimientos en lo más profundo de nuestro inconsciente, diciendo a los demás que «no nos importa».

No obstante, el cuerpo es susceptible de padecer una crisis cada vez que la tensión, el resentimiento y la ira se alojan en nuestro inconsciente. Al cabo de un tiempo, lógicamente, esos sentimientos se manifiestan como unas anomalías en la fisiología y en los tejidos del cuerpo.

Quizá elegimos permitir que se produzcan esos hechos capaces de acelerar nuestra muerte porque negamos que existan; o porque no hallamos a nadie que nos ayude; o porque no queremos que nos tachen de estúpidos e incapaces de resolver una situación estresante. Por supuesto, existen muchas otras excusas, pero el caso es que tendemos a conservar den-

tro de nosotros esas heridas y frustraciones, provocando a nuestro cuerpo unos trastornos que pueden ser mortales.

Nuestras elecciones a menudo indican la cantidad de tiempo que permanecemos en esta encarnación. Moisés desafió a su pueblo antes de abandonarlo con estas palabras: «Hoy os ofrezco la elección entre la vida y el bien, la muerte y el mal» (Deuteronomio 30, 15). Luego les instó a elegir la vida, a fin de que «vosotros y vuestros descendientes viváis». La historia revela si su pueblo siguió las instrucciones de Moisés, pero él les ofreció esa elección.

Y hoy, a nosotros también se nos ha dado la oportunidad de ejercer nuestro don de elección. Podemos fumar o no fumar. Podemos hacer ejercicio o no. Podemos consumir estupefacientes o drogas obtenidas con receta médica o no. Podemos alimentar nuestros rencores o librarnos de ellos. Podemos perdonar a otros o censurarlos. Podemos amar u odiar. Esta lista podría ser interminable. Podemos incluso seguir las instrucciones que Moisés dio a su pueblo o negarnos a seguirlas. Pues, en un sentido muy real, somos su pueblo.

Dios nos otorgó la capacidad de elegir. Nos concedió el don del libre albedrío. Ésta es la naturaleza del alma. Está presente en cada momento de nuestra vida, siempre podemos ejercerlo o negarnos a utilizarlo. En cierta ocasión, Cayce explicó en los siguientes términos el don que Dios había conferido al hombre:

Él creó las entidades individuales o almas en el principio... Habiéndolas dotado de libre albedrío –y a pesar de su infinita sabiduría, de ser omnipotente y omnipresente–, sólo cuando el alma que forma parte de Dios hace su elección conoce Dios el fin de la misma. (5749-14)

Resulta interesante que, por la perspectiva descrita en las lecturas de Cayce, ni siquiera Dios puede impedirnos elegir, y que no sepa lo que vamos a hacer hasta que elegimos nuestro camino. Eso demuestra el poder que Él nos ha concedido, pues podemos realmente hacer lo que deseamos. Podemos seguir el sendero que Dios nos ha señalado, creando armonía, luz y amor, o podemos permitir que las fuerzas oscuras que se alojan en nuestro inconsciente nos dominen, creando confusión, ira, venganza y destrucción.

Asimismo, pienso que podemos ejercer nuestra voluntad para crear unas influencias constructivas en las vidas de otras personas o bien lo contrario, una reacción destructiva. Poseemos ciertamente un poder que rara vez nos damos cuenta de que poseemos, destinado a propiciar unos cambios en nuestro cuerpo y nuestra mente o en el mundo que nos rodea.

Observemos de nuevo cómo funciona ese poder. En el diagrama 2 vemos que la mente consciente, a lo largo de todas nuestras vidas anteriores, podía también elegir las actitudes, emociones y creencias que, tal como aparece en el diagrama, existen hoy en día.

Así pues, hemos ido acumulando en el inconsciente ciertos hábitos de reacción al llevar a la práctica en vidas anteriores las elecciones que nos parecían oportunas, o al adoptar unos esquemas de emociones, actitudes o creencias que nos fueron dados por nuestros padres u otras personas que quizá dijeron: «Así es como deben hacerse las cosas en esta familia», o este país, esta iglesia, esta escuela, o partido político, etcétera. Renunciamos a nuestro derecho a elegir en esos casos, probablemente porque no sabíamos que podíamos haber hecho otra elección.

En esta vida, sin embargo, hemos despertado. Hemos emprendido una aventura en nuestra conciencia psíquica que nos indica que disponemos de un poder que se nos ocultaba, el cual nos permite cambiar, crear, construir, formar nuevos esquemas, y emprender el camino que nos conduce de regreso a nuestras raíces, no en la tierra, sino en el cielo, donde Dios nos creó en el principio y aguarda que regresemos a nuestro hogar.

Por tanto, si nuestro almacén inconsciente de creatividad anterior no es exactamente tal como deseamos, ¿cómo podemos modificarlo? Es algo parecido a un ordenador, ¿no es así? El inconsciente ha sido programado; la información almacenada allí se asemeja al mundo de los hábitos y costumbres, pues reaccionamos emocionalmente —según parece, por instinto— del mismo modo que reaccionamos físicamente cuando de pronto nos arrojan una pelota. Tratamos de coger la pelota, a menos que en el pasado no hayamos enseñado a nuestro cuerpo a hacerlo. Sin embargo, si hemos aprendido ese pequeño truco, respondemos o reaccionamos en la forma debida.

La respuesta emocional cuando alguien desafía nuestra realidad consiste en tomar lo que se ha formado en el pasado y reaccionar con ira, o temor, o quizá con humor o con simple interés. Todo depende de lo que

se halle arraigado en nuestro inconsciente. Estamos siempre dispuestos a reaccionar como lo hacemos habitualmente, automáticamente, sin ser conscientes de nuestra reacción.

¿Cómo podemos cambiar esos hábitos que aparecen como por arte de magia y nos perturban porque nos impiden ser como deseamos ser?

El consejo de Cayce era muy sencillo. Según afirmó, todo el mundo podía utilizar este método: «Corrija sus hábitos creando otros» (475-1). La clave, por supuesto, radica en nuestro poder de elección. Nosotros elegimos lo que se aproxima más a nuestro ideal, al objetivo que deseamos alcanzar, y poco a poco nos vamos desembarazando del viejo esquema de hábitos.

Contemplemos una vez más el diagrama 2. La mente consciente está activa en todo momento en que permanecemos despiertos y utiliza el poder de elección cada vez que lo desea. Desde el momento en que elegimos amar a otro ser humano en lugar de odiarlo –un cambio trascendental a nivel de conciencia– hasta el próximo momento material en que elegimos renunciar a una chocolatina en lugar de comérmola, comenzamos a modificar nuestro estilo de vida.

Es importante recordar, sin embargo, que una elección no crea un hábito. La elección debe repetirse una y otra vez, hasta que el nuevo hábito sea más fuerte que el viejo. Y la elección debe completarse con un acto por parte del cuerpo. Así es como lograremos progresar, reforzando nuestra comprensión de la necesidad de ser persistentes, pacientes y coherentes en el esfuerzo de curar nuestro cuerpo, una recomendación que Cayce no se cansaba de reiterar.

El hombre ha sido dotado de libre albedrío, del poder de elegir libremente, es su derecho patrimonial. No lo rechace, no lo venda a cambio de una cosa material y efímera. Pero la ELECCION debè ser SUYA. Aunque el Señor le ha señalado el camino, las ELECCIONES deben ser TOMADAS libremente por usted... Consciente de lo que desea que el Señor haga por usted, de lo que desea hacer con las oportunidades, con los privilegios que Él le ha concedido por ser hijo Suyo. (1470-2)

No todos los recuerdos del pasado se hallan almacenados en el cerebro. Una de mis pacientes, una mujer de cincuenta y seis años, me dijo que estaba convencida de que en una vida anterior, en Francia, había sido en-

viada a la guillotina. Me explicó que era demasiado terca para aprender la lección que la había llevado a la muerte, y que se había reencarnado otra vez, bastante rápidamente. En esta ocasión había muerto también decapitada, por el hacha del verdugo.

En su vida presente, había nacido con una señal roja alrededor del cuello. Al parecer, su recuerdo existe no sólo en su cerebro, sino en los tejidos del cuello. Sin duda existían poderosas emociones asociadas con sus dos existencias anteriores en Francia, e incluso con la forma en que había muerto.

Hace unos años tuve la oportunidad de entrevistar a un hombre en la India, el cual me contó que recordaba su última existencia como capitán del ejército alemán en la primera guerra mundial. Odiaba verse obligado a matar y los horrores de la guerra, y juró que cuando ésta terminara iría a un lugar donde no hubiera guerras. No lo consiguió en aquella existencia, pues murió cuando una bala lo alcanzó en el cuello y le destrozó la espina dorsal.

Posteriormente renació en la India, un lugar donde, por aquella época, no había guerras. Pero sus ojos y su cabello no reflejaban un patrón genético propio del este de la India, sino que conservaba el cabello rubio y los ojos azules, lo cual le hacía destacar entre los demás chicos de la aldea hindú, quienes tenían el pelo negro y los ojos castaños.

El hombre había logrado evitar problemas entre sus compañeros de escuela tiñéndose el pelo de negro, y al cabo de un tiempo se convirtió en un contador público titulado. Cuando hablé con él, llevaba varios años trabajando para el gobierno de la India. Nos explicó que debido a su trabajo había viajado a varios países y en todos le formulaban invariablemente la misma pregunta: «¿Es usted alemán?». También nos dijo que educaba a sus hijos con el rigor y la disciplina de un padre alemán tradicional.

Le rogué que me permitiera examinar la zona donde le había alcanzado el proyectil durante la guerra. En el lado derecho de su cuello hallé una profunda cicatriz. El hombre me contó que había nacido con ella, un recuerdo de la fascinante historia marcada por vivencias traumáticas y poderosas emociones correspondientes a una vida anterior.

Estos ejemplos demuestran que las células del cuerpo poseen una memoria más allá de la capacidad de recordar la misión que les toca cumplir

en el funcionamiento del cuerpo. También poseen el tipo de memoria que les impacta mediante sentimientos de ira, frustración o alegría, para mencionar algunas de las emociones más corrientes, así como el dolor provocado por un daño físico. El oficial alemán experimentaba unos sentimientos tan fuertes de deseos de paz, unos deseos que se habían visto truncados por una bala mortífera, que su cuerpo lo recordaba.

El cuerpo —el cuerpo espiritual— es así. Pero ¿en qué parte del cuerpo reside esta capacidad de recordar? ¿Adónde debemos recurrir para comprender cómo pueden suceder esas cosas?

Un amigo mío que ha trabajado buena parte de su vida con el material legado por Cayce tuvo un extraordinario sueño que lo condujo a él y a quienes nos lo relató a un nuevo nivel de conciencia. Soñó que nadaba en el mar o en un lago muy profundo. Halló un túnel vertical que se sumergía en las profundidades del agua. Sus pulmones estaban a punto de estallar debido a la falta de oxígeno cuando de pronto vio unas luces, unos colores y unas burbujas que se movían a su alrededor, y comprobó que podía respirar sin necesidad de aire.

Terminó en una especie de auditorio donde había acudido, junto con su esposa, para asistir a una reunión. Un individuo vestido con una capa y un sombrero negro se hallaba delante del podio, y frente a él había varias hileras de asientos ocupados por numerosas personas. El hombre que estaba ante el podio dijo al público: «A todos los que les interese la magia negra que alcen la mano». Nuestro héroe y su esposa sintieron deseos de participar en el juego, pero luego éste exclamó: «¡No, no queremos saber nada de magia negra!».

Entonces vieron junto a ellos unas cintas magnetofónicas Memorex, las cuales contenían grabaciones de distintas partes de sus vidas y existencias anteriores, y comprendieron que la magia negra sólo podía ser utilizada a través de esas cintas. En aquel momento mi amigo se despertó.

Al comentar su sueño, el mensaje apareció con toda nitidez. Nuestras acciones negativas y destructivas (la magia negra) sólo pueden producirse cuando permitimos que otros opriman los botones que hacen funcionar el magnetófono y «reproducir las viejas cintas». Ciertamente la salud mejora a medida que mejora el estado del inconsciente, y ello puede suceder de varias formas. Pero mientras avanzamos debemos desechar las viejas cintas, una tras otra.

Aunque comprendemos que el recuerdo de unos acontecimientos traumáticos puede residir en los tejidos del cuerpo que se ven afectados por ese trauma, debemos buscar en otro lugar el recuerdo total de nuestras vidas anteriores y sus experiencias a fin de determinar dónde reside la memoria emocional y actitudinal. En las lecturas de Edgar Cayce, éste nos dice con frecuencia que esos recuerdos residen en las glándulas endocrinas, o en su homólogo, los siete centros espirituales. Ello puede deberse a que las emociones y los sentimientos, que forman parte de toda experiencia humana, tienen ahí su origen. Y permanecen encerrados en esos compartimentos hasta que se manifiestan en nuestras reacciones o en nuestros sueños.

Cada alma... debe comprender esto: no está en la tierra, ni se manifiesta esta vez en la tierra, por azar, pues a Dios no se le engaña, y lo que un alma siembre cosechará. (5343-1)

Sus siete centros espirituales

Cayce señaló con frecuencia las glándulas endocrinas –concretamente siete– para ofrecernos una fascinante lección referente a la integridad de la conciencia del cuerpo humano, relacionando esas siete glándulas con los misteriosos centros espirituales que en las religiones orientales se conocen como *chakras*. Son ciertamente interesantes e intrigantes.

Las glándulas endocrinas son al mismo tiempo físicas y espirituales. Cada una posee su propia mente, la cual dirige la masa hormonal en la sangre y los impulsos neurológicos en el sistema nervioso. Cada glándula endocrina posee también un componente de energía.

Los clarividentes que ven en el cuerpo unas energías que otras personas no perciben han descrito un vórtice que brota de cada una de esas siete glándulas, tal como se indica en el diagrama 3. Algunos investigadores sostienen que se trata de una energía que se origina en el cuerpo, mientras otros opinan que consiste en una energía que absorbe el cuerpo a través de esas zonas sensibles.

Podemos mostrar esos siete centros glandulares como unos pequeños círculos dentro de un círculo mayor. De esa forma, las relaciones serían simbólicas y mejor comprendidas. Podemos imaginar los siete centros como siete miembros de una familia: cinco hijos, la madre y el padre.

Ahora bien, si existieran únicamente los dos padres, habría sólo dos relaciones. Llevando esta analogía un poco más lejos, sin embargo, vemos que cuando los padres tienen un hijo, el número de relaciones aumenta.

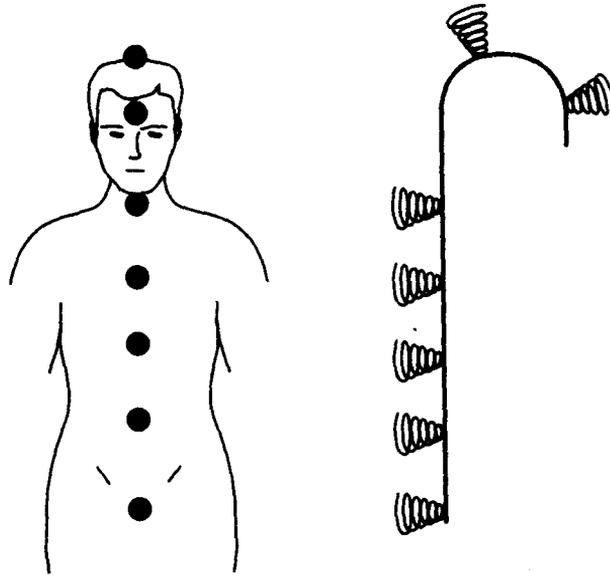


DIAGRAMA 3. VÓRTICES ASOCIADOS CON LOS SIETE CENTROS.

Cada miembro de la familia se ve unido a otras dos personas. Esto totaliza seis relaciones, lo cual cambia mucho la situación desde el principio en que existían sólo los dos padres.

¿Y la familia formada por siete miembros? Cada uno tiene seis relaciones distintas. Ahora tenemos un total de cuarenta y dos relaciones en la familia.

Pero volvamos a las siete glándulas. Puesto que los centros espirituales/glandulares poseen conciencia, y puesto que cada uno de los siete está relacionado con los otros seis a través del sistema nervioso y las hormonas en la sangre, y probablemente también a nivel de conciencia, es obvio que cada ser humano tiene un grupo de asombrosas conciencias dentro de su ser, cada una distinta debido a su historia y experiencias anteriores. Las emociones, actitudes, respuestas y sentimientos son distintos en cada centro, funcionan de modo distinto en una determinada situación. Esas siete áreas de conciencia son las que hacen que cada ser humano sea único, el producto de lo que hemos hecho con el poder del espíritu que flu-

ye a través de nuestro cuerpo. No es de extrañar, por tanto, que todos los seres humanos seamos diferentes.

A menudo he pensado, al tratar de comprender mejor esos esquemas emocionales, que podemos considerar esos siete centros como unas criaturas vivas, unas relaciones que se mueven y transforman en el aire a medida que cambia su color y su actividad, algo así como la visión en el primer capítulo de Ezequiel. Del norte brotó un torbellino como una nube, una columna de fuego que emitía un fantástico resplandor, del que surgieron cuatro criaturas vivas, cada una dotada de cuatro rostros, las cuales se dispersaron. Y había unas ruedas dentro de unas ruedas. Recomiendo al lector que lea toda la visión. Es profundamente simbólica, semejante a la Revelación de Juan, el último libro de la Biblia.

Sabemos que las sustancias químicas más potentes que se crean en el cuerpo provienen de esas glándulas endocrinas. Asimismo, se ha descubierto que cada una constituye un transductor neurohormonal, capaz de convertir la energía eléctrica en energía hormonal, y viceversa. Una neurohormona es una hormona que incide en la función del sistema nervioso o una hormona segregada debido a estímulos nerviosos.

Dicho en un lenguaje más corriente, una glándula como las glándulas suprarrenales viene a ser un vínculo funcional entre las hormonas que segrega y los impulsos nerviosos que crea, o que recibe. Muy potente e importante.

La idea de recibir impulsos nerviosos y segregar hormonas como resultado de dicha función podría ser la clave para comprender la forma en que las energías que todavía no comprendemos influyen en las emociones que experimentamos transformando la energía en hormonas. Dicho de otro modo, podemos vernos influidos por otras personas, sus actividades y reacciones de una forma que ni siquiera nos percatamos cuando nuestras hormonas se transforman en energía.

Las glándulas endocrinas identificadas por las lecturas de Cayce como unos centros espirituales en el cuerpo humano son la pituitaria, la pineal, el tiroides, el timo, las suprarrenales, las células de Leydig y las gónadas. La endocrinología es una especialidad en el campo de la medicina, y existen infinidad de libros de texto y revistas médicas que se ocupan del tema. No trataré de ofrecer un comentario exhaustivo sobre éste. No obstante, es importante apuntar una visión general y simplificada de la relación entre

las emociones, las glándulas, el sistema nervioso, las sustancias químicas que influyen en el cuerpo, y la simbología asociada con los centros, en cuanto compatriotas de las glándulas. No podemos avanzar en el estudio de la conexión entre la mente, el cuerpo y el espíritu sin comprender algunos de los aspectos metafísicos de nuestras glándulas físicas.

La pituitaria, considerada como la glándula más importante, está adherida a la base del cerebro por medio del tallo infundibular, una extensión que desciende desde la base del tercer ventrículo del cerebro. La glándula pineal también está localizada debajo del cerebro, ligeramente más elevada geográficamente que la pituitaria. Es interesante hacer notar que una especie de lagarto transforma la glándula pineal en un tercer ojo externo que aparece en medio de la frente. Metafísicamente, la pineal está considerada como el tercer ojo del hombre.

El tiroides está localizado en el cuello, y las otras cuatro glándulas/centros se hallan por debajo del nivel de los hombros. El tiroides se considera la sede de la facultad de elegir. El timo se halla en el mediastino del pecho, delante y encima del corazón. Cumple la función de director del sistema inmunitario, y en las lecturas de Cayce es denominado el centro del corazón. Las glándulas suprarrenales están emparejadas y localizadas sobre los riñones. Se las denomina las glándulas de lucha/huida debido a su actividad cuando el cuerpo se enfrenta a una crisis o peligro, y constituyen una de las principales influencias en la actividad del sistema nervioso simpático.

Las llamadas células de Leydig constituyen un cúmulo de células de Leydig en el macho y células hiliares en la hembra. Las células hiliares se hallan en los ovarios, mientras que las células de Leydig están localizadas en los tejidos de los testículos que rodean las células que contienen el esperma, y se encargan de segregar testosterona en el torrente sanguíneo. Las células hiliares en la hembra se consideran como las homólogas de las células de Leydig.

El séptimo centro glandular son las gónadas, la pareja de testículos en el macho y los ovarios en la hembra. Son muy importantes y hacen posible la continuación de la especie humana en la tierra. Las gónadas, por tanto, representan unos centros de poder.

Así, consideramos a las gónadas como las primeras en el orden ascendente de los centros espirituales, las células de Leydig las segundas, segui-

LOS SIETE CENTROS

	C I E L O							T I E R R A									
	Glándulas	Bestias	Elementos	Sentidos	Padrenuestro	Salmo 23	7 Enanitos	Colores									
7	Pituitaria	.	.	.	Padre	Copa	Sabio	Añil									
6	Pineal				Nombre	Ungir con aceite	Dormilón	Púrpura									
5	Tiroides			Oído	Voluntad	Tabla	Bonachón	Azul									
4	Timo	Águila	Aire	Sentimiento	Mal (vivo)	Mal	Mocoso	Verde									
3	Suprarrenales	León	Fuego	Visión	Deudas	Rectitud	Gruñón	Amarillo									
2	Células de Leydig	Individuo andrógino	Agua	Gusto	Tentación	Aguas	Romántico	Naranja									
1	Ovarios Testículos	Toro (Becerro)	Tierra	Olor	Pan	Pastos	Mudito	Rojo									

TABLA 1. LOS SIETE CENTROS Y ALGUNAS DE SUS RELACIONES.

das por las suprarrenales, el timo, el tiroides, la pineal y la glándula principal, la pituitaria. Cada uno de esos centros tiene un significado simbólico que se refleja en multitud de formas. Algunas pueden verse en la tabla 1.

Esos *chakras*, como los denominan algunos, se dividen en cuatro centros «inferiores» y tres centros «superiores», por decirlo así. Los inferiores son los centros materiales o terrenales, representados por un toro, un individuo andrógino, el león y el águila. Representan también los cuatro elementos: la tierra, el agua, el fuego y el aire. Los tres centros superiores son considerados como unos centros espirituales, no relacionados directamente con la tierra.

En la tabla 1 se observa cómo unos conceptos tan divergentes como el Padrenuestro y los Siete Enanitos pueden estar relacionados simbólicamente, teniendo cada uno de ellos un homólogo en los siete centros.

Las lecturas de Cayce describen esas zonas glandulares como almacenes de recuerdos de vidas anteriores. Todas las relaciones interpersonales ponen de manifiesto algún tipo de emociones, las cuales son atesoradas y almacenadas en los tejidos de nuestras glándulas.

Se ha dicho que un símbolo es un signo visible de algo invisible. Un león, por ejemplo, es símbolo de coraje. O podría ser el símbolo del contenido de un sueño que indica poder o ira. En psicología, un símbolo es un acto u objeto que representa una emoción o un deseo reprimido del que el individuo no es consciente.

Los recuerdos de vidas anteriores que residen en esas glándulas están emocionalmente cargados y reprimidos, de lo contrario se habrían resuelto en el momento en que la experiencia se produjo. Al aflorar, en sueños, en una meditación o una sesión con un terapeuta, por lo general aparecen como símbolos que nos proporcionan una pista sobre qué tipo de emoción se trata, y en qué lugar del cuerpo causó un trastorno. El toro, por ejemplo, es muy distinto del águila, de modo que las emociones que emanan del primer centro ofrecen un panorama distinto sobre el funcionamiento interno del individuo que las que brotan del cuarto centro.

Los símbolos, por tanto, son interpretados como el lenguaje del inconsciente, la forma en que todas las partes de nuestro inconsciente se comunican con nosotros a un nivel consciente. Pueden darnos unas indicaciones de encarnaciones anteriores, así como el recuerdo de experiencias que hemos vivido en existencias anteriores. Por lo demás, buena parte de lo que se halla en la parte de la mente que denominamos inconsciente es

de naturaleza divina, oculta a nosotros porque todavía no hemos alcanzado ese nivel de conocimiento. Sin embargo, ese conocimiento divino puede enseñarnos prodigios sobre nuestro patrimonio espiritual si continuamos preguntando y buscando. Una forma de tocar lo Divino es mediante la práctica de la meditación.

La experiencia de meditación significa elevar la energía del primer centro al séptimo. Cuando meditamos, la relación de lo humano con lo Divino se intensifica, el cuerpo y la mente sintonizan con la realidad espiritual y damos un paso hacia la unión con Dios que nos ha sido prometida desde hace miles de años. A medida que meditamos, y la energía se eleva hasta la glándula pineal, en ocasiones experimentamos una luz, como la que experimentó Pablo en el camino de Damasco, según relata la Biblia; la luz descrita por casi todos aquellos que se han aproximado a la muerte; la luz que los visionarios de todas las épocas han afirmado haber visto en momentos de una extraordinaria percepción. En esta experiencia de elevar la energía de la meditación hasta el nivel de la glándula pineal, la energía que se eleva se encuentra con la energía que penetra desde arriba, creando un punto denominado por muchos como el «Matrimonio Místico». Dicho de otro modo, lo humano se encuentra con lo Divino.

Deje que el cuerpo-mente prosiga en la actitud de buscar el despertar ESPIRITUAL. Sepa que cada experiencia en este plano material tiene como fin, si se utiliza de forma constructiva, EL CRECIMIENTO DEL ALMA. Pues Él (Dios) no desea que ningún alma perezca. (A-1, 1445-1)

Todo individuo debe saber que es un arpa cuyas cuerdas son pulsadas por el aliento de Dios. (281-60)

Mantenga los pies plantados en la tierra, pero la cabeza, el alma, la mente, dispuestos a escuchar los murmullos de Dios. (440-14)

Conforme vamos comprendiendo la esencia y la simbología de los siete centros, podemos empezar a comprender qué tipo de resultados puede y consigue provocar en nuestro cuerpo una mala utilización de esas emociones. En ocasiones, se crean los primeros estadios de una enfermedad que puede ser experimentada y diagnosticada en el futuro. Asimismo, vemos cómo los potentes esquemas emocionales que se han ido formando

en nuestro interior a lo largo de una o más vidas anteriores pueden crear el patrón de una enfermedad que experimentamos actualmente.

A menudo, sentimos deseos de preguntar (aunque nos abstengamos de hacerlo): «¿Por qué sufro una grave sordera?», o «¿qué he hecho yo, un tipo legal, que procuro cumplir con mis obligaciones y amar a mis semejantes, para padecer una enfermedad como la artritis reumatoide que me ha dejado prácticamente incapacitado?». O quizá: «¿Por qué me han salido estos granos tan horribles cuando sigo una dieta saludable?». La lista de preguntas podría ser interminable, y de hecho forman parte de la conciencia de casi todo el mundo cuando el cuerpo no hace lo que el individuo quiere que haga.

Si examina la tabla 1, puede identificar la naturaleza de las emociones según el tipo de símbolos asociados con la glándula. Por ejemplo, el Mudo (en inglés *Dopey*, estúpido) de los Siete Enanitos se asocia con el primer centro, considerado el lugar del que brota toda energía, tanto si asciende durante una sesión de meditación como si es utilizada durante el coito. ¿Qué emoción en la familia humana es utilizada más absurdamente que el sexo? Es bastante estúpido, ¿no es cierto?

Los símbolos utilizados en la tabla nos procuran una indicación de lo que el inconsciente trata de decirnos a través de las partes homólogas físicas de las siete glándulas. En muchos aspectos, el inconsciente es mucho más sabio que la mente consciente. Si profundizamos en esas áreas, como hicieron los Siete Enanitos cuando buscaban oro en la tierra, debemos esperar que salga a la luz algo valioso.

Nuestra mente consciente, sin embargo, a menudo rechaza las verdades, aduciendo que no tienen sentido y no son lógicas. De modo que los símbolos se convierten en disfraces que enmascaran y envuelven la verdad en el misterio, logrando de este modo soslayar la barrera entre la mente consciente y el inconsciente para llevar la verdad al nivel de la conciencia, donde el símbolo o los símbolos son comprendidos. Son semejantes a las parábolas que Jesús relató a sus discípulos. Difíciles de entender por medios corrientes, se convierten en palabras de vida sólo cuando captamos la idea, el mensaje no verbal.

Según parece, esos mensajes respecto a nuestras emociones y actitudes son transmitidos de diversas formas, como colores o bestias, elementos o enanos, salmos u oraciones, iglesias o focas.

¿Cómo podemos explicarnos el que un buen amigo se vea dominado por unas influencias adrenales, algunas buenas pero otras negativas? Quizás el amigo sea una persona con un carácter fuerte y dominante. Posee una excelente vista. A veces ruge como un león, pierde los estribos con facilidad y exige que todo se haga perfectamente. Cuando no la emprende contra alguien es relativamente pacífico, aunque algo cascarrabias.

¿Qué es lo que nos dice el analista, qué clase de problemas podrían estar cociéndose o manifestándose en el cuerpo de nuestro amigo? Sabemos que las células en las glándulas suprarrenales no son totalmente puras y de una naturaleza superior. Muchas de las emociones van dirigidas hacia nuestro propio ser, de lo contrario no tendría por qué mostrarse dominante o enojado ni perder los estribos con facilidad. Las glándulas, por tanto, crean unos impulsos anormales en el sistema nervioso. Algunas son destructivas. Al mismo tiempo, unas hormonas que en cierta medida se hallan alteradas son segregadas en la sangre y afectan a todas las células del cuerpo.

El área que corre más riesgo es la parte del cuerpo donde se hallan las glándulas suprarrenales, en la zona media del abdomen. El hígado puede verse debilitado a consecuencia de los constantes trastornos y el cuerpo desarrollar dolencias hepáticas o en la vejiga. A menudo se produce una subida de la tensión arterial, así como problemas en el aparato digestivo e incluso una úlcera. La lista de problemas asociados directamente con una disfunción a nivel suprarrenal es muy larga y varía según el individuo, dependiendo de muchos otros aspectos de la personalidad y el estado glandular.

Supongamos que el individuo es el que ve reflejado en el espejo. No es sencillo hacer de detective en este terreno, especialmente cuando el punto focal de la investigación es uno mismo, pero al fin se consigue llegar a la verdad. Porque, como sabemos, todavía somos capaces de elegir qué clase de emociones deseamos alimentar y desarrollar. Ésa es la clave de esta parte de nuestra búsqueda.

La persona tímida, por ejemplo, puede tratar de disimular su timidez, pero si es un individuo observador, sabrá identificar su realidad, bien observándose a sí mismo o tratando de comprender a los demás. Todos los signos señalan hacia el segundo centro glandular. Ésta es el área donde se origina la timidez. Aquí es donde se crean las diferencias sexuales, macho

o hembra, testosterona o estrógenos, células de Leydig o células hiliares. El agua, que fluye en el área de menor resistencia, y es muy poderosa y creadora de vida, también puede ser muy destructiva. La naturaleza de este centro está marcada por el sentido del gusto, a menudo excesivamente desarrollado, y tan importante a la hora de crear hábitos que no pueden romperse fácilmente, tales como el chocolate, las grasas, los alimentos ricos e incluso las drogas.

Al parecer, la segunda zona glandular es donde se hacen las elecciones para dirigir la energía desde las gónadas en sentido ascendente; puede ser utilizada para satisfacer nuestros propios deseos, durante el coito o para experimentar una expresión más profunda de amor hacia otra persona.

Llegados a este punto es preciso reconocer que no es fácil alcanzar una total comprensión sobre la naturaleza, la utilización y el efecto de estos impulsos positivos o negativos o las hormonas que fluyen de esos siete centros. Hemos estado en la tierra una y otra vez, y todavía no hemos reconocido la virtud de esos pocos que comprendieron y vivieron esas cualidades de equilibrio a través de esos centros. Nuestros sentimientos y por ende nuestras respuestas son difíciles de identificar y utilizar voluntariamente.

Cuando esos centros adquieren un relativo estado de equilibrio, e incluso cuando se hallan en un estado de caos, proporcionan constantemente datos al cuerpo físico mediante la distribución de sus hormonas a través del torrente sanguíneo, y su relación con las diversas partes del sistema nervioso. No obstante, puede verse que poseen una relación muy estrecha con el inconsciente. Y debe hacerse notar que han sido creados y pueden cambiar mediante el poder de la elección, mientras que también podemos conservarlos como una respuesta constante habitual. Ésa es la forma en que en general los vemos manifestarse en nuestras relaciones con los otros. Es fácil observar que la forma en que vivimos nuestras vidas –los estallidos emocionales o las respuestas equilibradas que pueden crear– ejerce una influencia central a la hora de crear nuestra personalidad y el tipo de vida que experimentaremos el resto de los días que pasemos en la tierra.

La mente es el constructor de cosas materiales. Esa asociación, esa conexión entre las fuerzas materiales y espirituales, o lo externo y lo interno, y su coordinación dentro del funcionamiento físico del cuerpo, determina lo que el individuo construye dentro de sí mismo.

Por consiguiente, piense de forma CONSTRUCTIVA. No cree unas fuerzas negativas que formen barreras u obstáculos. Pues esas fuerzas negativas invariablemente regresan a quien las creó. (1192-6)

El material de Cayce describe un panorama de emociones que residen en las glándulas, no como pensamientos que brotan en el cerebro, sino como parte de las células que crean las propias glándulas. Así, un tornado que se avecina, por ejemplo, es percibido por el sistema nervioso a través de los nervios ópticos, y luego casi instantáneamente comunicado a la mente y a la conciencia de las glándulas suprarrenales. Éstas, a su vez, alertan a todo el cuerpo respecto de la presencia de un peligro a través de la respuesta de lucha/huida. Por tanto, vemos que algunas de las emociones primarias que propician la supervivencia comparten un espacio con las que hacen que una relación humana sea más valiosa y las que aportan irritación, frustración e ira a nuestras experiencias.

Por la época en que Cayce ofrecía sus lecturas, la emoción fue definida en el *Webster's Collegiate Dictionary* (5.ª edición) como cualquiera de los estados calificados como temor, ira, disgusto, dolor, alegría, asombro, anhelo, etcétera. Existen sin duda docenas de estados emocionales que podrían ser incluidos en esa lista.

La medicina ofrece una definición más específica y psicológica. En *Taber's Medical Reference* hallamos dos definiciones que nos ayudan a comprender: «1. Unas pasiones o sensibilidades que se caracterizan por unos cambios físicos que se verifican en el cuerpo, tales como la alteración en el ritmo cardíaco, la actividad respiratoria, las reacciones vasomotoras y cambios en el tono muscular.

»2. Un estado mental o sentimiento como el temor, el odio, el amor, la ira, el dolor o la alegría, los cuales aparecen como un esfuerzo mental subjetivo más que consciente. Éstos constituyen la pulsión que produce el ajuste emocional o mental necesario para satisfacer nuestras necesidades instintivas. Ciertos cambios fisiológicos acompañan invariablemente la alteración en las emociones, pero dichos cambios pueden no ser aparentes para la persona que experimenta la emoción o para un observador».

En el diagrama 2, la mente consciente aparece poseedora de la facultad de elegir una emoción, una actitud o una creencia. Las creencias se comprenden bastante bien, pero a veces resulta difícil separar una actitud de

una emoción. Webster nos ayuda en nuestro intento: Una actitud es una postura; una posición asumida o estudiada que sirve un propósito; o bien, una posición o talante que indica una acción, un sentimiento o un estado de ánimo, como mantener una actitud firme; o sentimiento o estado de ánimo en sí mismo, como una actitud amable.

Una actitud puede ser descrita como un comportamiento hacia determinada persona, grupo, cosa o situación representativa de las opiniones mentales conscientes o inconscientes desarrolladas a través de la experiencia cumulativa.

En ocasiones pienso que una actitud es la dirección que tomamos. Por ejemplo, si yo tratara de experimentar la Luz, adoptaría una actitud que me condujera hacia la Luz. Eso significaría que tendría que vivir con los frutos del espíritu, y ésa sería mi actitud en mis actividades. Esos mismos frutos del espíritu, sin embargo, son unas emociones, de modo que con esa actitud, yo estaría tratando de modificar mi esquema emocional, y mis actitudes y emociones serían esencialmente la misma cosa. El cambio, por supuesto, se produciría lentamente, mediante unas acciones repetitivas que crearían unos esquemas cada vez más dominantes en esa parte del inconsciente o glándulas.

No obstante, si adoptara una actitud de comprometerme a hacer ejercicio todos los días, eso establecería un nuevo esquema en mi inconsciente que actuaría en mi beneficio, pero que no implicaría necesariamente mi estructura, contenido o actividad glandular. Pero no deja de ser muy importante.

En la introducción de los tres libros de la A.R.E. Clinic Series sobre las actitudes y emociones, el doctor Herb Payne escribe sobre actitudes de una forma especialmente clara: «Una actitud es literalmente una postura, una orientación. Es un punto de vista que elegimos en un determinado momento; por consiguiente, nuestras actitudes reflejan más que cualquier otra cualidad la “inmediatez” de nuestro ser. Están relacionadas directamente con nuestra conciencia; reflejan lo que elegimos conservar en nuestra conciencia con respecto a todo lo que experimentamos. Una actitud, puesto que está relacionada con la mente y la voluntad, así como con el espíritu, es uno de los indicadores más claros e inmediatos de que el hombre es un alma, un ser espiritual».

Si esas emociones, y quizás incluso nuestras actitudes, están encerradas en nuestros siete centros espirituales, que son unas partes eternas de

nosotros mismos (así como en aquellos mismos centros glandulares físicos), de ello se deduce que estamos tratando con unas facultades poderosas y creativas. A fin de alcanzar una mejor perspectiva del material con el que trabajamos, podemos verlas simplemente como almacenes de recuerdos de nuestras relaciones emocionales previas ante determinadas situaciones y personas. Cuando nos encontramos en el presente con los mismos individuos, o similares, tenemos una oportunidad muy real de crecer espiritualmente.

Podemos permitirnos simplemente reaccionar con los esquemas, las emociones, los sentimientos que se alojaron en esas glándulas en aquellas experiencias anteriores. Pues esos esquemas se hallan en la memoria de nuestras glándulas, en cuanto hábitos. De modo que podemos reproducir los hábitos, por negativos que éstos sean. Es fácil conseguirlo, puesto que se trata simplemente de una reacción. Pero siempre pagaremos un precio por ello.

O, por el contrario, podemos elegir actuar de forma distinta, de manera más constructiva, con unos sentimientos y emociones que creen unas relaciones de amor. Podemos crear nuevos hábitos a lo largo de un período, hábitos que producirán una respuesta totalmente diferente en una determinada situación ante la cual reaccionamos destructivamente en un remoto pasado.

La repetida utilización de una emoción o actitud a través de un esfuerzo consciente de nuestra mente propiciará un cambio en la forma en que contemplamos el mundo y cómo nos enfrentamos a él. Constructiva o destructiva, ése es el poder que tenemos gracias a nuestra capacidad de elección.

¡CONÓZCASE A SÍ MISMO! Y entonces quizá comprenda las grandes relaciones que cada emoción aporta a su experiencia.

Cuando la cólera se apodera de usted, ¿se ha detenido a pensar qué le aportarán los frutos de unas palabras pronunciadas precipitadamente? ¿No habría preferido decir: «Sí, te perdono, pero no puedo olvidar. De acuerdo, no pensaré en ello pero no me recuerdes lo que hiciste?».

¿Cómo ha sucedido? Si ha sido perdonado, debe perdonar. Si conoce el amor, debe ser digno del amor. Si desea la VIDA, ¡CONCÉDALA! ¿Qué es la vida? DIOS, en acción con su prójimo. (793-2)

SEGUNDA PARTE

El cuerpo

Utilizar la energía

En la facultad de medicina no nos enseñaron que todas las partes del cuerpo son unas unidades vivas de la propia vida dotadas de una conciencia y una mente. La fisiología era definida como la ciencia de las funciones del organismo vivo, sus componentes, y los procesos químicos y físicos implicados en él. La fisiología, según nos dijeron, debía ser interpretada en términos de unas pruebas científicamente calibradas o bioquímica, pero rara vez, en todo caso, en términos de conciencia, cooperación y coordinación, las cuales hacen que todas las partes del organismo se activen y cobren vida en este mundo.

Mi perspectiva sobre la comprensión del cuerpo se basa en el concepto de que somos unos seres espirituales, provistos de un cuerpo, en cierto sentido, que consiste en átomos y moléculas vivas, y experimentando esta dimensión con unos fines especiales que fueron designados antes de que naciéramos.

La fisiología debe ser interpretada como un proceso que cambia continuamente (en el que están implicadas la mente, las emociones y la conciencia) que es capaz de mantener nuestro cuerpo –nuestros átomos, células, órganos y sistemas vitales– vivo y saludable. Este proceso se ve siempre influido por multitud de factores que pueden tener unos efectos positivos o negativos sobre dicho proceso. Cambiamos constantemente, eternamente, para bien o para mal. Creamos siempre nuestra salud o falta de ella, y la única ocasión en que debemos crear algo es el momento indica-

do en el diagrama 4. Esto siempre nos da la oportunidad de emprender una nueva dirección, volviéndonos hacia la luz, o apartándonos de ella.

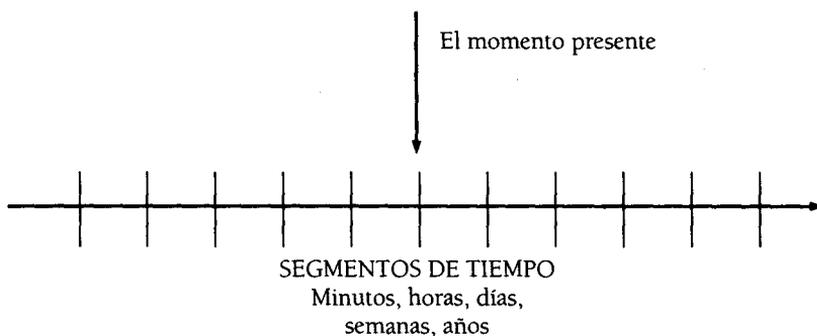


DIAGRAMA 4. CÓMO NOS MOVEMOS A TRAVÉS DEL TIEMPO O CÓMO EL TIEMPO SE MUEVE A TRAVÉS DE NOSOTROS.

El tiempo es una realidad, avanzando siempre hacia el futuro, pasando de largo junto a nosotros. O, por decirlo así, nosotros nos movemos siempre a través del tiempo y hacia el futuro, tomando esos momentos que pasan y depositándolos en nuestros bancos de memoria. En la función del tiempo, desaparecen. Pero, en la realidad, siguen vivos, listos para ser invocados por la mente consciente, cuando los necesitamos para promover nuestro propósito en la tierra.

El único tiempo, por tanto, del que disponemos para actuar es este momento presente y fugaz. Mientras hablamos, pasa y desaparece, y disponemos de otro momento para aprovecharlo según deseemos. Debemos utilizar cada momento para afirmar nuestra dirección, nuestros ideales, nuestras metas. Es muy importante elegir siempre el cambio y la transformación manteniendo nuestros pensamientos y actos positivos en este momento, pues al fin nos procurarán el objetivo que hayamos elegido. Es así de simple.

La magia se produce cuando las piezas de este galimatías fisiológico empiezan a encajar. Deseamos averiguar de qué forma todas esas importantes acciones están relacionadas entre sí y cómo se coordinan y cooperan para propiciar una vida más equilibrada y armoniosa.

A fin de ampliar los conceptos explorados en la primera parte de este libro, observemos más atentamente cómo el poder de elección desempeña un papel dominante a la hora de definir lo que realmente le sucede a nuestro cuerpo físico. Y luego, veamos lo que significa poseer un cuerpo consistente en energía.

Asimismo, debemos examinar nuestro sistema nervioso desde una perspectiva basada en la función. Recuerde que trabajamos sobre el concepto de que el espíritu es vida, la mente el constructor y lo físico el resultado, de modo que comprender cómo funciona nuestro cuerpo es una lección imprescindible.

Supongamos que elegimos nacer en el seno de una familia que nos da la vida. Eso ocurrió cuando todavía nos hallábamos en la dimensión espiritual. De modo que parte de nuestra estructura fisiológica nos fue dada por nuestros padres. Puede que se nos plantee un reto fisiológico, puesto que las Fuerzas Universales nos orientan hacia el mayor crecimiento espiritual para el que estamos preparados —y podemos alcanzar— en esta vida.

El entorno emocional procurado por nuestros padres y quizá también nuestros hermanos ha influido en la formulación de nuestro equilibrio fisiológico (o desequilibrio). Nuestra dieta también nos ayudó a dirigir la actividad de nuestros órganos internos. Así, empezamos a ver que existen muchos factores que operan a partir de la vida intrauterina, a través de los años formativos y posteriormente.

¿Por qué hemos sido creados así? ¿Por qué poseemos cinco sentidos, una cabeza, un cuerpo provisto de dos brazos y dos piernas, la capacidad de mantenernos con vida a través de unos complejos sistemas vitales, y la facultad de pensar, elegir e incluso contar un buen chiste?

Formular una pregunta semejante presupone que yo creo que fuimos creados. Que no nos formamos por azar. La evolución tampoco es la respuesta, aunque en la tierra existían unas formas que se desarrollaron a través de un proceso anterior a la creación de la forma humana.

Esas cosas me parecen lógicas, dado que cada uno de los que habitamos en el planeta Tierra es un ser eterno, un habitante, en cierto sentido, en dos planos de existencia. La versión de Cayce sobre la creación y el comienzo de las experiencias del hombre en la tierra es muy interesante. Según Cayce, primero se produjo el desarrollo de una forma mediante el proceso de evolución que se convirtió en el modelo para una creación

posterior de la presente configuración del hombre en la tierra. Buena parte de esta información es demasiado compleja para incluirla en este libro. Quienes estén interesados en ese tipo de investigaciones pueden estudiarlas en las lecturas originales de Cayce.

Pero primero debemos reconocer que somos realmente unos seres dotados de energía. Estamos compuestos por átomos, formados de un modo específico que sigue siendo un misterio para la mayoría de nosotros. Cuando los átomos se descomponen, se libera energía. Éste es un dato conocido, ¿no es así? Por tanto, cuando hablamos del cuerpo físico, trabajamos con un ser dotado de energía. Un átomo es definido como la parte más pequeña de un elemento que es capaz de entrar en una reacción química. El núcleo está cargado positivamente y los electrones transportan una carga eléctrica negativa. Debemos tener siempre presente que todo nuestro cuerpo, por consiguiente, posee una naturaleza eléctrica. Y, si seguimos las sugerencias contenidas en las lecturas de Cayce, entendemos que la naturaleza de la manifestación de Dios es electricidad o electrónica. La electricidad no es Dios, sino más bien una manifestación de Dios. Un punto importante que no debemos olvidar.

La tierra fue creada en primer lugar como habitáculo para el hombre. A continuación Dios creó la forma humana para que pudiéramos crear un lugar para nosotros en la tierra. Conviene no perder de vista que nosotros existíamos con anterioridad al comienzo de la tierra.

Cuando la tierra estaba lista para recibir al hombre, el ser humano tuvo que ser dotado de la capacidad de comer y beber, protegerse y manejar su medio ambiente de forma creativa, mantener la vida dentro de su cuerpo y procrear la especie. Dios dio al hombre la vida, en forma de lo que llamamos espíritu. Pero el resto de esta criatura que denominamos genéricamente «hombre» tenía que ser capaz de manifestar actividad en la tierra, hacer cosas con su cuerpo, utilizar la esencia del espíritu, que no sólo creaba, sino que mantenía la vida en el organismo. Aquí es donde entra en consideración el resto del cuerpo físico.

Respecto a la aventura del hombre en la tierra, las lecturas de Cayce dicen lo siguiente: vimos la tierra, y nos satisfizo. Luego nos trasladamos a esta dimensión. Pero no resulta sencillo explicar nuestra entrada en ella, pues solemos pensar que somos unos seres humanos físicos nacidos de la unión de una madre y un padre. Debemos aprender a aceptar la teoría de que en primer lugar éramos unas entidades espirituales.

Nuestros orígenes, por tanto, definen la naturaleza de nuestro destino, pues fuimos creados a imagen y semejanza de Dios. Y nuestra última meta—nuestro destino— es ser nosotros mismos, formando al mismo tiempo parte de las Energías Creadoras que crearon tanto el mundo como a nosotros.

Al parecer la tierra es un excelente lugar para hallar las situaciones y los individuos que, a su vez, nos permitirán ser nosotros mismos. Bajo la premisa de que Dios es amor, vemos que nuestra salida de esta dimensión—el «encuentro» con nosotros mismos— consiste simplemente en aprender a amarnos los unos a los otros. Nuestro comienzo radica en la conciencia del amor, y nuestra partida de esta esfera se producirá, finalmente, cuando comprendamos esa naturaleza de lo Divino, y lo experimentemos en nuestra vida. Todas esas experiencias nos llevan a comprender que estamos constantemente viajando, que hemos emprendido lo que llamamos una aventura a nivel de conciencia psíquica.

Este viaje nos ha llevado a través de numerosas encarnaciones anteriores en la tierra, y sin duda nos llevará a través de futuras experiencias en la tierra una y otra vez, hasta que alcancemos la unión con lo Divino aprendiendo a amar a Dios y a nuestros semejantes, y poniendo en práctica esos conocimientos.

Cuando estudiaba medicina en la facultad, el libro de texto de Starling, titulado *Principles of Human Physiology*, constituía la fuente que nos permitía comprender la forma en que funciona nuestro cuerpo. La descripción de nuestro sistema nervioso cerebroespinal es casi poética. La descripción del flujo eléctrico aferente (los impulsos hacia el cerebro) y el flujo eferente (que parte del cerebro) propone el siguiente concepto sobre la conciencia:

«Los estados de conciencia se deslizan continuamente de momento a momento en un flujo ininterrumpido de experiencias, consistente en un contenido focal más nítido con una franja de menor definición, dejando atrás un rastro que calificamos de memoria. Mediante un proceso de atención podemos destacar unas partes del flujo de conciencia para enfocarlas más de cerca.

»Existen pocas dudas de que nuestras experiencias conscientes son el resultado de unas complejas integraciones de impresiones sensoriales, las cuales son evaluadas a través de un control y comparación con los rastros de experiencias previas» (p. 332).

El punto de vista de Cayce sobre la conciencia difiere del de Starling,

por cuanto en la obra de Cayce la conciencia psíquica a la que se refiere Starling está formada por unos componentes de la entidad espiritual eterna, que simplemente actúan a través del cuerpo físico para que éste tome conciencia de sí mismo en esta dimensión material.

Mi interpretación del punto de vista de Cayce al integrarlo en mis propias experiencias y lo que he aprendido sobre el cuerpo humano puede resumirse así: mi cuerpo es una manifestación de mi realidad espiritual, que podemos denominar mi alma-ser. Mi cuerpo está asimismo dotado de unos órganos sensoriales que me permiten experimentar esta dimensión terrenal. Éstos órganos están debidamente agrupados en una unidad funcional, el sistema nervioso sensorial.

Si bien la medicina moderna sitúa todas las partes del sistema nervioso excepto el cerebro y la espina dorsal en el sistema nervioso periférico, y el cerebro, junto con la espina dorsal, en el sistema nervioso central, la función es más importante para nuestra observación de la conexión mente/cuerpo/espíritu que la estructura, pues es la función normal de las distintas partes del sistema nervioso lo que permite al ser espiritual vivir de forma útil y provechosa en el plano terrenal.

Mi sistema nervioso cerebroespinal, por ejemplo, me permite ser activo en la dimensión terrenal, hacer cosas, utilizar mis piernas, mis brazos, mi voz, mis huesos y mis músculos para realizar unas tareas creativas y útiles.

Los órganos de mi cuerpo, los sistemas que coordinan la labor de los órganos y las actividades neuromusculares, todo lo que sostiene y mantiene la vida en el cuerpo está bajo el control y la dirección del sistema nervioso autónomo. Y lo autónomo pertenece al ámbito del inconsciente, con todos sus recuerdos de vidas presentes y pasadas. En la tabla 2 podemos observar estas relaciones.

<i>Cerebroespinal</i>	<i>Autónomo</i>	<i>Sensorial</i>
Realizamos cosas en la tierra	Soporte vital La salud/enfermedad se crean aquí	Tomamos conciencia de dónde estamos
Mente consciente	Inconsciente	Conciencia

TABLA 2. LOS TRES SISTEMAS NERVIOSOS.

Los tres sistemas nerviosos permiten al cuerpo humano –cuando funciona a un nivel normal– experimentar la conciencia psíquica. Y el nivel de conciencia psíquica viene determinado en última instancia por el grado en el que los cuerpos físico y mental están sintonizados con las Fuerzas Creadoras, o Dios.

Existen unos mecanismos de suministro de datos en los sistemas nerviosos cerebroespinal y autónomo, los cuales les permiten funcionar y mantener nuestro organismo en orden. Conviene destacar que nuestros sentidos captan la información a medida que ésta se dirige hacia nuestra conciencia, pero siempre imparten información a las áreas de los sistemas autónomos, la cual no llega a la conciencia, sino que es almacenada en la memoria para ser recuperada posteriormente a través del recuerdo, o con ayuda de la hipnosis, la visualización o el estado meditativo. Todos somos mucho más conscientes de lo que imaginamos, pero buena parte de ello es inconsciente, y va dirigido a la parte del sistema nervioso donde el inconsciente reina soberano.

El sistema nervioso que mantiene nuestros órganos y sistemas funcionando simultáneamente –o de un modo alterado– es el autónomo. Su nombre obedece a que posee autonomía, una norma que se verifica sin que nuestra mente consciente sea consciente de sus actos.

Asimismo, estamos destinados a permanecer activos, a hacer cosas aquí en la tierra. Si no pasáramos a la acción, no se construirían edificios ni carreteras, no se crearían inventos, no se formarían gobiernos, no se cultivarían y cosecharían alimentos, y no seríamos capaces de cuidar de nosotros mismos ni de los demás. Estas cosas se llevan a cabo bajo el control y la dirección del sistema nervioso cerebroespinal. El cerebro controla y constituye el cuartel general de nuestros actos conscientes. Nos permite mover los huesos y músculos y ganar medallas olímpicas o conducir un coche.

El tercer sistema nervioso es más extenso. No suele considerarse como un sistema, aunque cumple una tarea muy valiosa. Nos permite ver, oír la voz de una persona amada, sentir el tacto de una mano, oler el aroma del café por la mañana y saborear la comida del día de Acción de Gracias. Se denomina sistema nervioso sensorial, y además de las actividades de los ojos, oídos, nariz y papilas gustativas, controla los órganos sensoriales de tacto en la piel. Esas adaptaciones especialmente formadas del sistema

nervioso que transportan los impulsos neuronales desde los órganos de los sentidos hasta el cerebro son muy complejas, y necesarias para nuestra conciencia de hallarnos en esta dimensión.

Cuando estos tres sistemas nerviosos funcionan en colaboración unos con otros, coordinando los sentidos, los músculos y tendones, así como los órganos y sistemas vitales, hay salud. Dichos sistemas funcionan de forma óptima en un bebé que nace sano, de una madre saludable y en una familia bien integrada.

Al contemplar el cuerpo desde una perspectiva distinta, vemos que nuestra mente consciente funciona mayormente a través del sistema nervioso cerebroespinal, mientras que el inconsciente halla su actividad en el sistema autónomo. Ambos constituyen lo que llamamos nuestra mente total –la consciente y la inconsciente– y nuestros sentidos nos permiten ser conscientes de nuestro entorno.

La mayoría de las veces, cuando tratamos de comprender la relación entre nuestra mente y nuestro cuerpo, tenemos la idea de que ejercemos un control sobre todo lo que hacemos. Nos levantamos de la cama por la mañana cuando queremos, tanto si suena el despertador como si no; nos peinamos o cepillamos el pelo; desayunamos; utilizamos el teléfono; conducimos el coche; realizamos nuestras tareas cotidianas; mostramos un talante profesional o amistoso, o ambas cosas a la vez; hacemos todas esas cosas por libre elección, y podemos hacerlas conscientemente, cuando lo deseamos.

Pero si examinamos la cuestión más de cerca veremos que no es así. En realidad no guiamos ni dirigimos nuestros destinos. Existen numerosas funciones en este cuerpo nuestro que no se hallan bajo el control de la mente consciente, que se producen a veces pese a lo que conscientemente deseamos que hagan.

¿Cómo podemos controlar la forma en que la comida que ingerimos en el desayuno sea digerida? ¿Cómo podemos poner en marcha conscientemente las ondas peristálticas en el aparato digestivo? ¿O cómo podemos indicar a nuestro corazón cómo debe latir, o con qué frecuencia? Sin embargo, estas funciones son controladas por una directriz autónoma. Lo denominamos un control involuntario, el cual actúa de forma parecida a un programa informático. Una vez que se le indica cómo debe cumplir su tarea –principalmente a través del control genético del desarrollo intrau-

terino— se verifica el debido control y coordinación. Ése es el propósito, la labor, del sistema nervioso autónomo. Pero debemos tener presente que esta autonomía puede ser modificada por unas directrices superiores, cuando la mente consciente, a través del medio que sea, toma medidas para reprogramar el sistema autónomo.

Muchos sostienen que el precursor de este complejo sistema de control inconsciente se halla en el sistema nervioso ganglionar de los vertebrados inferiores. Todos los seres vivos deben disponer de un control vital instalado en sus cuerpos a fin de poder seguir existiendo en un estado vivo.

Cuando pasamos de los vertebrados inferiores a los seres unicelulares que habitan en el agua, o quizá dentro de la estructura del cuerpo humano, experimentamos una profunda sorpresa. Esos seres unicelulares (como los linfocitos en el torrente sanguíneo) son capaces de abrirse camino a través de sus respectivos hábitats pese a no disponer de órganos sensoriales ni sistemas nerviosos. Sin embargo, se mueven por entre islas de tejidos cancerosos, por ejemplo, destruyéndolos antes de que ellos mismos sean destruidos. En los archivos de la American Cancer Society se encuentra un excelente documental sobre un linfocito en acción. Titulada *The Embattled Cell*, la película muestra al linfocito adoptando la forma de una punta de lanza para atravesar la pared de una célula cancerosa directamente hasta su núcleo. El linfocito empuja una y otra vez, hasta que logra penetrar en la célula. Y creemos que una vez que penetra en la célula cancerosa, consigue destruirla.

Cuando los linfocitos no están combatiendo contra un cáncer presente en el organismo, se dedican a buscar células que necesitan ser reforzadas o regeneradas. Según parece, incluso los linfocitos poseen una conciencia y cumplen su misión en beneficio del cuerpo, tal como se les ha ordenado que hagan.

El cuerpo humano, con sus numerosas partes, debe coordinar junto con su conciencia incluso la función celular, impartir a sus diversos miembros las debidas instrucciones y crear los programas adecuados para ayudarlos en su tarea.

El hecho de que seamos tan complejos es comprensible cuando reconocemos que estamos motivados por el espíritu de la Fuente Creadora, y que poseemos una mente que toma la Fuerza y construye los resultados

que hallamos en nuestro cuerpo físico. Tenemos incluso un cuerpo superior, nuestro cuerpo-alma permanente, en el cual experimentamos los periodos que median entre cada encarnación, así como el tiempo que permanecemos en el planeta tierra. Todos poseemos este cuerpo menos denso, y todos recordaremos un día nuestros gloriosos orígenes anhelando alcanzar un destino aún más maravilloso.

Otra forma de examinar este sistema nervioso incontrolado, por decirlo así, que denominamos autónomo, es observar cómo lleva a cabo sus actividades. Todas las órdenes recorren las distintas partes del extenso sistema autónomo a través de impulsos nerviosos. Esos impulsos son eléctricos y transportan mensajes, dependiendo de las instrucciones que sean necesarias. Cayce se refirió con frecuencia a la naturaleza eléctrica del hombre. Dos breves citas sirven para ilustrar su postura sobre el tema:

Dado que las fuerzas de las funciones corporales son eléctricas en su actividad, el mismo acto de asimilación y distribución de las fuerzas asimiladas en el cuerpo físico constituye una fuerza activa de las fuerzas VIBRATORIAS BAJAS pero muy elevadas. (470-22)

Sea cual fuere para el hombre el significado de la electricidad, en ello consiste el poder de Dios. Él puede utilizar en el mundo material la fuerza divina, el poder divino o la electricidad... (3618-1)

El sistema nervioso autónomo, en su naturaleza y actividad eléctrica, se compone de dos partes: el simpático y el parasimpático. Ambos funcionan antagonicamente, uno enviando información para relajar ciertos músculos, mientras que el otro trata de que se contraigan esos mismos tejidos. Más que pelearse, sin embargo, tienden a intensificar la función del otro mediante su reciprocidad. Puede decirse que responden como el crepúsculo, sustrayendo la luz a la vigorosa actividad del día. Tanto el día como la noche son esenciales para la vida. Tanto la contracción como la relajación son indispensables para las ondas peristálticas que se mueven al digerir el material que desciende por el aparato digestivo.

El sistema nervioso simpático –junto con la actividad de las glándulas suprarrenales– prepara al cuerpo para que pueda desarrollar toda su acción muscular, como los jugadores de ataque o defensa de un equipo de rugby.

Vemos a un grupo de jugadores trabajando en las posiciones contra una impresionante línea de oposición, con todas sus facultades alertas, todos sus músculos tensos para apoyar el ataque. Asimismo, el sistema simpático constituye la fuerza dominante del cuerpo, encargada de movilizar todas las reservas corporales para hacer frente a cualquier emergencia.

El sistema simpático rige las horas de vigilia, mientras que el parasimpático es el que controla la situación mientras dormimos o descansamos después de una comilona. No obstante, ambos sistemas permanecen en cierta medida activos las veinticuatro horas del día.

Cuando el cuerpo se halla en pie de guerra —cuando discutimos, emprendemos una rápida retirada o nos hallamos estresados—, todas las actividades del parasimpático en el aparato digestivo, por ejemplo, se ralentizan notablemente. La asimilación y la peristalsis cesan temporalmente, mientras la sangre y la actividad nerviosa son dirigidas hacia los músculos y tendones.

Pero cuando las cosas están tranquilas y el cuerpo está preparado para una cena en un ambiente agradable, el parasimpático actúa mediante unos armoniosos y definitivos impulsos neurológicos. Interpreta su sinfonía en el aparato digestivo, en un *crescendo* descendente que hace que la barriga se contraiga formando una especie de ondas, como las que observaríamos si cogiéramos un globo alargado, untado de aceite y lleno de agua, y lo estrujáramos de un extremo a otro. Así es como la comida, a fin de alimentar el cuerpo, se desliza a través del aparato digestivo durante el proceso de asimilación y eliminación.

Mientras esta actividad perfectamente ajustada del parasimpático prosigue con su función, el simpático debe participar también en el baile; ambos bailarines se alternan en sus papeles: uno dirige el baile durante un rato y luego cede su lugar al otro. Así es como ambos sistemas trabajan juntos, y la danza de la vida continúa durante todos los momentos de nuestra existencia. Pues uno no permanece nunca inactivo.

¿Cómo saben esos sistemas cuándo deben dirigir el baile? Lo han aprendido a través de los datos suministrados —como en un ordenador— a lo largo de los siglos, a medida que los animales evolucionaban, al igual que el hombre, o como dijo Cayce: «La materia comenzó su ascenso en las diversas formas de evolución física en la mente de Dios» (262-99).

La porción del parasimpático en el sistema autónomo tiene la respon-

sabilidad de crear ácidos en el estómago, a fin de que la comida pueda ser digerida adecuadamente. Cuando la actividad del simpático –ejercicio, etcétera– es menospreciada y las angustias y problemas del cuerpo ocupan un lugar preponderante, se crean demasiados ácidos y aparecen los indicios de una úlcera.

Podemos afirmar sin temor a equivocarnos que no existe una enfermedad en el cuerpo humano que no implique algún tipo de trastorno del sistema nervioso autónomo, bien en su control de, o en su relación con, otras partes del sistema nervioso, o en su capacidad de coordinar las funciones de los órganos del cuerpo.

Parte del proceso de curación, sobre todo en dificultades complicadas de resolver, precisa la corrección del problema localizado en algún punto del sistema nervioso autónomo. Esto evidentemente es difícil de lograr, puesto que primero debemos reconocer que esos impulsos neurológicos son unas manifestaciones de las Fuerzas Creadoras que han sido de alguna forma mal utilizadas. El resultado, puesto que se trata siempre de una cuestión de la conciencia, es un desequilibrio o una falta de coordinación o de cooperación dentro de las áreas del cuerpo que nos proporcionan vida.

A fin de comprender este sistema nervioso con más claridad, conviene destacar que las fibras nerviosas autónomas dirigidas a numerosas partes del cuerpo suelen recorrer las paredes externas de las arterias y arteriolas hasta que llegan a su destino. Esto las sitúa en estrecho contacto con la sangre que baña todos los órganos del cuerpo –los cuales controlan– y en una íntima relación con tales órganos.

Dentro de este cuerpo humano nuestro residen otras fuerzas que guían o dirigen esos sistemas y órganos vitales. Cayce las denominaba «fuerzas» porque, según dijo, era la propia Fuerza de la Vida la que concedía a cada célula, cada átomo, la facultad de hacer lo que debía hacer. Y todas tenían siempre una misión que cumplir.

Agrupar esas «fuerzas» para que tengan sentido desde un punto de vista funcional puede parecer arbitrario, pero la función es lo que investigamos en estos órganos y sistemas y no sólo una estructura anatómica. La función debe asociarse con la conciencia, pues eso es lo que nos trajo a la tierra tratando de alcanzar nuestro propósito, tal como se expresa en el diagrama 5.

En el diagrama 5 vemos cómo nuestro estilo de vida, entorno y herencia ejercen una influencia en la fisiología del cuerpo. Supongamos que nos invitaran a asistir a una reunión y averigüáramos –demasiado tarde– que la reunión iba a celebrarse en una habitación invadida de humo. Existen al menos tres clases de respuestas que podrían producirse en el cuerpo.

En primer lugar, podemos actuar –decidir conscientemente– con el fin de abandonar la habitación. Ello implica al sistema nervioso cerebroespinal. Antes de eso, sin embargo, debemos notar la situación, ser conscientes de ello. El sistema nervioso sensorial realiza esa función y la lleva hasta nuestra conciencia, lo cual hace que nuestro cuerpo pase a la acción.

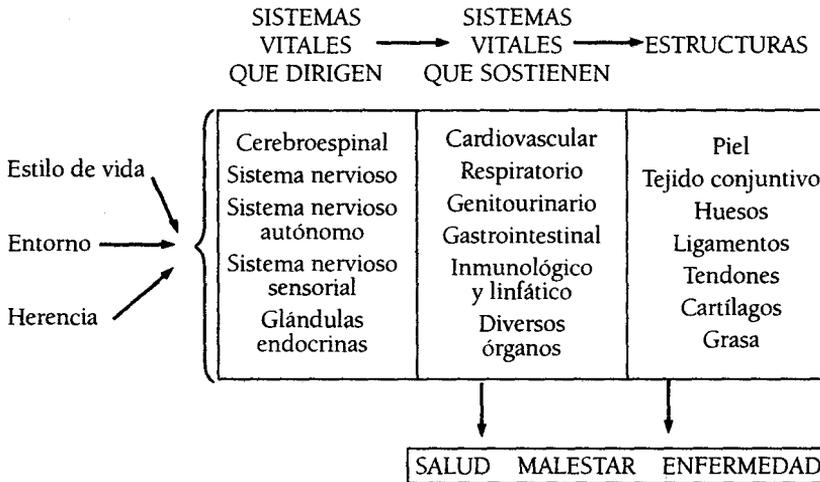


DIAGRAMA 5. INFLUENCIAS SOBRE LA FISIOLÓGIA CORPORAL.

Segundo, el sistema nervioso autónomo produce una reacción. Quizá haga años que somos muy sensibles al humo, y al entrar en una habitación sentimos inmediatamente náuseas y dolor de cabeza, una reacción alérgica fisiológica, y un problema muy real, causado por una reacción inconsciente transmitida por el sistema nervioso autónomo y los órganos que controla.

La misma situación –al entrar en una habitación llena de humo– podría precipitar una tercera respuesta, un sentimiento de ira contra la per-

sona que nos ha llevado a un lugar semejante cuando sabe que somos sensibles al humo. El sistema endocrino –más concretamente, las glándulas suprarrenales– constituye el ámbito donde los sentimientos como la ira residen y crean sus efectos.

Así, debido simplemente a un determinado entorno, 1) nuestros sentidos pueden detectar un problema; 2) puede originarse una fuerte emoción; 3) pueden desencadenarse unas reacciones fisiológicas observables, y 4) provocar un acto consciente.

Otro entorno puede ser experimentado por una persona sensible a los campos electromagnéticos anómalos que vive en una casa construida bajo unos cables eléctricos de alta tensión. O alguien que padece problemas respiratorios y vive en un clima frío o húmedo. O en el caluroso desierto, donde el polen origina unas alergias insoportables. El «entorno» puede incluso significar vivir con una suegra, o hermana, un hermano, el cónyuge, cuando existen graves tensiones entre esas personas que viven bajo el mismo techo y tratan de llevarse bien.

La herencia, por otra parte, nos plantea otras circunstancias muy distintas. En el momento de nuestra concepción en el útero materno, un lugar donde no penetramos conscientemente, como en el caso de una habitación llena de humo, recibimos un código genético nuevo y flamante. Sin embargo, a un nivel de elección anterior a nuestro nacimiento, tuvimos la facultad de elegir y la ejercimos para emprender un sendero en la vida que nos procurara unas oportunidades junto a unas personas con las que quizás habíamos estado previamente, y unas experiencias que nos ayudaran a recorrer ese camino, a alcanzar el crecimiento del alma y nuestro destino. Por tanto, el nacimiento representa también una elección que hemos hecho, la cual viene a ser nuestra herencia.

Recibimos unos órganos y sistemas, de sentimientos que nos parecen naturales, de reacciones que son el resultado de lo que hemos elegido, y un cuerpo físico que nos permite actuar. Esas circunstancias influyen en el sistema endocrino, el sistema nervioso autónomo y el sistema cerebroespinal, pero esta vez no necesitamos de los sentidos para reconocer la situación. Vivimos con las circunstancias correspondientes a cada uno de nosotros considerándolas «normales», unas condiciones que hemos elegido.

Quizás hayamos contraído en la infancia una enfermedad hereditaria, y creemos que es culpa de nuestros padres, sabiendo a un nivel muy profun-

do del inconsciente que la elegimos antes de nacer. O quizá somos bajos de estatura y nos sentimos frustrados porque nos gustaría ser altos. Quizá tengamos una constitución frágil, cuando preferiríamos ser robustos.

Todas esas cosas generan disgusto, preocupaciones y otras emociones que nos perturban. Éstas, a su vez, influyen en los sistemas vitales que sostienen nuestro organismo, los cuales adoptan la apariencia de una orquestación de autoridades, a un nivel de función estrictamente inconsciente, creando un desequilibrio, una falta de coordinación que más pronto o más tarde provoca un malestar y, si no se remedia, una enfermedad.

Nosotros elegimos conscientemente nuestro estilo de vida, aunque a veces no lo reconocemos ni creemos realmente en él. Y, al igual que el entorno o la herencia, el estilo de vida que hemos elegido puede ayudarnos a, o impedir que, alcancemos un nivel de salud deseable.

Por ejemplo, ¿hace usted ejercicio regularmente? ¿La dieta que sigue es conveniente y beneficiosa para su cuerpo? ¿Descansa y goza de suficientes momentos de ocio para mantener un equilibrio saludable en su cuerpo? ¿Realiza un trabajo que le gusta y satisface? ¿Organiza bien su trabajo o permite que éste domine su vida? En su historia personal, ¿existe un abuso de sustancias como drogas, alcohol, fármacos, cigarrillos, ciertos alimentos, etcétera? ¿Cómo suele afrontar las situaciones emocionales? ¿Medita y reza periódicamente?

Los esquemas emocionales que hemos elegido y ejercido hasta convertirlos en patrones de hábitos —grandes o pequeños— influyen en todo nuestro cuerpo, por medio de las hormonas que nuestras glándulas endocrinas distribuyen a través del cuerpo mediante el sistema circulatorio. La ira, por ejemplo, que se origina en las glándulas suprarrenales, transmite sus mensajes a través de la sangre en forma de adrenalina y cortisona. Al mismo tiempo, la parte neurológica de las glándulas suprarrenales transmite al instante su historia a todas las partes del cuerpo mediante la extensa red de la parte del sistema nervioso autónomo denominada simpático.

Todos los principales centros glandulares —al igual que las suprarrenales— constituyen unos transductores neurohormonales que inciden sobre el cuerpo a través de los impulsos nerviosos y las hormonas, las cuales se distribuyen a través de la circulación. Éstas glándulas poseen la capacidad de traducir la información neurológica en respuestas hormonales.

Piense en lo que sucede cuando se enfada mientras come. Una serie de

respuestas alertan al cuerpo físico para que se prepare para el combate, refuerza el suministro de sangre a las extremidades y esencialmente detiene todas las actividades destinadas a digerir y asimilar debidamente los alimentos que ingiere. Cuando no se siguen las normas de comer correctamente se originan problemas como úlceras, indigestión y trastornos digestivos. Ésta es una buena razón para amenizar las comidas con tranquilidad y alegría, creando un ambiente armonioso en lugar de conflictos. Se sentirá más feliz y más sano, pues cuando uno crea unos esquemas constructivos, un estilo de vida destinado a promover la salud, todos los procesos fisiológicos se benefician de ello y coadyuvan a mantener y aumentar la salud del cuerpo.

Conviene, por tanto, tener presente que nuestra mente consciente actúa; nuestro inconsciente reacciona; nuestros órganos sensoriales perciben; y nuestros órganos endocrinos sienten. Todos trabajan juntos en una combinación, una integración de influencias que activan los otros órganos y sistemas. Así, todos los órganos y sistemas vitales que sostienen nuestro organismo dependen realmente de, y están dirigidos por, esta combinación e integración de autoridades.

Dentro de los límites de los sistemas, la conciencia individual de los órganos crea una combinación, un ajuste, una armonización de sus respectivas conciencias que emerge como una fuerza capaz de crear salud, malestar o enfermedad. Se trata de una simplificación, cierto, pero es algo muy real y activo que funciona a medida que el cuerpo continúa viviendo y se convierte en parte de la búsqueda del individuo de su propósito en la tierra.

No debemos omitir en nuestro estudio la estructura del cuerpo. Las partes óseas; los músculos, tendones y ligamentos; la grasa y el tejido conjuntivo; y la piel (que protege y cubre el cuerpo). Todo ello nos procura la sustancia que genera fuerza, movimiento y los atributos físicos que nos permiten experimentar una coordinación y cooperación en las actividades vivas del ser humano.

Reconozco que esta descripción del funcionamiento del cuerpo humano contiene ciertas superposiciones y que un anatomista o un fisiólogo hallarían en ella muchos motivos de crítica. No obstante, al simplificar el cuerpo de tal forma que admita esas superposiciones, influencias y coordinación de las distintas funciones o fuerzas —como las llamaría Cayce—, nues-

tras definiciones sirven a un buen fin, puesto que nos ayudan a comprender el cuerpo, cómo funciona internamente y cómo diversas fuerzas inciden en sus aparatos y órganos, dándonos la oportunidad de crear salud en lugar de enfermedad.

Siempre es útil pensar en términos de unas estructuras vivas que trabajan con sus órganos vecinos en colaboración o en conflicto. Pues las guerras y las disputas, el amor y la amistad en el mundo que nos rodea son como los órganos y sistemas del cuerpo humano: crean el fruto de su trabajo fuera del cuerpo, o dentro.

Fisiología y curación

El campo de fútbol es donde se desarrolla este deporte, tanto si a uno le gusta el fútbol como si no. La pista de tenis es el lugar de otra actividad, otro juego. Curar el cuerpo constituye otra competición –sin duda más importante– pero que exige acción, una guerra, en cierto sentido, entre las fuerzas destructivas y las fuerzas capaces de reforzar el cuerpo y curarlo.

Cada ser humano que persigue la curación del cuerpo comprobará que la acción en este juego la desarrollan los órganos y sistemas que funcionan en el cuerpo, tratando de mantenerlo con vida y en estado óptimo. Pues ellos son los auténticos jugadores, cada uno de los cuales cumple su misión en este drama interno. Desempeñan su papel de forma honrada y coherente, siempre y cuando trabajen juntos en equipo, colaborando para generar unos resultados saludables. Dentro de esos órganos y sistemas es donde esas fuerzas del bien y del mal hallan su campo de batalla. El hígado, por ejemplo, sirve a la totalidad del organismo aplicando sus conocimientos sobre los orígenes divinos del cuerpo. Al mismo tiempo, las toxinas que circulan por la sangre se afanan en provocar un caos en los tejidos del hígado. Su título de gran desintoxicador queda justificado por sus éxitos al destruir las toxinas.

Cuando los órganos y sistemas fisiológicos del cuerpo funcionan normalmente nace la salud auténtica. Todas las enfermedades tienen sus inicios en una disfunción de la fisiología. Antes de que pueda existir una

auténtica salud en el cuerpo deben remediarse esas alteraciones y restituir un equilibrio razonable a las áreas afectadas. Donde los trastornos han creado confusión o condiciones inestables, es preciso restituir la cooperación y el equilibrio. Con un poco de ayuda del exterior, puede reforzarse la cooperación entre las fuerzas positivas y recuperar el cuerpo la salud.

No existe nada en el proceso de curación más importante que comprender la fisiología del cuerpo, y la forma en que diversas fuerzas y energías influyen en su función. Y probablemente no exista un ámbito menos comprendido actualmente entre los profesionales sanitarios que la función de la fisiología y su posición clave en la salud y la enfermedad.

La formación médica sigue orientando al estudiante hacia el diagnóstico como objetivo primordial cuando se le presenta un paciente enfermo. Por lo general, a menos que se alcance un diagnóstico, poco puede hacerse para ayudar al paciente. El tratamiento, en caso de que exista, suele ir encaminado a eliminar la dolencia o el órgano afectado, como cuando se extirpan unas amígdalas infectadas, o se utiliza un fármaco para reducir una tensión arterial elevada. Con frecuencia, se extirpa la vejiga, o el apéndice, o el útero para «ayudar» a una mujer menopáusica.

El formato médico centra su atención en el resultado final de una dolencia, en lugar del proceso que la puso en marcha en algún momento en la vida del paciente, hace unas semanas o unos meses, o incluso años. Existen unas fuerzas que provocan un funcionamiento anómalo en la fisiología del cuerpo, y que si no se hace nada para detenerlas, acabarán creando una condición que presenta un grupo de síntomas y tiene un nombre. A partir de ahí se formula un diagnóstico.

Las lecturas de Edgar Cayce, sin embargo, señalan la importancia de reconocer la enfermedad como un proceso desde su mismo comienzo hasta que ésta pueda ser diagnosticada. El proceso de enfermar lleva tiempo, pero la intervención puede comenzar en cualquier momento de la escala de tiempo, y sólo precisa modificar el curso de los acontecimientos para tener éxito. Con frecuencia, la curación puede producirse antes de que se apliquen enérgicos tratamientos. En tal caso, la curación del cuerpo puede no interpretarse como el remedio de una cistitis, por ejemplo, puesto que el problema quedó resuelto y el cuerpo recuperó su equilibrio antes

de que aparecieran suficientes síntomas para que se identificara el problema como una cistitis.

Un remedio sencillo, como un buen descanso por las noches, o la resolución de una disputa familiar, puede propiciar un equilibrio en el cuerpo que le permite recuperar la salud.

La curación, por tanto, puede producirse de varias formas, pero Edgar Cayce afirmó que la conciencia de un individuo constituía el factor decisivo. Cada célula, cada órgano, cada átomo posee una conciencia. Cada parte del mundo de Dios, hasta su estructura molecular, es consciente de su origen y su destino.

Quizá sea éste el motivo de que me sienta cautivado por diversas enfermedades que responden a unos remedios muy sencillos. Es posible que el remedio posea una naturaleza vibratoria que avive la conciencia en la célula o el órgano. Pues la conciencia sigue siendo lo que siempre tenemos presente al hablar de curación.

Hace un tiempo me escribió un hombre para relatarme su experiencia con el aceite de ricino. No deja de asombrarme la cantidad de problemas que responden con salud y curación cuando se aplica aceite de ricino al cuerpo. Si se ingiere por la boca, el aceite de ricino limpia el organismo, como sin duda recordamos muchos de nosotros. Si la limpieza es su conciencia, en tal caso puede limpiar cualquier zona a la que sea aplicado. La limpieza a menudo permite a las estructuras celulares regenerarse.

En su carta, ese hombre me contó que había padecido un problema que generalmente sólo se resuelve por medio de la cirugía: una hernia. Llevaba un braguero que le contenía la parte inferior izquierda del abdomen, pero al cabo de un tiempo apareció otra hernia en el lado derecho, de modo que tuvo que ponerse un braguero que le contuviera ambas hernias. Al fin tuvo que ser operado del lado derecho del abdomen.

Durante los siguientes dos años, el hombre continuó llevando un braguero, pero empezó a darse unos masajes en el abdomen con aceite de ricino caliente, utilizando unos movimientos rotatorios, siguiendo el sentido de las manecillas del reloj en el lado izquierdo, y al contrario en el lado derecho. Aplicaba una generosa dosis de aceite de ricino durante los masajes, parte del cual era absorbido por el cuerpo. Al cabo de va-

rios meses su estado mejoró notablemente, y después de un tiempo la dolencia desapareció por completo. La combinación de aceite, masaje y una actitud tremendamente positiva favoreció la recuperación de ese hombre.

Cayce constató que el equilibrio y un funcionamiento correcto del cuerpo dependían, en muchos casos, del hecho de que cada órgano y parte del organismo estuvieran coordinados y cooperaran con otras partes, así como que las toxinas o productos del metabolismo fueran eliminados rápidamente del cuerpo.

En el caso del individuo que padecía una hernia, podría decirse que el aceite de ricino favoreció la eliminación de los desechos de las células localizadas en las zonas afectadas por la hernia, permitiendo a las células funcionar más normalmente y aceptar la ayuda del sistema inmunitario para reconstruir o regenerar lo que no funcionaba bien.

Alcanzar un equilibrio en el cuerpo exige un entorno de cooperación y coordinación de esfuerzos. La referencia más básica al equilibrio que he hallado en las lecturas de Cayce describe lo que les sucede a los átomos del cuerpo cuando se produce la curación:

Tal como hemos indicado, el cuerpo físico es una estructura atómica sometida a las leyes del entorno, la herencia, el desarrollo del ALMA. La actividad de curar, por tanto, supone crear o propiciar en las unidades necesarias un equilibrio de la influencia o fuerza que se ha puesto en marcha. (281-24)

Si se consigue un equilibrio entre las eliminaciones y las asimilaciones, las lecturas de Cayce nos prometen poder vivir hasta prácticamente la edad que deseemos. Ese equilibrio es difícil de crear. Observe la sección de pastelería en un supermercado u otro comercio de alimentación. En los estantes se hallan expuestos todo tipo de dulces y golosinas que nos incitan a darnos un atracón. Cuando sucumbimos a ese tipo de tentaciones, cuando nuestras elecciones no son particularmente constructivas, el cuerpo sufre.

A menudo he pensado que atracarse de lo que sea es parecido a lo que ocurre cuando un joven soltero llena por primera vez la despensa y el frigorífico de su casa. Puesto que no tiene experiencia, compra diez kilos de plátanos. Los plátanos le encantan. Después de haber consumido plátanos

durante toda una semana, contempla el montón de plátanos que todavía quedan sobre la mesa de la cocina y se siente deprimido. No puede comer más plátanos, y los que quedan han empezado a estropearse. Como no sabe preparar un budín o una tarta de plátanos (y atracarse de nuevo), decide llevarse los plátanos restantes y tirarlos al contenedor de basura. El joven soltero ha invertido tiempo, dinero y energía en llevar unos plátanos a casa, consumir los que ha podido, y malgastar tiempo, energía y dinero en sacar el resto de su casa.

Cuando comemos, solemos consumir más comida de la que nuestro cuerpo –por más que se esfuerce– puede utilizar. Una parte de la comida es convertida en energía y utilizada por las células del cuerpo para que pueda continuar el proceso vital. Una parte de lo que sobra se deposita en los tejidos del cuerpo en forma de grasa, almacenada para ser utilizada como energía en el futuro. Pero gran parte de la comida –como los plátanos que compró el soltero– no es utilizada por el cuerpo. Eso es lo que Cayce denomina «fuerzas desechadas», las cuales deben ser eliminadas para evitar que causen problemas en el organismo, actuando como toxinas o depositándose en zonas de mucho movimiento, como las articulaciones o los músculos. Ello podría determinar el comienzo de una artritis.

Las células que han prosperado debido a los alimentos ingeridos continúan su proceso vital, produciendo hormonas u otras ayudas para el cuerpo. Pero también producen desechos, al igual que todo ser vivo. Esos desechos se llaman metabolitos y constituyen los residuos del metabolismo celular. Cayce los llamaba «fuerzas utilizadas». Algunas células también mueren, y esos residuos vienen a agregarse a la suma de fuerzas utilizadas.

Ello nos permite comprender mejor que la eliminación es una función vital del cuerpo. Los riñones, el hígado, el paquete intestinal, la piel y los pulmones han sido diseñados para cumplir estos menesteres. Los órganos y los sistemas no funcionan correctamente cuando la sangre que llega a ellos está contaminada, proporcionándoles en forma de alimento unas sustancias que son meros desechos, las fuerzas utilizadas y desechadas, según la terminología empleada por Cayce.

Existen sólo esos cuatro sistemas que eliminan los desechos del cuerpo. El hígado, junto con el intestino, constituye un medio de eliminar los

desechos. Con frecuencia pensamos que eso, junto con los riñones y el sistema urinario, representa todo el proceso de eliminación. Pero no es así, pues la piel es un órgano de gran tamaño que coadyuva a la eliminación si le damos la oportunidad de hacerlo a través del ejercicio o cualquier actividad que nos haga sudar. Y los pulmones no sólo aportan alimento al cuerpo a través del aire, sino que también eliminan toxinas y desechos del torrente sanguíneo.

Si uno de esos órganos o sistemas funciona mal, los otros deben ayudar, ampliando su capacidad, hasta que el órgano afectado recupera una conciencia sana, un equilibrio y una función normalizada.

Siempre he creído que las partes internas del cuerpo, los sistemas vitales, pueden funcionar normalmente si las cuidamos como es debido y somos capaces de crear una coordinación entre todas esas funciones. Tal como esperaríamos que ocurriera en una organización o una familia. Y eso significa una coordinación entre las conciencias de las células y los átomos que componen los órganos y sistemas implicados. Podemos tener guerra o paz. La guerra significa destrucción. La paz significa felicidad y salud.

Si incluso un átomo posee una conciencia, tal como sugiere Cayce, debe de existir una comunicación. La comunicación conduce a una relación que produce un resultado armonioso o discordia. De modo que deberíamos tratar de instaurar una buena relación entre el hígado y el bazo, por ejemplo, entre el sistema urinario y los riñones, entre las distintas partes del corazón y los vasos sanguíneos, entre los órganos endocrinos y el aparato gastrointestinal, entre los pulmones y la columna vertebral, etcétera. Todas esas entidades no existen en un vacío, sino como una unidad que persigue la unión entre todas las partes, dirigida hacia el bienestar del cuerpo en su totalidad.

Al tomar esos conceptos en consideración, es muy importante contemplar la coordinación de nuestro cuerpo humano como un elemento imprescindible en la búsqueda de la curación. Sin embargo, algunos pueden considerar el estado de salud simplemente como un equilibrio fisiológico que refleja la forma en que el cuerpo fue creado en un principio.

La psiconeuroinmunología es el estudio de las relaciones que existen entre el sistema inmunitario y el sistema nervioso humano, la mente, las emociones y esa área —pobremente definida actualmente en la ciencia—

conocida como la psique o el alma. Los círculos científicos dirían que la «psique» se refiere a la mente, como en la psicología. Sin embargo, la definición ofrecida por el diccionario la representa como el alma, el espíritu o la mente humanas. Hasta hace relativamente poco tiempo, no se consideraba que el sistema inmunitario estuviera relacionado con el sistema nervioso, y menos aún con la mente, las emociones o la realidad espiritual.

Hoy, sin embargo, esos conceptos han adquirido carta de naturaleza y su estudio atrae la atención de psiquiatras, endocrinólogos e incluso biólogos moleculares. Algunas de esas personas más radicales creen que no existe ningún estado de la mente que no se vea reflejado fielmente en un estado o nivel de función del sistema inmunitario.

Se ha descubierto que las respuestas del sistema inmunitario pueden aprenderse. La visualización origina cambios en la capacidad de respuesta del sistema inmunitario. La apatía hacia el cáncer y el rechazo dinámico a aceptarlo producen unas respuestas diametralmente opuestas en el cuerpo, como se ha visto en el número de linfocitos, cuya misión es aniquilar las células cancerosas. Y muchos círculos afirman que la meditación o la oración influyen en el grado de la respuesta del sistema inmunitario a diversas enfermedades.

Cuando uno examina los estudios que se están llevando a cabo hoy en día en todo el mundo, se hace evidente que la meditación, las actitudes, los esquemas emocionales, los pensamientos alojados en la mente, el sistema nervioso y el sistema inmunitario se hallan estrechamente interrelacionados. Se ha comprobado que las expresiones faciales producen los cambios fisiológicos que uno esperaría que se produjeran al manifestar el individuo las emociones sugeridas por esa expresión, principalmente debido a que esas emociones se hallan dentro del cuerpo, aunque el individuo que las siente no sea consciente de que en su rostro las muestra al público.

Así, sonreír ayuda a nuestro sistema inmunitario, y arrugar el ceño es nocivo; creer es beneficioso, ser un descreído nos perjudica; ayuda ser feliz, nos perjudica estar tristes. Teniendo eso en cuenta, no ha de extrañarnos que un marido o una esposa mueran de desesperación (un fallo del sistema inmunitario) cuando su adorado compañero o compañera fallece.

Aparte de tener presente que el timo es el jefe del sistema inmunitario, debemos reconocer asimismo que metafísicamente controla los delicados sentimientos que se centran alrededor del tórax, los pechos e incluso el corazón. Y cuando se produce una tragedia como la pérdida de un ser querido, esa zona duele. En tal caso, la capacidad del timo para funcionar normalmente se ve mermada y, en cierta medida, las defensas del cuerpo se pierden. El corazón duele y, en ocasiones, deja de latir.

Evaluar el sistema inmunitario no es tarea sencilla. Visto desde una óptica metafísica, sin embargo, el timo y su actividad pueden ser analizados más fácilmente mediante el tono emocional y el estilo de vida del individuo. Pero los cambios que se originan en el funcionamiento interno del cuerpo suelen indicar problemas, tanto si se producen en el sistema inmunitario como en el control del equilibrio ácido/alcalino del cuerpo. En una lectura ofrecida por Cayce a un individuo que padecía «acidez», ofreció estos interesantes comentarios relacionando el uso del yodo con otras glándulas endocrinas del cuerpo y el equilibrio ácido/alcalino, así como la circulación linfática. Según veía Cayce el cuerpo humano, existen en éste unas relaciones muy complejas e importantes. He aquí un extracto de su lectura:

Una gota de Atomidina en medio vaso de agua antes del almuerzo, y al día siguiente tres gotas de Glicotimolina disueltas en agua antes de acostarse... Tomarlos en días alternos... Al cabo de unas semanas, la acidez del sistema se habrá modificado, y también las vibraciones a través de las fuerzas glandulares que controlan la circulación linfática en el canal alimentario, así como los órganos de la pelvis... La Atomidina actúa a modo de depurador de glándulas, haciendo que el tiroides y las glándulas del estómago, en particular la parte del píloro en el estómago y todo el duodeno, cambien debido a las secreciones que producen, lo cual influye directamente en la circulación. (3104-1)

Las primeras lecturas de Cayce ofrecían información para la formulación de una sustancia conocida como Atomidina. Se trata básicamente de un preparado de yodo. Las lecturas recomendaban ingerir Atomidina, o en ocasiones otras formas de yodo, como medida terapéutica para curar diversas dolencias.

El yodo, según parece, constituye un elemento vital en la composición del cuerpo. Las lecturas afirman que el yodo es esencial para el proceso de

crear nuevas células, o división celular. En una lectura Cayce comenta la actividad de la Atomidina tal como él la veía desarrollarse dentro del cuerpo:

La Atomidina, la cual desarrolla una función activa en las glándulas, especialmente el tiroides, las suprarrenales y todas las actividades de las glándulas endocrinas a través de las fuerzas atómicas que contiene el yodo, la fuerza básica junto con el potasio, propicia el equilibrio en todas las funciones del cuerpo. (636-1)

El potasio, químicamente carbonato potásico (K_2CO_3), está estrechamente relacionado con el bicarbonato potásico ($KHCO_3$), el cual es utilizado para neutralizar la acidez de estómago y remediar el desequilibrio de la base ácida en otras partes del cuerpo. En las lecturas, el bicarbonato de sodio, así como la Glicotimolina, un enjuague bucal que contiene bicarbonato de sodio, también son recomendados para normalizar el desequilibrio ácido/alcalino.

Al abordar el tema de la acidez o alcalinidad de un líquido o un tejido del cuerpo, debemos destacar que en ello siempre está implicada la concentración de iones hidrógeno, el valor pH. El punto neutro, en el que una solución no sería ni ácida ni alcalina, es pH 7. El aumento de la acidez es expresado como un número inferior a 7 y el aumento de alcalinidad como un número superior a 7. La acidez máxima es pH 0, y la alcalinidad máxima pH 14. (Dado que cada unidad en la escala representa un logaritmo, existe una diferencia de diez veces entre cada una de ellas.)

Los jugos gástricos, por ejemplo, suelen tener un pH entre 1,0 y 5,0. El plasma sanguíneo tiene un pH que se aproxima a 7,35. Todos los tejidos del cuerpo poseen sus propios valores de pH, algunos bajos y otros más elevados. Cuando el pH de una parte determinada del cuerpo sufre un desequilibrio crónico, puede originarse el comienzo de un trastorno que puede degenerar en un proceso de enfermedad.

La sangre está regida por la mente del sistema nervioso autónomo a fin de mantener un nivel de pH rigurosamente controlado. Esto es muy importante para la salud del cuerpo. La alcalosis o la acidosis en la sangre pueden provocar graves problemas, que a veces requieren una intervención médica urgente.

Así, cuando una influencia tiende a hacer que aumente excesivamente la acidez del cuerpo, el efecto es distribuido por el torrente sanguíneo a

otra parte del cuerpo, conservando sin embargo la sangre un pH bien regulado. Los vasos linfáticos son elegidos como los portadores iniciales del exceso de sustancias químicas que producen una leve disminución en el pH y una relativa acidosis, o acidez, según lo denomina Cayce.

Los vasos linfáticos distribuidos a través del cuerpo poseen normalmente un pH ligeramente superior —o más alcalino— que la sangre. Conviene tener presente que el sistema inmunitario, dirigido por el timo, comprende las amígdalas, el bazo, el hígado, el apéndice, las placas de Peyer (en los intestinos), los ganglios linfáticos repartidos por el cuerpo y todo el complejo de los vasos linfáticos. Así, cuando el pH de los vasos linfáticos disminuye, tal como se describe en el párrafo anterior, se produce también una disminución en el funcionamiento normal de todo el sistema inmunitario. Los linfocitos creados en los ganglios linfáticos y otras zonas de los tejidos linfáticos se sienten indudablemente más satisfechos en un estado más bien alcalino que ácido. Por tanto, todo lo relativo a nuestro estilo de vida que provoca acidez en el cuerpo, la cual es absorbida y distribuida a través de la sangre, crea un medio desfavorable en el que los linfocitos nacen y realizan su actividad defensiva. Dicho de otro modo, siempre podemos ser activos al elegir una buena dieta que produzca una reacción alcalina o un estilo de vida que produzca un corazón satisfecho y un nivel de pH más normal y ligeramente alcalino.

Los diminutos capilares arteriales que aportan alimento a las células del cuerpo están sólo a la distancia de una célula del comienzo de la linfa. Pues la célula toma alimento y líquido de la sangre y elimina sus productos, ya sean desechos u hormonas, en los espacios intercelulares, los cuales vienen a ser el origen de la circulación linfática, para terminar finalmente como el conducto torácico, que a su vez desemboca en la vena cava justo antes de que ésta penetre en el corazón.

En opinión de Cayce, se requieren unos cambios mínimos en el equilibrio de la base ácida para propiciar no sólo un nivel de pH más normal, sino un cambio vibratorio en las glándulas que controlan la circulación linfática en el aparato gastrointestinal y los órganos de la pelvis, entre otras zonas. El cuerpo humano es un organismo asombroso. Se requiere bien poco para reconducirlo a un estado saludable. Un trastorno emocional puede crear una dolencia, y unas pocas gotas de Glicotimolina pueden hacer que el cuerpo recupere la salud.

Hace unos años, se me pidió que examinara a un bebé que sus padres, pacientes de la A.R.E., trajeron a Virginia Beach para asistir a un seminario. El niño estaba enfermo, tenía fiebre, pero no presentaba otros síntomas, excepto cierta inflamación de garganta. Era tarde, las farmacias estaban cerradas y yo no disponía de medicinas. Los padres, sin embargo, tenían un frasco de Glicotimolina. Les dije que administraran a su hijo tres o cuatro gotas en un poco de agua, y que repitieran la dosis cada pocas horas durante toda la noche.

El niño se quedó dormido poco después de la segunda dosis del preparado y no se despertó en toda la noche. Por la mañana, no tenía fiebre ni volvió a sufrir molestias el resto de la semana. Esa experiencia me demostró que a menudo lo único que precisa el cuerpo es una pequeña ayuda. Comprendí por qué insistía Cayce en que si uno mantiene un equilibrio ligeramente alcalino en el cuerpo, nunca se resfría. He puesto a prueba esa afirmación numerosas veces y he comprobado que funciona.

Existen pocos problemas crónicos de la mujer anciana que causen más problemas que la osteoporosis, una pérdida progresiva de calcio en las estructuras óseas que provoca múltiples fracturas y puede conducir a la incapacidad. Se han emprendido muchas iniciativas clínicas a fin de ayudar a prevenir o corregir esa disfunción. Uno de los remedios que venimos utilizando desde hace años en la A.R.E Clinic es la combinación de calcio, ingerido oralmente, y hormonas femeninas, en pequeñas dosis.

Muchos sostienen que la menopausia (la disminución del nivel de estrógenos en la sangre) constituye el principal factor que provoca la osteoporosis. Unos estudios recientes han indicado que la causa puede estar efectivamente asociada con la menopausia, pero puede residir más directamente en un cambio en el equilibrio de la base ácida del cuerpo que hace que se pierda una elevada cantidad de calcio a través de los riñones, siendo éste reemplazado en la sangre por el calcio de los propios huesos. Ello, a su vez, hace que los huesos se vuelvan frágiles, se fracturen con facilidad y en general adquieran una naturaleza osteoporótica.

Una tesis escrita por Josephine Lutz, licenciada en filosofía, publicada en el número de febrero de 1984 del *American Journal of Clinical Nutrition*, demostraba que el calcio urinario aumentaba notablemente cuando mujeres de diversas edades seguían una dieta con un mayor contenido de de-

sechos ácidos. La ingestión de proteínas fue aumentada de un nivel estable de 44 gramos diarios durante dieciséis días a 102 gramos durante catorce días. (La fuente principal de proteínas era carne de pavo o ternera picada.) El aumento en la ingesta de proteínas eleva el nivel ácido del cuerpo. Luego, durante los siguientes diez días, se añadió a la dieta una cucharadita (5,85 gramos) de bicarbonato sódico, dividido en tres pequeñas dosis diarias. Con la alcalinización de la sangre y la orina, la pérdida de calcio disminuyó de forma notable, dejando el cuerpo en un equilibrio de calcio positivo en lugar de negativo.

Los investigadores han apuntado que un mayor nivel de acidez en la dieta puede ser un factor determinante en la creación de osteoporosis, al sustraer calcio de los huesos para equilibrar el cuerpo y crear una pérdida de calcio de la sangre, el cual pasa a la orina.

La dieta básica recomendada en las lecturas de Edgar Cayce constituye un importante factor correctivo a la hora de prevenir este problema en las mujeres posmenopáusicas. O en cualquier mujer. La dieta tiene un contenido bajo en proteínas, alto en alimentos que producen desechos alcalinos tales como verduras y frutas, evita los fritos, la harina refinada y el azúcar blanco, y recomienda el pescado, las aves y el cordero como fuentes de proteínas.

La investigación de Lutz ha pasada inadvertida entre la mayoría de investigadores que trabajan en el tema de la osteoporosis, pero la lógica indica que el hecho de añadir un poco de bicarbonato sódico a la dieta ayudaría a quienes padecen el problema de la osteoporosis, y cualquier cosa que propiciara un equilibrio ligeramente alcalino en los tejidos del cuerpo sería muy beneficiosa.

El pH de un cuerpo puede sufrir una alteración en favor de un mayor nivel ácido o alcalino por el simple proceso de vivir. Una mala noche puede resultar tan perjudicial como una dura crítica por parte de nuestro jefe. La mala utilización del programa dietético también puede provocar una alteración en el pH. La falta de ejercicio, una mala noticia, las actitudes que elegimos adoptar y que no son coherentes con nuestros ideales o la dirección de nuestra alma, pueden originar un cambio en las células del cuerpo, en los órganos y sistemas, provocando el inicio de una enfermedad, o su empeoramiento, al reducir el pH del organismo y disminuir la función del sistema inmunitario.

Un estado de ánimo positivo antes de someterse a una intervención quirúrgica puede influir de forma importante en la propia operación y la posterior convalecencia. Por el mero hecho de adoptar un estilo de vida, una actitud que nos asegura que todo va bien pese a las apariencias, podemos crear para el sistema inmunitario un entorno favorable a la salud. Somos unos seres humanos maravillosos, y disponemos de un mayor control sobre nuestro destino de lo que imaginamos.

El primer indicio de que algo no funciona en nuestro cuerpo suele ser una molestia o un dolor. Esas sensaciones pueden no ser tomadas en serio por la conciencia del individuo, pero no por ello desaparecen. Aunqueelijamos hacer caso omiso de esas molestias y esos dolores, siguen allí, y si no los eliminamos ayudando al cuerpo de un modo u otro, el trastorno persiste y a medida que pasa el tiempo se agrava.

Conviene recordar que toda enfermedad grave tiene un comienzo aparentemente trivial. El trastorno que llamamos dolencia, y su causa, puede ser tan simple como el estilo de vida que llevamos.

Debemos tener presente que, potencialmente, todos poseemos la capacidad de explorar dentro de nuestro cuerpo y averiguar qué es lo que no funciona y qué es lo que mantiene su equilibrio. Edgar Cayce lo demostró en mil ocasiones, con tanta frecuencia que no nos asombra tratándose de él. Pero a nosotros nos resulta más difícil. Cayce, en un estado consciente profundamente alterado (algunos lo llaman trance), se comunicaba con el inconsciente de otra persona, obteniendo información a través de la conciencia del sistema nervioso autónomo de esa persona, lo cual le permitía describir por medio de palabras si el sistema del individuo sufría debido a una falta de energías causada por los alimentos ingeridos; la posible falta de coordinación entre los riñones y el hígado; la alteración en el equilibrio entre las asimilaciones y eliminaciones del organismo.

Lo que eso nos indica es que Cayce no fabricaba él mismo la información, sino que la obtenía de la conciencia del individuo, a un nivel tan subliminal que el propio sujeto no podía alcanzarlo. Debemos tener presente que toda información sobre cómo funciona nuestro cuerpo se halla a nuestro alcance. Aunque nos resulte difícil verlo o comprenderlo. El problema estriba en que no hemos desarrollado los suficientes conocimientos para hacer que dicha información sea fácilmente accesible a nuestra

mente consciente. Pero esos conocimientos residen en la conciencia de nuestro cuerpo. Lo cual es muy importante.

Debemos desarrollar nuestras dotes a fin de ser más sensibles, más conscientes de nuestro cuerpo. Pues dentro de los confines de nuestra piel, en un sentido muy real, yacen las respuestas a todas las experiencias que hemos vivido en esta vida, además de una gran riqueza de datos sobre nuestras vidas anteriores. Sabemos cómo funcionarían nuestros órganos y sistemas si estuvieran sanos y bien coordinados, pero aunque lo sabemos no somos todavía plenamente conscientes de ello.

¿Qué es lo que pretendemos alcanzar, al buscar conscientemente este tipo de conocimientos y persistir con paciencia en nuestro empeño? ¿Y si prestáramos atención a lo que nos indica nuestro cuerpo y controláramos los pequeños síntomas que aparecen antes de que se convirtieran en algo más grave? Ciertamente, ello implicaría un estudio más pormenorizado de lo que cabe en las páginas de este libro. Pero sin duda lograríamos evitar la aparición de muchas enfermedades.

Una referencia como *The Color Atlas of Human Anatomy* (editado por Vanio Vannini y Giuliana Pogliani, Beekman House, Crown, 1980), sería muy útil. Escrito originariamente en Italia y traducido al inglés en 1980, contiene un texto y unas ilustraciones en color que presentan el cuerpo humano gráfica y dramáticamente. Aunque va dirigido al profano en la materia, estimula incluso la imaginación de los profesionales. El visualizar los entresijos de nuestro cuerpo a través del ojo del artista nos permite apreciar con mayor detalle los prodigios de nuestro organismo. Existen ciertos aspectos, sin embargo, que requieren ser analizados a fin de establecer una buena base para comprender qué es lo que no funciona.

Cuando una parte del cuerpo se aleja de su patrón de vida normal, decimos que no funciona bien. Esto puede ocurrir con cualquier órgano o sistema, y de hecho ocurre. Existen siempre motivos detrás de la razón obvia respecto a la anomalía, pero esos motivos son a veces difíciles de percibir. Pongamos el caso del primer signo de gripe, por ejemplo. Nos duele un poco el cuerpo, y nos preguntamos si se debe a que hemos trabajado demasiado o a la falta de sueño. El caso es que no nos sentimos bien. Más pronto o más tarde, nos damos cuenta de que el aparato respiratorio ha perdido su integridad, y que lo ha invadido un virus. Posteriormente, otros órganos y sistemas se ven implicados en el proceso de la enfermedad.

En ocasiones, por otra parte, la causa del fallo es muy evidente, como en la hepatitis, cuando la esclerótica del ojo se pone amarilla y la piel y las palmas de las manos indican el principio de ictericia. Sabemos que el hígado funciona mal. Si uno se despierta durante la noche y necesita vaciar urgentemente la vejiga, no necesita un libro de medicina para comprender que los riñones o la vejiga tienen problemas. Ciertos conocimientos sobre el cuerpo junto con una saludable dosis de sentido común nos permitirán comprender cómo funciona nuestro organismo. Pero ¿cuándo se plantea la cuestión de una terapia? Cayce tenía mucho que decir sobre los tratamientos aplicados al cuerpo, pero la siguiente lectura resulta especialmente apropiada cuando nos referimos a restaurar la función normal del organismo.

Al principio, deje que este cuerpo –y todos los cuerpos– se asegure de lo siguiente: salvo que sea imprescindible para eliminar unas condiciones que se han agravado debido a negligencia u otras causas parecidas, todas las fuerzas curativas deben provenir del interior y formar parte de la totalidad de un ser físico; pues el cuerpo anatómico humano es comparable al funcionamiento de una máquina perfecta, y, si lo mantenemos en buen estado, no sólo se encargará de suministrar el combustible para su funcionamiento, sino de reponer ese combustible, puesto que el cuerpo se abastece de los alimentos que se acumulan en el sistema en las proporciones que necesita el organismo. (4999-1)

Debemos tener presente, por tanto, que las disfunciones no se producen excepto en relación con el resto del cuerpo, en el que todas las partes tienen un propósito y una relación de trabajo con las demás partes.

Hace unos años, al llevar a cabo un trabajo de investigación sobre las lecturas de Cayce, me impresionó la frecuente referencia a las «incoordinaciones». Pensé que sería interesante realizar un estudio específico sobre ese factor que según Cayce era tan común en un cuerpo enfermo. Cuando mi hijo, Bob, que trabajaba como mi ayudante de investigación, hizo una compilación de las lecturas en las que se mencionaba la incoordinación y me la mostró, al ver el montón de papeles que contenían dobles y triples hileras de números decidí aplazar el estudio del tema. Había varios centenares de referencias sobre éste.

Mientras reflexionaba sobre esa palabra, preguntándome por qué era

un concepto tan común, se me ocurrió una idea que contribuyó a que la definición apareciera más clara. Si, por ejemplo, la recepcionista de una consulta médica se equivocara y anotara las visitas de los pacientes del próximo martes en la hoja del miércoles, y la segunda recepcionista llenara todas las horas disponibles del martes, se presentarían todos los pacientes a quienes se les había dicho que acudieran el martes, así como los que figuraban en la hoja del miércoles. Lo cual provocaría un auténtico caos en la consulta.

He aquí un ejemplo de falta de coordinación entre la recepcionista número uno y la número dos. El cuerpo (en este caso, la consulta médica) enfermaría de anginas; no se trata de una enfermedad mortal, desde luego, pero necesitaría un programa de terapia. En este caso, el remedio sería simplemente una comunicación más eficiente.

El cuerpo también precisa un sistema eficiente de comunicación. Si se produce un fallo en la comunicación entre el sistema nervioso autónomo y el cerebroespinal, el cuerpo funcionará mal y el organismo se pondrá enfermo. El hígado y los riñones deben trabajar conjuntamente a fin de mantener el cuerpo en un óptimo estado de salud. Es fácil expresar ese tipo de concepto, pero conviene recordar que cada célula, cada órgano, cada sistema posee una conciencia propia, y que un funcionamiento normal se basa en una correcta comunicación y una dedicación plena.

Un ejército también depende de esas condiciones. El general de un ejército no dice a sus subordinados cómo deben cumplir con su deber, se supone que ya lo saben. Pero el general comunica a sus coroneles lo que desea, sabiendo que se cumplirán sus deseos. Aquí es donde intervienen los mandos.

Algo parecido ocurre en el interior del cuerpo humano. Cada órgano, cada sistema tiene que cumplir una determinada función, y con ayuda de una sangre bien alimentada y la influencia transmitida alto y claro a través de los sistemas nerviosos, cada uno conseguirá cumplir su destino, trabajando en colaboración con otras áreas de conciencia en el cuerpo.

La actividad asimiladora no se detiene ahí, sin embargo, pues todos los alimentos deben ser trasladados a la linfa o al torrente sanguíneo a través de las paredes de los intestinos, en los que sufren otra modificación, y finalmente –tanto si pasan por el hígado como si no– son entregados al sistema circulatorio para que los distribuya por todo el cuerpo.

Quizá recuerden haber aprendido esto en la clase de ciencias naturales de la escuela secundaria.

No obstante, cualquier parte del complejo circuito que funcione defectuosamente puede causar lo que llamamos una enfermedad o dolencia. Un ejemplo clásico es la enfermedad conocida como anemia por falta de hierro. Uno de mis pacientes, una mujer de cuarenta y cinco años, tenía un nivel de hemoglobina de 9,3 gramos (lo normal son unos 13 gramos). Le receté un preparado de hierro –Feosol– y la mujer regresó a nuestra consulta al cabo de seis semanas. Su nivel de hemoglobina seguía siendo de 9,3, pero le había salido un sarpullido. Es sabido que el hierro ingerido por vía oral suele provocar esa reacción, de modo que le dije que dejara de tomar hierro.

En aquella época yo estaba escribiendo un libro sobre la forma en que Edgar Cayce recomendaba aceite de ricino como terapia en sus lecturas. Pregunté a mi paciente si de niña había tomado alguna vez aceite de ricino. «¡Sí, muchas veces! No me importaba tomarlo», me contestó. Mi objetivo era limpiar el sistema de cualquier elemento irritante para la piel y eliminar el sarpullido. De modo que ordené a la mujer que tomara unos 30 gramos de aceite de ricino aquella noche, y repitiera la dosis al cabo de cuatro días.

La mujer no apareció por la consulta hasta al cabo de seis semanas. Cuando le pregunté por qué había tardado tanto en venir a informarme sobre sus progresos, respondió que se sentía tan bien desde que había empezado a tomar el aceite de ricino cada cuatro días que no creyó necesario volver a verme hasta al cabo de un mes y medio.

Le mandé que se hiciera otro análisis para comprobar su nivel de hemoglobina y había alcanzado los 13,1 gramos, perfectamente normal. La mujer había dejado de tomar el suplemento de hierro, el cual no había conseguido mejorar el estado de su sangre; sin embargo, cuando empezó a tomar el aceite de ricino, su nivel de hemoglobina aumentó. Por supuesto, el aceite de ricino no contiene hierro. De modo que me pregunté qué había sucedido. La única respuesta que se me ocurrió fue que el aceite de ricino había limpiado el revestimiento del estómago y de la zona intestinal superior, y las células se habían puesto muy contentas porque ya podían actuar normalmente y absorber el hierro procedente de la dieta natural de la mujer. Éste es un ejemplo de recuperación celular, equilibrio y funcio-

namiento normal, lo cual me hizo comprender que podemos ayudar al cuerpo de distintas e insólitas formas a recuperar la normalidad.

Y cuando tanto la eliminación como la asimilación cooperan, y cada una cumple perfectamente su función, tenemos lo que podemos llamar un estado de homeostasis, una condición relativa de salud. Dicho de otro modo, la comida procura lo necesario, la eliminación se lleva las fuerzas utilizadas y desechadas –los desechos del cuerpo– y los sistemas vitales tienen una excelente ocasión de funcionar normalmente, equilibradamente, y en coordinación con otras partes del cuerpo.

Sin embargo, tanto la asimilación como la eliminación constituyen algo más que unas funciones físicas. Ambas poseen una importancia simbólica, que conduce a una comprensión más profunda de nuestro auténtico ser, los sentimientos, las emociones y los obstáculos que a menudo entorpecen el proceso de curación.

Dicen que Jesús aseguró a sus discípulos que es más importante lo que sale de la boca que lo que entra en ella. La comida que penetra en el sistema no es tan importante como las palabras que brotan del corazón y del alma del individuo.

Y debemos comprender que cuando alimentamos rencores, frustraciones e ira dentro de nosotros, se acumulan hasta convertirse en una demostración física de la persona interior, por ejemplo en forma de estreñimiento. Con frecuencia, el problema que aflora es más importante que un simple estreñimiento, y puede convertirse en una dolencia mortal. Todas esas cosas pueden considerarse unos obstáculos o muros, vallas o piedras, algo con lo que deseamos evitar tropezarnos en nuestro camino pero no podemos. En cierto sentido, somos prisioneros de nuestros esquemas emocionales secretos, profundamente arraigados. Sin embargo, debemos recordar que esas prisiones pueden abrirse, que esos obstáculos pueden eliminarse y despejar el camino. No es empresa fácil, desde luego, pero lo esencial es llegar a comprender la conexión mente-cuerpo-espíritu.

Quizá la mejor forma de comprender la relación de la mente, el cuerpo y el espíritu mientras realizan sus funciones dentro de nuestro cuerpo es empezar por tener presente que somos unos seres espirituales, creados a imagen y semejanza de las Fuerzas Creadoras del universo, y que tenemos nuestro origen en una dimensión espiritual. Estamos en la tierra para tratar de hallar el camino de regreso a casa.

Si partimos de la premisa –como hizo Cayce– de que la electricidad es la manifestación de Dios, y que esa Fuerza Divina está activa dentro de nosotros, posibilitando cada movimiento, cada pensamiento, cada función, comprenderemos que el poder de elección puede ayudar a nuestra mente a ser más activa como constructora y propiciar la cooperación y la coordinación de todo aquello que significa salud y equilibrio en nuestro cuerpo.

Comprobamos que es la conciencia de las células y los órganos lo que hace posible que la asimilación de alimentos y la eliminación de las fuerzas utilizadas y desechadas trabajen conjuntamente, o bien que fracasen en su misión de aportar salud al cuerpo.

Sin embargo, vemos que la elección de los alimentos que ingerimos en ocasiones anula el deseo y la conciencia de esos órganos al crear dificultades y un desequilibrio. Pero siempre tenemos la posibilidad de elegir. De modo que lo que comamos y la atención que prestemos a nuestras eliminaciones (utilizo la palabra eliminación para describir los cuatro conductos: los pulmones, la piel, los riñones y el hígado/paquete intestinal) depende de nosotros en nuestro despertar de la conciencia psíquica. Cayce afirmó en repetidas ocasiones que lo que comemos y lo que pensamos constituye lo que somos.

No debemos subestimar la importancia del sistema circulatorio en este proceso. Éste transporta todos los alimentos a su lugar de destino, y el oxígeno requerido, especialmente al cerebro, donde se originan nuestros procesos de pensamiento. La vida, como sabemos, está presente en cada célula y átomo del cuerpo, pero su pervivencia en el plano terrenal de la existencia depende de un adecuado suministro de oxígeno, pues sin oxígeno, la vida abandona el cuerpo.

Nuestras actividades, tales como el ejercicio, el ocio y el descanso, así como el trabajo, inciden también en la fisiología del cuerpo. El ejercicio mantiene el tono muscular del cuerpo y estimula la aportación de oxígeno a los pulmones y a la circulación. El ocio satisface el corazón y la mente y equilibra el cuerpo en su totalidad en relación con el trabajo que desempeñamos, el cual constituye a menudo la razón por la que estamos en la tierra. El trabajo es muy importante. El descanso permite al cuerpo recuperar fuerzas. Todos los sistemas del cuerpo son convocados para realizar la tarea que les corresponde, y responden con entusiasmo.

Pero son nuestras tendencias emocionales inconscientes, alojadas mayormente en las glándulas endocrinas, donde se almacenan los recuerdos de vidas anteriores, las que tienen un impacto más directo sobre nuestros procesos fisiológicos. El temor y las dudas, la ira y las frustraciones crean un sustrato respecto a nuestra salud en general. Aunque Cayce no describió siempre la conexión directa neurológicamente, o a través de las actividades endocrinas, sí relacionaba las emociones con la conciencia, y con el estado del cuerpo físico. En una lectura se expresó en estos términos:

P-4 ¿Algún consejo espiritual?

R-4. Se le han dado varias recomendaciones a este cuerpo respecto a la actitud mental y espiritual, destacando que esa actitud se refleja de modo especial en la forma en que la entidad afronta los problemas consigo misma y con los otros. Si existen problemas y agravios, esos problemas y agravios reflejarán el funcionamiento de los órganos del sistema nervioso central y de la sangre, así como el del sistema nervioso simpático. Pero sepa que pese a cualquier experiencia puede confiar en que Aquel en quien cree y a quien conoce cumplirá sus promesas.

Cayce prosiguió diciendo que el convencimiento de que el cuerpo se deteriora con el paso de los años, o el temor de que ello ocurra, es lo que nos hace envejecer. Es sabido que las glándulas están directamente relacionadas con las emociones. Es evidente, según el punto de vista de Cayce, que la conciencia crea un equilibrio dentro del cuerpo fisiológico y constituye un factor esencial en la creación de salud —o dolencias— y finalmente enfermedad. Pero no debemos perder de vista que la conciencia de que sustancias que existen en la naturaleza, como el aceite de ricino, creadas por Dios, también están a nuestro alcance para que las utilicemos.

Un médico amigo mío de medicina general y especializado en el sistema vascular periférico me escribió la siguiente carta: «Hace un año y medio aproximadamente, un buen amigo mío, de treinta y tantos años, me contó que durante sus episodios de tos (uno o dos cada cuatro o cinco minutos durante los últimos años) expectoraba unos nódulos blandos y granulados que al aplastarlos emanaban un hedor repugnante. Yo obtuve una muestra de esos nódulos y descubrí que mi amigo padecía actinomi-

cosis, por fortuna sin formación de cavidades en el pulmón ni síntomas sistémicos.

»Yo informé de ello a su médico de cabecera, quien le venía administrando penicilina desde hacía un año y medio. Mi amigo notó que su tos había disminuido ligeramente, pero todavía expectoraba unos gránulos que no despedían hedor. Yo le había recetado anteriormente varios remedios de Cayce destinados a aliviar otros problemas, de modo que le dije que se aplicara a diario una compresa de aceite de ricino en el pecho durante media hora, y luego en la espalda durante otra media hora, durante cinco o seis semanas. La tos que venía padeciendo desde hacía años ha desaparecido por completo.»

El alivio de ese tipo de tos indica la posibilidad de eliminar una infección causada por actinomicetos mediante compresas de aceite de ricino, aplicadas en la espalda y el pecho. Esa curación constituye asimismo un buen indicador de la capacidad del cuerpo de ese individuo para recuperarse y reorganizarse, propiciando una respuesta curativa válida.

Es posible que la vibración y el contacto del aceite llamado «Palma Christi» en la época medieval posea una conciencia propia que nos dice: «Te ofrezco mis propiedades curativas para que las utilices si lo deseas».

Sabemos el motivo de que padezcamos trastornos estomacales después de una discusión particularmente desagradable con nuestro cónyuge o nuestro hijo, o con un amigo. Las glándulas suprarrenales han estado demasiado activas, y si padecemos frecuentes problemas de estómago tenemos muchas posibilidades de desarrollar una grave dolencia en la zona de nuestro cuerpo controlada por las glándulas suprarrenales. Una actitud combativa, un talante agresivo, la falta de paz en nuestra conciencia pueden, de hecho, provocar serias alteraciones en el funcionamiento del organismo, contribuyendo a que la fisiología del cuerpo no produzca salud.

Los disturbios internos, el problema esencial, por tanto, es que enfermamos porque no hemos alcanzado la conciencia de la paz como un estado constante de la mente. Yo realicé algunos estudios sobre la paz según se describe en la Biblia y en el material legado por Cayce. Existen multitud de referencias, pero algunas son particularmente relevantes a las alteraciones provocadas en el interior de nuestro cuerpo y que conducen a la enfermedad, así como el hecho de que la unión con Dios crea paz en nuestro cuerpo, y por ende un proceso de curación.

Isaías predijo la venida del Niño Jesús y lo llamó, entre otros calificativos (Prodigioso, Consejero, Dios Todopoderoso, Padre Eterno), el Príncipe de la Paz (Isaías 9, 6). Y Pablo escribió en su Carta a los filipenses (4, 7): «Y la paz de Dios, que está más allá de toda comprensión, sostendrá vuestros corazones y vuestras mentes a través de Jesucristo».

Jesús dijo a sus discípulos: «Mi paz os dejo, mi paz os doy» (Juan 14, 27). Y en los escritos de Pablo en el Nuevo Testamento, la paz viene a formar parte de lo que entendemos que son los frutos del espíritu, la forma en que las Fuerzas Creadoras manifiestan amor en la tierra a través de las personas. Somos unos canales de la Fuerza Divina en la tierra, tanto si utilizamos el poder para satisfacer nuestros deseos (lo cual podemos hacer debido a nuestra facultad de elegir) como si nos convertimos en los proveedores del amor que Dios desea que experimentemos.

Al revisar todas las lecturas de Edgar Cayce, uno de nuestros investigadores clínicos constató que la paz es mencionada 1.317 veces, lo cual indica que muchos individuos –la mayoría de los cuales estaban enfermos– necesitaban la paz a la que se refería Cayce.

Recuerde que sólo hallará dentro de sí mismo la causa de las angustias o cualquier otro tipo de conflicto. Pues usted existe desde el principio. Depende de usted el que continúe o no. El alma que peca será eliminada, el alma que peca deliberadamente, que no aprovecha las oportunidades que le conceden las manifestaciones en la vida. ¿Cuál es la ley del Señor? «Amarás a Dios con toda tu mente, tu cuerpo, tu alma, y a tu prójimo –tu hermano, tu amigo, tu enemigo– como a ti mismo.» Toda la ley está contenida en esa frase. Puede aplicarla en este sentido o en otro, pero debe aplicarla en todo su significado si desea estar en paz consigo mismo y conocer la paz que está más allá de la comprensión de un individuo o de un mundo preocupado por lo material. (4047-2)

Volvamos al ejemplo en que nos hallamos sosteniendo frecuentes y agrias disputas con una persona querida, hasta el extremo de que nos causan problemas intestinales o una úlcera. Las disputas provocan guerras entre las fuerzas pacíficas del alma y las fuerzas más combativas y materialistas de nuestro ser, y esas guerras se deben a las experiencias que recibimos del exterior. Con frecuencia, las actitudes que causan discordia cobran cada vez más fuerza, haciendo que la resistencia sea más poderosa, hasta que ganan la batalla, al menos temporalmente. La paz desaparece

del panorama, que en este caso forma parte del cuerpo. De la persona que a consecuencia de ello sufre una hiperacidez gástrica decimos que padece «estrés». Y, nos guste o no, el estrés es provocado por una elección tomada en el interior de nuestro cuerpo.

Luego, en ocasiones, recordamos que todo lo material proviene de las Fuerzas Creadoras, creado para nuestros usos y propósitos, y lo intentamos de nuevo, procurando hacer aquello que aporta paz a nuestro ser. En otra lectura, Cayce dijo:

... por el mero hecho de ser amables, de ser de la forma en que mejor podemos servir a nuestro prójimo, día tras día; y la consecuencia de ello es la solidaridad, la paciencia, la bondad, la ternura, el amor fraternal, todo lo manifestado en la experiencia... como un ejemplo vivo cotidiano...

Éstas deberían ser, tal como hemos indicado, las actitudes mentales del cuerpo, si queremos alcanzar lo que proporciona armonía, paz, comprensión y las cosas que hacen que no sintamos miedo. (391-8)

Armonía, equilibrio, paz, comprensión, todas esas cosas forman parte de la vida que, cuando se manifiesta a través de nuestro ser, proporciona esas mismas cualidades a la fisiología del cuerpo. Entonces cesan los trastornos. En otra lectura, Cayce afirma lo siguiente:

Conforme prosigue la vida, el alma se halla a la vez en la eternidad y en el espíritu; en la mente y en lo material.

Si se confunden esas cosas debido a la vanidad o la autocomplacencia, el deseo de alcanzar fama, prestigio, fortuna o cualquiera de las cosas que son consideradas unas condiciones ideales en un plano material, la entidad cae en un estado de confusión.

Pero tal como hemos indicado, si se utiliza continuamente la fuerza espiritual, el valor espiritual en las relaciones con lo mental y lo material, habrá armonía, paz, comprensión y sabiduría en el conocimiento de la divinidad que existe dentro del ser. (1353-1)

Es importante reconocer que la manifestación del amor o la guerra en todos los aspectos de nuestra mente y sus elecciones constituye la actividad del alma-ser que persigue su ideal en la Conciencia de Cristo o bien dejándose dominar por el egoísmo. Así, cuando todas esas influencias penetran en los sistemas y órganos del cuerpo, es decir, los sistemas vitales,

aportan paz, armonía, equilibrio, comprensión y confianza, o lo contrario, lo cual puede describirse como confusión.

Y la confusión, cuando se instala en las partes funcionales de nuestro cuerpo, nos conduce a la larga a la experiencia de lo que ha dado en llamarse, a lo largo de los siglos, una dolencia o enfermedad. Es uno de los sistemas empleados por Dios para atraer nuestra atención.

Dieta saludable y la Fuerza Creadora Vital

Todos comemos, y a la mayoría de nosotros nos encanta. No sólo es necesario para la continuidad de la vida, sino que las fiestas especiales, como las Navidades, nos demuestran que existe un aspecto espiritual en el simple gesto de sentarse para compartir una comida con otros.

La búsqueda interior de un significado más profundo en la vida surgió en mi experiencia cuando advertí que nuestros hábitos dietéticos y la elección de comida eran unos importantes factores que incidían decisivamente en la curación del cuerpo. Y con el paso del tiempo llegué a la conclusión de que era preciso que existiera, a medida que progresaba la curación, un esfuerzo unificado entre el individuo y las Fuerzas Creadoras del universo.

Por más que lo intentemos, no podemos evitar la presencia de lo Divino en nuestras relaciones, y lógicamente en los alimentos que consumimos. Los estudios realizados recientemente ofrecen abundante evidencia de que los alimentos, bien elegidos, nos proporcionan una importante base para crear salud en nuestro cuerpo, al margen de las dolencias que padezcamos.

Una norma en su búsqueda de crear salud a través de unos hábitos dietéticos sensatos es repetir mentalmente una y otra vez que la Fuerza Vital actúa constantemente dentro de su cuerpo, influyendo en todas las partes funcionales en un esfuerzo por lograr un equilibrio, no sólo en su cuerpo

sino en las relaciones que existen entre su cuerpo, su mente y su realidad espiritual.

Mientras los alimentos cumplen su función, y la Fuerza Vital añade sus esfuerzos primarios, debe tener siempre presente que nuestra vida se construye a partir de lo que metemos en nuestra boca y lo que metemos en nuestra cabeza, es decir, lo que pensamos. Ambas cosas son importantes: alimentar nuestro cuerpo y nuestra mente. Ésos son los cimientos que crean un templo fuerte y saludable.

Si consigue alcanzar un estrecho contacto con el poder de la Fuerza Vital (mediante sus actitudes, la oración y la meditación, o a través de vivir los conceptos que se identifican con su ideal), habrá logrado dar un paso más hacia una coordinación dentro de su cuerpo, y para emprender el camino hacia la salud en lugar de dolencias o enfermedades.

Recuerde que todo su cuerpo, física, mental y espiritualmente, constituye una unidad entre esos tres elementos, y que cuando las partes individuales están coordinadas, incluso los alimentos que ha elegido en su dieta crean un mejor esfuerzo dentro de su cuerpo para conseguir un equilibrio y una actividad normales.

Entendemos que la Fuerza Vital —la Fuerza Bienhechora— que nos da la vida y permanece activa dentro de nuestro ser, se esfuerza en crear salud, y ello pese a los obstáculos que podamos erigir y lo que hagamos inconscientemente para anular ese esfuerzo. Por tanto, es evidente que debemos cooperar con todos los alimentos que ingerimos, bendiciéndolos al comienzo de la comida y visualizando la misión que cumplen mientras comemos.

Asimismo es importante que no provoquemos discordias en nuestro entorno mientras comemos, pues ello producirá unos cambios funcionales en el aparato digestivo, provocando unas alteraciones en la cantidad de ácido generado, en la peristalsis y por ende en la asimilación de las fuerzas que crean vida. Así pues, no discuta con nadie durante las comidas. Deje que penetre la paz en sus glándulas suprarrenales. Por supuesto, es preferible no pelearse en ningún momento, si puede evitarlo. La tierra es un lugar extraño, sin embargo, y a veces la discordia viene a formar parte de nuestra experiencia de forma imprevisible. Pero es maravilloso tratar de alcanzar la armonía a la hora de las comidas, convertir las en unos momentos llenos de gozo. La comida debe ser una ocasión para compartirla con

otros, no sólo con sus pensamientos y su presencia, sino con el calor de su amor y su alegría. Disfrute de la comida y ríase con frecuencia. «Haga que los jugos gástricos fluyan libremente» es una excelente política, y una excelente estrategia que debe emplear con otros.

Las lecturas de Edgar Cayce contienen varios conceptos sencillos referentes a la comida. Cayce se refería a menudo a la forma en que los alimentos inciden en la función del píloro, el estómago y otras porciones del aparato digestivo, por ejemplo, donde los ácidos y las enzimas del estómago y el intestino delgado experimentan unos cambios necesarios para una asimilación normal. Cayce preveía los problemas que podían producirse debido a unos hábitos dietéticos inadecuados, los cuales pueden no ser serios al principio pero convertirse en graves dolencias si no se corrigen. Asimismo, destacaba la importancia de evitar ciertas combinaciones de alimentos. Por ejemplo:

- No debe mezclar cítricos y cereales (o leche).
- Evite tomar leche o nata con el café y el té.
- No tome frutas y verduras en la misma comida.
- No coma carne o queso junto con hidratos de carbono.
- No cocine verduras con carne o grasas de carne.

La dieta básica propuesta por Cayce evita las combinaciones que se conocen prácticamente en todas las cocinas hoy en día. A la hora de planificar el menú, Cayce recomendaba consumir dos o tres vegetales cultivados sobre la tierra y uno cultivado bajo tierra. Recomendaba utilizar pescado, aves o cordero como fuente proteínica, y que la dieta fuera en general ligeramente alcalina. Para lograr esto, aconsejaba utilizar a diario cuatro alimentos con una reacción alcalina y uno con una reacción ácida. La carne roja, por ejemplo, las salsas, los azúcares y la mayoría de hidratos de carbono y dulces producen una reacción ácida, mientras que la mayoría de los vegetales y las frutas producen una reacción alcalina. Hoy día estamos de acuerdo en que lo mejor es seguir una dieta decididamente vegetariana.

Pero ¿por qué alcalina? Tal como hemos apuntado anteriormente al referirnos a los resfriados, el sistema inmunitario necesita un estado más alcalino que ácido, con un pH ligeramente más elevado que el de la sangre, a fin de que los elementos que nos protegen —concretamente los glóbulos

blancos de la sangre y las gammaglobulinas— se mantengan sanos y desarrollen una tarea eficaz a la hora de proteger y reforzar nuestro cuerpo.

Los productos locales son los más aconsejables para mantenernos sincronizados con nuestro entorno local, una buena razón para cultivar productos en su propio huerto. Cayce también fue un pionero en materia de dietética, puesto que propugnó el cultivo de productos mediante sistemas orgánicos.

Esas reglas básicas son las que defienden generalmente hoy día los dietistas, nutricionistas, especialistas cardiovasculares y oncólogos a fin de evitar enfermedades coronarias y vasculares, así como el cáncer. Y los de ideas más avanzadas sostienen asimismo que en la dieta que seguimos puede residir el tratamiento para curar esas enfermedades.

Ciertas culturas —las de los países más antiguos, como la tierra de los esquimales, por ejemplo, y las de los pueblos de las zonas ecuatoriales de la tierra— tienen unas necesidades diferentes en materia de alimentos que las de quienes vivimos en climas templados. Básicamente, sin embargo, Cayce recomendaba no comer en exceso ni ingerir la comida apresuradamente. Debemos evitar las comidas abundantes a la hora del almuerzo, y en general evitar las grasas (como la carne de cerdo), los fritos, la harina refinada y el azúcar blanco. Cayce consideraba el beicon muy hecho como una excepción en el apartado del cerdo en el menú.

Me parece asombroso que un hombre como Cayce, que tenía relativamente pocos estudios, se tumbara en un sofá, entrara en un estado consciente alterado y ofreciera una información sobre la salud y la dieta muy avanzada, a tenor de los conocimientos actuales sobre la prevención y solución de ciertas enfermedades, como por ejemplo la inclusión de fibra en la dieta y un régimen pobre en grasas para prevenir tumores cancerosos y problemas coronarios. No obstante, eso fue justamente lo que hizo Cayce, y el tiempo se ha encargado de demostrar que sus consejos eran absolutamente válidos y eficaces.

Los comentarios específicos de Cayce sobre el cáncer se centraban en la dieta como medida preventiva, así como prescriptiva. También recomendaba evaluar y mejorar nuestras emociones y actitudes, puesto que siempre son necesarias una mayor paciencia, persistencia y coherencia en nuestros intentos por alcanzar un buen estado de salud. Los pormenores de sus consejos a diversos individuos que padecían cáncer se contienen en esas

lecturas, en las que Cayce interpretaba el funcionamiento de los órganos internos de cada persona como algo único y exclusivo del individuo en cuestión.

Pero tal vez la verdadera esencia de la prevención y cura de una enfermedad como el cáncer se halle en los siguientes párrafos:

En cada organismo físico existen unas condiciones que permiten al órgano reproducirse, siempre y cuando cuente con la cooperación de todas las demás partes del cuerpo. Cuando éstas padecen debido a unos trastornos mentales o físicos que provocan represiones en cualquier porción del sistema, se producen molestias y alteraciones. Si no prestamos atención a los avisos que nos transmiten los sistemas nerviosos del cuerpo, indicando que ciertos órganos o partes del sistema se hallan alterados, ni prestamos atención a la señal de socorro, se instaaura la enfermedad.

¿Cuáles son los factores problemáticos en este organismo físico?

No ha habido respuesta a las peticiones de ayuda en el funcionamiento físico del cuerpo. (531-2)

Así pues, ¿adónde nos conduce esto, en relación al cáncer, desde las medidas preventivas que podemos adoptar, pasando por lo que puede hacerse después de las primeras etapas de la enfermedad, hasta las medidas que deben aplicarse cuando aparecen unas extensas metástasis?

Mi experiencia, y mis conocimientos de las lecturas de Cayce, me inducen a creer que la primera cuestión que debemos abordar es nuestro camino espiritual y nuestra relación con lo Divino. Jesús dijo sencillamente: «Buscad primero el reino de Dios, y su justicia, y todas esas cosas serán vuestras» (Mateo 6, 33). Somos unos seres espirituales, que recorremos un camino hacia la unión con Dios en este ámbito terrenal. Por tanto, debemos tener presente que nuestro origen y nuestro destino residen en otra dimensión, puesto que somos unos seres eternos. Somos meros huéspedes en la tierra, a quienes siempre se nos concede la oportunidad de aprender a amarnos los unos a los otros. Y a nosotros mismos.

Una vez establecida esta premisa, debemos utilizar nuestra propia creatividad para buscar todos los medios disponibles que nos ayuden en el proceso de curación, incluyendo nuestra mente y nuestro espíritu. No importa si se trata de compresas de aceite de ricino, de una dieta adecuada o del bisturí del cirujano. Debemos creer que la curación es posible, y vivir la experiencia que puede propiciarla.

Una mujer a la que llamaré Isabelle constituye un perfecto ejemplo de lo que digo. Tras haberle sido diagnosticado un cáncer de recto hace veinticinco años, Isabelle sabía que la terapia propuesta por los médicos consistiría en una resección abdominoperineal, es decir, le extirparían la totalidad del recto y parte del colon descendente y realizarían una colostomía en la pared abdominal.

Isabelle, que tenía cincuenta y tantos años y era enfermera, sabía lo que esto significaba, y no quería someterse a la operación. Asimismo, estaba bien informada sobre el material de Cayce, de modo que se trasladó temporalmente a Phoenix para recibir tratamiento durante un año y medio en la A.R.E. Clinic. Después de haber completado su programa terapéutico, el cirujano le extirpó un minúsculo pedazo de tejido del interior de la pared rectal, los únicos restos del cáncer.

El programa terapéutico de Isabelle comprendía una dieta especial, masajes terapéuticos, irrigaciones del colon, tratamientos con rayos ultravioleta (un tratamiento eléctrico transcutáneo), sesiones con un psicoterapeuta, sesiones de biorretroacción y una evaluación médica periódica. Su dieta era probablemente el elemento más interesante del programa terapéutico. Ésta se basaba en una lectura de Cayce en la que recomendaba una dieta más propia de una vaca o un conejo que de un ser humano. Sin embargo, fue aplicada a una persona que padecía un cáncer avanzado; pero Isabelle estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario.

Isabelle siguió la dieta al pie de la letra, comiendo exclusivamente ensaladas verdes durante casi nueve meses. En los dos primeros meses perdió diez kilos, pero luego se estabilizó y mantuvo un peso constante en torno a los 56 kilos durante el resto del tratamiento. Al cabo de nueve meses, se le añadió paulatinamente fruta a la dieta, la cual no varió hasta que el médico declaró que Isabelle estaba curada.

¿Qué produjo la curación de esa lesión? La dieta, ciertamente, pero también los sueños que animaban a Isabelle a seguir adelante, así como sus actitudes de creencias constructivas, las diversas terapias y las plegarias que tanta gente rezaba por ella. Todas esas cosas contribuyeron al feliz resultado.

Para comprender un poco lo que ocurría dentro del cuerpo de Isabelle, deberíamos observar los procesos fisiológicos que cambiaban y mejoraban continuamente. La siguiente lectura fue ofrecida a otra persona, por

supuesto, dado que Cayce había desaparecido hacía veinticinco años cuando a Isabelle se le diagnosticó que tenía cáncer. Pero dicha lectura nos permite comprender lo que le ocurría a Isabelle.

Debemos realizar unas modificaciones en la forma en que se llevan a cabo las asimilaciones, la forma en que se distribuyen las circulaciones a través de los impulsos de varios gánglios o centros, a lo largo del sistema cerebrospinal, a partir de las que puedan coordinarse debidamente los órganos del cuerpo: los órganos de la pelvis así como la circulación hepática y las actividades del sistema respiratorio.

Ello facilitará la eliminación de desechos, la eliminación de energías o fuerzas utilizadas que se convierten en desechos en la actividad del sistema: de tal forma que la actividad se convierta en nominal o normal. (1073-1)

Superar un cáncer no consiste simplemente en la extirpación del grupo de células que aparentemente han provocado la enfermedad. Significa corregir la causa básica del problema –ya se trate de las actitudes, la circulación, la neurología, el equilibrio ácido/alcalino o lo que sea– y cambiar la fisiología del cuerpo para que funcione constructivamente, no de una forma destructiva que conduce a la muerte. Así es como Cayce veía actuar las «fuerzas» dentro del cuerpo, siempre relacionadas con las emociones, el estrés, las actitudes y los patrones de creencias del inconsciente. Todos esos factores se alojan en el sistema nervioso autónomo del cuerpo, y en las glándulas endocrinas, y desempeñan un papel fundamental a la hora de establecer el equilibrio y la coordinación en la fisiología del cuerpo, el cual, a su vez, genera una homeostasis que conduce a la curación. Un concepto simplificado, pero sin duda trascendental en el cuidado del cuerpo humano.

Curación, regeneración y longevidad

«El espíritu que está canalizando puede ser el suyo.» Jerry Kvasnicka se expresó en términos contundentes en un artículo publicado en *Integrity International* (enero/febrero de 1988), pues no veía motivo que impidiera que cada uno de nosotros estuviera en comunicación con la fuente de la verdad. «Si tiene una perspectiva válida de la verdad, ¿por qué no se concede un poco de mérito antes de llegar a la precipitada conclusión de que debió de originarse en una entidad incorpórea? ¿Por qué no sustituir esa falsa identidad con el artículo genuino: “Creado a imagen y semejanza de Dios”? ¡Sí, todos los seres humanos!»

Edgar Cayce repitió esa información a los buscadores a lo largo de casi cinco décadas mientras nos recordaba que nosotros, en cuanto almas, estamos creados a imagen y semejanza de Dios y debemos empezar a comportarnos teniendo esto bien presente. Nuestros sueños, nuestros sentimientos, nuestros momentos de percepción durante la meditación, incluso nuestros golpes de intuición tocan esa fuente de toda verdad.

Más de un 65 % de las veces, las disertaciones de Cayce se referían al tema de la curación. Cayce nos exhortaba a consultar al médico que llevamos dentro, la Conciencia de Cristo. El tocar esa fuente, bien a través de una de las percepciones que aparecen en los sueños, de la meditación o de la intuición al caer en un estado de conciencia alterado, como hacía Cayce, puede aportar la verdad al mundo y la curación al cuerpo.

Lo que la mayoría de nosotros olvidamos, sin embargo, es que cual-

quier percepción que obtengamos debe ir acompañada por una acción dentro del cuerpo. Cayce nos recordó en la lectura 257-191 que en todos los cuerpos físicos se encuentra presente la capacidad de que el cuerpo reviva, resucite y se reorganice continuamente. Añadió que las glándulas del cuerpo producen todos los elementos para ese rejuvenecimiento del funcionamiento normal del sistema nervioso y los órganos del cuerpo. Tenemos la responsabilidad de añadir a nuestra dieta y programa de ejercicio esos elementos que proporcionan a las glándulas la sustancia que precisan. Debemos mantener unas actitudes constructivas, desarrollar unos esquemas emocionales positivos, y perseverar con los cuidados físicos necesarios.

No nos preocupemos excesivamente, por tanto, en reforzar o crear salud para nuestro cuerpo. En su lugar, tratemos de averiguar nosotros mismos la verdad. Contemplemos la verdad que nos han transmitido quienes antiguamente se comprometieron a servir a Dios, teniendo presente que unas simples aplicaciones, así como unos pensamientos, actitudes, emociones y oraciones pueden propiciar la curación y el equilibrio. No es tarea sencilla, pero se trata realmente de una aventura a nivel de conciencia psíquica.

Ello me lleva al tema del aceite de ricino. Dios debió de tener un excelente sentido del humor para envolver esa maravillosa sustancia curativa en la sonrisa que suele acompañar la mención de su nombre. El ricino se denominaba «Palma Christi» en los tiempos medievales, y estoy seguro de que la persona que le otorgó ese honroso nombre debía de saber que era en efecto como tocar el cuerpo con la palma de Cristo.

El aceite de ricino se utiliza diariamente en nuestra práctica en la A.R.E. Clinic. Uno de mis pacientes favoritos, el cual acudió a la clínica hace unos años, tenía noventa y tres años. George tenía un bulto de gran tamaño —llamado queratosis— en el lóbulo de la oreja derecha, el cual resultaba antiestético pero no era maligno. No obstante, algunos de esos problemas cutáneos pueden llegar a ser cancerosos. El bulto de George había sido tratado por varios médicos antes de que yo lo examinara, pero la queratosis persistía. Le recomendé que se aplicara aceite de ricino en todo el lóbulo dos veces al día y luego se lo limpiara con un paño suave. Tras no haber visto a George por espacio de un año y medio, éste se presentó de nuevo en mi consulta y al examinar su oreja constaté que tenía un as-

pecto totalmente normal; la queratosis había desaparecido, pero George seguía utilizando el aceite de ricino porque, según dijo, hacía que su oreja tuviera un tacto suave.

Otra paciente, Susan, se aplicó compresas de aceite de ricino en el abdomen durante todo su embarazo. Además de eso, se daba friegas de aceite de ricino en el abdomen una o dos veces al día, lo cual evitó que le aparecieran estrías en la piel después del parto, aunque su familia es propensa a sufrir ese problema, y ella misma presentaba estrías en las caderas y los pechos durante la pubertad. «Empecé a aplicarme aceite de ricino en la cara al notar, al inicio de mi embarazo, que me habían salido unos granitos. El aceite de ricino resolvió el problema y me dejó un rostro tan terso y juvenil que la mayoría de la gente me tomaba por una veinteañera, aunque he cumplido los treinta y cinco.»

Cayce describió al menos treinta funciones fisiológicas que mejoraban debido al uso de aceite de ricino aplicado tópicamente, en general mediante unas compresas. Entre otros resultados, el aceite favorece el aumento de las eliminaciones, estimula la función hepática, disuelve y elimina lesiones y adherencias cutáneas, reduce la toxemia, aumenta la circulación linfática, mejora la coordinación entre los riñones y el hígado, alivia los dolores de cabeza e incrementa la circulación cutánea.

Dios creó a Cayce a su imagen y semejanza. Cayce utilizó sus facultades para ayudar a otros. Usted también ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Usted también puede alcanzar la fuente de verdad. Quizá la lección más útil que sacamos al ponernos en contacto con el médico que llevamos dentro es que cuando lo conseguimos, comprendemos que nuestro propósito en la tierra es utilizar esa información para contribuir a la curación de nuestro cuerpo y ayudar a las personas que conocemos, día a día, de la forma que podamos, reconociendo que los mejores resultados se obtienen manifestando la naturaleza de lo Divino, la cual significa simplemente A-M-O-R.

Cuando empecé a utilizar sistemáticamente los remedios aconsejados por Cayce, y más adelante me dediqué a aplicar sus conceptos básicos al proceso de curación, mi correspondencia y mis conversaciones con miembros de la A.R.E. empezaron a proliferar, con historias sobre la forma en que el cuerpo responde a su naturaleza divina configurando una integridad a partir de lo que antes no eran sino trastornos y enfermedades. Por

ejemplo, hace unos años recibí por Navidad una fotografía en la que aparecía una preciosa niña de tres años, Lily, vestida con un flamante vestido rojo, sentada sobre un enorme animal de peluche. La niña sonreía de oreja a oreja, y presentaba un aspecto magnífico.

Su madre afirmaba que Lily constituía un homenaje a Cayce, pues una de sus máximas aspiraciones era la de ayudar a los niños. La mujer decía: «Hace unos dos años le escribí y hablé por teléfono con usted.

»Nuestra hija nació aquejada de atresia pulmonar con el ventrículo derecho hipoplásico. [Eso significa que Lily nació con una oclusión congénita de la válvula pulmonar entre el ventrículo derecho y la arteria pulmonar. Su ventrículo derecho era también hipoplásico, lo que significa que era defectuoso en su desarrollo, sin duda más pequeño de lo normal.] Usted me aconsejó que le aplicara unas compresas de aceite de ricino, lo cual hice, y que rezara mucho, lo cual hicimos y seguimos haciendo. Lily tomó también unas hierbas chinas y al cabo de un tiempo le realizaron una intervención quirúrgica para corregir su defecto. ¡Vea qué aspecto tiene ahora! Doy gracias a Dios y que el Señor bendiga a Edgar Cayce.»

La curación del cuerpo significaba el desarrollo de unas funciones más normales. Eso permitió que la intervención quirúrgica se realizara con resultados satisfactorios. Actualmente Lily tiene oportunidad de llevar una vida normal.

Ese proceso me recuerda lo que dijo Edgar Cayce de diversas maneras, en el sentido de que la curación puede producirse por medio de la imposición de manos, de la oración, de una terapia física, o incluso del bisturí. Todo depende de lo que esté ocurriendo dentro del individuo. ¿Existe un despertar de la naturaleza espiritual del ser que se está curando? En el caso de Lily, ¿cómo podía no existir ese despertar, queriéndola sus padres como la querían y rezando constantemente por ella?

La madre de la niña ejerció su fe en Dios, aplicó paciencia, persistencia y coherencia junto con las compresas de aceite de ricino, con excelentes resultados. Cayce se expresó de muchas formas respecto a la curación. En una lectura, dijo a la mujer que le había consultado (no era la madre de Lily):

Toda curación debe proceder de aquello que llevamos dentro y posee una naturaleza espiritual. Deje los resultados en manos del Creador de toda bondad y dones perfectos. Sea coherente y persistente en sus reacciones físicas, espirituales y mentales a

fin de conseguir buenos resultados. Pues las leyes del Señor son perfectas, y convierten el alma. (1199-2)

En estado dormido, Cayce veía la enfermedad en el ser humano como el punto final de una fisiología que no funcionaba bien. Así, a fin de corregir el cuerpo enfermo, las sugerencias iban dirigidas a las partes funcionales –la fisiología– no al punto final de un proceso. Ésta es una matización muy importante, porque pone de relieve la forma en que Cayce contemplaba al individuo creado a imagen y semejanza de Dios, y la forma en que me enseñaron a buscar un diagnóstico y, en cierto sentido, no mirar al ser humano cuya fisiología había creado el problema.

La curación, la regeneración y la longevidad están interrelacionadas y podríamos considerarlas idénticas. Si una propicia una auténtica curación en un cuerpo, esto crea regeneración. Y si distintas partes del cuerpo se regeneran –y se coordinan con el resto del cuerpo– el individuo no morirá tan pronto como lo habría hecho en caso de no producirse esa regeneración. Esto, por supuesto, es un ejemplo de longevidad.

Matusalén, según los relatos bíblicos, vivió más años que ningún otro ser humano. Tenía 969 años cuando murió durante el Diluvio. A menudo me pregunto por qué él y otros patriarcas de la historia bíblica vivieron tantos años y hoy en día nos conformamos con alcanzar los ochenta.

Existen algunos individuos de nuestro tiempo, sin embargo, que han llegado a cumplir cien años. A finales de los sesenta, varios médicos e investigadores trajeron a un hombre de Colombia a Nueva York, donde se procedió a realizar múltiples análisis de su estado fisiológico. Sabían que tenía 150 años, pero su sonrisa, sus actitudes y su capacidad de leer sin gafas hacía creer que tenía unos sesenta o setenta años. Su tensión arterial, electrocardiograma, peso corporal y pulso eran normales. En resumen, estaba sano. Le gustaba la comida de Nueva York, pero al poco tiempo regresó a su casa. En aquella época se creía que era el hombre más viejo del mundo.

Con frecuencia he contado la historia de una mujer, que vivía en la costa del mar Negro, la cual apareció en un programa educativo de televisión. Un equipo de reporteros fue enviado a realizar un documental sobre la fiesta de cumpleaños de la mujer. Iba a cumplir 145 años, y la fiesta se celebró al aire libre, frente a una de sus casas, ante una larga mesa en tor-

no a la cual había unos quince o veinte participantes. Todos los invitados tenían cien años o más. Uno era hijo de la mujer que cumplía años, el cual tenía 109. Los asistentes más jóvenes tuvieron que permanecer de pie alrededor de la mesa, incluyendo a varias personas que tenían noventa años. La mayoría de los participantes bebían vodka y fumaban como chimeneas.

Recuerdo que me chocó aquella imagen contradictoria, unos centenarios demostrando la capacidad de superar los cien años y bebiendo y fumando, dos cosas que creemos que causan enfermedades y reducen nuestra esperanza de vida. Al tratar de conciliar estos elementos contradictorios, pensé en George Burns y su eterno puro. Luego recordé que Jesús afirmó que era más importante lo que sale de nuestra boca que lo que entra. Supongo que ello es aplicable al alcohol y al tabaco. Pero debemos tener en cuenta la conciencia, y sabemos que construimos con nuestra mente lo que en el fondo, en lo más profundo de nuestro ser, deseamos construir. Incluso en lo que respecta a nuestra salud y longevidad.

Quizá la historia más fascinante sobre longevidad la he hallado en unos libros escritos a principios de siglo por Baird T. Spalding (*Life and Teaching of the Masters of the Far East*), quien, junto con otros diez investigadores, visitó Extremo Oriente en 1894. Se pusieron en contacto con los Grandes Maestros del Himalaya. Les llevó cierto tiempo descubrir que esos hombres aparentemente jóvenes tenían cientos de años. Algunos habían alcanzado los dos mil años. A medida que aumentaba su conciencia espiritual, habían aprendido las leyes que permiten la regeneración del cuerpo. Su propósito, según parece, era ayudar al mundo de diversas formas para que se creara un ambiente más armonioso y conciliador en la tierra.

Eran capaces de estar presentes en dos lugares a la vez, conseguir comida del aire. Obtenían lo preciso para sus necesidades diarias directamente de lo Universal, incluyendo alimento, ropa y dinero. En caso necesario, eran capaces de caminar sobre el agua, atravesar el fuego, viajar en lo invisible y hacer muchas otras cosas que estamos acostumbrados a considerar como milagrosas, realizadas sólo por quienes poseen unos poderes sobrenaturales.

Los viajeros vieron a uno de esos individuos separar a dos chacales que se peleaban por los restos de un pequeño animal que habían matado.

Cuando se acercó a ellos, los chacales cesaron de pelearse, apoyaron dócilmente la cabeza en las manos del individuo y siguieron comiendo pacíficamente. «Éste no es el ser mortal, el ser que véis, el que es capaz de hacer estas cosas. Es un ser más verdadero, más profundo. Es lo que conocéis como Dios. Dios dentro de mí, Dios Omnipotente que obra a través de mí, que hace estas cosas. Yo solo, el ser mortal, no puedo hacer nada. Sólo cuando me desprendo de lo externo y dejo que el auténtico, el YO SOY, hable y obre y dejo que el gran Amor de Dios se manifieste, puedo realizar estas cosas que habéis visto. Si dejáis que el amor de Dios se manifieste a través de todas las cosas, nada os teme y nada puede haceros daño.»

En Juan (14, 10-12), Jesús dijo: «Todo el que me haya visto ha visto al Padre. ¿Cómo podéis decir “muéstranos al Padre”? ¿Acaso no creéis que yo soy el Padre y que el Padre soy yo? Yo no soy la fuente de estas palabras: es el Padre que habita en mí quien obra. Creedme cuando os digo que yo soy el Padre y el Padre soy yo; o aceptad la prueba de los mismos hechos. En verdad os digo que quien crea en mí hará lo que yo hago; y hará cosas aún más grandes porque voy a reunirme con el Padre».

En mi investigación de las lecturas de Cayce y el tema de la longevidad, encontré una lectura dirigida a una mujer a quien Cayce le dijo, referente a sus esperanzas de vida, que «uno puede ampliar esas esperanzas de vida prácticamente hasta donde desee» (338-5). En otra lectura, Cayce advertía: «Haga que la glándula pineal funcione siempre perfectamente y no envejecerá, siempre será joven» (294-141). Cayce resaltaba la importancia de las placas de Peyer y el intestino delgado a la hora de crear longevidad en el ser humano.

La pregunta clave en este caso es la siguiente: «¿Cómo lograr que la glándula pineal funcione siempre perfectamente?». He aquí algunos consejos que he hallado en el material de Cayce.

Cayce describe una relación entre la glándula pineal y las células de Leydig, situadas respectivamente en los testículos en el varón y en los ovarios en la hembra. La pineal es descrita en la lectura como el constructor del feto en las primeras etapas de su desarrollo, en el útero. Se convierte en el cerebro en la evolución del feto, comunicándose con los cerebros o las conciencias de los padres del niño. Posteriormente, una vez que el niño ha nacido y se ha cortado el cordón umbilical, asume la capacidad de ima-

ginar y forma una estrecha relación con los mecanismos sensoriales, el sistema nervioso cerebroespinal y el sistema autónomo.

En la descripción de Cayce respecto a la glándula pineal, hallamos una clara relación entre las funciones sexuales y dicha glándula. Y, a medida que se manifiestan a través de ella diversas fases de las cualidades que conocemos como amor (paciencia, amabilidad, cariño fraternal), la glándula pineal continúa funcionando.

¿Cómo alcanzar, pues, la longevidad a través de esta glándula y su función? Ciertamente debemos cuidar nuestro cuerpo de muchas formas, pero por encima de todo debemos aplicar amor a nuestras vidas.

Las normas para alcanzar la longevidad no son complicadas, pero a la mayoría de nosotros nos resulta difícil seguirlas. Debemos tomarnos en serio la aplicación de paciencia, persistencia y coherencia a todos los procesos terapéuticos que iniciemos, ya se trate de ejercicio, dieta, utilización de hierbas, compresas de aceite de ricino o lo que sea. Esas cualidades forman parte de lo que entendemos como la manifestación del amor. Esta palabra es infinitamente más importante que todos los tipos de tratamiento que podamos emprender.

La información de Cayce garantiza asimismo la posibilidad de curar toda clase de dolencias, insistiendo enérgicamente en que ninguna condición de enfermedad física seguiría existiendo en ningún cuerpo si se aplicara paciencia, persistencia y coherencia al tratamiento.

Si nuestra naturaleza es realmente espiritual, y estamos en la tierra para aprender las lecciones que nos permitan avanzar en nuestro camino de regreso a la fuente, lo importante es aprender de cada experiencia algo que nos ayude a cumplir el propósito que nos ha llevado a penetrar en el plano terrenal.

El objetivo, por tanto, es experimentar un crecimiento del alma, más que permanecer en la tierra durante mucho tiempo. Si una larga vida le ayuda a aprender más (y esto es muy importante), entonces procure que este viaje sea largo, lleno de dicha y de experiencias maravillosas, pero sobre todo trate de que sean unas experiencias que le faciliten lecciones provechosas.

Georgi A. Pitskhelauri realizó un estudio bien documentado sobre la longevidad entre los hombres y mujeres de la Georgia soviética. Publicado en Estados Unidos en 1982, *The Longliving of Soviet Georgia* describe a esos ancianos, su estilo de vida, sus hábitos y su dieta. El doctor Pitskhe-

lauri constató que sus hábitos dietéticos, por ejemplo, eran muy sencillos: no comían carne salvo en raras ocasiones, y algunos eran lactovegetarianos. Uno de los hallazgos más interesantes de Pitskhelauri fue que casi todas esas gentes eran campesinos o habían vivido buena parte de su vida en una granja, y en su mayoría trabajaban hasta que morían.

Un hombre trabajó hasta cumplir los 144 años. Su hermano falleció a los 149. Quizás el más conocido de los individuos investigados, y uno de los más ancianos, era Shirali Mislimov, de Azerbaiyán. Yo seguí su carrera durante varios años y leí que, a la edad de 167 años, seguía cuidando de su huerto y montaba en su caballo. Alcanzó fama internacional debido a su avanzada edad. Mislimov murió a los 169 años, tras haber trabajado buena parte de su vida como pastor. Muchos ponían en duda la veracidad de su fecha de nacimiento, pero las autoridades soviéticas mostraron su ficha de la Seguridad Social para demostrar la edad de Mislimov.

Pitskhelauri explica el sistema utilizado para elaborar la clasificación y nomenclatura de las personas ancianas o viejas. Tras ser aceptado en Leningrado en junio de 1962, fue aprobado por la Organización Mundial de la Salud en Kiev en mayo de 1963. La tabla 3 indica cuándo comenzará usted a madurar, en caso de que no haya alcanzado todavía ese nivel.

Clasificación	Nomenclatura
60-74 años	Maduro
75-89 años	Viejo
más de noventa años	Longevo

TABLA 3. CLASIFICACIÓN DE LOS ANCIANOS ELABORADA POR PITSKHELAURI.

Contigern (San Mungo), el fundador del obispado de Glasgow, y Ktsarten Petrark vivieron hasta los 185 años. Otros ejemplos históricos de longevidad son Thomas Parr, quien fue presentado al rey en Londres a la edad de 152 años como un ejemplo de longevidad, y R. Taylor, un empleado de correos que recibió un presente de la reina Victoria en honor de su avanzada edad. Taylor se emocionó tanto al recibir el regalo que murió tres meses más tarde, a los 134 años.

El individuo más viejo que figura en el libro de Pitskhelauri era un iraní, Saied Abutalim Musavi, quien residía en una pequeña aldea situada a 900 kilómetros al sur de Teherán. Por la época en que el doctor Pitskhelauri terminó su libro, Musavi tenía 191 años.

El aspecto más importante y valioso del estilo de vida de un longevo, según afirman las personas que han alcanzado la longevidad, es su trabajo. Todos ellos continuaron trabajando hasta abandonar el plano terrenal. Es lo que se llama «morir con las botas puestas».

En nuestra parte del mundo, que yo sepa no se ha realizado un estudio de semejantes características. Hace unos años, la Veterans Administration publicó un «Estudio normativo sobre la vejez», el cual pronostica una esperanza de vida normal entre 120 y 140 años para el estadounidense medio, siempre y cuando utilizara los conocimientos existentes hoy en día sobre el cuidado del cuerpo humano. Por la misma época en que se publicó ese estudio, en 1973, apareció en la prensa la historia de un tal Charlie Smith, el cual residía en Bartow, Florida, y celebraba su 131 cumpleaños como el hombre más viejo de Estados Unidos que seguía cobrando su pensión de la Seguridad Social. Charlie falleció a la edad de 139 años, y su hijo, de 79, asistió a su funeral.

Un psicoterapeuta que es miembro de la A.R.E. Clinic desde hace varios años me envió una serie de sueños referentes a su deseo de regenerar la zona media de su abdomen. Me explicó que padecía una hernia abdominal, la cual el cirujano pretendía remediar por medio del bisturí. Nuestro amigo se resistía a entrar en el quirófano.

Suñó que veía un magnífico barco de madera en dique seco, lo suficientemente grande para navegar por una bahía pero no por el océano. «La línea media de la parte inferior presenta algunos desperfectos, pero el barco está en buen estado. En la parte central hay dos trozos de madera que están manchados.» El sueño contenía otros aspectos interesantes, pero el psicoterapeuta estaba convencido de que el barco representaba su cuerpo; los dos trozos de madera eran sus músculos *rectus abdomini*. Cuando empezó a darse friegas de aceite en el abdomen (conteniendo tintura de mirra), observó perplejo que el aceite tenía un color semejante a las manchas que había en el casco del barco.

Nuestro amigo soñador evidentemente creía que el sueño que había tenido pretendía indicarle que podía regenerar la parte de su cuerpo que se

había debilitado, y que la cirugía no era el único remedio. Supuse que había leído algunas lecturas de Cayce sobre el tema, quizás incluso las dos que cito a continuación:

Desde el momento en que el cuerpo constituye el almacén de todas las influencias y fuerzas que provienen del exterior, éste posee la facultad de crear –mediante los adecuados mecanismos y combustible– aquello que es capaz de sostener, y no sólo de sostener sino de recuperar y reconstruir, revitalizar y regenerar las actividades del cuerpo. (1334-1)

Pues el cuerpo es una estructura atómica... Comoquiera que esos átomos, esas fuerzas estructurales están obligados a adaptarse o a depender o a formar parte de la entidad espiritual, de la actividad espiritual, reviven, se convierten en unas fuerzas constructivas.

El alma no puede morir; pues pertenece a Dios. El cuerpo puede revivir, rejuvenecerse. Y a tal fin el cuerpo es capaz de trascender la Tierra y su influencia. (262-85)

Cayce informó a quienes estaban presentes en esa lectura de que no se contaban entre los elegidos capaces en aquellos momentos de «trascender la Tierra». Un pensamiento muy poco consolador. En cualquier caso, es evidente que la esencia del material legado por Cayce consiste en que somos unos seres eternos, dotados de una naturaleza espiritual y unos poderes interiores que rara vez utilizamos.

Varios científicos han investigado ese tema, aunque en general lo abordan desde un punto de vista distinto. Robert O. Becker, un cirujano ortopeda e investigador, fue uno de los pioneros que realizó un estudio sobre la regeneración, hace aproximadamente tres décadas. Becker observó la capacidad de la salamandra de lograr que se le regenerara una pata amputada, y afirmó que la rana –que normalmente no es capaz de hacer que renazcan sus extremidades– también podía conseguirlo, siempre y cuando se hallara la clave de la regeneración. Becker la halló en la electricidad de bajo voltaje que midió en la salamandra después de amputarle la pata, y que luego aplicó a la rana. Y ésta consiguió que le brotara de nuevo la pata después de haberle sido amputada.

Los investigadores de la Universidad de California en San Diego y el Centro de Investigación del Cáncer de La Jolla han conseguido producir una regeneración de las células del cerebro en ratas. Los científicos toma-

ron unos fragmentos de tejido de placenta humana y los implantaron en los cerebros de ratas en las cuales dos secciones del cerebro —el hipocampo y el *septum*— habían sido desconectados. El implante estimuló el crecimiento de células nerviosas a lo largo del «puente» para reconectarlos. Los investigadores sostienen que cuando sea posible aplicar estas técnicas a seres humanos, resultará muy útil en casos de lesiones de la columna vertebral.

Unos científicos del Instituto Rockefeller han descubierto que en los cerebros de los canarios ancianos brotan nuevas neuronas. Los anatomistas de la Universidad de Rochester han conseguido regenerar unas neuronas seccionadas en los cerebros de ratas viejas. Unos investigadores de Stanford han hallado en ratas una proteína que parece estimular la regeneración de nervios lesionados. Esa proteína, sin embargo, pese a aumentar en volumen después de una lesión nerviosa, sólo se acumula en los nervios periféricos, no en el sistema nervioso central. Otros investigadores han utilizado un tubo de silicona a modo de túnel a través del cual han conseguido que renacieran tejidos nerviosos en las ratas. Otros, por su parte, han implantado tejidos de los nervios periféricos en los dos extremos del nervio óptico seccionado de una rata, el cual se regeneró y funcionó con normalidad.

Otros investigadores, como David Hedley Wilson, de la Universidad de Leeds, en Inglaterra, han utilizado una energía electromagnética de alta frecuencia modulada por impulsos para tratar la parálisis y propiciar una regeneración funcional, aparentemente estructural, de los nervios afectados. Por su parte, Lawrence Kromer, de la Universidad de Vermont, sostiene que uno de los motivos de que las neuronas del sistema nervioso central seccionadas no se regeneren es porque lo impide la cicatrización, y su trabajo en trasplantes cerebrales apoya esa tesis.

En la A.R.E. Clinic atendimos a un niño gravemente afectado por el síndrome de Down. Durante más de tres años utilizamos muchas de las terapias contenidas en las lecturas de Cayce. Éstas comprendían manipulación, cuidados cariñosos, terapia de campos electromagnéticos, compresas de aceite de ricino y dieta. Para alegría de todos, el niño se desarrolló con normalidad y perdió muchas de las características físicas asociadas al síndrome de Down; incluso su rostro fue perdiendo los rasgos típicos de esos enfermos.

El niño fue sometido a una intervención quirúrgica para corregir un defecto coronario asociado a ese síndrome. Tras la operación no recuperó el ritmo de desarrollo que presentaba antes, y murió a los cinco años de edad. La autopsia reveló un cerebro normal, lo cual probablemente explica por qué el cuerpo había mejorado tanto pese al síndrome de Down; Harvey Grady citó el informe de la autopsia practicada en el cerebro en el *Journal of Holistic Medicine*: «El hemisferio cerebral aparece bien desarrollado. No se advierte una anomalía giratoria. La configuración y forma del cerebro aparecen dentro de unos límites normales. No se aprecia un aplastamiento de la zona occipital según es descrita en el síndrome de Down. Asimismo, no se aprecia una anomalía en el surco temporal superior. El cerebelo posee un tamaño natural, y normal con respecto al cerebro».

Aunque evidentemente era imposible practicar un examen patológico del cerebro en sus primeros estadios de desarrollo, el informe al término de la presente encarnación del niño mostraba que se había producido una regeneración de los tejidos cerebrales, lo cual nos ayuda a comprender que la regeneración puede producirse en cualquier parte del cuerpo humano.

Cuando nuestro cuerpo comienza a «envejecer» o a deteriorarse, ello es señal de que necesita ser sanado. Una sanación total propicia una regeneración, y la regeneración significa rejuvenecer, o devolver al cuerpo su juventud.

Los libros de Spalding y las sugerencias de Cayce nos inducen a pensar que existen algunos individuos en la tierra que llevan aquí más de dos mil años. Que yo sepa, no he conocido a ninguna de esas personas, pero sospecho que si poseyeran suficientes conocimientos sobre la regeneración para mantener el cuerpo sano y activo todos esos años, sería difícil adivinar la edad que tienen. Si usted no tuviera el pelo canoso ni lo hubiera perdido, y si su rostro no estuviese arrugado y caminara con agilidad, ¿qué edad aparentaría? Según parece, poco antes de que Moisés muriera, a los 120 años, tenía la mirada lúcida y sus fuerzas naturales no habían mermado.

Cuando practican una autopsia, los forenses nunca diagnostican una muerte como causada por la vejez. Hallan enfermedades, deterioro o accidentes como la causa de la muerte. En un sentido muy real, es difícil morir de otra forma, y todos debemos abandonar la tierra de un modo u otro.

La postura de Cayce era que todos somos unos seres eternos, y podemos dedicar el tiempo necesario para cumplir nuestro propósito en la tierra en esta encarnación. A veces me pregunto si es posible cumplir el propósito que hayamos elegido en una de nuestras existencias y luego elegir otro propósito antes de abandonar la tierra. Si nos sentimos tan bien que no existe ninguna ventaja en abandonarla para regresar de nuevo como una criatura, parece razonable considerar esta posibilidad. No obstante, ello exigiría la aplicación de los conceptos contenidos en estas dos lecturas:

Toda curación consiste en la modificación de las vibraciones dentro de nuestro ser, la sintonización de lo Divino dentro de los tejidos vivos de un cuerpo con las Energías Creadoras. Tanto si ello se consigue por medio de fármacos, del bisturí o por cualquier otro método, constituye la sintonización de la estructura atómica de la fuerza celular viva con su patrimonio espiritual. (1967-1)

Dentro de todo cuerpo normal se produce una infusión a fin de reponer las sustancias que precisa. Si llegamos a alcanzar ese nivel de conciencia, no hay necesidad de que un organismo físico envejezca, salvo en el caso de un deseo nominal por parte del cuerpo de ceder ante las fuerzas que lo rodean a fin de descansar. (1299-1)

Si cedemos a las fuerzas que nos rodean, probablemente significa que estamos permitiendo que nos influya el estrés que forma parte de la vida cotidiana, lo cual hará que envejezcamos. Si yo deseara ese tipo de respiro al que alude Cayce, probablemente significaría que estaba cansado de esta experiencia en la tierra y deseaba abandonarla. Según la Biblia, Pablo anhelaba alcanzar el hogar celestial, como lo llaman algunos, y probablemente sabía o presentía en qué consistía.

Puesto que somos eternos existe un tiempo para que vengamos a la tierra y un tiempo para abandonarla. Según parece, nacer en esta dimensión es parecido a nacer en la vida que denominamos espiritual. Ambas significan morir, pero ambas nos conducen a un nuevo ámbito donde aprender a experimentar –y manifestar– la alegría, la bondad, la tolerancia y la comprensión que forman parte de la Fuerza Vital que llamamos Amor, o Dios.

¿Qué conduce a una vida tan larga como la que Shirali experimentó en Azerbaiyán y Charlie Smith en Estados Unidos? Estoy convencido de que ello forma parte del panorama total de la curación del cuerpo, pues una y

otra vez, cada siete años, esos individuos renovaron cada átomo de su cuerpo, al igual que usted y yo. Muchos aspectos de sus vidas debían de ser armoniosos, puesto que la discordia no les destruyó. Sin duda aspiraban a alcanzar la paz y a ser útiles a sus semejantes.

Nuestros deseos de ser útiles pueden ser simplemente la manifestación de un propósito que elegimos antes de nacer. Pues todos tenemos un propósito, aunque quizá resida en lo más profundo de nuestro ser y no lo reconozcamos conscientemente. Cayce nos aconsejaba mantenernos sanos y en forma para cumplir nuestro propósito. Ello produciría una vida longeva, pero tenía más que decir sobre ese particular:

... el propósito por el que cada entidad –sí, esta entidad– penetra en la experiencia material; que la gloria del Señor, según se manifiesta en la entidad, sea magnificada en la tierra. (3459-1)

Si contemplamos el tema con una mayor perspectiva, quizá veamos a Charlie o a algunas de esas personas longevas desplazándose hacia una nueva experiencia en el ámbito espiritual con el fin de satisfacer las necesidades del alma, para penetrar de nuevo en esta dimensión bajo la forma de una criatura, sin duda con la certeza de que una vida larga es algo tan natural como nacer.

TERCERA PARTE

El espíritu

El viaje del alma

Pues, tal como ha comprobado la entidad, somos cuerpo, somos mente, somos alma. El alma está creada a imagen y semejanza de Dios, por tanto es eterna, infinita. La vida en su expresión en un mundo mental y material, no es sino una manifestación mental y material de la entidad-alma; aquello que fue creado como parte de las Fuerzas Creadoras. Por consiguiente es eterna. (3451-9)

En todas las lecturas de Cayce, se repite una y otra vez –como en una sinfonía– el tema de que toda vida tiene un propósito y que cada individuo a nivel del alma aspira a hallar el propósito que le ha llevado a esta encarnación. Tiene una relación vital con el proceso de curarse, pues una y otra vez las lecturas preguntaban a quienes buscaban la curación del cuerpo físico: «¿Para qué quiere curarse? ¿Cuál es el propósito de su vida?».

Creemos que somos un flujo continuo de conciencia, empezamos a pensar en términos de repetidas existencias en la tierra. Luego nos preguntamos: «¿De dónde venimos? ¿Cuáles son realmente nuestros orígenes?». Estos interrogantes nos abruman, hasta que adquirimos algunas nociones básicas sobre la vida que podemos aceptar.

En realidad nuestros comienzos se hallan en una dimensión espiritual, ¿no es así? Dios nos creó a su imagen y semejanza, somos unos seres espirituales, al igual que Él. Y nos dirigimos hacia la fuente donde se hallan nuestros comienzos. Son los períodos que pasamos en la tierra entre el principio y el término de una determinada aventura los que nos plantean

dificultades. Esos períodos los llamamos «vida». Y en esta tercera dimensión, constatamos que la vida es un encuentro con multitud de individuos, y a veces una situación de múltiples facetas denominadas molestias, achaques, dolencia, enfermedad o simplemente no sentirse bien. Lo llamemos como lo llamemos, la situación nos coloca en una situación en la que no experimentamos salud. Recuperar la salud requiere una aventura a nivel de conciencia psíquica.

Un joven me escribió una carta. Por lo visto no había tenido éxito en su vida material, creía que había fracasado en muchos aspectos y había caído en la depresión. Le recordé (puesto que había leído el material) que Cayce nos había indicado que todas las experiencias, tanto las que llamamos malas como las buenas, constituyen una oportunidad para el crecimiento del alma.

Eso no le ayudaría a superar su sensación de fracaso, pero lo que todo individuo debe comprender —y realmente desea saber— es que el plano terrenal y nuestras experiencias en él no están destinados a hacer que tengamos éxito en las cosas materiales, sino a darnos la oportunidad de vivir una vida como Cristo. Puesto que fuimos creados a imagen y semejanza de Dios, nuestro destino es regresar para formar parte de Él. Eso significa que todos somos unos seres espirituales que vivimos en un mundo material, y tratamos de hallar un camino que nos permita regresar a casa. Conviene tener presente que cada enfermedad es un paso que avanzamos en ese camino, si la enfocamos de forma creadora.

En cierta ocasión pregunté a un ministro eclesiástico qué ocurre cuando morimos. El ministro respondió que el alma sigue avanzando, pero creía que él era el cuerpo, y que él, el cuerpo, permanece en la tumba. Su problema era que su vida siempre se había orientado en torno al mundo material. Le costaba mucho creer que fuera un ser espiritual, como Dios, que estaba simplemente de visita en la tierra. El don que Edgar Cayce nos transmitió es la claridad de su visión al contemplar lo que dice la Biblia. Estamos efectivamente creados a imagen y semejanza de Dios, como seres eternos que estaban aquí antes de que la tierra y el sistema solar fueran creados. La muerte no existe, y la verdadera salud se halla en el convencimiento de que formamos parte de la Fuente Creadora.

A veces olvidamos nuestra naturaleza. Y a veces no comprendemos el profundo impacto que podemos causar en el destino de la tierra y sus ha-

bitantes, simplemente debido a lo que somos. Todos estamos destinados a hacer unas cosas más grandes e importantes de lo que imaginamos. Ha llegado el momento de que aceptemos quiénes somos y empecemos a responsabilizarnos de nuestro destino.

Si contempla de nuevo el diagrama 1, le recordará que simbólicamente, y en la esencia de las cosas, Dios y sus criaturas poseen la misma sustancia. La diferencia radica en que nosotros, en cuanto hijos suyos, no hemos aprendido todavía toda la infinita y fascinante cualidad de la vida, y que Dios es auténtico amor. Nos disponemos a aprender eso. Por esto estamos aquí en la tierra. Dios ejerció el poder de elección al crearnos a su imagen y semejanza. Nosotros hemos ejercido nuestro poder de elección al elegir venir a la tierra –y elegir a nuestros padres, por supuesto– a fin de comprobar qué tipo de experiencias maravillosas nos aguardan. Se trata de una auténtica aventura.

Cuando entramos en el ámbito de la tierra en esta vida, nos transformamos de un ser primitivo espiritual en una configuración basada en los elementos de la tierra que nos permite adaptarnos a este mundo nuestro. Nuestro cuerpo físico está preparado para asimilar más información y esquemas de lo que podamos imaginar. Decimos que este mundo constituye una realidad tridimensional, pero esto está todavía por demostrar, pues su sustancia es la energía en forma de átomos. No comprendemos todavía bien este tema, pues decimos que nos hallamos en un universo que abarca numerosos sistemas solares y galaxias, pero no alcanzamos a comprender dónde terminan éste y otros universos, y no podemos concebir cómo pueden terminar. ¿Qué hay al otro lado del fin de esos universos? No lo sabemos. Nuestro concepto de este universo a veces es destruido por lo que llamamos realidad.

Traemos con nosotros una historia de experiencias vividas a través de multitud de encarnaciones en la tierra, y acaso en otros sistemas solares. Pero de momento, nos basta con tener que descifrar la revolucionaria noción de este sistema terrenal y nuestras experiencias a través de muchas vidas perdidas en los remotos siglos del tiempo. Con todo, debemos contemplar lo que nos hemos concedido a nosotros mismos en cuanto patrimonio. Y hacerlo desde una perspectiva que abarque lo que en realidad somos, nuestro ser, nuestros orígenes y nuestro destino.

Durante las existencias vividas en la tierra, ganamos en algunos casos

y a veces perdemos terreno. Pero no dejamos de buscar el premio, que a veces ni siquiera sabemos que existe, pues nuestra memoria, cuando nacemos, suele estar nublada.

Mucha gente en Estados Unidos ni siquiera cree que existiéramos antes de nacer y no acepta el concepto de la encarnación, pese a la validez que le han otorgado la mayoría de las culturas del mundo. Las lecturas de Cayce se refieren a ello constantemente y señalan su importancia para dar sentido a nuestra vida en su totalidad.

El rabino Herbert Weiner es una autoridad en la cábala, el libro judío de la sabiduría basado en una interpretación esotérica de las Escrituras hebreas. La explicación que me ofreció sobre cómo venimos a este mundo me ayudó a comprender más claramente la naturaleza del ámbito en que fuimos creados, principalmente porque reconoce la existencia que vivimos antes de nacer. Pero también me habló sobre ángeles, los cuales forman parte del texto del Antiguo y del Nuevo Testamento.

La historia que me contó se refería al Ángel del Olvido. Según dijo Weiner, antes de nacer nos llevan a ver lo que ocurrirá en la vida que nos aguarda. El ángel nos coloca una luz sobre la frente, la cual proyecta un resplandor como si estuviéramos en el cine, y observamos todo lo que formará parte de nuestra próxima existencia.

Generalmente podemos elegir dónde naceremos, a fin de ejercer nuestro derecho a elegir el lugar. Pero cuando elegimos una familia y un grupo de experiencias, el ángel nos toca el labio superior y olvidamos todo lo que hemos visto. Luego nacemos.

Es posible, sin embargo, que no olvidemos todo lo que hemos visto, o algunas de nuestras experiencias previas en la tierra. En algunos casos persiste el recuerdo de tiempos anteriores, tanto si se trata de ésta como de otra vida. Ello nos permite atisbar algunos retazos de experiencias pasadas y comprender mejor la naturaleza del alma que ha estado viajando a través del tiempo y el espacio.

En realidad, la muerte no existe, sólo la transición entre dos dimensiones, pues cuando morimos o abandonamos esta vida terrenal nacemos en la dimensión espiritual. Asimismo, cuando llegamos aquí, al escenario de nuestro nacimiento, con unos padres nuevos, abandonamos el ámbito espiritual. Cayce dijo lo siguiente a propósito de este tema:

Pues, tal como ha podido constatar la entidad, somos mente, somos alma. El alma ha sido creada a imagen y semejanza de Dios, y por tanto es inmortal, una vida eterna en su expresión, y en un mundo mental y material, sólo es una manifestación mental y material de la entidad-alma; aquello que fue creado como parte de las Fuerzas Creadoras. Por consiguiente es eterno. (3459-1)

No todo en la vida consiste en vivir; no todo en la muerte consiste en morir; pues lo uno es comienzo de lo otro, y en medio de la vida uno está en medio de la muerte. (3459-1)

Pasar dentro, pasar fuera, es como el verano, el otoño, la primavera; el nacimiento en el interin, el nacimiento a lo material. (281-16)

Cada encarnación en la tierra comienza con una elección respecto adónde iremos y quiénes serán nuestros padres. De modo que cada nacimiento nos lleva a un complejo cuerpo-mente-alma que satisface nuestra necesidad de permanecer activos en esta dimensión. Nos mantenemos vivos a través de nuestros sistemas vitales; nuestros sentidos nos permiten ser plenamente conscientes de dónde nos encontramos en todo momento; y podemos actuar, ser creativos en la tierra a través del control que el sistema nervioso ejerce sobre nuestros músculos y nuestro cuerpo estructural. Por tanto estamos preparados para encontrarnos, a nivel del alma, con lo que nos aguarda, cuando nacemos de la unión entre dos personas que se convierten en nuestros padres.

Al iniciar una vida, no solemos poseer una memoria consciente de las existencias previas a nuestro nacimiento, aunque un amigo mío clarividente afirma que desea hallar un sistema mejor de penetrar en el plano terrenal que mediante el parto. Al parecer, cuando era niño, no soportaba el que las mujeres trataran de embaucarlo empleando la jerga que la gente suele utilizar con los bebés, pues sabía perfectamente lo que estaban pensando, y también sabía que era una entidad dotada de alma que había vivido antes. Pero la mayoría de nosotros no lo recordamos. De modo que en gran medida estamos condicionados en esta existencia por nuestros padres y el entorno que nos rodea. Muchos de los retos que se nos plantean fueron elegidos antes de nacer, pero el origen del reto se pierde en la noche de los tiempos, por decirlo de este modo, a medida que el niño crece y madura.

Su ser inconsciente, sin embargo, trae a su conciencia recuerdos del pasado, los cuales surgen como sentimientos y golpes de intuición, algunos desagradables, otros no. Los sueños penetran en el inconsciente, saltando la barrera que generalmente separa la mente consciente del inconsciente, y en las relaciones del niño brotan los problemas, trastornos y frustraciones que provienen de las distintas sendas que emprendió en sus vidas anteriores.

Uno de los conceptos frecuentes que hallamos en las lecturas de Cayce es que los individuos, y a veces grupos de individuos, se sienten atraídos unos hacia otros debido a unos asuntos que no han quedado resueltos en una existencia anterior. Ciertas madres tienen hijas que en otra vida fueron sus madres. O a veces, los amantes en una encarnación se convierten en otra vida en hermano y hermana. A veces nos cuesta creer, cuando miremos a alguien que amamos profundamente, que en otra existencia fuéramos padre e hijo. O hermanos. O unos enemigos que combatieron con la espada o la lanza hasta la muerte. En muchos aspectos nos encontramos con extraños compañeros de viaje. Pero todo tiene sentido si comprendemos que estamos aquí para averiguar la forma de asemejarnos a Dios, ser más activos en nuestra vida cotidiana tal como Dios desea que seamos.

En nuestros programas residenciales, los participantes llegan a conocerse mutuamente a un nivel muy profundo –relatando sus respectivas historias en sesiones de grupo, compartiendo todas las comidas– y con frecuencia recuerdan, durante una sesión de terapia, haber estado juntos en otras épocas en la tierra.

Un grupo de nueve mujeres –según sus sueños, percepciones y visiones– habían convivido juntas como monjas católicas en un convento en España, donde habían hecho voto de silencio. Las horas de las comidas con este grupo constituían una experiencia muy interesante. Al principio supuse que su mutismo se debía a que estaban enojadas conmigo. Pero lo cierto es que durante las comidas no tenían ganas de hablar. Ninguna de ellas se comportaba así en su casa, pero cuando volvieron a encontrarse sintonizaron con su pasada encarnación y se convirtieron de nuevo en monjas católicas. Compartían unas con otras sus experiencias pasadas, algunas eran unos sueños, que comentábamos a la hora del desayuno, y otras unas percepciones propiciadas por una sesión de meditación o terapia de grupo o por sesiones de visualización.

Una de mis encarnaciones anteriores emergió cuando conocí a la persona que había sido un monje junto conmigo en la Iglesia de Roma hace mil quinientos años. Esa inclinación a ser monje posiblemente me llevó, hace años, a comenzar mi trabajo en el instituto como un estudiante preministerial.

La mayoría de los que hemos trabajado con las ideas y los ideales que contienen las lecturas de Edgar Cayce pensamos a menudo sobre nuestras vidas anteriores –y nuestras vidas futuras–, y tendemos a creer que de un modo u otro nos hemos visto implicados en esas experiencias pasadas. Pero resulta difícil comprender por qué nosotros, en cuanto almas, regresamos una y otra vez a esta dimensión. ¿Qué es lo que debemos aprender?

En el programa que seguimos en Temple Beautiful, trato de convencer a todos los participantes de que son unos seres eternos, que cada vez que nacen es con el fin de cumplir un propósito en el plano terrenal. Ello puede significar que existan unos fragmentos y retazos de experiencias anteriores que deben resolver, pero principalmente han regresado para aprender a amar. Es así de sencillo. Es lo que dijo Jesús: «Ama a Dios y a tu prójimo». Eso es todo.

Pero ¿cómo podemos comprender la transición al plano terrenal para regresar a la dimensión espiritual al cabo de unos años?

En el diagrama 6 observarán el símbolo del cuerpo-mente-espíritu o alma en la parte inferior izquierda del mismo. El espacio situado sobre la línea divisoria horizontal se denomina espíritu, mientras que el espacio inferior representa el plano terrenal. El movimiento del alma durante su viaje muestra a ésta adquiriendo la X (el cuerpo físico) al penetrar en el plano físico, y desprendiéndose de él cada vez que parte hacia la esfera espiritual. Así pues, el cuerpo permanece aquí, mientras que el alma prosigue su viaje eterno hacia los ámbitos espirituales, probablemente preparándose para la próxima visita a la tierra.

Independientemente de dónde nacemos, cuándo o dónde, el caso es que llegamos al plano terrenal, y probablemente elegimos los padres que nos convienen. Así pues, renacemos una y otra vez, a fin de seguir aprendiendo, y de un modo u otro hallar el medio de curar nuestro cuerpo, mientras algo único y maravilloso le ocurre al alma. Cayce veía cada alma, durante su permanencia en la tierra, siguiendo un camino en el que cada experiencia, bien entendida, le procuraba oro, una perla valiosísima. Y cada premio está relacionado con el destino de uno en el panorama general:

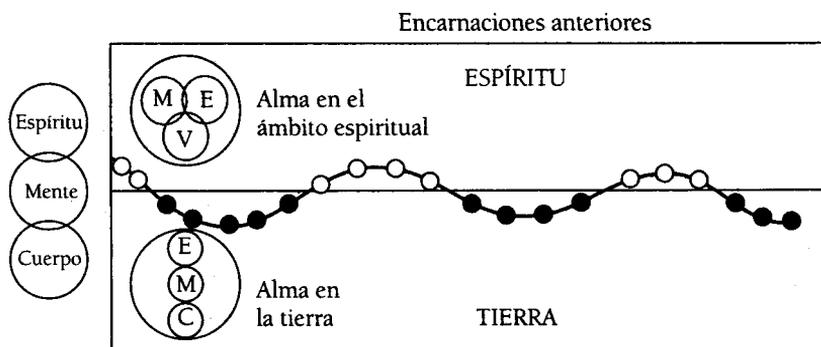


DIAGRAMA 6. ENERGÍAS PROCEDENTES DEL PASADO.

Todas las experiencias en el plano terrenal están encaminadas al desarrollo del alma y no son meramente fortuitas, pues están regidas por unas normas y leyes. Las aplicaciones de esas leyes espirituales son tan definitivas y MÁS auténticas y ciertas que las de los órdenes materiales o las experiencias materiales de una vida material.

Pues, al igual que en el mundo material o secular o regla, existen unas causas y efectos, unos PRINCIPIOS; o un ideal según el cual TODO debe ser juzgado. En lo espiritual, en lo mental, existen unos ideales. Son unos ideales constructivos, fundados en las promesas que encierra la experiencia del hombre; que comienza con «Si estáis dispuestos a ser mi pueblo, yo seré vuestro Dios... Lo que el hombre siembre, cosechará... Os he creado algo inferiores a los ángeles a fin de que por propia elección, a través de la actividad que elijáis, no sólo depurados de toda influencia maligna, pensamiento maligno, condiciones o experiencias indignas, lleguéis a formar parte de mí, conozcáis la gloria que gozabais JUNTO A MÍ antes de que los mundos fueran creados».

Y esas influencias inciden en las experiencias de cada alma. (1217-1)

Aquí aparece de nuevo la promesa que se repite en las lecturas de Cayce de que estamos destinados a hallar la conciencia que poseíamos con las Fuerzas Creadoras del universo antes de que los mundos fueran creados. No es de extrañar que resulte difícil hallar la perla que se oculta en el centro de toda experiencia. Nuestro destino es difícil de aceptar, tal como queda demostrado por el número de veces que hemos regresado a la tierra para emprender de nuevo el mismo sendero.

Otra lectura de Cayce nos ofrece algunas pistas sobre nuestra búsqueda y nuestros intentos de no desviarnos de este sendero:

En su búsqueda, comience leyendo todos los días unos cuantos versículos de los capítulos 14, 15, 16 y 17 de San Juan. Primero lea el 14: «En la morada de mi padre hay muchas mansiones». Reflexione sobre ello, no durante una hora o un minuto, sino durante un día entero, mientras realiza sus tareas cotidianas. ¿Quién es su padre? ¿A quién se refiere Él, cuando se dirige a usted? ¿Y a qué se refiere cuando habla de las mansiones? ¿Qué significa decir que su morada posee muchas mansiones? ¿Qué morada? El cuerpo de usted constituye el templo. En ese cuerpo hay muchas mansiones, muchos templos. Pues el cuerpo ha vivido una y otra vez las experiencias de la tierra, y a veces son mansiones, a veces chozas, a veces hogares, y nuevamente se convierten en unos lugares donde no deseamos habitar. (3578-1)

La elección es el don máspreciado que nos ha dado Dios. El estudio y la aplicación son las palabras clave después de haber hecho nuestras elecciones, pero en primer lugar debemos reconocer qué es lo que debemos estudiar y cómo aplicarlo. Ello implica nuestros esquemas de creencias, ¿no es cierto? Podemos elegir creer lo que deseamos creer, del mismo modo que podemos elegir nuestras actitudes y emociones. Curiosamente, todas han sido implantadas y crecen cada vez más robustas mediante su utilización en nuestro inconsciente. Nos hacen sentir «soy realmente así», aunque en el pasado –y en el presente– tan sólo diseñaron la mansión que ocupamos. Y pueden ser transformadas. Todas desempeñan un papel a la hora de configurar lo que somos, bien acompañadas por una enfermedad o una salud abundante. Todas las elecciones que hemos hecho han formado nuestro cuerpo para convertirlo en el templo del Dios Viviente.

Pero las experiencias adquiridas en cada encarnación pueden conducir al individuo incluso más lejos en el camino que ha elegido, a condición de que las elecciones que hemos hecho estén destinadas a servir al prójimo y posean un valor infinito y creativo para la humanidad.

En ocasiones, las cualidades que desarrollamos en una existencia previa, como la persistencia, la paciencia (ambas de una naturaleza constructiva), e incluso la terquedad (en general destructiva) pueden beneficiarnos en esta vida. La clave reside en el curso que emprendamos. ¿Nos dirigimos hacia la luz o nos apartamos de ella? Ésta es una de las razones, a mi entender, de que Cayce aconsejara reiteradamente a quienes le consul-

taban que eligieran un ideal, espiritual, mental y físicamente. Es un requisito indispensable para cada alma que pretenda crecer.

¿Cómo elegir un ideal? Es como la estrella polar que brilla en el cielo, algo que observamos de vez en cuando para asegurarnos de que hemos comprendido la dirección adecuada. Podría empezar revisando sus creencias. Por ejemplo, ¿cree en Dios? ¿Elige cosas en su vida que son creativas y constructivas? ¿Desea albergar pensamientos útiles, amables y bondadosos? ¿Desea hacer cosas que son beneficiosas para los demás? Elegir un ideal implica todos esos aspectos de la vida. Una elección siempre nos conduce hacia la luz o hace que nos apartemos de ella, es usted quien debe elegir. Si somos realmente unos seres espirituales, debemos asumir como ideal un camino que nos conduzca a nuestro destino. Luego debemos evaluar continuamente nuestra vida física, mental y espiritual para comprobar si encaja con el ideal que hemos elegido. Mientras nos afanamos en hacerlo, nuestros ideales aparecerán cada vez con mayor claridad y más acorde con nuestra auténtica naturaleza que sabemos instintivamente que reside dentro de nuestro ser.

Edgar Cayce se refería a la reencarnación como el medio que utiliza el alma para avanzar y convertirse en una cocreadora junto con Dios. Tras establecer ese hecho, o al menos el punto de vista asumido en las lecturas, Cayce procedía a ofrecer unos consejos a los individuos que acudían a él en busca de ayuda. Una de las actitudes predominantes que adoptaba en sus disertaciones psíquicas era magnificar las virtudes y minimizar los defectos. Así, al comentar otras vidas anteriores, Cayce solía elegir las encarnaciones del consultante en las que hubiera desarrollado unas cualidades —a través de las actividades vitales del individuo— que beneficiaran a la humanidad, en vez de unos periodos en los que el alma hubiera perdido terreno. Cayce animaba siempre a la gente a avanzar hacia la luz, hacia una mayor fusión con las Fuerzas Creadoras.

En cierta ocasión en que Cayce ofreció una lectura referente a un niño de corta edad habló no sólo sobre sus vidas anteriores, sino que dio unos consejos sobre lo que debían hacer los padres para enseñar y ayudar al niño a convertirse en un hombre adulto, cumpliendo la promesa de aportar al mundo luz, amor y música.

Cayce describió dos de las anteriores encarnaciones del niño. En una había sido el músico encargado de la preparación e interpretación de la

música en los templos para acompañar los salmos que eran cantados, así como los Cantos de Salomón. Asimismo, participó con David en la planificación del templo en Jerusalén y posteriormente, cuando el templo estuvo construido, tuvo tratos con Salomón.

En otra encarnación anterior, en tiempos del Templo del Sacrificio y el Templo Hermoso, fue uno de los primeros en poner música a los cantos de diversos pueblos, contribuyendo a que aquéllos vinieran a formar parte de las actividades del Templo del Sacrificio, y de modo especial los cánticos utilizados en la curación de los que acudían al Templo Hermoso.

Cayce hizo algunas advertencias a los padres del niño, sin embargo, y les dio instrucciones sobre lo importante que es ayudar a otro individuo a emprender el camino que conduce al futuro basado en la promesa del pasado.

Así, hallamos de nuevo la música añadida a las facultades del sanador, a la capacidad de dirigir...

En primer lugar, lógicamente, la adolescencia tiene mucho que ver con las elecciones y la dirección que pueda tomar la entidad al dar expresión material a sus habilidades innatas y manifestadas conforme se desarrolla el cuerpo-mente.

La música, como se ha dicho con justicia, constituye la expresión capaz de salvar la distancia entre lo sublime y lo ridículo; es lo que atrae a las emociones físicas, espirituales y mentales de los individuos.

La dirección que emprenda la entidad dependerá en gran parte de si esas emociones se despiertan para gratificar unos deseos materiales, o si logran salvar ese ámbito entre lo material y lo sublime.

Ésa es la dirección en que deben encauzarse, a fin de que la entidad consiga completar los asuntos materiales que ha puesto en marcha en diversas ocasiones a través de las experiencias y estancias de la entidad en la tierra. (2584-1)

En cada uno de nosotros existen sin duda unas emociones, metas y propósitos que debemos despertar y llevar a término. Es difícil movernos a través de los primeros años de cualquier existencia y salir de ello con una imagen clara sobre la meta o las metas impuestas a nivel del alma antes de asumir el reto y nacer de unas personas capaces de ayudarnos. Pero es posible conseguirlo. Tan sólo se requiere entrega por parte de los padres y afán de lograrlo por parte de la entidad en cuestión.

Si damos crédito a las casi mil quinientas lecturas ofrecidas por Cayce,

debemos reconocer que ha existido –y quizá todavía exista– un individuo entre nosotros que ha realizado las elecciones que creía oportunas, y que se desplazó a través de esos años de la infancia y la adolescencia, y actualmente ha alcanzado la mitad de su vida. En tal caso no podemos por menos de preguntarnos: «¿Habrá utilizado la música a fin de salvar la distancia que existe entre lo sublime y lo ridículo?».

Con la mano en el corazón, ¿cómo responderíamos a esa pregunta aplicada a nosotros mismos? ¿Hemos emprendido el buen camino o el mal camino? ¿Dirigimos nuestra vida hacia la Luz, hacia la realización de esas actividades que no concluimos en nuestras vidas anteriores y que debemos completar para ayudar a otros? Son éstas unas preguntas que podemos y debemos formularnos.

No se trata sólo de explorar nuestra alma, sino que es un factor a tener muy presente cuando notemos que hemos enfermado. Nuestro pasado permanece vivo dentro de nosotros y podemos convertirlo en lo que deseamos en el presente, siempre y cuando ejerzamos nuestro poder de elección. Estudie el diagrama 6. Mientras prestamos atención a lo que ha acontecido en nuestra vida presente, quizás obtengamos –a través de una concienzuda y fructífera contemplación o meditación– cierta información del pasado que nos ayude en nuestro proceso de curación o bien a transformar nuestras vidas y contemplar con optimismo las maravillosas vistas que se abren ante nosotros.

A veces olvidamos que nuestra alma posee una naturaleza eterna. A veces no nos damos cuenta del profundo impacto que un hombre o una mujer pueden causar sobre el destino de la tierra y sus habitantes. Todos somos iguales y todos estamos destinados a llevar a cabo unas empresas más importantes de lo que imaginamos. Ha llegado el momento de comprender lo que somos y obrar en consecuencia. No desaprovechemos la oportunidad de expresar nuestra gratitud por la riqueza que nos ofrece la vida y que Edgar Cayce tuvo la sabiduría y generosidad de mostrarnos.

Comprender nuestra naturaleza espiritual

Durante toda mi vida he anhelado comprender los misterios de la vida espiritual, sentir la presencia de lo Divino. En ocasiones perdí contacto con ese anhelo, pero siempre regresaba, y, como el perro de los Baskerville, no cesaba de perseguirme, acosándome y exigiendo respuestas.

Después de cincuenta años de estudios y trabajos en el campo de la medicina, ese anhelo persiste, y a veces me causa problemas, sobre todo en lo que se refiere a la curación del cuerpo físico.

¿Por qué, pregunto al ser que anida en mi interior, padecemos unas dolencias en esta dimensión cuando somos unos seres espirituales, dotados de vida eterna y nuestro destino es la unión perfecta con el Padre? ¿Por qué no podemos simplemente pensar en la salud, y el cuerpo se cura al instante? A fin de cuentas, nuestra mente forma parte de nuestro cuerpo-alma, ¿no es así?

Sabemos que si la terapia ofrecida como tratamiento para el cuerpo es correcta, se produce la curación, y a menudo en cuestión de horas. He referido la siguiente anécdota en varias ocasiones, pero merece la pena repetirla. Un día nos trajeron a un niño que tenía mucha fiebre y aquel día había recorrido un largo trayecto en coche. Parecía sufrir una infección respiratoria, pero no disponíamos de medicamentos que dar a los padres. Éstos tenían un poco de Glicotimolina (un enjuague bucal común y corriente que Cayce recomendaba con frecuencia para alcalinizar el cuerpo). Utilizando tan sólo seis gotas disueltas en agua tres veces aquella tarde y

durante la noche, el niño amaneció al día siguiente perfectamente normal, y durante la semana siguiente no presentó síntomas de la dolencia.

Esto puede que no tenga mucho que ver con nuestra naturaleza espiritual, pero por otro lado quizá sí. ¿Y si yo hubiera tenido mucha fe en los resultados que iban a producirse? ¿Y si los padres también hubieran tenido fe? Los resultados pudieran haberse producido a través de la fe aplicada, una cualidad espiritual que se aloja en lo más profundo del alma. Sabemos que el pH del cuerpo había cambiado ligeramente, y sabemos también que el sistema inmunitario funciona con más normalidad cuando el pH se eleva un poco. Pero ¿es eso lo que Cayce llamaría un cambio vibratorio? ¿Es eso lo que uno necesita para curarse?

Un día se presentó en la clínica una mujer aquejada de una parálisis en el lado izquierdo del rostro. Era evidente que padecía la parálisis de Bell, una condición neurológica que ocurre con frecuencia cuando un lado del rostro ha permanecido expuesto al viento, como cuando conducimos con la ventanilla abierta. Le aplicamos el acuscope (un aparato eléctrico transcutáneo terapéutico) por espacio de unos treinta minutos, y la parálisis desapareció. Normalmente, a través de los métodos convencionales, la parálisis hubiera tardado quizá varias semanas en desaparecer, y a veces es permanente.

¿Podría ser esto la sintonización de la estructura atómica de la fuerza celular viva con su patrimonio espiritual, como hubiera dicho Cayce? ¿Qué nos revela eso sobre nuestra naturaleza espiritual?

Una mujer de sesenta y ocho años me escribió relatándome su experiencia con una lesión en ambos codos que se denomina «codo de tenista». La mujer creó su propio programa de tratamiento «vibratorio», consistente en remojar los codos en una solución muy caliente de sal de Epsom, masajear la zona dolorida con aceite de cacahuete y aplicar una compresa de aceite de cacahuete y cataplasmas calientes durante un par de horas. «Tras esos dos tratamientos –afirmó la mujer–, recuperé el uso de mis brazos en todos los aspectos.»

Nosotros debemos de ser vibratorios en nuestra forma espiritual y física, pues todas las sustancias que se hallan en la tierra se componen de átomos, y cada átomo posee una naturaleza vibratoria. Ello no se limita a la electricidad y sus efectos, sino que forma parte de cada terapia aplicada a un individuo, puesto que todas las medicinas, todos los fármacos, todas

las hierbas, así como todos los aparatos eléctricos, se componen de átomos, y por tanto son vibratorios.

Es posible que la naturaleza vibratoria de la electricidad –que Cayce dijo que no era Dios, sino la manifestación de Dios– nos permita comprender algo mejor nuestra naturaleza espiritual. En nuestro estado eterno (nuestro cuerpo-alma) debemos de ser una extraordinaria fuerza vibratoria, puesto que somos parecidos a Dios, creados a su imagen y semejanza. En el material legado por Cayce, Dios es denominado a veces Fuerza Creadora o Energía Creadora. Si es cierto que estamos creados a imagen y semejanza de Dios, debemos de ser también unas energías o fuerzas creadoras.

Así pues, ¿puede el «pensamiento» espiritual –la oración que uno ofrece o la fe que uno manifiesta– propiciar la curación? ¿Se trata realmente de una vibración? La evidencia referente a este tipo de hechos es muy frecuente en la literatura universal y en la experiencia de casi todos los individuos que habitan hoy en día la tierra. La curación por imposición de manos es también muy frecuente.

Hace dos mil años, Jesús tocó los ojos de dos ciegos y éstos recobraron la vista (Mateo 9, 29). Una mujer tocó la orla de Su túnica (Mateo 9, 20-22), y se curó de una hemorragia uterina crónica. El Señor pronunció una palabra, y la hija del jefe de la sinagoga –la cual estaba muerta– resucitó (Marcos 5, 35-43).

La creencia, la fe, la oración, la palabra, la imposición de manos, el aceite de cacahuete, las corrientes eléctricas, todo ello posee unas vibraciones curativas que, si se aceptan en la conciencia del cuerpo, procuran a éste un nuevo y mejor estado de salud.

En los esquemas de memoria de nuestra alma existen varios ejemplos como los citados más arriba, que han ocurrido en alguna de nuestras encarnaciones. Forman parte de la naturaleza de la propia alma, y debemos reconocerlo y reivindicar esa parte de nuestro patrimonio, el cual nos fue dado al principio.

A menudo las pequeñas dolencias nos permiten comprender las causas de enfermedades más graves. Las verrugas constituyen un problema serio para quienes las descubren en ciertas partes de su piel. En varias lecturas, Edgar Cayce abordó el tema de las verrugas y ofreció varias sugerencias. Su premisa básica, sin embargo, era que las verrugas

aparecían debido a un trastorno en los esquemas eléctricos o electromagnéticos del cuerpo, generalmente en la infancia. Viene a ser –si he entendido bien sus comentarios– como si los esquemas eléctricos de un cuerpo se alteraran un poco, quizá debido a una forma de pensamiento procedente del inconsciente, de una perturbación en el ambiente o lo que sea, con el resultado de la aparición de un extraño bulto, por lo general situado hacia la punta de las extremidades, que llamamos verruga.

El mismo Cayce, a nivel consciente, con frecuencia conseguía eliminar las verrugas de la gente simplemente tocándolas con el dedo. Por otra parte, ofreció unas sugerencias bastante insólitas para hacer que desaparecieran esos incómodos bultos.

Hace muchos años, un médico inglés escribió un artículo en una publicación médica describiendo la forma en que «compraba» las verrugas de sus pacientes pediátricos a seis peniques cada una. Sostenía la moneda en la mano del niño y decía: «¿Sabes que si aceptas este dinero la verruga pasará a ser mía?». Los niños asentían con vehemencia, cogían el dinero y, al cabo de tres días, tras seguir las instrucciones del doctor, las verrugas desaparecían.

Gordon Sauer, profesor de dermatología en la Universidad de La Facultad Médica de Kansas, recomendó otro método para eliminar las verrugas más acorde con los conceptos de Cayce: «Es preciso aplicar una gota o dos de aceite de ricino sobre la verruga y cubrirla con una tirita. Advierta al paciente que no se quite la tirita en veinticuatro horas y que vuelva a aplicarse aceite y una tirita a diario, hasta que la verruga haya desaparecido... El paciente debe seguir este tratamiento durante ocho semanas, o hasta que la verruga haya desaparecido».

La cuestión que se plantea aquí es, ¿por qué aparece una verruga? Si Cayce estaba en lo cierto, se trata de una alteración de una naturaleza eléctrica en la sustancia de la piel. Pues bien, suponiendo que sea así, y suponiendo también que la recomendación pueda ayudar al paciente a eliminar él mismo la verruga, seguimos queriendo averiguar cómo provocó el paciente ese trastorno. La respuesta no es sencilla, desde luego, pero es posible que algún elemento en este esquema eléctrico-neurológico-pensamiento provocara la alteración. Y el dedo del sanador hizo que se esfumara. Probablemente, otros tipos de tratamiento tendrían el mis-

mo resultado que el aceite de ricino. Cada vez sabemos más sobre la utilización de la electricidad en la curación del cuerpo, pero quedan aún muchos misterios que descifrar respecto a la forma en que el cuerpo es capaz de regenerarse o recibir esos impulsos curativos.

Seguimos queriendo averiguar, sin embargo, qué es lo que causa las enfermedades. En el caso del niño, por ejemplo, ¿creó éste un patrón de respuesta debido al uso reiterado de una actitud o sentimiento que provocó una ligerísima alteración en la electricidad y la conciencia de la piel? ¿Ocurrió en esta encarnación o en el pasado remoto? ¿O fue un trastorno que se produjo mientras el niño permanecía en el útero materno?

Una de mis pacientes me confesó que su problema eran sus padres. La habían maltratado, le habían causado mucho daño emocionalmente, y ella no podía por menos de odiarlos. Sus problemas físicos probablemente residían en las glándulas suprarrenales y en las emociones derivadas de esos puntos de la conciencia, el lugar donde se habían asentado sus alergias y su hipoglucemia. Mi paciente había asumido la típica actitud de «yo no hice que enfermara. ¡No es culpa mía!».

Le recordé algo que le había dicho anteriormente, que Edgar Cayce había comentado que con frecuencia otras personas actúan como títeres en nuestra vida, como actores que representan una función para nosotros. En realidad, la función se desarrolla dentro de nuestro ser, nuestra mente consciente e inconsciente, nuestros recuerdos, y en los sentimientos y los pensamientos que hemos creado en esta vida y en otras anteriores. La repetición de una respuesta o reacción puede crear en nuestra mente unas formas de pensamiento muy resistentes, los títeres a los que se refería Cayce. Los cuales forman parte de nuestro ser y debemos comprenderlos, perdonarlos y amarlos.

Le recordé que las personas a quienes criticamos o detestamos son como espejos, mostrando partes de nosotros mismos, para darnos la oportunidad de comprender y perdonar.

A mi paciente no le convenció la idea. Es difícil realizar un cambio de actitud tan dramático como éste, ver a los demás desempeñando unos papeles en el teatro de nuestra vida, ya sea como títeres, como espejos o como unos actores en el escenario, como unas partes de nosotros mismos, y luego tratar de comprender y amar esas partes. En tal caso, a fin de perdonar a la otra persona, resulta muy útil recordar que aquello que es-

tamos perdonando realmente es una parte de nosotros mismos que no se halla a la altura de nuestro ideal, tal como nosotros lo concebimos.

En otra ocasión, Cayce incluyó la causa y el remedio en una parte de su lectura. Al referirse a la vida y a su actividad en el cuerpo humano, dijo:

La vida es divina, y cada átomo en el cuerpo que queda separado de los otros debido a una enfermedad, la desconfianza o una lesión, sólo precisa que se despierte su necesidad de coordinación y cooperación con las otras partes divinas del cuerpo, CUMPLIR el propósito para el que el cuerpo, el alma, fueron creados. (1173-7)

Mi paciente, que odiaba a sus padres, comprendió que podía contemplar la situación desde otro punto de vista —que podía llegar a perdonar a sus padres— y que ello tal vez generara la curación del cuerpo. Pues las glándulas endocrinas y la fisiología del cuerpo pueden iniciar el proceso de curación. Mantener una mente abierta es el primer paso para adquirir no sólo la tolerancia necesaria, sino la sabiduría que proviene de la aplicación de esa tolerancia.

El hallar la fuente de una dificultad física, en un período anterior de su vida en el que las relaciones eran problemáticas, ayudó a mi paciente a aplicar el remedio, aunque en un principio no sabía que las cosas sucederían de ese modo. Mi paciente se dio cuenta de que la forma en que había sido tratada por sus padres en esta existencia reflejaba la forma en que ella había diseñado su propia vida en relación con otras personas en anteriores encarnaciones.

Es muy importante hallar las causas básicas de nuestros problemas, y al emprender esa búsqueda, descubriremos que la mayoría de esos comienzos residen en el ámbito de las relaciones rotas. Las enfermedades y la depresión de mi paciente, que ella atribuía a sus padres, habían sido realmente inducidas por ella misma, de modo que empezó a comprender que en situaciones como las que había experimentado con sus padres, necesitaba aprender a amar y crear una armonía, en lugar de discordia. Una lección vital, aprendida por unos métodos duros.

Hace más de un cuarto de siglo tuve mi primera experiencia con el universo de los ángeles, aunque en aquella época no vi a los seres angélicos. Estaba convencido, sin embargo, de que lo que ocurría tenía que ser algo que no se halla en una dimensión normal. Conducía mi viejo Porsche

desde Monterey Peninsula a Phoenix. Corría el año 1971. No había límite de velocidad en la carretera que cruzaba el desierto de California, y yo me aproveché de ello, pues tenía prisa por completar aquel día el viaje de 900 kilómetros. Mi coche había sido revisado a fondo antes de partir para California, pero no me di cuenta de que el mecánico no había comprobado los neumáticos. En aquellos días los neumáticos tenían cámara.

El viaje a través del desierto a finales de julio era incómodo debido al calor; las temperaturas oscilaban entre los 40 °C y 46 °C. El viaje discurrió sin novedad (aunque con un calor sofocante) hasta que llegamos a Wickenburg, a unos 80 kilómetros de casa. Al atravesar la población circulábamos a unos 40 o 50 kilómetros por hora. Llegamos a la parte este de la ciudad cuando de pronto estalló un neumático.

Aparqué junto a la acera y quité la rueda. Fue entonces cuando creí que existían los ángeles. El dibujo del neumático había desaparecido por completo –debido al desgaste– y en siete puntos de la circunferencia del mismo había unos orificios a través de los cuales pude ver la cámara. Los orificios tenían un diámetro de unos 3 centímetros. En aquellos momentos imaginé a siete ángeles tapando con la mano cada uno de esos orificios mientras nuestro coche circulaba a 130 kilómetros por hora a través de la calurosa carretera del desierto.

Ahora tampoco veo ángeles. Pero mis amigos me han contado sus experiencias. Una amiga se hallaba un día en el jardín trasero de su casa. Acababa de cortar la hierba y trataba de meter una bolsa de plástico llena de hierba dentro del contenedor de basura. Pero por más que lo intentó, la bolsa pesaba mucho y al final recurrió al método que siempre utilizaba. Alzó la vista al cielo y gritó con los ojos llenos de lágrimas: «¡Dios, necesito ayuda! ¡Por favor, envía a alguien que me ayude a levantar esta bolsa!». No bien hubo abierto los ojos oyó una voz que le preguntaba: «¿Puedo ayudarla, señora?». Mi amiga se volvió y vio a un hombre de pie junto a ella. Mi amiga sabía que la puerta de la verja estaba cerrada y que no había nadie en la casa, lo sabía, pero no lo dudó un instante. Mostró al desconocido lo que estaba tratando de hacer. El hombre levantó la bolsa sin esfuerzo y colocó el contenedor de basura junto a la verja. Cuando mi amiga se volvió para darle las gracias, comprobó que había desaparecido. Entró apresuradamente en la casa, pero allí tampoco había nadie. El desconocido se ha-

bía esfumado. Luego, salió corriendo al camino de acceso a la casa, pero no vio a un alma. No era la primera vez que mi amiga veía a un ángel, pero normalmente la pillan por sorpresa, como en aquella ocasión.

En cualquier caso es preferible que analice este tema en otro momento. Actualmente existen docenas de libros, programas de televisión y artículos publicados en revistas que abordan un aspecto u otro del tema de los ángeles.

La magia de nuestro ser no acaba, sin embargo, con los ángeles. Edgar Cayce habló sobre unas Fuentes Universales de información. Cayce era capaz de trascender su mente consciente para alcanzar la fuente de toda información y dárnosla a conocer a través de la palabra. Conscientemente no recordaba lo que había dicho. Y evidentemente relataba hechos y experiencias en los que él no había participado, ni en esta ni en otras vidas anteriores. De modo que Cayce no sólo era capaz de trascender su mente consciente para explorar su inconsciente, según hemos visto.

Un día alguien le pregunto qué era esa fuente de información, y Cayce respondió sencillamente: «las Fuentes Universales». Conviene tener en cuenta, sin embargo, que la razón de que él fuera capaz de realizar ese trabajo residía en su entrega a Dios, a quien deseaba servir; sus experiencias pasadas, en las que había experimentado serios problemas, le daban la fuerza y la facultad de abandonar su cuerpo y penetrar con una parte de su mente en una dimensión mucho más extensa que la dimensión que habitamos. Una vez allí, Cayce poseía la capacidad de recabar información.

Su capacidad de realizar este trabajo obedecía también a su deseo de someter su cuerpo para que éste fuera utilizado por otros, a fin de servir a sus semejantes. Y creo poder afirmar que su habilidad de ofrecer estas lecturas se debía también a su obediencia de ciertas leyes universales, las cuales insisten en la aplicación del amor en sus múltiples facetas.

La promesa, en general reconocida por todos nosotros, consiste en que —si obedecemos esas mismas leyes y cumplimos las sesiones de aprendizaje que hallamos en nuestras encarnaciones de servicio a Dios— nosotros también podríamos ofrecer estas lecturas, si así quisiéramos hacerlo, o penetrar de otra forma en las Fuentes Universales de conocimiento y sabiduría. No se trata de algo que está más allá de nuestro alcance. Por supuesto, debemos preguntarnos por qué deseamos hacerlo, y también si es importante que lo hagamos. Asimismo, debemos preguntarnos qué hare-

mos con esa información una vez que la hayamos obtenido. Cayce no sólo indicó que esto era posible, sino que Jesús dijo a sus discípulos esencialmente lo mismo, aunque lo que dijo era más amplio y profundo que eso. Jesús dijo: «En verdad os digo que el que crea en mí hará lo que yo hago; y hará cosas aún más grandes porque voy a reunirme con el Padre». Y luego añadió una promesa: «Todo lo que pidáis en mi nombre os será concedido...» (Juan 14, 12-13).

Podríamos examinar esas posibilidades como si, en estos momentos, nos fuera dado penetrar en una dimensión intemporal y experimentar un poco de esa magia que se halla en nuestro ser. Quizá, para la mayoría de nosotros, sería preferible posponer este momento hasta el futuro, cuando hayamos logrado perfeccionar varios aspectos de nuestro ser. Pero la promesa está ahí, y haríamos bien en aprovecharnos de ella y dejar que nos impulse hacia el futuro.

Sabemos que nuestra capacidad de explorar estas dimensiones desconocidas de la mente no garantiza que consigamos completar nuestra búsqueda de la curación. Ésta es otra cuestión muy distinta. Pues debemos tener presente que la enfermedad no concierne sólo al cuerpo, sino a la mente y al espíritu. Pese a esta complejidad, merece la pena que todos nos afanemos en emprender esa búsqueda.

Fe y enfermedad

Debemos afrontar las influencias kármicas, pero Él ha dispuesto la forma de tomarlas sobre Sí, y al creer en Él, Él le mostrará el medio de afrontar los obstáculos o las condiciones que le perturben en cualquier fase de su experiencia. Las fuerzas kármicas existen: lo que debe afrontarse debe afrontarse. Si las afrontamos a través de Él, el Hacedor, el Creador de todo cuanto existe y se manifiesta, tal como Él ha prometido, no las afrontaremos a ciegas, sino mediante las obras y los pensamientos y actos del cuerpo, a fin de poder afrontar las condiciones día a día a través de Él...

Todas aquellas deudas kármicas de otras estancias y experiencias que penetren en el presente pueden ser saldadas en éste. «Señor, hágase tu voluntad. Utilízame según desees a fin de que pueda reunirme contigo y formar parte de Ti.» (442-3)

El destino del alma es verse separada de su Creador para tomar contacto con Él en sus intentos de propiciar la curación del cuerpo. Así, la oración y la meditación han sido utilizadas a lo largo de los siglos, desde que el hombre vino a ocupar su lugar en este planeta. No sería lógico que alguien rece a menos que crea que alguien le está escuchando. La fe, por tanto, forma parte del ser de todo individuo, pues a ese nivel, el alma que se ha alejado de la faz de Dios conoce la naturaleza del amor que le aguarda, y ansía conocer la riqueza y la profundidad de ese amor. Es la falta de una fe consciente y la ignorancia de que existe una relación entre Dios y los seres humanos lo que provoca enfermedad. Asimismo, el desarrollo de

la fe consciente —el cuidado de la misma— a través de su utilización, la oración y la meditación, conduce a la auténtica curación de nuestras enfermedades.

Un día recibí carta de uno de mis pacientes que vivía fuera de la ciudad, el cual había vivido una experiencia semejante que viene a demostrar que la salud puede recuperarse casi instantáneamente:

«Le ruego disculpe esta tardía felicitación, pero dos semanas antes de Navidad tuve que ser trasladado urgentemente al hospital aquejado de un grave ataque de asma. Fue una experiencia angustiosa salir de la oficina a primeras horas de la tarde con un leve resfriado y tener que llamar a urgencias por la noche, con serias dudas de ver amanecer el día siguiente. Pero eso es lo que sucedió, y desde entonces me hallo en un estado de profunda perplejidad.

»Muchas personas me demostraron su cariño y preocupación por mí. Sus numerosos y variados gestos de afecto me demostraron que estaba presente en sus corazones y en sus rezos.

»No estoy seguro de en qué consisten exactamente las oraciones, pero he tenido mucho tiempo para pensar en ello. Quizá cuando piensas en alguien que quieres, siquiera por un instante, y reconoces que existe un amor y un poder más grande que tú mismo, capaz de acudir en nuestro auxilio..., quizá ésa sea una oración auténtica y válida. Pienso que los seres humanos somos una especie de transformadores eléctricos dotados de la capacidad (mejor dicho, el privilegio) de recibir el Amor de Dios y dirigirlo hacia donde creemos que puede resultar más beneficioso.

»Pues bien, al margen de cómo funcionen las oraciones, las que la gente pronunció en mi favor debieron de surtir efecto, porque conseguí superar el trance y me siento auténticamente bendecido.»

Ese hombre me confesó que la fe era muy importante en su vida, y sabe que las oraciones que la gente pronunció para que se restableciera propiciaron la curación que experimentó.

¿Cómo podríamos tener una mayor conciencia de esas facultades que llevamos en nuestro interior, y hacer que nuestra relación con Dios sea más real en nuestras vidas? Existe una cita del *Library Series Book #23*, página 308 (A.R.E. Press) que repite, de distinta forma, lo que hemos comentado anteriormente en este libro. Pero es muy importante y conviene resaltarlo.

Esto es lo que dijo Cayce:

Ya hemos comentado la forma en que el alma es consciente de su contacto con lo universal-cósmico-Dios-Fuerza Creadora en esta experiencia; alimentándose de la comida, los frutos, los resultados del Espíritu, de Dios, de la Vida, de la Realidad: amor, esperanza, bondad, amor fraternal, paciencia.

Estas cualidades hacen que el alma sea consciente de su relación con la Fuerza Creadora que se manifiesta en sí misma, en el ego, en el YO SOY de cada alma, y de YO SOY LO QUE SOY.

Así, esta entidad, el alma de esta entidad, debe tomar conciencia –meditando sobre esas percepciones, esas verdades que constituyen unos ejemplos, en cuanto testigos en la tierra y sus aledaños– de aquello que magnifica al Espíritu en la tierra, de la primera manifestación del hombre invocando a Dios y a sus ángeles sagrados...
(378-14)

Desarrollamos una conciencia de las Fuerzas Creadoras incluso aunque no lo comprendamos del todo. Si somos bondadosos y amables con los demás, si nos mostramos pacientes con el conductor de otro coche que trata de llegar puntualmente a su trabajo, esa conciencia crece. Y se convierte, paulatinamente, en una fuerza curativa. Esas cualidades se hallan tan interrelacionadas con la fe y la salud que nos resulta difícil creerlo. Por consiguiente enfermamos, a fin de que aprendamos de una vez por todas a tener fe, a creer, a comprender que existe la curación total.

Al comienzo de mi carrera como médico, evitaba tener que ocuparme de las personas aquejadas de artritis, pues sabía que pasaría mucho tiempo antes de que yo viera unos resultados razonablemente esperanzadores. Era impaciente, y quería ver los resultados de inmediato.

Cuando empecé a contemplar el cuerpo de modo distinto, vi las posibilidades de ayudar a quienes padecían artritis, pues había comenzado a comprender que el problema principal no es la articulación inflamada y dolorida, sino un bloqueo de los conductos de eliminación. La artritis es una dolencia causada por un funcionamiento defectuoso de los órganos que se encargan de eliminar los desechos del cuerpo. Y mientras ayudaba a aquellos que padecían este problema, aprendí a ser más paciente. El tiempo y la experiencia son unos excelentes maestros.

Sea cual fuere el problema, sin embargo –ya se trate de artritis o de un simple resfriado–, se requiere cierto tiempo para ayudar al cuerpo a reco-

brar su equilibrio, para restituirle la salud de que gozaba antes de enfermar. Incluso cuando se produce una sanación de una naturaleza espiritual –y muchas de ellas parecen ser instantáneas– es preciso que se verifique un cambio, y que pase cierto tiempo.

En *Guideposts* (mayo de 1982, página 342) se publicó una historia sobre una mujer joven que padecía esclerosis múltiple. Estaba confinada en una silla de ruedas, utilizaba continuamente oxígeno, estaba muy débil y sus médicos le habían pintado un panorama bastante negro. La joven amaba su Iglesia y le entristeció tener que abandonar, debido a su enfermedad, la labor que realizaba en ella. Un día alguien sugirió que podía trabajar en casa. Podía rezar por las personas que necesitaran su ayuda. La joven se mostró entusiasmada ante esta posibilidad, y siguió el consejo.

Un día, después de que la joven llevara dos años encerrada en su casa, recibió la visita de dos amigas. Mientras charlaban, la joven oyó de pronto otra voz que le dijo: «¡Levántate y anda!». Enseguida comprendió que era la voz de Dios. Llamó a sus padres y acto seguido se puso en pie y echó a andar. Había recobrado la normalidad en todos los aspectos.

Incluso este acontecimiento, dada su validez, tardó algún tiempo en verificarse, aunque ese espacio de tiempo debió de constituir simples momentos tal como medimos el tiempo en la tierra. Piense en los cambios que su fisiología y la estructura de su cuerpo debieron de experimentar. Es una historia asombrosa, pero los cambios fueron aún más asombrosos. Sus piernas, por ejemplo, se habían quedado muy delgadas por no utilizarlas. De pronto aparecían bien formadas, como antes de que la joven cayera enferma. Su madre le examinó las piernas inmediatamente, y la evidencia estaba ante sus ojos. Aquella noche, asistieron a una reunión en la iglesia y el sacerdote se mostró asombrado y feliz de lo que le había ocurrido a esa hermosa joven. Esta historia nos coloca a la mayoría de nosotros en un dilema, pues nos sentimos inclinados a ponerla en duda. Sin embargo, la curación se produjo. Si participó en ella lo Divino, ¿quién puede negar las posibilidades que existen? Si Dios existe, ello significa que somos unos cuerpos físicos/dotados de energía/espirituales y vivimos por la gracia de Dios. En la puerta de nuestro despacho tenemos un pequeño cartel. En él se ve a un hombre bajito, corpulento, riendo a mandíbula batiente, y sobre él está escrita la siguiente pregunta: «¿Qué

Dios no puede hacer qué?». La fe, por tanto, nos conduce a muchas cosas maravillosas.

La mayoría de las personas con las cuales he hablado del tema del pecado se resisten a la idea. Quizás ello se deba a que la gente cree que sólo han hecho cosas que estaban bien, o medianamente bien, y el pecado conlleva la idea de la condenación o exclusión de la gracia de Dios, o bien alegan algo por el estilo, como por ejemplo que no sabían lo que hacían.

Algunos eruditos que han consagrado su vida a analizar las escrituras de la religión cristiana interpretan el pecado como verse abrumado por el nacimiento de Jesús, quien, en años sucesivos, vivió lo que ha sido descrito como una vida de amor sin mácula, y se convirtió en Cristo. No todos los eruditos, por supuesto, sostienen la misma opinión. Con esto no pretendo polemizar sobre sus trabajos de investigación ni sobre sus opiniones.

Cayce se muestra de acuerdo con los expertos, pero profundiza un poco más en el tema. En sus lecturas, los pecados cometidos en existencias anteriores son interpretados como karma, la ley de causa y efecto. A uno de sus consultantes, Cayce señaló que dado que Jesús constituye el modelo que debemos seguir a fin de cumplir nuestros propósitos en la vida, conviene tener presente que podemos superar cualquier deuda kármica simplemente amando a nuestro prójimo. Esencialmente, Cayce afirma que todos los pecados pueden «ser eliminados» o desaparecer, o ser perdonados, si seguimos el ejemplo de Él.

No obstante, es necesario que abordemos la idea del pecado en este libro, puesto que mi propósito es trabajar con los conceptos de la enfermedad y la curación que contienen las lecturas de Cayce, e interpretarlos tal como aparecen en combinación con la práctica de la medicina, o, dicho de otro modo, con cualquier profesión destinada a sanar.

Quizá la frase de las lecturas de Cayce que más impacto tuvo sobre mi forma de pensar es la que asegura que la enfermedad es un pecado que yace a nuestra puerta. Pero las lecturas de Cayce tenían mucho que decir sobre la definición del pecado, y por tanto me fueron muy útiles para rechazar mentalmente el carácter negativo de la palabra que el Webster define como una «transgresión de la ley de Dios».

Por ejemplo, yo llegué a comprender mejor la ley de Dios, que Dios es

amor, y por tanto, simplemente, si en algún momento dejamos de amar a nuestro prójimo, en el cual habita el espíritu de Dios, «pecamos». Dicho de otro modo, desperdiciamos la oportunidad de imitar el modelo. No conseguimos nuestro objetivo; no alcanzamos a dar en la diana; nos apartamos del sendero que hemos tratado de seguir; nos dirigimos hacia las tinieblas y nos apartamos de la luz.

Existen muchas formas de comprender que hemos pecado sin creer que nuestro destino consistente en formar parte de Dios se ha perdido, puesto que la misma esencia de Dios es amor y perdón. En el caso de la mujer que odiaba a sus padres por lo que le habían hecho, el perdón era una clave del proceso de curación. El perdón forma parte de la definición del amor. Dios siempre nos perdona, por gravemente que creamos haberle ofendido. Pero yo me consuelo en las ocasiones en que no logro perdonar, y trato de ayudar a quienes se hallan en mi misma circunstancia, pensando que el poder de Dios de perdonar es infinitamente mayor que el mío. De modo que acepto su perdón, y al mismo tiempo he comprobado que a menudo produce un cambio positivo en el cuerpo físico.

Quizá la historia más definitiva que contiene la Biblia relacionando el perdón de los pecados con la curación del cuerpo se halla en Lucas 5, 17-26. «Un día estaba impartiendo sus enseñanzas, y los fariseos y profesores de leyes se hallaban sentados en derredor de Él. Habían acudido gentes de todas las aldeas de Galilea, Judea y Jerusalén, y el poder del Señor le acompañaba para curar a los enfermos. Algunos hombres aparecieron transportando a un parálítico tendido en una cama. Trataron de acercarse y depositarlo ante Jesús, pero al no lograr abrirse camino entre la multitud, se encaramaron a un tejado e hicieron que el parálítico se deslizara sobre las tejas, junto con la cama, hasta caer en medio de la muchedumbre, delante de Jesús. Cuando Jesús vio su fe, dijo: «Hombre, tus pecados te son perdonados».

»Los letrados y los fariseos empezaron a preguntarse: «¿Quién es ese individuo que blasfema de ese modo?». «¿Quién, aparte de Dios, es capaz de perdonar los pecados?» Pero Jesús sabía lo que estaban pensando y les contestó: «¿Por qué alimentáis tales pensamientos? ¿Acaso es más sencillo decir 'tus pecados te son perdonados' o 'levántate y anda'? Pero para convenceros de que el Hijo del Hombre tiene el derecho en la tierra de per-

donar los pecados –Jesús se volvió hacia el paralítico– te digo, levántate, coge tu cama y regresa a casa”. Y el paralítico se levantó inmediatamente ante los ojos de la multitud, cogió la cama sobre la que había permanecido tendido y regresó a casa alabando al Señor. Todos se quedaron atónitos y alabaron al Señor; admirados, dijeron: “En verdad hoy hemos presenciado unos hechos asombrosos”.»

¿Qué diferencia hay entre creer que los amorosos cuidados de un Dios generoso son capaces de curar nuestro cuerpo y creer que es capaz de perdonar nuestros pecados? En cualquier caso, ¿no significaría eso que nos habíamos alejado de las tinieblas para dirigirnos hacia la luz? ¿O que habíamos regresado de coger margaritas para ocupar de nuevo nuestro lugar en el sendero que nos conduce a nuestro objetivo, a una unión más perfecta con Dios? Debemos estudiar más detenidamente la situación.

Por ejemplo, si uno albergara una profunda rabia y rencor contra quienes no estaban de acuerdo con él y en vidas anteriores le habían encarcelado reiteradas veces, o incluso le habían torturado, ello residiría en su inconsciente en su actual encarnación como una respuesta habitual. Ese individuo actualmente sería muy severo en sus juicios sobre otras personas y en sus relaciones. Esto, según Cayce, sería un «pecado», puesto que el individuo no estaría practicando el perdón.

Una curación de esta forma de pensar, independientemente de cómo se produjera, seguramente detendría el avance de una grave hipertensión en el individuo que experimentara un alivio de ese tipo de sentimientos en lo más profundo de su inconsciente. Y podríamos decir: «Tus pecados te son perdonados –aunque ello ha ocurrido gracias a tu aceptación de este concepto– y tu tensión arterial ha disminuido. Te has curado físicamente».

Cayce dijo a un hombre que tuviera presente que era sólo el enfrentamiento con una parte de su ser lo que le causaba angustia y todo tipo de problemas. Y añadió que la parte de su ser a la que se enfrentaba era la parte que se negaba a observar en su integridad la ley que dice: «Amarás a Dios con toda tu mente, tu cuerpo, tu alma, y a tu prójimo –tu hermano, tu amigo, tu enemigo– como a ti mismo» (4047-2). Pero luego dijo al hombre que sus estancias en la tierra le darían oportunidad de conocerse a sí mismo. «Pues el propósito de cada alma es convertirse en cocreadora con Dios.»

Cayce parece indicar que cuando un individuo se opone a la ley Divina, aparece el pecado, y la discordia creada en el cuerpo crea más pronto o más tarde dolencias y enfermedades. Una actitud combativa produce ese efecto. Y también la rebeldía lo causa. Pero todos podemos cambiar, aunque es preciso saber cómo conseguirlo.

Al ofrecer unas lecturas referentes a la Búsqueda de Dios a unos grupos de estudio –que se formaron a principios de los años treinta– Cayce explicó a los participantes que el sufrimiento, tal como podían experimentar en una enfermedad, constituía un acto de misericordia, de justicia, para el alma. *«Pues esas cosas que pertenecen a la carne y a la tierra no pueden heredar la vida eterna. Por tanto, la vida se modifica, la vida cambia en las experiencias de los individuos a través de sus estancias en la tierra, y aprenden su lección.»* El remedio, según parece, consiste en aprender que *«Dios es misericordioso, es amor, es justicia, es paciencia, es tolerancia, es amor fraternal; pues estas cualidades constituyen la ley, no forman parte de la ley, sino que son la ley. Y la ley es amor y la ley es Dios»* (262-100).

La curación del cuerpo humano significa que uno conoce la causa de la enfermedad que aflige el cuerpo y de la que el cuerpo debe curarse. Las percepciones de Cayce respecto a la naturaleza del cuerpo ponen de relieve una etiología que concuerda (tal como hemos visto) con lo expuesto en la Biblia. Tanto en las lecturas como en el Nuevo y en el Antiguo Testamento, la enfermedad es en realidad una dolencia del alma y está causada por lo que ha venido a denominarse pecado. Al igual que en la siguiente lectura, Cayce ofrece a menudo la causa y el remedio en unas pocas palabras:

Pues el único pecado de la humanidad es el EGOÍSMO.

P-8. ¿Cómo podemos corregirlo?

R-8. Tal como se ha dicho; mostrando misericordia, mostrando simpatía, paz, tolerancia y amor fraternal, mostrando amabilidad, incluso en las circunstancias más difíciles.

¿De qué sirve que uno se ame SÓLO a sí mismo? Aportar esperanza, aportar alegría, aportar felicidad, aportar una sonrisa de nuevo a aquellos cuyos rostros y corazones están bañados en lágrimas y en tristeza, es hacer que el amor divino RESPLANDEZCA –¡RESPLANDEZCA!– en su propia alma. (987-4)

Otro comentario de esa lectura señala que

... la vida de un alma consiste en la manifestación de la gloria del Padre, a través del Hijo, en este plano material. Pues lo contrario crea egoísmo, la base de todos los pecados en la tierra. (518-1)

En la A.R.E. Clinic, y estoy seguro de que en las consultas de todos los médicos del mundo, se lleva a cabo un esfuerzo constante y sincero para ayudar a los pacientes aplicando esos frutos del espíritu en un ambiente propicio a la sanación. Si el único pecado es el egoísmo, y si el egoísmo provoca enfermedades, a la larga, las enfermedades del alma de quienes aspiran a alcanzar la salud no pueden remediarse adecuadamente sin brindar una sonrisa que brote del corazón, un gesto amable, la ausencia de críticas y juicios, la esperanza de que puedan generarse en el cuerpo del paciente mediante la aplicación de la misericordia, el amor fraternal y la tolerancia. Éstos son los auténticos elementos de curación, los cuales pueden ser aplicados por cualquiera. Si se hallan ausentes en la consulta de un médico o terapeuta, no podemos ofrecer lo mejor de nosotros mismos. Y si el paciente se niega a aceptarlos o se niega a manifestar esos frutos del Espíritu, con frecuencia transcurre el tiempo sin que se produzca la ansiada curación.

Así pues, cabe preguntarse: ¿existe una relación directa entre el pecado y la enfermedad? Jesús sabía que existía, que esencialmente el pecado y la enfermedad son la misma cosa. Por tanto, curar o perdonar unos pecados era realizar el mismo acto. Según el esquema Divino, pecamos cuando no prestamos suficiente atención a la ley de Dios. Dios nos creó a su imagen y semejanza y desea que seamos unos cocreadores con Él, que formemos parte de Él. De modo que ha ideado un plan de reserva, por decirlo así, aunque significa aplicar un término terrenal al pensamiento Divino. El deseo de Dios es que todos los habitantes del planeta hallen el camino de regreso a casa, de regreso a Él.

El plan de reserva se denomina karma, pero ¿cómo encaja en el panorama de la curación? El poder del inconsciente y los centros emocionales y la forma en que los recuerdos son almacenados allí y en los mismos tejidos del cuerpo ofrecen una interesante situación. Las relaciones de las vidas anteriores permanecen con nosotros hasta que sustituimos los hábitos que han provocado trastornos en nuestra vida presente por nuevos esquemas de hábitos. Y debemos tener presente que lo que crea

hábitos es la repetición de un acto. Por tanto, debemos repetir ese acto una y otra vez hasta que, como quien aprende a escribir a máquina o con un ordenador, el cuerpo y la conciencia del cuerpo han aprendido la lección.

Cuando afrontamos determinadas condiciones en el mundo físico, simplemente experimentamos lo que hemos creado. Yo tenía un paciente que padecía un intenso dolor de garganta, el cual había atravesado en coche medio país sin pegar ojo. Estaba preocupado por su hermana, apenas había comido durante el viaje y tenía la laringe muy inflamada, sin duda debido a esas influencias que siempre resultan nocivas para el cuerpo. Estaba agotado, lógicamente, y su sistema inmunitario sufría. Estaba afrontando en la tierra lo que él mismo había creado. Había hecho caso omiso de las reglas de salud que exige el cuerpo humano, y por consiguiente había enfermado. A través de aquella experiencia aprendió algo acerca de las leyes del cuerpo. Tal vez no mucho, pero algo es algo.

El karma es muy distinto. Se centra principalmente en las leyes eternas, espirituales, no en las leyes de la tierra. A veces nos encontramos en una enfermedad física porque en el pasado no fuimos capaces de vivir según las leyes del espíritu con las que habíamos entrado en contacto y aceptado. Cayce dijo:

El karma, por tanto, es aquello que en el pasado hemos ido acumulando como una INDIFERENCIA ante lo que SABEMOS que es justo. Tentamos a la suerte, por decirlo así: «mañana lo haré mejor», «esto es lo que hoy me conviene», «mañana me esforzaré más». Eso es lo que significa el karma, remediar esa situación. (257-78)

Podemos evitar un mal karma mostrándonos dispuestos a aprender la lección de la que anteriormente hicimos caso omiso. Pues el karma no es sino otro medio de aprender. Siendo paciente, permaneciendo tranquilo y en silencio, escuchando, uno puede hallar el camino hacia la luz que algunos llaman gracia.

La idea de la rueda del karma procede de las religiones orientales, donde se considera que el encontrarnos a nosotros mismos dentro de la ley de causa y efecto es como una rueda que sigue girando sin cesar. Es cierto que nos encontramos a nosotros mismos en repetidas y diversas dificulta-

des. En realidad no creo que nos divierta vivir una situación kármica, pero ¿por qué habíamos de crear esa circunstancia si no creyéramos que fuera necesario? Puede que nos divirtiéramos creando ese patrón dentro de lo más profundo de nuestra mente. Somos unas criaturas asombrosas y debemos reconocer que es posible que hayamos creado algo que actualmente no nos parece razonable.

Dado, no obstante, la existencia de unas dolencias karmáticas, ¿podemos remediarlas? ¿Existe esa posibilidad? Mis investigaciones en las lecturas de Cayce me han llevado a la conclusión de que las enfermedades degenerativas más graves, que aparecen a largo plazo, como la enfermedad de Parkinson, la artritis reumatoide, la esclerosis lateral amiotrófica y la distrofia muscular, poseen una naturaleza kármica. En la medicina, en la literatura universal, en la Biblia y en las lecturas de Edgar Cayce hallamos unas opiniones aparentemente contradictorias sobre la posibilidad de curación que ofrecen esas afecciones.

Para el médico, es importante llegar a una conclusión, pues esta cuestión incide de modo decisivo en la forma en que un paciente aquejado de una de esas enfermedades será tratado. Por ejemplo, si llevamos a una conclusión lógica la afirmación bíblica de que «quien a hierro mata, a hierro morirá» (Rev. 13, 10), cualquier karma que aflija al cuerpo debe seguir su curso. En muchos casos no tenemos más remedio que suponer que ante una auténtica condición karmática es inútil tratar de conseguir una recuperación total.

No obstante, siempre existe un punto en que el karma cesa. Puesto que se trata de una deuda, puede ser saldada, como cualquier otra deuda, por unas fuerzas superiores que pueden propiciar una curación. Sin embargo, el proceso de la enfermedad termina con la muerte del cuerpo físico, de modo que existe un punto en que el karma cesa, un lugar de comprensión espiritual en que las lecciones están bien impartidas y bien asimiladas. Podemos llamar este punto «donde el karma cesa y comienza la gracia». La gracia parece ser un punto de perdón, aceptado por la persona que experimenta el karma. El perdón pudo haberle sido ofrecido hace mucho tiempo, pero la aceptación del perdón fue demorada. Tal vez se debiera a las elecciones hechas por quien pudo haber aceptado la curación. El material legado por Cayce parece dar crédito al concepto de que el rechazo es rebelión y la rebelión es pecado, al

igual que la enfermedad, expresada como un pecado que yace a tu puerta.

La aceptación, por tanto, forma parte –según la tesis expuesta más arriba– del proceso de curación, así como del aprendizaje espiritual que experimenta una entidad durante el tiempo que permanece en la tierra.

En el caso de una persona aquejada de la enfermedad de Parkinson que le consultó sobre la posibilidad de reforzar su sistema inmunitario, Cayce recomendó la aplicación de una terapia eléctrica, pero añadió:

Incluso en unos propósitos decididamente espirituales pueden hallarse unas fuerzas kármicas. (3011-2)

En tales circunstancias, una persona que padece una «enfermedad incurable» deberá reconocer que, en el momento más impensado, puede aprender la lección inherente a la experiencia y curarse instantáneamente. La deuda puede haber sido perdonada, ya que, a fin de cuentas, la experiencia kármica es un plan de reserva destinado a garantizar que la lección espiritual sea no sólo aceptada, sino asimilada. El perdón de la deuda significa que la gracia ha penetrado en la vida de esa persona, y forma parte de su aventura a nivel de conciencia psíquica.

Pero la mayoría de las veces, como es lógico, no recordamos situaciones de nuestras vidas anteriores y ni siquiera reconocemos que una enfermedad tenga un origen kármico. Con todo, aunque hayamos desperdiciado las oportunidades de amar a nuestro prójimo, hemos hecho un depósito en nuestro inconsciente que debe ser pagado o reproducido (como en una cinta de audio) en fecha posterior. Y ésta es una ley universal. Podemos sentir empatía hacia otro ser que esté experimentando un karma, pero no podemos eliminarlo por él. Tiene que afrontarlo él mismo. Cayce, sin embargo, insistió en que todos somos capaces de afrontar esa situación con Cristo como compañero, puesto que ello mitiga el dolor. Lo afrontamos de forma distinta, podríamos decir que apoyados por la gracia, o el perdón.

En el pasado creamos unos patrones de hábitos que no reconocimos como perturbadores o destructivos, sino simplemente como manifestaciones de un alma individual que aún no había alcanzado la perfección, que todavía tenía un largo camino que recorrer. Pero hemos creado esos patro-

nes con la mente utilizando el poder de elección para dirigir nuestros actos. Teniendo presente la idea de que somos cuerpo, mente y espíritu (o alma) aquí en la tierra, debemos recordar que la mente es el constructor.

La mente es ciertamente una poderosa herramienta para crear, para construir, para formar no sólo hábitos en el inconsciente, sino cosas «reales» en este mundo material. Estamos constantemente creando nuevos hábitos, o bien haciendo que los viejos sean más fuertes y permanentes. Si son útiles para nuestra vida y las vidas de los demás, corresponden al espíritu. Si no lo son, pertenecen a la carne y no poseen una naturaleza divina, pues son destructivos. Dios es amor, es constructivo, útil, y a través de esas actividades que denominamos «buenas», construye en nuestra vida y en nuestro cuerpo unas relaciones sanas y aporta salud a nuestro cuerpo físico.

Al reaccionar ante las personas y las situaciones de la vida nos convertimos en elementos canalizadores unos para otros, y podemos crear en nuestro ser una naturaleza divina, o bien una condición destructiva en nuestro cuerpo, así como unas relaciones en nuestra vida cotidiana que provoquen trastornos y discordia. En el mundo observamos que esas emociones y actitudes se manifiestan bien como paz o como guerras. Si todos los habitantes del planeta cumpliéramos nuestro destino tal como sugirió Jesús al decir «sois dioses» (Juan 10, 34), todos aportaríamos luz y paz al mundo.

¿Qué podemos hacer al respecto a nivel individual? Quizá la respuesta más directa sería elegir de acuerdo con nuestro ideal qué camino deseamos seguir y luego consultar con nuestra fuente superior, el Cristo que llevamos dentro. Porque con frecuencia nuestro ideal no es el que las Fuerzas Creadoras nos tenían destinado.

Busque en la mente material la respuesta a todas las preguntas que pueda plantearse en las cosas que experimenta día a día, y conserve esa respuesta dentro de su ser como una oración. Luego, coloque esa respuesta ante el Trono de gracia, de misericordia, como si meditara dentro de su propio corazón, y la respuesta que lleva en su interior le indicará el paso que debe dar, las cosas que debe hacer para acabar con las disputas entre la carne y el espíritu. Cada cuerpo, cada alma humana está sometida a la carne, sin embargo, tal como Él dijo: «Aunque estés en el mundo, no perteneces a este mundo, si depositas toda tu fe, todo tu amor, toda tu vida, en Él». Él

no permitirá que te extravíes. Te guiará, protegerá y dirigirá, tal como dijo: «Él amó a cada uno de los hombres y dio su vida por quienes se acercaron a Él».

Al afrontar esas discordias interiores, tal como se ha dicho, debe resolverlas paso a paso. Utilice lo que le ha sido concedido, pues sólo la utilización de lo que le ha sido concedido puede propiciar la paciencia, la misericordia, el amor, la comprensión y la tolerancia. Al utilizarlos, se convierten en unos baluartes que impiden una interceptación de las fuerzas carnales o los espíritus de una influencia maligna. Pues éstos son impotentes en presencia de Él; pues Él es el Señor de todas las cosas. (442-3)

Debemos aprender a amar, a fin de encontrarnos a nosotros mismos dentro de la ley del karma de otro modo. Comprenderemos entonces que se nos ha mostrado un ejemplo de bondad Divina y que hemos aprendido la lección. Con frecuencia he pensado que al afrontar algo que nos disgusta nos resultaría más fácil si reconociéramos que ello es consecuencia de lo que hemos sembrado en el pasado. En esos momentos, debemos enfrentarnos a nosotros mismos en una actitud de perdón e incluso alegrarnos al reconocer que estamos aprendiendo otra porción de la ley Divina.

Volvamos a las preguntas: ¿fueron nuestros padres, por ejemplo, quienes nos «dieron» esta enfermedad incurable que está minando nuestro cuerpo? No. Recuerde que todos hemos elegido a nuestros padres en esta encarnación, antes de nacer. Y probablemente estamos cosechando una parte de lo que sembramos en el pasado.

¿Acaso se «supone» que debemos enfermar? ¿Tiene ello algún propósito? Sí. Toda esta información parece indicar que la enfermedad forma parte del plan para crear una unión más perfecta entre nosotros y las Fuerzas Creadoras del universo, una oportunidad para aprender a tratar a nuestros semejantes. Existe un tesoro que debemos descubrir, más allá de lo evidente, al encontrarnos con nosotros mismos en nuestra búsqueda. Lo que se ha dado en llamar «diamantes en nuestro propio jardín».

También cabe preguntarse: «¿qué papel he desempeñado yo en esta enfermedad de mi cuerpo físico? ¿No contribuyó alguien a causarla? ¿No puedo culpar a nadie por ello? ¿Mis padres, mi jefe, quizás incluso Dios, que fue quien me creó?» No, no podemos culpar a nadie, si queremos seguir las sugerencias de lo que una enfermedad significa en nuestra búsqueda.

queda de la curación en la tierra. Estaremos más sanos si nos responsabilizamos de nuestro ser, dado que poseemos un potencial infinito, que nos ha sido concedido desde el instante de nuestra creación, y que, tal como nos recuerda Cayce insistentemente, no existen condiciones ni enfermedades que no puedan regresar a la normalidad. Y la normalidad significa un estado de salud.

No obstante, conviene recordar que aunque no podemos culpar a otros por la enfermedad que nos aqueja, tampoco debemos culparnos a nosotros mismos, pues el sentimiento de culpa es completamente inútil. En lugar de ello, debemos reconocer que el dolor o las molestias que experimentamos no son sino una llamada de atención y otra lección que asimilamos en el camino hacia nuestro destino.

Aprovechar nuestra energía espiritual

Si cada uno de nosotros vive en una especie de universo propio, según asegura Cayce –pues nacemos solos y morimos solos– debemos unir los diversos aspectos de las influencias que nos llevan al extremo de enfermar. A medida que repasábamos el tema, hemos ido hallando fragmentos de la solución en este libro.

Son muchos los factores que intervienen en el panorama de la enfermedad, pero poseemos también unas facultades que pueden desempeñar un papel primordial en la sanación, e incluso alcanzar un nivel de salud que signifique regeneración, rejuvenecimiento y longevidad. Todos esos factores se hallan probablemente activos dentro de nosotros en estos momentos, si bien en distinto grado de fuerza y eficacia.

En los capítulos anteriores, hemos comentado el origen y la naturaleza en cuanto almas que permanecen un tiempo en el plano terrenal, reencarnándose una y otra vez desde la dimensión espiritual. También hemos abordado el poder de elección. Hemos explicado con ciertos pormenores el papel que juega el sistema nervioso autónomo en la coordinación de las funciones del cuerpo; y el método creado (como sistema nervioso sensorial) a fin de permitir que el cuerpo sea consciente de sí mismo en el plano material, así como el modo en que el sistema nervioso cerebroespinal nos permite ser activos y hacer cosas. Todo ello ha sido comentado anteriormente.

También hemos abordado la relación entre la mente consciente y el inconsciente, y la forma en que se crean los hábitos o formas de pensa-

miento o respuestas automáticas. Pero todavía no hemos reunido todos los datos para responder con rigor a la pregunta de ¿por qué estoy enfermo? ¿Qué ha pasado?

Si repasa de nuevo el gráfico de los significados simbólicos asociados con los siete centros espirituales/glandulares que han sido citados a lo largo de los siglos (tabla 1), comprenderá que esos siete puntos de conciencia deben tenerse siempre en cuenta a la hora de emprender la búsqueda de la curación, especialmente cuando observamos la función de las hormonas y los esquemas emocionales que pueden desempeñar un papel en la enfermedad.

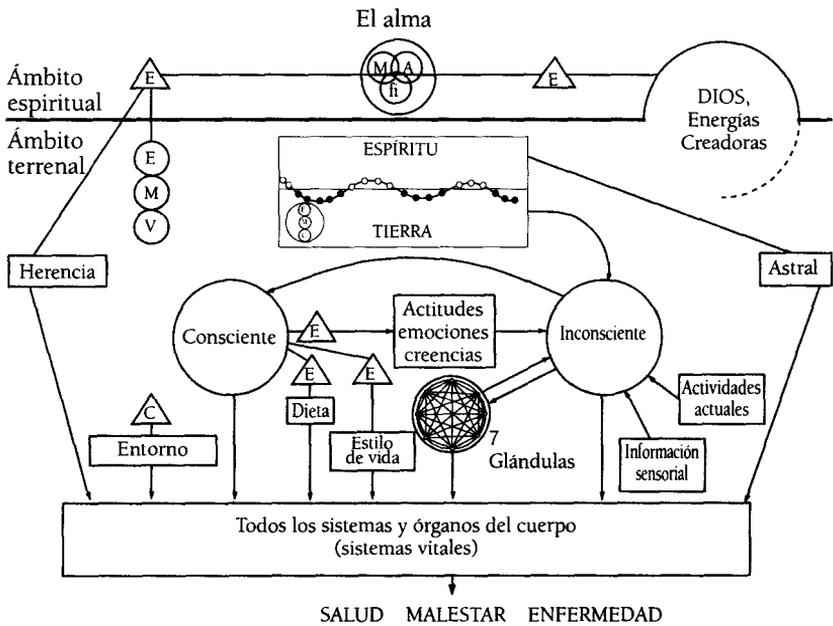


DIAGRAMA 7. EL CUADRO GENERAL.

En el diagrama 7 he reunido buena parte de la información que ya ha sido utilizada como diagramas. Pero también he añadido otros conceptos, y he tratado de mostrar la forma en que las elecciones que hacemos desempeñan un papel decisivo en la salud y en la enfermedad.

La simbología de los siete círculos dentro del círculo mayor muestra cómo esos siete centros endocrinos se relacionan entre sí y ocupan un lu-

gar en el esquema de las cosas que se relacionan con ambos aspectos de la mente —el consciente y el inconsciente— y con el cuerpo físico en funcionamiento.

Un hecho evidente es que cada ser humano configura hoy lo que probablemente será su futuro. Del mismo modo que configuró ciertas cosas en sus vidas anteriores. Cada vez que venimos a la tierra traemos las mismas herramientas básicas, el mismo cuerpo/alma y la misma capacidad de elegir. La elección, por supuesto, es lo que marca la diferencia. Pues existe siempre la opción entre lo que Cayce denomina autocomplacencia y lo contrario, el deseo de servir a nuestro prójimo. Una dirección apunta hacia uno mismo, la otra hacia la parte divina de nuestro prójimo.

En cada encarnación, efectuamos la transición del ámbito espiritual al ámbito físico o plano terrenal, y a medida que el niño va creciendo, aprende que puede tomar decisiones, o elegir ciertas cosas. Esta facultad se va desarrollando durante los años comprendidos entre la infancia y la madurez del individuo, y a partir de ahí éste puede ejercer su facultad de elección en todos los aspectos referentes a su vida.

Puede que no reconozca ese hecho a lo largo de su vida, pero no deja de ser un hecho, y debe ser entendido como el don máspreciado que Dios le ha concedido, y no podrá hallar el camino de regreso a casa sin ejercerlo una y otra vez. Moisés dijo a los hijos de Israel que la elección dependía de ellos. Concretamente, dijo: «Pues este mandamiento que os doy en este día, no se oculta de vosotros, ni se halla lejos. No está en el cielo, no podéis decir: “¿Quién subirá al cielo para traérmolo de forma que podamos oírlo y hacerlo?”».

»Tampoco se encuentra allende los mares, ni podéis decir: “¿Quién atravesará el mar para traérmolo de forma que podamos oírlo y hacerlo?” Sino que la palabra está dentro de vosotros, en vuestra boca, y en vuestro corazón, para que podáis utilizarla.

»Mirad, he dispuesto ante vosotros la vida y la bondad, y la muerte y la maldad; y este día os ordeno que améis al Señor vuestro Dios, que sigáis su camino, y que obedezcais sus mandamientos, estatutos y juicios, para que podáis vivir y multiplicaros; y el Señor vuestro Dios os bendicirá en la tierra que será vuestra» (Deuteronomio 30, 11-16).

Más adelante, en el mismo capítulo trigésimo del Deuteronomio, Moisés dijo lo mismo pero expresado de otra forma: «Invoco al cielo y a la tie-

rra para dejar constancia de que hoy os he dado a elegir entre la vida y la muerte, la bendición y la maldición; por lo tanto debéis elegir la vida, a fin de que vosotros y vuestros descendientes viváis; para que améis al Señor vuestro Dios, y obedezcáis su voz, y penetréis en Él, pues Él es vuestra vida y vuestros días” (Deuteronomio 30, 19, 20).

Es en estado consciente cuando ejercemos la voluntad, cuando hacemos elecciones, de modo que depende de nosotros utilizar el cerebro izquierdo que poseemos y hacer elecciones, a fin de que veamos el camino ante nosotros con la máxima claridad. Luego podemos reivindicar una de las promesas contenidas en las lecturas de Cayce, en el sentido de que el intento de hacer el bien es considerado por Dios como justo. Y habremos emprendido el camino, pese a los obstáculos que puedan entorpecer nuestros progresos.

En el diagrama 7, vemos que la mente consciente es incapaz de controlar la información sensorial que recibe día a día, pues nos hallamos en un mundo material. Pero debemos tener presente que nosotros elegimos adónde vamos, por más que dejemos que los demás incidan en nuestras elecciones. Al permitir que otros influyan en nosotros, permitimos que se produzca la información sensorial. A menudo no podemos controlar los acontecimientos que suceden a nuestro alrededor e impactan nuestra vista y oído, pero podemos controlar la forma en que respondemos por dentro y por fuera ante esos acontecimientos.

Lo que solemos hacer en ciertas situaciones vitales probablemente se halla dentro de la misma categoría. Hacemos lo que elegimos hacer. Cuando nuestro jefe nos ordena hacer algo, generalmente lo hacemos. Pero somos nosotros quienes elegimos aceptar ese trabajo, y a nuestro jefe. Si no queremos obedecer las órdenes del jefe, no tenemos que hacerlo. Podemos dejar nuestro trabajo y buscar otro. Todo esto, por supuesto, depende de nuestras elecciones.

Debemos recordar una y otra vez que hicimos lo mismo con nuestra capacidad de elegir en todas nuestras vidas anteriores. Esas elecciones nos llevaron a lugares a los que hoy no iríamos. Pero en aquel entonces nos encontrábamos en otro entorno y teníamos que funcionar en aquel lugar y en aquel tiempo.

En el diagrama 7, elegimos penetrar en la tierra, y nuestra mente consciente elige qué clase de emociones manifestamos y convertimos en hábi-

tos. Vemos a las personas –esos espejos– que mencioné anteriormente, las cuales nos ofrecen la oportunidad de crear otros esquemas emocionales si deseamos hacerlo.

El inconsciente reacciona, no hace elecciones. Ni tampoco las emociones, las cuales están encerradas en los siete centros de actividad hormonal. Obedecen órdenes, hasta que se da reiteradamente la orden de cambiar y se indica el tipo de cambio que debe efectuarse. Es entonces cuando puede ocurrir, y de hecho ocurre.

Tal como he apuntado antes, siempre se está librando una batalla dentro del cuerpo humano. Cuando se impone la paz, asociada con el amor, en todos sus aspectos, las batallas pasan a la historia, y el ramo de olivo es aceptado por ambos bandos. Pero cabe preguntarse, ¿cuáles son esos dos bandos que casi siempre están en conflicto? ¿Dónde residen, y de qué tipo de conflicto se trata? Probablemente existen varias formas de abordar esta importante cuestión.

En primer lugar, debemos tener en cuenta que somos unos seres espirituales –unas almas– que viajan a través de la tierra. De modo que el conflicto se produciría lógicamente entre la naturaleza espiritual y la naturaleza material, o terrenal. Se nos exhorta a superar nuestras tendencias materiales, pero no es sencillo. Más pronto o más tarde aparecen los conflictos, cuando uno de nosotros desea profundamente tomar el camino superior, el Sendero de la Luz, y reunirse con Dios. Todo ello ocurre a un nivel consciente, de búsqueda. Pero aparecen los esquemas de deseos y caprichos del mundo, que conocemos bien, y destruyen aquello que significa luz, esperanza y amor. Tratamos de recurrir a nuestra energía espiritual y estalla la guerra.

Es parecido a lo que Pablo dijo en una ocasión: «El bien que yo haría no lo hago: pero el mal que no haría, lo hago. Si hago lo que no haría, no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí. Hallo una ley que, cuando me dispongo a hacer el bien, el mal está presente en mí. Pues hallo solaz en la ley de Dios que está dentro de la mente. Pero veo otra ley en mis miembros, peleando contra la ley de mi mente, y haciéndome prisionero de la ley del pecado que se halla en mis miembros» (Romanos 7, 19-24).

Más adelante, Pablo añade:

«Quienes viven a nivel de su naturaleza inferior muestran un punto de

vista acorde con aquélla, lo cual significa muerte; pero quienes viven a nivel del espíritu muestran un punto de vista espiritual, lo cual significa vida y paz» (Romanos, 8, 5-6).

A través de mis estudios de los escritos de Pablo, según aparecen en el Nuevo Testamento, y las sugerencias sobre la curación extraídas de las lecturas psíquicas de Edgar Cayce, he llegado a la conclusión de que ambos hombres sostienen un concepto muy parecido respecto al pecado: no hacer las cosas que debemos hacer en este mundo, o satisfacer nuestros caprichos y deseos en nuestras relaciones con nuestros semejantes. En cierto sentido significa no vivir según la Ley de la Luz y el Amor, y satisfacer nuestros propios deseos.

Con anterioridad a ese tipo de despertar, sin embargo, y si la búsqueda no ha comenzado todavía, la vida continúa como de costumbre. Y las batallas que se libran en nuestro cuerpo no tienen la magnitud de unas guerras mundiales. Pueden ser tratadas y resueltas con una aspirina, un masaje o unas friegas, o una medicación más potente. O, quizás, con una palabra amable. Pero el deseo de avanzar hacia arriba no ha muerto. Está simplemente aletargado, y más pronto o más tarde aparecerá de nuevo.

Luego, cuando sentimos de nuevo el anhelo de vivir auténtica y plenamente, ¿cómo localizamos la línea de batalla que existe en la humanidad? Si observamos la figura de un hombre que está de pie, frente a nosotros, podemos decir que la línea de batalla se halla al nivel de la parte superior de sus hombros. Las tres glándulas situadas sobre esta línea —el tiroides, la pineal y la pituitaria— vienen a ser los centros superiores. Debajo de esta línea se hallan los cuatro centros inferiores. Y esos dos grupos están siempre en conflicto hasta que las bestias que simbolizan los cuatro consiguen manifestar su amor y obediencia al Creador, según se relata en el cuarto capítulo del Apocalipsis. Los cuatro son descritos como un león, un becerro, una bestia con el rostro de un hombre, y un águila voladora.

«Y cuando estas bestias ofrecieron gloria y honor y su gratitud al que estaba sentado en el trono, el cual vivirá eternamente, los veinticuatro ancianos cayeron de rodillas ante el que ocupaba el trono, y alabaron a aquel que vivirá eternamente, y arrojaron sus coronas a los pies del trono, diciendo: “Sois digno, oh, Señor, de recibir la gloria y el honor y el poder:

pues habéis creado todas las cosas; y habéis creado éstas y a nosotros para vuestro deleite”». (Apocalipsis 4, 9-11).

En esta escena, aparece también un mar de cristal, representando las emociones contenidas, las siete lámparas de fuego que arden ante el trono, y, por supuesto, Aquel que está sentado en el trono. Las bestias son los cuatro centros inferiores, y los veinticuatro ancianos representan la doble serie de doce nervios craneales en los que se hallan localizados los sentidos del cuerpo. De modo que no sólo las emociones, simbolizadas por el mar de cristal, han sido reprimidas, sino que las siete lámparas de fuego que representan los siete centros espirituales/endocrinos están vivas y representan los Espíritus de lo Divino. Y las cuatro bestias celebran la escena.

Cuando nos desembarazamos de los deseos y caprichos de los centros inferiores, los sentidos muestran su obediencia a Aquel que está sentado en el trono renunciando a sus coronas; las emociones se contienen y los siete centros sintonizan con lo Divino. En definitiva, cesan los conflictos entre las fuerzas situadas a cada lado de la línea de batalla. Se impone la paz.

Ello forma parte del gran conflicto que se produce dentro de nuestros cuerpos casi de forma constante, probablemente con más frecuencia ahora que hace miles o millones de años. Pues muchos creen que en vida de buena parte de los que leemos este libro se producirá el momento de saldar cuentas. Los clarividentes modernos lo han pronosticado, y ha sido documentado, fundándose en diversas fuentes religiosas, por quienes conocen y saben interpretar la simbología.

En nuestro programa de Temple Beautiful, ayudamos a la gente a descifrar los elementos de esta batalla que estalla en los momentos más imprevistos. Pues ha comenzado en algún momento del pasado. Cayce afirmó que el pasado está siempre presente, pero debemos dejarlo atrás. Eso significa que debemos liberarlo de un modo u otro. Pero debemos identificar lo que vamos a liberar, porque con frecuencia la emoción se oculta de nosotros y nos impide identificarla y resolverla como es debido.

Una de las claves del crecimiento del alma (nuestro camino hacia la unión con Dios) consiste en reconocer cuándo otra persona actúa a modo de espejo o marioneta para nosotros en una situación determinada. Esto

se aplica a un individuo o a varias personas reunidas en un grupo. En una situación de grupo, algunos pueden llegar a comprender lo que ocurrió realmente hace muchos años o incluso en una vida anterior que provocó la turbulencia emocional que a su vez propició los cambios corporales que se convirtieron en la enfermedad o enfermedades que experimentan actualmente. Si utilizamos el diagrama 7, es como si hiciéramos el papel de detective, colocando la dolencia o enfermedad en la parte inferior para ir subiendo a través de los cambios fisiológicos hasta alcanzar el inconsciente. Pues es ahí donde reside la causa: esos esquemas, los hábitos de respuesta derivados de repetidas relaciones interpersonales que fueron afrontados con ira o frustración en lugar de amor. Esas respuestas, que se han convertido en unos patrones fijos, provocaron los trastornos en la fisiología, la cual a su vez provocó la enfermedad. El conocimiento de la auténtica causa del problema –y su aceptación– produce un gran alivio y puede convertirse en el punto de partida hacia la curación del espíritu.

A veces, esos problemas interpersonales los llamamos estrés. Se producen en nuestro hogar, en el mercado, en la escuela, en el hospital y en las calles. El caso es que ocurren invariablemente. Y debemos tener presente que en cualquier caso son unas reacciones que surgen de lo más profundo de nuestro ser ante lo que vemos en el mundo exterior. Y el mundo exterior nos dice: «Éste eres tú, amigo mío, y una parte de tu conciencia que no comprendías anteriormente, la cual se halla dentro de tu cuerpo y tu mente». De modo que el mundo se convierte en un maestro y un espejo. Nuestro adversario es una marioneta, la cual desempeña su papel en nuestra vida para recordarnos que en realidad estamos luchando contra nosotros mismos, y que todavía no hemos alcanzado el estado de unión perfecta con las Fuerzas Creadoras del universo. El legado de Cayce nos dice que deberíamos hallar motivo de alegría en esas ocasiones, pues nos ofrecen la oportunidad de aprender, y celebrarlas con gozo y felicidad.

A menudo el hecho de toparnos con un obstáculo emocional o de actitud nos procura una mayor perspectiva respecto a nosotros mismos y, cuando logramos eliminar la discordia –con amor–, ello no sólo nos permite comprender mejor quiénes somos, sino que representa un paso más en la curación de nuestro cuerpo físico.

Nuestra herencia y nuestro entorno contribuyen también en nuestra búsqueda de la espiritualidad. Nuestros padres, por ejemplo, no sólo nos guían en nuestros años de formación, sino que nos confieren ciertos rasgos positivos, unas características físicas y una serie de tendencias, tanto mentales como físicas. Por otra parte, a veces nos transmiten unas debilidades que al cabo del tiempo pueden convertirse en una enfermedad, pues existen diversas dolencias que pueden ser transmitidas genéticamente de padres a hijos.

No obstante, hemos quedado en que nosotros elegimos a nuestros padres. Y si nuestro patrimonio místico-religioso posee alguna realidad, antes de elegir a esas dos personas sabíamos que recibiríamos una herencia que configuraría nuestra vida. Sin duda nos ayudaron a elegir el momento de venir a esta vida, de modo que los signos astrológicos estuvieran correctamente situados para ayudarnos a conseguir lo que deseábamos alcanzar.

Una vez hecha nuestra elección, nacimos y nos convertimos en el tipo de criatura que presentaba los rasgos faciales que nos fueron dados, junto con el tamaño y la forma de nuestro cuerpo y los órganos y sistemas que más nos convenían. Algunos individuos poseen unas glándulas suprarrenales pequeñas; otros, unos centros de actividad suprarrenal de gran tamaño. Esto depende no sólo de los padres que elegimos, sino del tipo de desarrollo que experimentamos en vidas anteriores referente a las emociones que se alojan en las glándulas suprarrenales. ¿Qué clase de actividades realizábamos? ¿Acaso éramos guerreros o soldados, catedráticos o contables? Resultaría absurdo que un músico saliera a un campo de rugby acompañado por unos gigantes de ciento cuarenta kilos de peso. Así pues, tenemos unos padres que se han preparado para tener unos hijos capaces de afrontar esta vida aprovechándose de las opciones que ésta le ofrece. Podemos encajar en el ambiente familiar o no; el tipo de relación que mantenemos con los otros miembros de la familia es uno de los grandes retos que nos plantea la vida.

No sería razonable tratar de analizar a fondo el motivo de que hayamos elegido una determinada familia. Pero podemos pensar de forma creativa y utilizar nuestro poder imaginativo para ver qué sentido tiene que estemos donde nos encontramos. Resulta útil echar un vistazo de vez en cuando al diagrama 7. En él podemos observar las diversas existencias que han configurado nuestro futuro, implantando en nuestro inconsciente unos

deseos y objetivos muy poderosos, unos objetivos que requieren unas características físicas determinadas, los cuales quizá nos atraerán hacia los padres que elegimos y nos hayan proporcionado unas experiencias muy útiles y valiosas.

Luego podemos contemplar nuestra herencia como parte de lo que hemos elegido basado en los patrones que creamos en el pasado, y la fuente de guías e instrumentos para esta encarnación.

Si nuestros padres y nuestra herencia son elegidos desde la parte espiritual de nuestra existencia, el entorno en el que nos encontramos constituye una combinación de las elecciones espirituales hechas antes de nuestro nacimiento y las elecciones generadas por la actividad del inconsciente una vez instalado en la realidad física. Ciertamente, los objetivos que elegimos antes de nacer forman parte del lugar donde decidimos afincarnos y la clase de hogar que creamos posteriormente. Pero en su mayoría son producto de una elección consciente. Podemos decir: «Bueno, eso es lo que deseaba mi esposa, aunque a mí no me apetecía establecerme allí». De acuerdo, pero ¿quién eligió a su esposa? No deja de ser interesante la forma en que llegamos a diseñar, a través de la operación del mayor don que nos ha concedido Dios, nuestro entorno, bueno o malo, en un valle o una montaña, en un ambiente contaminado o en la claridad del desierto. Por otra parte, nuestro entorno puede ser como periodista en una de las guerras que forman parte de nuestro patrimonio. Uno puede haber elegido, por diversas razones, participar directamente en esas guerras por haber nacido en un determinado país y unas determinadas circunstancias. La vida en este caso puede ser muy dura.

Esas elecciones de herencia y entorno contribuyen a crear el escenario sobre el que desempeñamos nuestro papel en el drama de la vida. De esas elecciones se derivan ventajas y contratiempos. Siempre elegimos las situaciones que nos ofrecerán oportunidades que favorezcan el crecimiento de nuestra alma, y hasta que no somos conscientes de lo que esas oportunidades significan en nuestra vida, éstas vienen a unirse con nuestras necesidades inconscientes a fin de que nos encontremos con nosotros mismos en unas situaciones kármicas predeterminadas, formulando las enfermedades a las que acabaremos sucumbiendo.

Si un Beethoven o un Mozart hubieran nacido en el seno de una familia que se dedicaba a las finanzas y a la política, en lugar de la música, pro-

bablemente no habríamos escuchado las obras maestras de música clásica que nos han legado. Asimismo, cada uno de esos dos genios tuvo que enfrentarse a unos problemas muy específicos de salud, los cuales les hicieron sufrir mucho.

La vida no consiste sólo en elegir lo que deseamos hacer y elegir los padres que deseamos tener en esta encarnación, pero esas elecciones tienen un efecto decisivo en la forma en que nuestra vida va a desarrollarse y las enfermedades que padecemos.

Al responder a la pregunta sobre qué es lo que causa una enfermedad en nuestro cuerpo, solemos hacer caso omiso de los factores más evidentes. Ello se debe probablemente a nuestra naturaleza humana, por decirlo así, la cual con frecuencia nos impulsa a hacer lo que nos apetece en lugar de lo que nos conviene para crear salud en nuestro cuerpo. Hallamos multitud de ejemplos en todos los órdenes de la vida. Por ejemplo, quizá deberíamos perder peso. Quizá soportemos un sobrepeso de quince o veinte kilos. Pero nos gusta comer, y nos gusta comer las cosas que engordan. Esto puede constituir un patrón. No podemos culpar a nuestros padres de ello. Ni a nuestra esposa, quien probablemente nos prepara las comidas que nos conviene tomar. En realidad ni siquiera deberíamos culparnos a nosotros mismos, puesto que el hecho de culparnos implica un juicio y no debemos olvidar la advertencia bíblica: «No juzgues y no serás juzgado» (Mateo 7, 1).

Un paciente que tenía un problema de peso vino a verme en busca de ayuda. Conocía nuestros métodos en materia de dieta y ayuno y quería someterse a un ayuno a base de zumos. En sus lecturas, Cayce sugería a veces diluir zumo de uva en agua, a partes iguales y beberlo a la hora de comer y entre comidas, si el paciente lo deseaba. Al parecer, el zumo de uva contiene suficiente alimento para que el cuerpo humano resista bastante tiempo tomando sólo ese brebaje. El paciente pesaba casi ciento treinta y cinco kilos. Siguió la dieta durante más de tres meses y perdió unos cuarenta kilos. Durante ese tiempo se sintió perfectamente, siguió trabajando y no tuvo ninguna dificultad en mantener su nuevo peso. Los análisis de laboratorio no revelaron ninguna anomalía. Después de alcanzar el peso deseado, siguió una dieta basada en verduras, frescas y cocidas al vapor, fruta y, dos o tres veces a la semana, pescado o ave. Consumía pocos hidratos de carbono y procuraba evitar los dulces.

Aunque el problema fue resuelto y se convirtió en una parte positiva de la vida de ese hombre, con frecuencia la gordura representa un problema serio para el cuerpo, que se ve obligado a cargar con un exceso de peso. Por otra parte, a veces nos resistimos a hacer ejercicio, porque no tenemos tiempo, o porque llueve, o porque hace mucho frío, o sencillamente porque no nos apetece. Podemos aducir muchas excusas, pero el caso es que a menudo iniciamos un programa de ejercicios y luego lo dejamos porque no tenemos persistencia, coherencia y paciencia para proseguir con él.

Con frecuencia nos acostamos tarde porque nos quedamos viendo la televisión o vamos al cine, o por mil cosas que nos gusta hacer. Es estuyendo divertirse, desde luego, y reírse y gozar de la vida. No hay ningún problema en ello. Sin embargo, si no dormimos lo suficiente, el cuerpo sufre, y la salud acaba resintiéndose. Luego nos extraña que nos resfriemos, o que sintamos dolores en el cuerpo. Cuando aparecen los primeros síntomas nos preguntamos qué clase de enfermedad habremos «pillado», cuando todo se reduce a haber abusado de nuestros sistemas vitales debido al estilo de vida que llevamos.

En el diagrama 7 podemos ver cómo nuestro estilo de vida incide en esas partes funcionales de nuestro cuerpo, pero también observamos que nuestro estilo de vida es el producto de nuestras elecciones a un nivel consciente. Nuestro inconsciente nos bombardea constantemente con retazos de información, como si reprodujera unas cintas viejas, viejos patrones de recuerdos, los cuales prevalecen sobre nuestras elecciones conscientes. Dejamos que ello suceda, pero solemos tener alguna excusa que nos permite seguir adelante sin pensar demasiado en lo que nos estamos haciendo a nosotros mismos.

Edgar Cayce habló sobre el estilo de vida antes de que ese término comenzara a utilizarse corrientemente en relación con la salud. Cayce ofreció unas sugerencias específicas en lo referente a la dieta, el trabajo, el consumo de alcohol, el ejercicio y el equilibrio entre el trabajo, el descanso y el ocio. Todas esas cosas se consideran hoy en día unas opciones de estilo de vida que tienen efectos beneficiosos o nocivos sobre la salud.

El planteamiento de Cayce es un modelo de equilibrio y moderación, no rigidez ni un enfoque triste y aburrido de la vida. Ya se sabe que cuando no nos sentimos bien a menudo abandonamos nuestras actitudes po-

sitivas respecto a la salud. No tiene nada de extraño, pero nuestras elecciones pueden propiciar un cambio en la forma en que «vemos» las cosas y ello a su vez puede contribuir a que recuperemos la salud.

Cuando hablamos de mover el cuerpo estructural mediante métodos terapéuticos como ejercicio o masaje, manipulación o ajustes, entendemos que uno de los propósitos es el de mantener la columna vertebral flexible a fin de que las energías nerviosas, que vienen a ser una especie de mensajes, puedan pasar cómodamente a través de los espacios entre las vértebras dorsales. Puesto que los impulsos nerviosos constituyen un medio de comunicación, es importante que la información transmitida nos llegue con toda claridad.

Todos esos métodos consistentes en mover articulaciones, músculos, tendones y ligamentos se convierten en parte de nuestro estilo de vida, al igual que la elección de si uno fuma o no, de si el alcohol forma parte de nuestra vida de forma casual o es en sí mismo una forma de vida, de si hemos alcanzado un equilibrio entre el sueño, el descanso, la diversión, la lectura, etcétera. Producimos una sinfonía de actividades, cada una de las cuales desempeña un papel, comunicándonos que nos sentimos «¡estupendamente!» o «¡Me siento fatal! ¿Qué está pasando dentro de mi cuerpo?».

Es difícil mantener unas elecciones conscientes coherentes y rechazar esos pequeños mensajes inconscientes que nos sorprenden en los momentos más impensados. Pero ése es el reto al que nos enfrentamos en el mundo actual, y debemos reconocer que podemos realizar unos cambios si realmente lo deseamos. O simplemente podemos continuar con las elecciones que hemos convertido en hábitos en nuestro inconsciente, y dejar que esa parte de nuestro ser nos siga dando problemas.

Al situar nuestra historia en perspectiva, debemos tener en cuenta los efectos producidos sobre nuestro cuerpo por lo que podríamos llamar influencias astrales. Es posible que hoy en día conozcamos más datos sobre lo que ocurre al otro lado de la vida que denominamos dimensión espiritual, pero nuestros conocimientos son todavía muy limitados y en ocasiones fragmentarios. A veces desconocemos por completo el tema, nos faltan datos concretos, como el tipo de bacteria que causa una infección de garganta. La bacteria estreptococo, por ejemplo, forma parte del medio ambiente en la tierra, pero cuando investigamos el ámbito del espíritu buena parte de lo que existe allí escapa a nuestro escrutinio.

Algunas personas que conservan recuerdos de la dimensión espiritual afirman que podemos asistir a universidades en ese otro ámbito. Algunos creen que cuando mueran irán al infierno, pero si se han encontrado alguna vez al borde de la muerte, cambian totalmente de forma de pensar, y saben que pueden esperar la muerte/nacimiento con alegría, pues la experiencia les ha procurado una maravillosa promesa.

Entre una encarnación y otra se instauran relaciones, según testimonio de quienes lo saben. Al parecer, casi siempre hay alguna lección que le resultará útil a la entidad cuando la ayuden a atravesar de nuevo los límites para nacer en el plano terrenal. Las influencias, sin embargo, ayudarán al individuo a hallar su propósito en la siguiente existencia terrenal, y a afrontar con éxito los retos físicos.

Cayce solía indicar que venimos a este mundo de uno de los otros planetas de este sistema solar, o del entorno del Sol o la Luna, trayendo con nosotros las influencias que se adaptan al planeta según el lenguaje de la astrología.

Según parece, las influencias de esa área de la vida son más bien como unos impulsos, unos sentimientos que llevamos dentro, y que nos impele en una determinada dirección sin que sepamos el motivo. Cayce decía lo siguiente sobre esos impulsos y cómo llegan a formar parte de nosotros:

Al analizar el historial de esta entidad, observo muchos impulsos latentes y manifiestos en la experiencia. Con frecuencia la entidad se considera competente, aunque un tanto servicial ante los que forman parte del entorno de la entidad...

Astrologicamente hallamos unos impulsos, no según la terminología astrológica; pero dado que usted habita en este sistema solar está sometido a las leyes del mismo. Los planetas, las constelaciones, el Sol y la Luna poseen su propio entorno o influencias, dependiendo de la forma de manifestarse la entidad en ellos. Al igual que el entorno de cualquier parte del país conlleva las peculiaridades inherentes a esa zona de ese país, el entorno o conciencia de la entidad en su totalidad conlleva la influencia de su estancia en esa conciencia representada por el Sol y la Luna, Marte y Júpiter, Venus y Neptuno; según el uso que la entidad haya hecho de sus experiencias...
(3299-1)

Cuando experimentamos numerosas encarnaciones en la tierra, nos convertimos en unos individuos sumamente complejos. No sólo hemos

acumulado más esquemas de hábitos y actitudes que forman parte del modo en que nos relacionamos con los demás, sino que los impulsos que asumimos a través de nuestra asociación con los planetas de este sistema solar nos confieren unos matices de carácter y personalidad que contribuyen a diferenciarnos de los otros seres de este planeta. Esas diferencias, sin embargo, hacen que nuestras experiencias sean más interesantes a medida que recorremos el camino que hemos elegido hacia nuestro destino. Todos nos enfrentamos a unos determinados retos que nos proporcionan la oportunidad de amar a nuestros semejantes o de desplazarnos en dirección contraria. He aquí un ejemplo de cómo una paciente de Temple Beautiful utilizó su energía espiritual para perdonarse.

Jean declaró que en estado de vigilia siempre se había sentido atraída por las agendas nuevas y flamantes, y que cuando se estropeaban las tiraba al cubo de la basura. Un día tuvo un sueño en el que se vio de pie en un jardín, y frente a ella estaba Jesús. Tenía un aspecto distinto de lo que ella había imaginado, aunque nunca había soñado con Él. En el sueño, Jean y Jesús estaban rodeados y envueltos por una espléndida luz blanca.

Jesús sostenía en la mano una vieja y deteriorada agenda, lo cual chocó a Jean. Jesús la soltó unos momentos mientras se agachaba para coger un enorme pedrusco, el cual dejó un agujero en el suelo. A través del orificio se filtraba una luz muy intensa. Jesús colocó durante un momento la vieja agenda bajo el intenso resplandor y luego se la entregó a Jean. La agenda aparecía como nueva, limpia y reluciente. Fin del sueño.

La Epístola I de san Juan (1, 5-9) y el Apocalipsis (10, 7-11) nos proporcionan algunas pistas sobre el significado del sueño de Jean. La luz, como sabemos, representa a Cristo y también depuración. El libro, en el Apocalipsis simboliza el conocimiento de las emociones de Juan correspondientes a vidas anteriores, sus siete centros espirituales, donde se alojan los recuerdos de vidas pasadas, sus necesidades corporales físicas, y su relación con las fuerzas espirituales; y se le ordenó que aplicara esos conocimientos a su propia vida comiéndose el libro.

Jean no se comió la agenda, pero ésta fue colocada bajo la luz de la tierra, o quizá deberíamos decir bajo la luz del mundo, para depurarla. Asimismo, la agenda representaba para Jean un símbolo de lo que había he-

cho en el pasado, puesto que había tomado numerosas notas en sus agendas y, una vez que se ensuciaban, las desechaba, debido a un sentimiento inconsciente de culpabilidad. La depuración significaba para ella que todo lo que había hecho en el pasado había sido en cierto sentido limpiado, depurado, olvidado. ¿No es eso lo que llamamos perdón?

Hoy en día existe un creciente número de individuos en el mundo que experimentan la presencia de Cristo, bien en sueños, bien por medio de visiones o de meditación. Y ese encuentro a menudo se asocia con la sanación de una emoción, un recuerdo o una relación, lo que significa un rejuvenecimiento, una curación en el interior de ese individuo que experimenta el acontecimiento.

Actualmente debemos considerar la sanación como un proceso vital, y un movimiento a nivel de conciencia psíquica, desde el punto en el que nos hallemos en este momento, hacia nuestro destino. Cualquier enfermedad y curación del cuerpo puede constituir un hecho tan monumental en nuestra vida como la visión que tuvo Pablo al quedar cegado en el camino de Damasco. Así pues, estamos alertados en cuanto a la necesidad de hallar el don, la oportunidad, en cualquier enfermedad o accidente, mientras avanzamos a través de la vida.

Asimismo, debemos tener siempre presente que la meditación, o la sanación, o el hecho de abrir nuestra conciencia, se producen a través de la sintonización de lo físico y lo mental con la fuente espiritual. El espíritu ocupa el primer lugar, por supuesto, y debido a su naturaleza primaria, el espíritu no necesita sanar. Actuará, independientemente de lo que hagamos respecto a los factores que existan en nuestro ser físico o mental.

Esto constituye probablemente la clave para comprender cómo se produce una curación espiritual. El espíritu actuará, pero ¿qué dirección le hemos indicado? ¿Cómo encauzaremos esta Fuerza Vital que fluye a través de nuestro ser?

Debemos elegir nuestro ideal bajo la luz guiadora, la estrella en la distancia, la luz que el peregrino nunca pierde de vista, para curarnos a nosotros mismos o a otro ser, siempre y cuando obremos como una fuerza beneficiosa en la tierra. La mente es como el capitán que empuña el timón del barco; ella nos guía y hace que sigamos la dirección que hemos elegido. El ideal es la dirección que deseamos tomar. En términos espirituales,

el ideal es la conciencia de Cristo que llevamos en nuestro interior, la cual nos guía hacia una unión perfecta con el Padre. Cayce apuntó lo siguiente a propósito de los ideales:

Construya..., sobre aquellas que representan unas influencias eternas en su experiencia; y éstas aportarán armonía donde reinaba el caos.

Busque sus ideales en las cosas espirituales, y de ellos se derivará lo ideal en el ámbito mental y material. (2284-1)

Así pues, construyamos

aquello para lo que toda alma viene a la tierra, para ser un conducto, para vivir de acuerdo con el ideal más elevado que es el concepto del individuo.

Mantenga la fe en sí mismo y en sus capacidades, pero de acuerdo con sus ideales en las cosas espirituales. (2296-1).

Por supuesto, no existe ningún método de sanación que funcione siempre. Y la sanación espiritual no es una excepción a esta regla. No puede ser universalmente eficaz, puesto que la sanación es un acontecimiento que se produce a nivel de la conciencia, un despertar de las Fuerzas Divinas dentro del cuerpo. Y así es como la hemos definido hasta ahora.

Según parece, el deseo de curarse activa una fuerza dentro del sanador que puede ser dada o transmitida a otra persona que la necesite. La forma en que es ofrecida no es el aspecto más importante de la cuestión. La forma en que se haga dependerá del propio sanador. La fuerza es la misma, ya sea canalizada directamente a través del individuo hacia la persona receptora, ya active unas facultades en el sanador que luego ofrece como una energía sanadora. Pero debe propiciar un despertar, y ello depende de la persona que necesita sanar.

El esquema de energías presente en el cuerpo del receptor de las energías curativas debe modificarse a fin de que se produzca un restablecimiento a la normalidad. Ello implica a los átomos. Y debemos recordar una vez más que los átomos son energía.

Un grupo de más de veinticinco personas, todas ellas interesadas en el tema de la sanación espiritual, se reunió con Edgar Cayce en junio de 1935 para pedirle que ofreciera una lectura sobre el tema. Es difícil parafrasear lo que proviene de una fuente como ésta, de modo que he optado por reproducir parte de dicha lectura:

Tal como hemos indicado, el cuerpo físico es una estructura atómica sometida a las leyes de su entorno, su herencia y el desarrollo del alma.

La actividad de sanar significa crear o propiciar un equilibrio en las unidades necesarias de la influencia o la fuerza que se pone en marcha a medida que el cuerpo, en su forma material y a través de la fuerza motivadora de la actividad espiritual, es activado.

Según parece, cada átomo, cada corpúsculo posee dentro de sí toda la forma del universo..., dentro de su propia estructura.

En cuanto al cuerpo físico, está formado por elementos de diversa naturaleza que lo mantienen en movimiento para sostener su equilibrio; tal como comenzó (en el cuerpo individual) a partir de su primera causa.

Si en las fuerzas atómicas se produce un desequilibrio, una lesión, un incidente, un accidente, ciertas fuerzas atómicas quedarán destruidas y otras aumentarán; de tal modo que el cuerpo físico es capaz de añadir o sustraer el impulso vital que propicia las fuerzas motivadoras a través de esa actividad particular o individual.

Así pues, a fin de crear esa influencia dentro de cada individuo es necesario alcanzar un equilibrio que mantenga la actividad constante de cada uno de los centros atómicos en su propia fuerza rotatoria, sus propios elementos, destinados a resucitar, reavivar dicha influencia o fuerza del cuerpo.

¿Cómo incide la actividad de cualquier influencia sobre el sistema individual a fin de propiciar una curación tras el despertar de la conciencia psíquica, para hacer que sea consciente de su deseo?

Cuando un cuerpo, independiente del que está enfermo, logra ajustar o elevar sus vibraciones lo suficiente, es capaz —mediante la palabra— de despertar la actividad de las emociones hasta el extremo de reavivar, resucitar o modificar la fuerza rotatoria o influencia o las fuerzas atómicas en la actividad de la porción estructural, o las fuerzas vitales de un cuerpo, de tal forma y manera que éste vuelve a activarse.

Así es como la influencia espiritual o psíquica de un cuerpo sobre otro cuerpo propicia la sanación de un individuo; mientras que otro cuerpo puede generar la influencia necesaria en las hormonas de las fuerzas circulatorias para tomar de sí mismo lo que requiere a fin de reavivar o resucitar la parte enferma, o las condiciones perturbadas o alteradas de un cuerpo.

Pues, tal como hemos apuntado con frecuencia, al margen de cómo se produzca la curación —mediante la imposición de manos, la oración, una mirada, la aplicación de una influencia mecánica o cualquiera de esas fuerzas, en materia médica—, ello debe poseer una naturaleza capaz de producir lo necesario dentro de esas fuerzas que rodean los centros atómicos de un determinado cuerpo para resucitarlo o propiciar su curación.

Así, la ley adapta la influencia espiritual universal que despierta cualquier centro atómico a la necesidad de su actividad concurrente en relación con otras fuerzas patológicas o influencias dentro de un determinado cuerpo. Ya sea mediante unas fuerzas espirituales o unas fuerzas mecánicas, se trata necesariamente de la misma.
(281-24)

Eso se llama enfrentarse a problemas a nivel atómico, ¿no es cierto? Cuando un sanador trabaja sobre un individuo enfermo, con la palabra o el tacto o lo que sea, es con el fin de modificar las fuerzas «rotatorias» o fuerzas atómicas de tal modo que genera una mejoría.

Cuando uno se cura a sí mismo, por otra parte, existen medios (¿a través de las hormonas?) de tomar de uno mismo las fuerzas necesarias para reforzar o curar.

Podemos definir la sanación espiritual como una energía curativa. Pero la energía proviene siempre de Una Fuente. No lo olvidemos nunca.

Las claves del bienestar

Contemplemos esta búsqueda desde una perspectiva diferente mientras repasamos hasta dónde hemos llegado. Supongamos que Edgar Cayce tuviera razón al decir que todos fuimos creados a imagen y semejanza de Dios antes de que se formaran los mundos, que somos unos seres espirituales que viajamos a través de la tierra, una y otra vez, para alcanzar la unión perfecta con Dios, que era nuestro fin antes de extraviarnos, de algún modo, en la dimensión espiritual donde nos originamos.

Quizá nos extraviamos porque nos rebelamos y queríamos hacer lo que nos apeteciera. Dios no podía impedirlo porque nos había concedido el libre albedrío, así como la vida.

De modo que venimos a la tierra, que había sido creada en nuestro beneficio. Pero dentro de nosotros todavía persiste la esencia de nuestra creación original, así como la esencia de la rebeldía que trajimos con nosotros al plano terrenal. En ella reside la fuente de los problemas que experimentamos en la tierra, pues nuestras guerras con nuestro yo superior, por una parte, y la y nuestra naturaleza rebelde humana, por otra, han provocado trastornos y dolencias en nuestra vida.

De ello se desprende que nuestra existencia en la tierra constituye un período en el que podemos hallar el camino de regreso al Creador desembarazándonos de la rebeldía, las dolencias, los trastornos y creando en su lugar una paz sanadora.

Esto significa, por extraño que parezca, que todos, en cierta medida, estamos enfermos. Pero ¿qué es la enfermedad? Puede definirse de varias formas, y he aquí algunas sencillas definiciones:

- La falta de unión entre el cuerpo, la mente y el espíritu.
- La falta de un equilibrio emocional perfecto.
- La falta de una función fisiológica perfecta.
- La falta de un amor perfecto.
- La falta de esa unión perfecta que Jesús tenía con Dios y deseaba que nosotros experimentáramos.

Así pues, todos tenemos necesidad de curar el cuerpo, la mente y el espíritu. Pues nuestro destino, según estas lecturas, es alcanzar la perfecta unión con Dios. Somos unos seres eternos.

No tenemos como objetivo alcanzar la perfección, aunque ello pueda ser nuestro destino. Sino que aspiramos a una homeostasis –un equilibrio dinámico– del cuerpo con lo que experimentamos como «salud». Nos gustaría gozar de un mejor equilibrio emocional, ser capaces de reaccionar de forma amable, hallar la alegría que emana de sentirse bien y saber que no sufrimos ninguna enfermedad seria. Eso debe entenderse como un objetivo razonable.

Pero ¿cómo hallarlo? Observemos algunas de las claves implicadas en la búsqueda. Las llaves abren puertas, nos permiten penetrar en otros ámbitos de conciencia psíquica. Si sabemos cuáles son las claves, sabremos cómo realizar nuestro viaje y cómo adoptar los pasos necesarios hacia un estado de salud.

Estoy seguro, sin embargo, de que si yo le diera las llaves que cuelgan de mi llavero, no encajarían en las cerraduras de su casa, de su coche, de su oficina, de su almacén ni de ningún otro lugar que tuviera cerrado con llave. Las llaves no son así. Hemos establecido que cada ser humano es diferente, único y maravilloso en sus numerosos aspectos. Nuestra capacidad de elegir de muchas y variadas maneras ha logrado que esa diferencia sea real. Y no deja de ser una ventaja el que todos seamos especiales ante nuestros propios ojos y ante los ojos de las personas con las cuales tratamos a diario.

Las claves que pueden contribuir a abrir ciertas puertas en su búsqueda de la curación son los conceptos o ideas que consigan que se mantenga

ga concentrado e inmóvil mientras le muestran los pasos, bien medidos, que debe dar para ascender la escalera de la salud. Hagamos una lista de claves importantes extraídas de las lecturas de Cayce y de mi propia experiencia. A continuación veremos la trascendencia que algunas han tenido en la vida de ciertas personas.

1. *Mantenga siempre viva la esperanza.* Ninguna enfermedad ni condición del cuerpo es irremediable. La esperanza está estrechamente relacionada con la fe, y la fe a menudo produce unos resultados totalmente inesperados y maravillosos. De modo que confíe en que hallará lo que busca.

2. *Todas las enfermedades pueden ser superadas,* y las condiciones del cuerpo pueden regresar a la normalidad. Cayce dijo una vez que uno puede curar casi cualquier condición, pero no se puede curar a un anciano con un corazón endurecido y el cuello rígido. Cayce podría haber aplicado esos términos también al sexo femenino. La curación sólo puede producirse si mantenemos una actitud correcta; lo más necesario es que el individuo adopte una actitud adecuada.

3. *Mantenga la mente siempre abierta.* Nunca se sabe cuándo Dios le confiará un secreto que puede procurarle la curación que esperaba. Dios se expresa a través de los niños, de los seres amados, incluso de nuestros «enemigos». Y no olvide que los enemigos son sólo unos espejos en los que se refleja usted o una marioneta que le brinda amablemente una lección vital sobre emociones y actitudes.

4. *Elija siempre de forma constructiva* en lo que se refiera a su dirección o su actividad. La elección es una herramienta muy poderosa que puede destruir la salud, aumentarla o propiciarla. Utilice su poder de elección como una clave dorada. Elija su camino y no se aparte de él. No se arrepienta nunca de una elección hecha con sinceridad. Siempre le aportará un cambio y unas oportunidades inesperadas para hacer otras elecciones. La vida es así. El cambio es un requisito indispensable para crecer. Y la curación significa siempre crecimiento. Procure contemplar las cosas desde otra perspectiva, haga las cosas de manera distinta. Es decir, un cambio por elección en lugar de verse forzado a cambiar. Esto último provoca trastornos y menoscaba nuestra salud.

5. *Preste atención al constructor.* Manténgase alerta respecto a lo que hace su mente. Si dice o piensa algo negativo, recuerde que su cuerpo obedece las directrices de la mente, de modo que afirme algo positivo. Re-

flexione sobre la frase que pronunció o pensó. ¿Era una afirmación? Aunque su inconsciente no la reconociera como una afirmación, ello no impide a su inconsciente aceptarla y convertirla en una orden del cuerpo, tanto si es positiva como si es negativa.

6. *Paciencia, persistencia, coherencia* son las normas doradas para curar el cuerpo. Estas tres cualidades espirituales deben lucirse como un manto cuando tratemos de curar el cuerpo.

7. *Una asimilación y eliminación normales* son esenciales para la salud.

8. *Mantenga un equilibrio alcalino en el sistema inmunitario.* Se precisa un pH levemente superior al sanguíneo para proteger, curar y regenerar.

9. *En medio de este universo «material», recuerde sus orígenes.* Es fácil echar un vistazo alrededor y contemplar este hermoso mundo y pensar: «Formo parte de él». Sin embargo, nuestro destino yace en un ámbito situado más allá de nuestra imaginación. En un día cualquiera, despejado o nublado, puede contemplar la eternidad. No sólo proviene de allí, sino que es su destino. Usted es más grande de lo que cree.

10. *Busque la alegría en todo lo que haga.* Si alguien se enfada con usted, alégrese de poder comprenderlo y bendígallo. No puede controlar a esa persona. Si su gato le despierta en plena noche, no lo arroje de la cama de una patada: échese a reír, dése la vuelta y siga soñando. La risa es un elemento curativo para el cuerpo y un placer para el alma.

11. *Busque siempre algo que le guíe.* Puede hallarlo en un sueño, en unos símbolos en el mundo exterior, durante la meditación, a través de la intuición o los presentimientos, o en una voz interior. Necesitamos esa ayuda. Nos da fuerzas y nos permite seguir la dirección y hacer las elecciones adecuadas.

12. *Por encima de todo, manténgase activo.* No vacile en los movimientos que realiza en la tierra. En un campo de fútbol, le arrebatarían el balón. En un ring de boxeo, le noquearían. En la vida, acabará sintiéndose confundido y desorientado. Haga algo, aunque se equivoque. De ese modo, siempre tendrá otra oportunidad. Si acierta, habrá dado otro paso seguro en el camino que se ha trazado. Pero no olvide utilizar las otras claves. Ésa es la dirección hacia la salud.

Al ayudar a los demás a emprender el camino hacia la salud, definiría una vez más la auténtica sanación como el regreso a la «normalidad» por

parte del cuerpo, la mente y el espíritu. Esta norma guarda un estrecho paralelismo con la manera o forma en que fuimos creados. Podríamos decir que se trata de un patrón o boceto de lo que deseamos ser, mientras buceamos en nuestro interior en busca de un objetivo o un ideal.

Parte de mis ejercicios matutinos consiste en montar durante veinticinco minutos en mi bicicleta estática. Me gusta emplear ese tiempo de forma creativa, así que interiormente invoco a todos los ángeles, fuerzas o seres que poseen una conciencia y trabajan constantemente para mantenerme saludable. Es decir, si yo se lo permito, pues a veces dejo que los problemas del mundo me distraigan y nosotros –esos seres, los ángeles, las fuerzas del bien y yo– no conseguimos completar nuestro intercambio durante mis ejercicios sobre la bicicleta estática.

Pero cuando lo conseguimos, los reúno alrededor de la mesa en nuestra sala de conferencias y les hago saber que ellos, al igual que yo, fueron creados por un ser beneficioso al que llamamos Creador, Dios, y que parte de la misión de esos seres dentro de mi cuerpo consiste en restituirlo a la normalidad. A fin de que comprendan a qué me refiero, les digo que vamos a observar de nuevo el boceto del área en la que están trabajando, para refrescarles la memoria y hacer que su trabajo sea más productivo.

Llegados a ese punto, les pido que observen atentamente mientras sobre la mesa se proyecta una luz brillante que transforma mi cuerpo de una forma tridimensional a un panorama muy complejo pero riguroso de mi cuerpo, algo así como un boceto trazado por un profesional competente. Luego, el boceto se dispersa, como por arte de magia, entre cada uno de esos seres que se encargan de unas porciones específicas de mi cuerpo.

A continuación les ordeno que observen la parte que les corresponde del boceto y estudien lo que deben hacer hoy. Por último les pido que se retiren para seguir trabajando y yo les animo, mientras hago ejercicio sobre mi bicicleta, con la visualización de imágenes y palabras, exhortándoles a normalizar, reforzar o regenerar aquellas zonas de mi cuerpo que lo necesitan.

Este pequeño ejercicio incorpora muchos de los conceptos que he tenido el privilegio de aprender a través del material legado por Cayce, el cual he estudiado y con el que he trabajado durante más de cuatro décadas desde que entré en contacto con esa información. Buena parte de este material ha formado parte de mi vida mientras trabajaba con individuos que

estaban enfermos o que estaban a punto de caer enfermos, aunque no fueran conscientes del comienzo de su dolencia.

Tenga siempre presente que usted es la obra más importante que ha creado Dios en el universo. Fue creado a imagen y semejanza de la Fuerza Divina. Posee dentro de sí todo el potencial que posee Dios. Es un ser eterno, y en ese sentido nunca dejará de existir.

Así pues, ¿acaso no es realista afirmar que es un ser espiritual, que fue creado antes de que se formara el mundo, y que seguirá existiendo cuando la tierra se enrolle como un pergamino y desaparezca?

Posee el don de elegir lo que desea hacer, don que lleva ejerciendo desde antes de encarnarse en la tierra. Pues usted, al igual que el resto de los habitantes de la tierra, eligió apartarse de Dios y ejercer sus poderes. Ahora, ha emprendido una aventura a nivel de conciencia psíquica para hallar el camino de regreso a casa, donde se originó, en sintonía con las Fuerzas Creadoras del universo.

Esto es lo que podríamos denominar un breve esbozo de usted y de su patrimonio, y del destino que le aguarda. Por consiguiente, cabe preguntarse: si tenemos más de 5 billones de años según el tiempo de la tierra, ¿seguimos un proceso de envejecimiento «normal»? Pues la mayoría de nosotros estamos condicionados por varias generaciones de antepasados a pensar que rebasados los treinta o los cuarenta empezamos a envejecer, y que a los sesenta y cinco nos jubilamos o nos morimos.

Eso causa un fuerte impacto en el proceso de sanación, pues nuestro cuerpo tiende a seguir las sugerencias dadas por la mente, y si creemos que vamos a envejecer, seguramente envejeceremos. De modo que debemos recordar lo que somos realmente y lo que nuestros orígenes y nuestro destino representan, al margen del número de encarnaciones que hayamos experimentado en la tierra. El hecho de implantar ese patrón de creencias en nuestro inconsciente ayuda a que nuestro cuerpo se convenza de que somos tan jóvenes como creemos ser.

Una enfermera preguntó a uno de nuestros pacientes geriátricos: «¿Qué edad tiene usted?». El hombre respondió: «¡Mi edad no me afecta! –Y se apresuró a añadir–: ¡Y a usted tampoco!». No creía que el ser humano envejeciera. Era –y es– eterno.

Las enfermedades de los ancianos no se producen porque la persona envejece. Muchos profesionales de la medicina quizá se mostrarían en de-

sacerdo conmigo en este tema, pero quizá no se hayan planteado el concepto de que somos distintos de lo que creemos. Y podemos vivir largo tiempo. Hemos abordado el tema de la longevidad en capítulos precedentes. Cayce sugirió en muchas lecturas que la longevidad puede alcanzarse siempre y cuando uno mantenga el equilibrio de las funciones corporales, una condición que crea ese estado de bienestar que llamamos «salud», y la gente no suele morir a causa de una buena salud.

Hace unos años el doctor de Yale Theodore Linz informó acerca de un paciente de setenta y seis años a quien se había hospitalizado a causa de un fallo cardíaco y que parecía totalmente desorientado. Después de haber controlado su condición cardíaca, el paciente recobró la orientación y la lucidez. No obstante, dado que aquel anciano de setenta y seis años no cesaba de repetir que en cuanto estuviera dispuesto para marcharse a casa su madre acudiría a recogerlo, los médicos decidieron mantenerlo hospitalizado durante unas semanas, para tratar de mejorar su estado mental. «Un día –dijo el doctor Linz– se presentó su madre de noventa y tres años, conduciendo ella misma el coche desde una población distante ciento cincuenta kilómetros, acompañada por su hermana de noventa y siete años, y se llevó a su hijito a casa.» La anécdota se recoge en el libro de Lawrence Galton *Don't Give Up on an Aging Patient* (Crown, 1975).

Son muchos los factores que influyen en la longevidad, y esos mismos principios forman parte de la fuerza o debilidad del proceso de curación del cuerpo. Pero debemos tener siempre presentes nuestra auténtica naturaleza, nuestro auténtico origen y nuestro destino último. Asimismo, debemos aceptarnos tal como somos hoy en día, pero mirando al futuro para alcanzar el crecimiento que nos aproximará a nuestro objetivo.

Si uno elige los frutos del espíritu como propósito, como meta, o como ideal, el sendero será más fácil de recorrer. Tal como comentamos anteriormente, existen dos medios de aprender, y todos debemos aprender a amar. Una es adoptando el talante que asumimos al principio cuando nos rebelamos y abandonamos la presencia de Dios, y nos extraviamos. Ésa es la vía difícil. Cuando nos rebelamos, no aprendemos escuchando y creyendo. Ése es el medio amable que emplea Dios para enseñarnos lo que debemos aprender mientras avanzamos por nuestro camino, reencarnándonos a través de las numerosas naciones y razas que pueblan la tierra. Cuando nos negamos a escuchar, existe otro medio, el más duro.

Mi abuelo lo llamaba la escuela de los golpes. Actualmente, algunos lo denominan karma.

Elegir el camino amable, los frutos del Espíritu, es lo que algunos llaman gracia. Pues lo que Dios pretende es que asimilemos las lecciones importantes de la vida. Y éstas se concretan en una sola cosa: «cómo amarnos los unos a los otros». Si no lo aprendemos por las buenas, tendremos que aprenderlo por las malas. Depende de nosotros.

En nuestra búsqueda de la curación del cuerpo, automáticamente pasamos a la acción. Tenemos que pedir ayuda a otros. Tenemos que mover conscientemente nuestro cuerpo para proseguir la búsqueda. Quizá debamos leer, asistir a clases, ir a algún sitio. La acción no sólo es necesaria, sino obligatoria.

Por lo que a mí respecta, he comprobado que el hecho de saber algo tiene escasa utilidad a menos que lo lleve a la práctica en mi vida. El adquirir muchos conocimientos, buscar múltiples formas de curar el cuerpo es una pérdida de tiempo a menos que pasemos a la acción. De modo que, según mi experiencia, la acción es un objetivo primordial. Y el único momento del que disponemos es ahora, el presente. Es el único momento en el que podemos actuar. Si esperamos a que se presenten las oportunidades, las perderemos.

En el Antiguo Testamento, Elías fue abordado por una viuda (1 Reyes 17; 17-24) que no despreciaba a Elías porque su hijo yacía muerto y la mujer creía que Elías había venido para invocar su pecado y que éste aniquilara a su hijo. Elías era un hombre de acción. Llevó al niño al desván donde vivía y lo depositó en su lecho. «Se tendió sobre el niño tres veces, implorándole al Señor: “Dios mío, haz que el alma de este niño regrese de nuevo a él”. Y el Señor oyó la voz de Elías y el alma del niño regresó a él y resucitó.»

Elías era un hombre de acción. Creía en lo que Dios le había mandado hacer, y lo hizo. En el Nuevo Testamento, existen numerosos ejemplos de individuos que fueron sanados por Jesús. Pronunciaba una palabra, y el hombre resucitaba. Requería acción, aunque sólo pronunciara una palabra. Pedro también era un hombre de acción, y fue designado en la roca sobre la que se edificaría la Iglesia.

A fin de curarnos debemos seguir, en esta dimensión, nuestras creencias e ideales y ponerlos en práctica. Suele ser necesario cuando nos ha-

llamos en una situación en que padecemos dolores o molestias. Y en todo caso es imprescindible cuando mantenemos una relación con otro ser humano y debemos amar –con todo lo que el amor significa–, o bien cuando no conseguimos vivir según nuestras creencias. A menudo la curación sólo depende de eso.

Debemos también buscar todo tipo de orientación, signos, sueños, que pueden presentarse de la forma más inesperada. Supongamos, por ejemplo, que se encuentra en el coche, acciona la llave de contacto y el coche se pone en marcha. Usted pregunta a su sabio amigo, quien ocupa el asiento del pasajero, si puede darle algunas indicaciones sobre la dirección que debe tomar. Sin embargo, siguen aparcados junto a la acera. Su amigo responde: «Si arrancas y te metes entre el tráfico, te ayudaré. Pero hasta que te muevas no puedo guiarte».

De modo que debemos movernos, y si la pedimos obtendremos la orientación que necesitamos. La dirección más importante suele hallarse dentro de nuestro propio cuerpo, pues se nos ha dicho que el reino de los cielos está en nuestro interior. Y, mientras meditamos con nuestro yo más profundo, recibiremos respuesta acerca de cuándo, dónde y cómo debemos medir nuestros pasos día a día. La justicia, la misericordia, la paz y la armonía son los dones que recibimos de Dios cuando buscamos su rostro. Cuando busquemos algo que nos guíe en nuestra búsqueda de la salud, debemos tener presente este breve comentario de Cayce:

El médico que más necesitamos está dentro de nosotros. El médico es la Conciencia de Cristo. No confíe en otras fuerzas salvo las que están en su interior. Recuerde que el cuerpo es el templo del Dios viviente. Y Él ha prometido reunirse con usted, cuando logre sintonizar con su auténtico ser mediante la circulación externa. Mediante su voluntad, puede alcanzar la armonía dentro de su ser. Hágalo. Viva según esta norma. Sea como Dios desea que sea. (3384-1)

La meditación, para definirla simplemente, constituye la técnica de sintonizar el cuerpo físico y mental con su fuente espiritual. En general, el procedimiento consiste en sentarse con la espalda recta y los pies apoyados en el suelo. Cerrar los ojos y mantener la cabeza erguida. La mente se sosiega al concentrarse en una afirmación, como por ejemplo: «Padre Nuestro, a través del amor que has manifestado en el mundo por medio de tu Hijo, Cristo, haz que seamos más conscientes de que “Dios es Amor”».

La música suele ayudar a que nos preparemos para la meditación, y también podemos utilizar incienso. A medida que penetra en el silencio, el cuerpo se va calmando poco a poco, y luego la mente. Es más difícil sosegar la mente, pues uno se pone a pensar sin querer en todo tipo de cosas. Para calmar la mente, es preciso repetir una y otra vez la afirmación y mantenerla en el ojo de la mente.

Con frecuencia, al meditar uno penetra en un estado consciente ampliado, y encuentra en el silencio la orientación que busca. O quizá la halle al final de la meditación. Tal como afirma la promesa, pide y te será concedido.

A veces esa orientación aparece antes de una sesión de meditación. Una mañana, mi esposa Peggy y yo nos dirigimos a nuestra sala de meditación para iniciar la sesión. Era un día normal y corriente y no había ocurrido nada memorable en nuestras vidas. Yo encendí la vela y de pronto ambos observamos al mismo tiempo que había unas gotas de agua sobre la Biblia abierta que tenemos en una mesa entre las dos sillas. Parecía como si alguien hubiera derramado una cucharadita de agua sobre el libro. Sólo estaba mojada la página izquierda, pero no había empapado la página siguiente. Secamos el libro inmediatamente, pero la página quedó arrugada a consecuencia de la humedad. En la habitación no hay un grifo ni otra fuente de agua. Mi esposa y yo nos habíamos duchado hacia un rato, pero luego ambos nos secamos completamente y nos habíamos vestido antes de entrar en la sala de meditación. Del techo no caían gotas de agua, no estaba lloviendo ni había llovido desde hacía varias semanas en Arizona. Y ni mi mujer ni yo sosteníamos un vaso o una botella de agua en la mano.

La Biblia estaba abierta por la Epístola I de san Juan. Juan era el más joven de los cuatro apóstoles y un auténtico místico. Fue él quien escribió también el libro sobrenatural y simbólico del Apocalipsis. La página que se había mojado era el cuarto capítulo del evangelio según san Juan, en el que Juan habla de Jesús junto a la fuente de Jacob. Jesús había pedido a la samaritana que había acudido a la fuente en busca de agua que le diera de beber, «puesto que sus discípulos habíamos ido a la ciudad a comprar carne. La samaritana preguntó: “¿Cómo es posible que tú, siendo judío, me pidas a mí, una mujer de Samaria, que te dé de beber? Los judíos no tienen tratos con los samaritanos”.

»Jesús respondió: “Si conocieras el don de Dios, y a quien te ha pedido que le des de beber, tú se lo habrías pedido a él, y él te habría dado agua”. La mujer dijo: “Señor, no tienes un recipiente con el que coger agua, y la fuente es muy profunda; ¿de dónde habrías sacado el agua? ¿Acaso eres más grande que nuestro padre Jacob, quien nos dio la fuente y bebió él mismo de ella, así como sus hijos, y su ganado?”.

»Jesús contestó a la mujer: “Quienquiera que beba de esta fuente volverá a tener sed: Pero quienquiera que beba el agua que yo le daré nunca volverá a tener sed. sino que el agua que yo le daré formará una fuente dentro de él que le proporcionará la Vida eterna” (Juan 4, 7-14).

El lector puede leer el resto de la historia si le interesa, pero la anécdota nos causó a mi esposa y a mí un fuerte impacto. Ambos nos hemos comprometido a trabajar con el material de Cayce en la A.R.E. Clinic y servir a Dios a través de esa labor. Nuestros escritos y enseñanzas son producto de ese compromiso. El agua que brotó del éter a través de un medio desconocido reclamaba nuestra atención, diciendo: «Ésta es vuestra fuente de agua, la cual existe en la vida de toda persona, si la aceptáis. Estudiad su significado más profundo, pues vosotros, al igual que todos los habitantes de este planeta, fuisteis creados como seres eternos a imagen y semejanza de la Fuerza que creó el propio universo».

La orientación puede provenir también a través de unos signos. No unos signos como el signo bíblico de Jonás, cuando fue engullido por una ballena. En esta época moderna puede recibir mensajes útiles referentes a su salud por medio del cartel pintado en la puerta de una furgoneta comercial, observando lo que ocurre a su alrededor, escuchando lo que dice un miembro de la familia o un amigo, o simplemente observando lo que acontece en la naturaleza. Se trata de un proceso de aprendizaje.

Mi experiencia de conducir a ciento treinta kilómetros por hora a través del desierto de California en una calurosa tarde de julio, cuando uno de los neumáticos reventó en las afueras de Wickenburg, me enseñó una lección. Era una señal. Aprendí que existen unos ángeles que me guardan y vigilan. Ese neumático estaba completamente desgastado, presentaba siete orificios a través de los cuales se veía la cámara interior. A veces visualizo a esos ángeles, volando sobre mi cabeza, tapando con sus manos esos orificios para impedir que el neumático estallara antes de que llegara a Wickenburg, donde pude conseguir otro de recambio.

Estoy seguro de que los ángeles también me ayudan cuando me ocupo de temas relacionados con la salud o episodios de sanación en mi propio cuerpo o en los de quienes acuden a mi consulta. Recibimos una orientación incluso cuando no la pedimos. Cada individuo posee un ángel de la guarda que se encarga de sortear los problemas que pueden o deben ser evitados. Los niños son quienes más necesitan ese tipo de ayuda.

La fuente de orientación más pacífica proviene de los sueños. Un buen amigo mío tuvo un sueño en el que bajó al sótano (por aquella época vivía en una casa de una sola planta) para inspeccionar las cañerías de agua, las cuales parecían haberse atascado. Mi amigo tuvo la impresión de que el sueño le indicaba algo sobre el sistema de eliminación de su cuerpo, la parte inferior, dándole a entender que estaba atascado.

Conociendo la importancia de la eliminación en el cuidado del cuerpo, mi amigo pidió hora para que al día siguiente le practicaran una irrigación de colon, y comprobó que el sueño pretendía, efectivamente, advertirle sobre el estado de su intestino grueso. También soñó que estaba sentado ante un enorme plato de zanahorias. Hacía tiempo que no comía suficientes verduras, especialmente zanahorias.

La mayoría de los sueños no son tan claros, pero cuando uno solicita orientación a través de los sueños, sus facultades psíquicas recaban una información que atraviesa la barrera que suele existir entre la mente consciente y el inconsciente para ofrecerle una serie de símbolos que pueden ser interpretados y que responden a la pregunta formulada.

Existen unos principios que rigen cada paso que damos hacia la sanación. Éstos no se basan necesariamente en estudios científicos, pero forman parte del plan Divino para el cuerpo humano, y Dios no nos ha concedido la capacidad de comprender plenamente la prodigiosa naturaleza de esta unidad eléctrica que llamamos cuerpo, ni la energía que transmite información y está dotada de conciencia.

Es preciso que avancemos sin perder nunca de vista nuestro objetivo, o sea el de formar parte de las Fuerzas Creadoras del universo. Debemos tener siempre presente que existen razones y principios subyacentes a cada paso que damos. Debemos buscar la coordinación, la cooperación y el despertar de las áreas más profundas de nuestra conciencia psíquica.

Nuestro ascenso por la escalera ayuda al cuerpo a sanar, dependiendo en parte de lo que hagamos para contribuir a nuestra sanación y

cooperando con todos los intentos que se produzcan dentro y fuera de nuestro cuerpo.

Imaginemos que la escalera tiene doce peldaños, o travesaños, los cuales debemos asegurarnos de que están siempre en buen estado para permitirnos subir por ellos. Tales peldaños son:

1. *Utilizar nuestros hábitos dietéticos para crear salud.*

Todos tenemos unos hábitos que dominan la mayor parte de nuestras horas de vigilia, especialmente las horas de comer. En estos últimos años del siglo xx se han propugnado diversas normas para comer de forma saludable, que casi todos conocemos. Tenemos el poder de elección, pero no nos sirve de nada si no lo aplicamos de modo constructivo a nuestros hábitos dietéticos. Con paciencia y tesón, lograremos crear nuevos hábitos que reforzarán nuestro cuerpo y harán que esté más saludable. De usted depende.

Para seguir una dieta básica y saludable debe comer muchas verduras y frutas; pescado o aves como fuentes proteínicas; evitar los fritos, la harina refinada y el azúcar blanco; y consumir pocos dulces.

2. *Ponga sus conocimientos, su fe y sus ideales en acción*

Cree un ideal para su vida que esté dispuesto a seguir. Procure que sea algo creativo y constructivo, jamás destructivo o encaminado exclusivamente a satisfacer sus deseos y caprichos. Identifique la fuerza superior en la que cree. Luego, obre como si tuviera fe en que esa fuerza superior le guiará y mostrará el camino que debe seguir a través de su vida, y a través de su búsqueda de la curación. En resumen, compórtese como si esas cosas fueran reales en su vida, y después pase a la acción.

3. *Rece y medite, y pida a otros que recen por usted.*

¿Por qué se preocupa si puede rezar? Cayce dijo: «Rece, rece para estar preparado en el momento de una dura prueba o una tentación, para poder decir, tal como dijo Él: “Hágase no mi voluntad sino la tuya, Señor, cúmplanse tus deseos a través de mí para que alcance contigo el estado del que gozaba antes de que fuera creado el mundo, y ser consciente de ello”».

»El cuerpo es efectivamente el templo del Dios viviente. Ahí es donde se manifiesta la Creación. Cada mañana representa otra oportunidad» (3188-1).

Luego, cuando haya buscado la unión perfecta con Dios mediante la oración, pida a sus seres queridos y a sus amigos que recen por usted. Ninguna oración quedará sin respuesta.

La meditación consiste en sintonizar su ser físico y mental con lo Divino. Es preciso practicarla periódicamente, y en esos momentos es cuando oír la voz que le guiará y dirigirá sus pasos.

4. *Utilice compresas de aceite de ricino y otros remedios recomendados por Cayce.*

El aceite de ricino posee una vibración que depura y sana, independientemente de dónde se lo aplique. Llamado «el aceite que sana» o «Palma Christi», siempre ayuda al sistema inmunitario, como si aplicara la palma de Cristo sobre su cuerpo. Conviene tener presente que el sistema inmunitario es el primer defensor de la salud del cuerpo y posee la facultad de rejuvenecer y regenerar el organismo. Cuando aplicamos una compresa de aceite de ricino al hígado y la zona superior derecha del abdomen, se estimula en el timo y en el resto del sistema inmunitario que dirige esa glándula la circulación linfática y la capacidad de responder a cualquier peligro que amenace al cuerpo.

Al utilizar diariamente los remedios de Cayce, visualice la eficacia del remedio a fin de despertar la conciencia de los tejidos del cuerpo respecto a su fuente espiritual.

5. *Abrace y toque con frecuencia a las personas que quiere.*

Cuando abraza o toca a las personas, modifica el campo electromagnético de éstas, y lo que algunos denominan su aura. Entréguese cuando toca a la gente. Sepa que, al hacerlo, actúa a modo de canal a través del cual se manifiesta siempre el poder de lo Divino. El tocar a la gente le dará poder sin necesidad de emplear palabras. Acepte que le abracen y le toquen con la misma actitud y dé las gracias a quien lo haga.

6. *Haga ejercicio, mueva el cuerpo. O haga que otros lo muevan por usted.*

Caminar, montar en bicicleta y nadar son los mejores ejercicios que

existen. En cualquier caso, si no mueve el cuerpo con regularidad estará transgrediendo una ley. La penalización por transgredir esa ley es que su cuerpo perderá flexibilidad en las zonas que no haya ejercitado. Ha venido a la tierra para hacer cosas. El ejercicio le mantendrá sano, a fin de que pueda cumplir su propósito en esta encarnación.

Si no hace suficiente ejercicio, haga que alguien mueva su cuerpo. Un osteópata, un quiropráctico, un masajista, un terapeuta o incluso un médico pueden aplicarle un tratamiento que le resultará muy útil.

Cada uno emplea unas técnicas y unos métodos específicos, todos ellos válidos y eficaces. De modo que cuide su cuerpo haciendo ejercicio regularmente o poniéndose en manos de un profesional. Su cuerpo se lo agradecerá.

7. *Trabaje con sus sueños.*

En primer lugar, anote sus sueños. Su inconsciente no sentirá gran respeto hacia usted si no lo hace. La parte del inconsciente que le orienta a través de los sueños creará que no se lo toma en serio.

Los sueños llevan a su conciencia la información de la parte totalmente inconsciente de su ser que le ayuda a guiarle, dirigir sus pasos y ofrecerle atisbos de su pasado.

Según dijo Edgar Cayce: «Los sueños presentan una y otra vez a la entidad las lecciones, las verdades que la entidad trata de aplicar a su vida, y a medida que se las presenta la entidad debe prestar atención a esas advertencias y lecciones, y al aplicarlas a su vida obtendrá más paz, más satisfacción y un mayor conocimiento de las condiciones, los propósitos y la vida en su totalidad, pues la vida no consiste sólo en vivir, ni la muerte consiste sólo en morir» (136-62).

8. *Tome las medidas oportunas para regenerar su cuerpo*

La electricidad puede ayudarle a conseguirlo. Las lecturas de Cayce insisten en que la electricidad o la electrónica es lo que mejor expresa una manifestación de Dios en la tierra. No es Dios, sino la manifestación de Dios. Asimismo, Cayce describió varios aparatos accionados mediante energía que pueden contribuir a la curación del cuerpo o a crear longevidad.

No olvide nunca que su cuerpo es un organismo totalmente eléctrico. Y que los impulsos que fluyen a través de su sistema nervioso po-

seen la misma naturaleza que las Fuerzas Creadoras. Es decir, el flujo de la vida.

Si desea vivir muchos años, será mejor que se dedique a ayudar a los demás. Pues la vida no consiste en otra cosa. La electricidad –la fuerza vital– que fluye a través de nuestro cuerpo constituye la ayuda que necesitamos. No obstante, todos tendemos a distorsionar la fuerza vital en beneficio propio. Para que se produzca la longevidad, la naturaleza de Dios, en cuanto amor, bondad, amabilidad, etc., ha de fluir a través de nosotros y hacia afuera, para servir a aquellos con quienes entremos en contacto. Con amor.

9. *Elimine lo que no necesita.*

Elimine actitudes que no sean útiles, los desechos de alimento en la región intestinal, las «cosas» que le sobran y ocupan mucho espacio en el garaje y el desván.

Procure eliminar todas las fuerzas usadas y desechadas que circulan por la sangre a través de su aparato digestivo, pues se convierten en una carga y favorecen la aparición de enfermedades. Asimismo, deseche el odio, la ira, el rencor, el orgullo, las críticas, las envidias, las decepciones, las frustraciones, los problemas, los reproches, etcétera que ha ido alimentando durante largo tiempo. El limpiar simbólicamente sus armarios y regalar algunas de esas cosas que hace años que no utiliza le ayudará a depurar su organismo.

10. *Elija una actitud que le ayude y practíquela. Elija otra.*

Las actitudes comienzan desde el mismo momento en que las elegimos, y se fortalecen a medida que las practicamos. Pueden ser constructivas o destructivas. Practique todas las actitudes que cree que deben formar parte de usted porque son beneficiosas, a diario, hasta que lleguen a formar parte de su personalidad y le hagan aparecer, a los ojos de los demás (y de usted mismo), una persona maravillosa.

11. *Consulte a un terapeuta para aprender a conocerse mejor, para ver las cosas a luz de sus vidas anteriores y sus objetivos en la vida.*

No podemos vernos a nosotros mismos sin algún tipo de ayuda. Un terapeuta nos ayuda al sostener ante nosotros un espejo en el que nos

vemos reflejados. Nuestro cónyuge no puede hacerlo, porque generalmente representa el papel de espejo y ese tipo de relación engendra discordia y malos entendidos. Consulte con alguien que pueda ayudarle en el contexto de contemplar a cada persona como un ser eterno que ha experimentado múltiples encarnaciones y al que todavía le queda mucho que aprender. Todos necesitamos ese tipo de ayuda.

12. *Busque un grupo de ayuda.*

Los grupos de estudio de la Búsqueda de Dios, de la A.R.E., son un excelente ejemplo. Cuando alguien, sea quien sea, le ofrezca consejos sobre la sanación y usted desee obtener más datos, en un ambiente amistoso y entre personas bien informadas, un grupo resulta muy útil. Ha sido en este contexto como miles de individuos han aprendido a trabajar con sus sueños y a ofrecer consejos provechosos a otros miembros del grupo. Existen muchos grupos de ayuda dedicados a personas que padecen una enfermedad específica repartidos en todo el mundo.

Si decide incorporarse a un grupo, procure asistir a todas las sesiones. No olvide que la persistencia y la coherencia son unos elementos imprescindibles para triunfar en cualquier empresa.

No es probable que dé esos doce pasos al mismo tiempo. Sería una tarea ingente. Recuerde que hemos venido a la tierra a través de numerosas encarnaciones, adoptando hábitos aquí y allá que se convierten en unas actitudes que a veces nos impulsan a través de la vida de una forma que no nos gusta, hasta que buceamos en nuestra conciencia psíquica.

Si intenta cambiar todas esas actitudes de golpe, lo más probable es que fracase. Así pues, es importante empezar por utilizar aquellas capacidades que se hallen a nuestro alcance. Creo que las lecturas de Cayce hacen bien en recordarnos que basta un poco de levadura para hacer que se eleve todo el pan. Las cosas ocurren poco a poco, pasito a paso, una línea tras otra, un precepto tras otro.

Mientras avance a través de esos pasos hacia lo alto de la escalera, experimentará sin duda unos momentos en que oirá cosas que había oído antes pero que no había comprendido, y de pronto, inesperadamente, se

enciende una luz y comprende su significado. «¡Ahora ya lo entiendo!» Esos momentos marcarán el despertar paulatino de su conciencia psíquica respecto a su patrimonio.

Cuando pensamos que estamos destinados a ser cocreadores con Dios, capaces de hacer y saber lo que el Creador del universo sabe y hace, nos quedamos asombrados, y nos detenemos para preguntarnos: «¿Hacia dónde me dirijo? ¿Soy capaz de todo esto?».

Según Cayce, usted es capaz de ello y conseguirá saber y hacer lo que Dios ha sabido y ha hecho. Lógicamente, Él sabe que tardaremos un tiempo en llegar allí, que nuestros esfuerzos se verán jalonados de éxitos y fracasos. Pero lo importante es emprender esa dirección y avanzar. Si tenemos presente que nuestro «intento» es considerado por Dios como justo, nos resultará más fácil aceptar los contratiempos mientras adquirimos una mayor sabiduría y dejamos que nuestra alma crezca para alcanzar su destino. Al final del libro he incluido una serie de referencias que pueden serle de utilidad en su aventura.

En busca de la curación

El origen es nuestro destino. En la cima de la escalera hay una luz. Nos muestra que lo que hemos contemplado como nuestro comienzo es también lo que hemos heredado como nuestro destino. Debemos aprender a conocernos como seres individuales, pero al mismo tiempo formamos parte de las Fuerzas Creadoras que llamamos Dios, y nos hallamos en medio de nuestro viaje. La luz nos permite comprender mejor dónde nos encontramos. Pues estamos ciertamente más lejos de lo que estábamos cuando penetramos por primera vez en la tierra, aunque todavía nos queda un largo camino por recorrer.

De alguna manera, según hemos comprendido, la búsqueda de la curación forma parte integrante de nuestro crecimiento hacia ese objetivo al que Edgar Cayce se refirió en tantas ocasiones: la unión total con Dios. Pues cada vez que nos curamos, se nos concede otra pieza del galimatías, otro don para comprendernos mejor a nosotros mismos y nuestra relación con nuestros semejantes y con Dios. Con todo, nuestra visión aún no es perfecta, y algunas etapas de nuestro trayecto las percibimos vagamente en los confines más remotos del tiempo.

Fuimos creados como almas, y por alma entendemos espíritu, mente y voluntad. El patrimonio que constituye el poder de elección fue creado cuando se produjo la creación, suponiendo que exista la calidad del tiempo en esa dimensión. Y por elección –el ejercicio de ese poder– fue como entramos en el plano de la existencia. Pero primero tuvo que ser creada la

tierra, y la belleza de ese acontecer fue captada por las lecturas de Cayce en numerosos casos en que las preguntas formuladas se referían al comienzo de las cosas.

Si estamos aquí para servir a los demás, según sugiere Cayce, cabría pensar que tratamos de curarnos a través del servicio que prestamos a nuestros semejantes. La curación significa desembarazarnos de los desechos que hemos ido acumulando a lo largo de los siglos. Cada paso que damos hace que la carga nos resulte más ligera, y nos conduce fuera de las tinieblas y hacia la luz. Puede ser el proceso que experimentamos cuando aprendemos a amar. Ello podría constituir en sí mismo el secreto de la curación. Se nos ha dicho repetidamente a lo largo de los siglos, pero somos un poco lentos en aplicar la lección para comprobar si es cierto.

La naturaleza de la búsqueda espiritual es la sintonización del cuerpo físico y mental con su fuente espiritual. Pues, sin lo físico y lo mental, el espíritu no tendría dónde alojarse. Somos, ciertamente, un ser, y debemos obrar de acuerdo con esa idea.

Los buscadores reconocerán el sendero y comprobarán que las recomendaciones contenidas en las lecturas de Cayce son aplicables a su experiencia de buscar la curación del cuerpo:

Quienes buscan han venido para conocer, para experimentar, para SENTIR la presencia de la Conciencia de Cristo en su propio pecho, en su propia experiencia.

¡ABRAN la puerta de sus corazones! Pues Él está dispuesto a entrar, para reunirse con quienes le piden que entre.

Él acude sin que se lo pidamos, pero lo que buscan lo hallarán; si llaman a la puerta, ésta se abrirá. A medida que vivan la vida experimentarán Su proximidad, Su presencia, en la suya.

Tal como Él dijo: «Amaos los unos a los otros», expresando TODO lo que se encierra en el propósito de Su venida al mundo material; a fin de sustituir el odio y la envidia y esas cosas que hace que sintamos temor, por el amor, la esperanza y la alegría. (5749-10)

Así, la luz no sólo nos muestra el camino, quizá, y amplía nuestros conocimientos de lo que es nuestro principio y adónde estamos destinados a ir en el futuro, sino que nos permite comprender mejor por qué gozamos de buena salud o enfermamos, la forma en que la fisiología de nues-

tro cuerpo puede verse influida por un sinnúmero de factores, y cómo se iniciaron nuestras experiencias y encarnaciones.

A lo que parece, Dios se propuso crearnos a usted y a mí como almas a su imagen y semejanza. Nos dio la vida a través de lo que llamamos espíritu, creó dentro del alma el poder de la mente y nos concedió el mayor de Sus dones, el poder de elegir.

Esto nos llevó al punto de penetrar por primera vez en esta dimensión que llamamos plano terrenal, y a partir de ahí la historia ha sido relatada a través de las páginas de este libro. Desde el momento de la creación hasta el presente, nuestras experiencias han supuesto la constante utilización y el poder de la voluntad de elegir en qué nos estamos convirtiendo, tanto si éramos conscientes de nuestras elecciones como si no lo éramos. Y ese mismo poder es el que puede conducirnos de regreso.

Partamos desde el presente en busca de la curación a un nivel más profundo, y dejemos que la vida y sus maravillas nos mantengan ahí arriba, donde podamos divisar la Luz, en la cima de la escalera.

Bibliografía

- Attitudes and Emotions, The Edgar Cayce Readings, Volúmenes 13, 14, 15*, Association for Research and Enlightenment, Inc., A.R.E. Press, Virginia Beach, VA, 1982
- Becker, Robert O., y Selden, Gary, *The Body Electric*, William Morrow and Company, Inc., 105 Madison Ave., Nueva York, NY 10016, 1985
- Bro, Harmon Hartzell, *A Seer Out of Season: The Life of Edgar Cayce*, New American Library (Penguin Books USA Inc.), 1633 Broadway, Nueva York, NY 10019, 1989.
- Chopra, Deepak, *Ageless Body, Timeless Mind*, Crown Publishers, Inc., 201 E 50th St., Nueva York, NY 10022, 1993
- Church, W. H., *Many Happy Returns, The Lives of Edgar Cayce*, Harper and Row, San Francisco, CA, 1984
- Green, Elmer y Alice, *Beyond Biofeedback*, Knoll Publishing Co., Inc., 1977.
- Jampolsky, Gerald G., *Good Bye to Guilt*, Bantam Books, 666 Fifth Ave., Nueva York, NY 10103, 1985. (Edición española: *Adiós a la culpa: la magia del perdón*, Libros del Comienzo, Madrid, 1996.)
- McGarey, William A., *The Edgar Cayce Remedies*, Bantam Books, 666 Fifth Ave., Nueva York, NY 10103, 1983.
- , *The Oil That Heals*, A.R.E. Press, P.O. Box 656, Virginia Beach, VA 23451.

- Pitskhelauria, Georgi A., *The Longliving of Soviet Georgia*, Human Sciences Press, 72 Fifth Ave., Nueva York, NY 10011, 1982.
- Reilly, Harold J. y Brod, Ruth Hagy, *The Edgar Cayce Handbook for Health Through Drugless Therapy*, Macmillan Publishing Co. Inc., 866 Third Ave., Nueva York, NY 10022. (Edición española: *Edgar Cayce: sus curaciones naturales*, Martínez Roca, Barcelona, 1995.)
- Rusznyak, I., Foldi, M., Szabo, G., *Lymphatics and Lymph Circulation*, Pergamon Press, Ltd., Londres, 1967
- Sharma, I. C., *Cayce, Karma & Reincarnation*, Theosophical Publishing House, Wheaton, IL., 1975.
- Smith, A. Robert, *Hugh Lynn Cayce: About My Father's Business*, The Donning Company, 5659 Virginia Beach Blvd., Norfolk, VA 23502, 1988.
- Spalding, Baird T., *Life & Teaching of the Masters of the Far East*, volúmenes 1-5, Devorss & Co., Marina del Rey, CA 90291, 1927.
- Thurston, Mark, *Discovering Your Soul's Purpose*, A.R.E. Press, P.O. Box 656, Virginia Beach, VA 23451, 1984. (Edición española: *La misión del alma: descubrir y cumplir su destino*, Edaf, Madrid, 1993.)
- Woodward, Mary Anne, *Scars of the Soul*, Brindabella Books, Rt. 1, Box 127, Fair Grove, MO 65648, 1985.
- Yogananda, Paramahansa, *Autobiography of a Yogi*, Self-Realization Fellowship, Los Angeles, CA, 1946.

PARA MÁS INFORMACIÓN

- A.R.E. Clinic, Inc., 4018 N. 40th St., Phoenix, AZ 85018.
- Association for Research and Enlightenment, Inc., P.O. Box 595, Virginia Beach, VA 23451.